

FLORENCIA
CANALE

La
VENGADORA

Damasita Boedo, la amante de Lavalle

Novela  Planeta

D.J.57

La vengadora

La vengadora

Florencia Canale

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Primera parte. Vidas paralelas

Segunda parte

Tercera parte

Epílogo

Agradecimientos

Canale, Florencia
La vengadora / Florencia Canale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2019.

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6874-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Florencia Canale

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Fotografía de la autora: Alejandra López

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6874-0

«¡Espíritus del mal, inspiradores de todo crimen, incorpóreos, invisibles,
convertid en hiel la leche de mis pechos.»

William Shakespeare, *Macbeth*

PRÓLOGO

Llegó media hora antes que el pelotón de fusilamiento y encontró el sitio perfecto para controlar todo sin ser visto. Esperaba que su capa de terciopelo negro le permitiera, a esa hora, desaparecer entre los yuyos. Estaba completamente prohibido asistir, como quien no quiere la cosa, a una ejecución. Así que Damasita se había prevenido.

Al despuntar el alba los vio acercarse al monte por el camino de tierra. Se agazapó aún más para ver si lograba acallar la tromba de su corazón. Escoltado por un general y su tropa, el carro anunciaba el próximo estruendo de balas.

El general Pedernera ordenó que se detuvieran. Bajaron a los cuatro reos del carro. Con la cara teñida de sangre y deformada por los golpes, Mariano Boedo levantó la barbilla intentando un valor que lo abandonaba a paso redoblado. Damasita apretó la mano contra su boca para ahogar el grito que clamaba por salir. Su hermano, su querido hermano, sería asesinado por las huestes de Juan Galo Lavalle.

Marianín, mi querido, mi venerado hermano, el que siempre me ha cuidado, quien tomara el lugar del padre que nos dejó demasiado pronto; el que hubo de propagar la tradición de amor a la Patria de nuestro tío muerto Mariano Boedo, héroe de la Independencia... Y me lo ha de matar esta lacra unitaria, estos vendidos del centro, estos hijos de madre paria, ese general traidor, hombre ladino que busca y no encuentra porque en este vergel sólo hay lugar para los héroes. No se meta con Salta, Lavalle... Quien asesine en esta tierra sólo recibirá venganza. No vaya a ser que se cruce con mi mano dura... Damasita se lamentaba en silencio, nublada la vista de lágrimas de odio y pena.

Los condenados, con los ojos vendados, fueron encaminados hasta una fila de árboles flacuchos. Uno a uno abrazó al suyo por detrás y aguardó la maniatada que le impediría escapar. Boedo abría la fila con la respiración entrecortada y la camisa blanca, sucia de tierra y sudor. Pedernera empezó a impacientarse, quería terminar con el asunto de una buena vez. Necesitaba volver a la ciudad, su jefe lo aguardaba y no era amigo de los retrasos.

—¡Acabáramos de una santa vez! Ustedes, tienen tan sólo diez minutos

para confesarse con el párroco. No larguen la perorata de sus vidas, vamos — ordenó el general y el cura se acercó a los condenados. Cada uno susurró lo suyo y un silencio aterrador inundó el monte salteño.

El pelotón se acomodó, las piernas abiertas para dominar la vacilación, el caño de los fusiles apuntando derecho a los corazones de los conspiradores. Al grito ronco de «¡Fuego!», los cuerpos sin vida de los federales quedaron colgando de los troncos descascarados.

—¡Soldados, vamos, apuren! —ordenó otra vez Pedernera. —A las 6 y media tenemos que estar de vuelta en el cuartel. El coronel Lavalle pasará a hacer la ronda. Dejemos a estos así como están. Volvemos cuando podamos a retirar los cadáveres.

Sin decir palabra, la tropa emprendió la retirada. Damasita esperó y cuando los perdió de vista corrió hacia el árbol que sostenía el cuerpo muerto de su hermano.

—Juro que vengaré tu muerte, Mariano de mi alma. Sé que estarás orgulloso de mí, de mi valentía que es la tuya, que es la de la familia, la de los Boedo... —decía mientras lloraba abrazada al cadáver ensangrentado de su hermano. Le quitó la venda de los ojos, se los besó una y otra vez, y un aullido de dolor arreció el páramo de muerte y silencio.

PRIMERA PARTE
Vidas paralelas

CAPÍTULO

I

La sala parecía un hervidero. Los integrantes de la familia ocupaban gran parte de los asientos, y de a poco se sumaban los amigos y alguna que otra relación insoslayable. El festejo de cumpleaños de Damasita exponía las ganas de celebrar de los Boedo. De todos, menos de la niña.

—¿Enfurrugada otra vez, *m'hijita*? —preguntó su tía Marcelina en un murmullo. —Que no se cumplen ocho años todos los días y la cocina en pleno se ha ocupado durante toda la semana para colmarte de manjares. A ver, cambie esa cara, Dámasa.

—Es que me hubiera gustado que estén mis hermanos aquí conmigo —dijo la niña en un hilito de voz.

—¿Qué pasa por aquí? —se acercó Josefa, la tía preferida, y tras ella, la mayor de las Boedo, Juliana.

—La niña está triste —anunció Marcelina y revoleó los ojos con hastío. Había perdido la paciencia hacía rato.

Josefa la tomó de la mano y se la llevó aparte. Sabía que debía dedicarle tiempo. Desde bien pequeña su sobrina no la tenía fácil. Damasita y sus hermanos Mariano Fortunato y José Félix eran huérfanos. La madre de la pequeña, María Gerónima Arias Castellanos, había muerto a pocos días de parir a la niña, y su padre, José Francisco, de salud frágil, no la había sobrevivido mucho tiempo más. Casi de la noche a la mañana, los Boedo y Arias quedaron solos demasiado pronto. Los varones, quince y nueve años mayores que la niña, habían intentado ejercer un rol paternal, a pesar de que la crianza de los tres había sido asumida por los tíos.

—A ver, mi pequeña, cuéntame los motivos de tu pena. —Se habían dirigido hasta el patio y Josefa se sentó bajo el naranjo, uno de los sitios favoritos de Damasita.

—Extraño a Mariano y a José.

—Te entiendo, pero están cumpliendo con su deber. Tus hermanos son valientes, niña, como todos los Boedo. Y tú debes sentir orgullo por ello. Las mujeres de la familia alentamos las decisiones de nuestros hombres.

Volverán, ya verás, con la gloria de los vencedores —dijo Josefa mientras acariciaba los rulos claros de su sobrina.

—Los hombres de esta casa nunca vuelven —sentenció Damasita con la resignación de una anciana.

—¿Pero qué dices? —Josefa la miró de arriba a abajo, azorada. —¿De dónde sacas esas ideas alocadas?

—Tatita y los tíos, ¿acaso están aquí con nosotras? —preguntó desafiante.

Damasita estaba en lo cierto, demasiados fantasmas poblaban la finca de los Boedo. Apenas tenía recuerdos de su padre muerto, de su tío Juan Manuel —el valiente teniente coronel que había perdido la vida en el ataque a la fortaleza de Talcahuano un año antes de su nacimiento— y del otro tío del que todos hablaban, no sólo en las calles salteñas sino en el resto del país, el gallardo Mariano Joaquín. Éste había participado de los revoltosos acontecimientos de Mayo de 1810 y en 1816 había ocupado una banca por su provincia en el Congreso de Tucumán. Pero había muerto en Buenos Aires tres años después, víctima de disentería. Sólo quedaba un varón vivo, el tío José.

—Mis hermanos nos cuidan desde el cielo, Damasita. No estés triste, pequeña, demuéstrales con tu bondad el orgullo de la sangre. ¿Sabes cómo hago yo? —Josefa le clavó la mirada para que no le quedaran dudas. —Todas las noches, cuando rezo, les converso. ¡Y ellos me contestan!

La niña abrió los ojos de par en par. No entendía lo que le confesaba su tía pero si aquella práctica le podía traer a su padre siquiera por unos pocos minutos, lo intentaría.

—¿Y eso mismo me servirá para conversar con mis hermanos? —la mirada celeste de Damasita se iluminó.

—Seguro, querida. De cualquier modo, los muchachos estarán de vuelta en un santiamén, ya verás.

Hacia un año que Mariano Fortunato y José Félix, con 22 y 17 años, habían sido convocados para formar parte del batallón de Cazadores de Salta, creado por el comandante José María Paz, y a sus órdenes habían pasado al ejército que había organizado el general Martín Rodríguez en la línea del Uruguay.

Desde la sala y con paso cansino llegó Marcelina al patio en busca de su sobrina. Los invitados demandaban la presencia de la agasajada.

—Damasita, volvamos adentro, acaba de llegar Juana y te busca.

La niña pegó un salto y corrió a la sala, dejando a sus tías rezagadas. Allí,

cerca de la puerta, estaban Juana Manuela y sus padres, el gobernador delegado José Ignacio de Gorriti y su esposa, Feliciano Zuviría.

—¡Pero qué bien se te ve, Damasita! ¡Que los cumplas con alegría! —la saludó doña Feliciano y le extendió un presente.

La niña agradeció y, sin mirar lo que traía el paquete, se fundió en un abrazo con su amiga. Entre sonrisas y secreteos se alejaron de los adultos y se dirigieron al estrado, donde se obsequiaban todas las exquisiteces del festejo. Atiborraron un plato de golosinas y se acomodaron en sendas sillas en la cabecera de la sala, contra el muro tapizado de damasco de seda morada. Los vestidos claros de Dámasa y Juana parecían dos gotas de leche cuajada sobre un río de sangre. Como dos loros, dieron rienda suelta a la conversación. Juana Manuela había llegado hacía algunos años desde Los Horcones, la hacienda de la familia, para estudiar en un beaterío de la capital provincial. Pero el encierro no era para ella. La madre la había venido a buscar para emprender el regreso y, mientras tanto, disfrutaba un poco de la algarabía de la ciudad.

Mientras las niñas cuchicheaban de sus cosas, en la otra punta los Boedo acribillaban a preguntas al Gobernador acerca de la Patria Vieja y el ascenso paulatino de los opositores, que oscilaban entre las fuerzas extranjeras y la furia que llegaba desde Buenos Aires. Ay, Buenos Aires, la elegida, esa ciudad con ínfulas de reina...

El general Lavalle había embarcado por fin rumbo a la orilla oriental. Su próximo destino era el campamento de San José, adonde se incorporaría al ejército. Retomaba las armas que no hubiera querido abandonar nunca. El «León de Río Bamba» estaba de regreso. El héroe del otrora Ejército Libertador, aquel joven que había deslumbrado a don José de San Martín por su enjundia a destajo, volvía a la razón de su vida: la lucha por los ideales, el campo de batalla, el sable hacia el frente, el filo hundido en las entrañas del enemigo.

Oteaba el horizonte con intensidad. Los hados al fin estaban de su lado. Por suerte para él don Bernardino Rivadavia ocupaba la presidencia de la República. Harto de la desidia y torpeza de su predecesor, Juan Gregorio de Las Heras, la esperanza le recorría el cuerpo por entero. Amigo de la familia,

el renovado hombre fuerte de la provincia prometía bonanza y los Lavalle le creían. El padre de Juan Galo, don Manuel José Bonifacio de Lavalle y Cortés —peruano y descendiente directo del conquistador de México, Hernán Cortés, quien había sido contador general de las Rentas y el Tabaco durante el Virreinato—, llevaba consigo el respeto de todos y era mirado en el municipio como un hombre venerable; le debía a su amigo Bernardino el cargo de administrador de aduana, que desempeñaba desde 1812.

Los Lavalle eran una de las familias de mayor prestigio de Buenos Aires. Dueños de una fortuna contante y sonante, con educación en los mejores colegios y una prestancia que acallaba a más de uno, los varones y las damas portadoras del apellido eran señalados por llevar adelante una reputación intachable y se los buscaba a la hora de las relaciones sociales y también políticas.

Dolores, la esposa de Juan, había partido antes que él rumbo a su Mendoza natal junto a Augustito, su hijo de apenas un año. La buena de Dolorica, la mujer a la que había elegido para casarse, era intachable. Al pensar en ella, Juan tuvo la sensación de que había pasado toda una vida desde aquel día en el que se habían conocido. Había llegado a la provincia siendo un joven granadero del Ejército de los Andes y había demostrado una bravura de ley, convirtiéndose en uno de los dilectos del general don José de San Martín. Pero el combate no había sido su único desvelo. Desde su más tierna juventud, Juan Galo había calmado sus ansias entre los pliegues de las faldas de las muchachas. Y allí se había abandonado en serio.

Dolores era una de los 13 hijos de Eduarda Espínola y Costa Lemos, y de Juan de Dios Correas. Como todas las niñas de la alta sociedad mendocina, había sido educada bajo los preceptos religiosos y su madre, además, se había encargado de apuntalarla para que se transformara en una mujer de bien. El aguerrido soldado de dieciocho años había cruzado miradas con la damita en una de las tertulias ofrecidas por la esposa de su jefe, doña Remedios de Escalada.

El flechazo había sido instantáneo. Durante su estadía en la ciudad, Juan la cortejó como Dios manda: paseos por la Alameda custodiados por algún pariente de ojo avizor, convites a la finca de los Correa y algún que otro programa más. El 22 de julio de 1816 se comprometieron y, luego de ocho años de encuentros intermitentes, aquel martes 20 de abril fueron bendecidos en matrimonio en la Iglesia Matriz por el presbítero José de Godoy. Los testigos fueron el sargento mayor de la Marina de Chile Martino José de

Warnes, los coroneles del Ejército de los Andes Antonio Luis Beruti y Vicente Dupuy, y el teniente coronel retirado del Regimiento de Dragones José María Reyna.

Juan le enseñó todo a su grácil esposa. Y ella fue una alumna obediente. Él pedía, ella concedía. Su madre le había apuntado con voz férrea que la mujer debía acatar a todos los reclamos del hombre de la casa. Bastó que Juan metiera mano debajo de las ropas más íntimas, para que Dolores dejara escapar un suspiro que terminaba en jadeo frenético. Sintió que con Juan estaba a salvo, que él la llevaría por el camino indicado. Y no le dio respiro, se olvidó de dormir, también de comer. A veces ni llegaban al lecho. El ardor de los cuerpos los urgía.

Pero los tiempos de placer conyugal acabaron pronto. El agite político de la provincia andina lo arrojó a la realidad en un abrir y cerrar de ojos. Para ese entonces, el gobernador Pedro Molina había tenido que abandonar el poder a la fuerza y el coronel José Albino Gutiérrez había tomado su lugar.

—El Albín este es más sanguinario que el mismo diablo.

—Manda al paredón hasta treinta prisioneros por jornada. ¡No le tiembla el pulso para el gatillo!

—En San Juan mandó asesinar a todos los caídos en combate en una sola orden.

Los habitantes cuchicheaban en cada rincón. El pueblo mendocino estaba aterrado. Como reguero de pólvora, había empezado a circular el rumor de que el joven coronel Lavallo, los hermanos Aldao y Lorenzo Barcala se habían unido para derrocar al Gobernador. Ni tiempo de confirmarlo hubo. A la mínima encabritada de tropas, Molina dejó el cargo y los comandantes de los cuerpos cívicos pusieron a Lavallo al frente del gobierno interino.

Juan Galo sonreía en silencio. No daba lugar para la conversación, había buscado un sitio algo alejado del resto para pensar sin ser interrumpido. Había encontrado un tiempo para escribirle a su hermano Pepe. Precisaba notificarle las novedades de las primeras acciones navales contra el monstruo brasileño, el país vecino que sumaba poder, territorio y encono. Sentía que la suerte estaría de su lado. Había empezado a mirar con buenos ojos al ministro de Guerra, don Carlos de Alvear, que al fin había tomado la decisión de organizar las tropas, con el bolsillo abierto de par en par.

Una discusión a voz en cuello lo arrancó de sus cavilaciones. A pesar de estar en el otro extremo de la embarcación, Lavallo escuchó lo que soltaban algunos de los soldados que viajaban con él. Hacía días que se anunciaba que

se presentarían veinte velas enemigas. ¡Guay con que los agarraran de improviso! Se decía que llegarían para desbaratar las fiestas del 25 de Mayo con un bombardeo. Había que prepararse, calzarse los trajes de guerra y fuera uno a saber cuánta cosa más.

—¡A ver, señores, escuchen a los que saben y dejen de anunciar ridiculeces! Me río de esa bravata. Nuestra escuadra permanece fondeada en las balizas exteriores —gritó Lavalle desde su lugar y en la cubierta cundió un silencio de tumba. —¿Qué harán afuera estos tristes cascarones? Pues tirar 200 cañonazos y meterse adentro a impedir el bombardeo, que no es poco.

A última hora llegaron al campamento de San José. Juan Galo no le erró al pronóstico. Al día siguiente llegaron las naves con bandera de Brasil y se fondearon cerca del puerto de Buenos Aires. Mientras en tierra firme comenzaban los festejos patrios, comenzó un combate que duró más de una hora. La fuerza imperial apretaba el bloqueo.

Juliana y Josefa repitieron por centésima vez que había que apurarse. Las niñas daban vueltas, tardaban en alistarse. No era que no tuvieran ganas de ir a jugar a casa de su amiga Juana Manuela, sólo que cualquier detalle era capaz de distraerlas por completo. Esta vez se trataba de un sapo enloquecido que había quedado varado en el patio luego de la noche lluviosa.

—¿Pero qué hacen allí? Niñas, apuren —la amonestó Juliana. —¡No lo repito más, Micaela y Damasita, nos vamos!

—Mamá, es que debemos socorrer al pobre animalito, su familia no está, quedó solo y desamparado —respondió Micaela entre risas y grititos de terror.

—Socorro van a pedir ustedes cuando las dejemos aquí sin nadie y encerradas en el medio de la noche —las cortó Juliana. —No vaya a ser que aparezcan quienes ustedes bien saben...

El alarido de Damasita y su prima se escuchó a una legua de distancia. Sabían de memoria a qué se refería. Cuando la noche oscurecía la ciudad, aparecían las almas en pena. Las niñas —pero no eran las únicas— creían en las brujas, en las barraganas convertidas por castigo de Dios y en la mula ánima, el monstruo que bufaba, ardía y galopaba de noche comiéndose a la gente. Se incorporaron en el acto para que los feos pensamientos se borrarán

y se dejaron acicalar para salir.

Bien cubiertas para prevenirse del frío, Damasita tomó la mano de Josefa y Micaela, la de su madre. Caminaron algunas cuadras en silencio hasta que llegaron a la Plaza de Armas (1). Por la acera opuesta se paseaba el canónigo Gorriti, hermano del Gobernador, como hacía a menudo, mientras tañía la campana de la Catedral llamando a coro.

—Avisémosle al padre Gorriti que visitaremos a Juanita —dijo Damasita y le tironeó del brazo a Josefa.

En el costado sur de la plaza se imponía la mole del Cabildo, que velaba por la seguridad del vecindario. Juliana la señaló y a modo de broma las amenazó con encerrarlas en la cárcel, que también funcionaba allí, por su mal comportamiento. Niñas y adultas rieron como locas mientras continuaban la caminata por La Estrella (2) para evitar el lodazal provocado por las lluvias del día anterior.

Era una mañana tranquila, fría y sin sobresaltos. Atravesar la plaza, aquel día, resultaba agradable, a diferencia de otras veces en las que se oía el estruendo de los fusilamientos, aplicados a un criminal en soledad o bien a un pelotón de reos, cuando los acontecimientos políticos así lo demandaban. La espantosa ceremonia dejaba boquiabiertos a los curiosos que resultaban testigos del sangriento espectáculo.

Damasita miró a un lado y al otro. La puerta de la cárcel estaba cerrada; la campana no tañía ese sonido agónico que anunciaba la muerte; no aparecía ninguna carreta desde los bajos del Cabildo conduciendo a las víctimas al suplicio. La niña jamás había presenciado un fusilamiento pero había escuchado varias veces los relatos encendidos de los adultos: que si se lo tenían merecido, que por lo menos habían tenido la exhortación del sacerdote con el crucifijo en la mano y la cabeza descubierta, que los habían atado en el banquillo... ¿Tenía los ojos vendados? Aquel otro, que era militar y hombre de valor, no había permitido que se los vendaran. Desafiaba la muerte de puro bravo, habrá pensado que era inmortal... A pesar de su corta edad, la niña de los Boedo estaba acostumbrada a esos relatos. Y también entendía a la perfección que sus hermanos habían partido rumbo a la guerra. No le interesaba quién los había convocado y contra quiénes peleaban: cualquiera que amenazara a sus hermanos pasaba automáticamente a ser su enemigo. Fuera quien fuera y sin miramientos.

Poco sabía de los acontecimientos de su Salta, de los dueños de la tierra, de los poderosos, del trabajo de zapa, de las traiciones entre hermanos y la

voracidad sin límite. Algunos años atrás, cuando se aproximaba el final de la segunda Gobernación de José Ignacio Gorriti, un levantamiento militar había expulsado del gobierno de la provincia vecina del Tucumán a don Bernabé Aráoz, hombre cercano a algunas familias liberales de Salta. Salió como tejo y allí encontró refugio, pero no abandonó el ejercicio de la conspiración, ávido por volver a su casa y al poder.

En enero del '24, Juan Antonio Álvarez de Arenales había sido elegido gobernador de Salta. Había sido un destacado guerrero en las guerras de la Independencia, primero bajo las órdenes de Manuel Belgrano, luego en el Ejército de los Andes junto a José de San Martín. El hombre era español pero se había casado con Serafina Hoyos, hija de un terrateniente del Valle de Lerma. La designación de Arenales había coincidido con el gobierno de Rivadavia, con quien mantenía excelentes relaciones. Corrían tiempos de reconciliación entre las grandes familias salteñas, y todo esto era celebrado por el aplauso de la exigente Buenos Aires.

Sin embargo, no todo era algarabía y unión en el gobierno de Arenales. A los dos meses de su asunción, la provincia vecina le había exigido la entrega inmediata del traidor Aráoz, acusado de conspiración. Con poca gana de trifulca limítrofe, lo pusieron de patitas en la calle y al llegar a la frontera fue fusilado por las milicias tucumanas que debían recibirlo y conducirlo hasta la ciudad capital. Los aliados de Aráoz en Salta pusieron el grito en el cielo. Pero el reclamo tucumano no había sido el único motivo para sacarlo de tierra salteña. Los adláteres de Arenales habían descubierto que Aráoz pergeñaba un plan para terminar con su gobierno, con la complicidad de algunos familiares del héroe muerto don Martín Miguel de Güemes, con Francisco «Pachi» Gorriti, hermano menor del gobernador saliente y del canónigo, y algunos comandantes de los Escuadrones Gauchos del Valle de Lerma. Las familias principales salvaron el pellejo; en cambio, el comandante Sinforoso Morales y el capitán Bernardino Olivera fueron al paredón.

Las Boedo llegaron a la residencia del Gobernador. Allí las recibió doña Feliciano, que tenía todo listo para la visita. Condujo a Josefa y a Juliana a la sala, y a las niñas a las habitaciones de su hija menor. Juana Manuela estaba sentada en su silloncito forrado en seda malva, con un libro en la mano. Al

ver a sus amigas, bajó de un salto y las abrazó.

—Aquí te traigo a Damasita y Micaela, m'hija. Pórtense bien, en un rato les envío a Siríaca —anunció la madre y se retiró cerrando la puerta al salir.

—¿Qué hacías, Juana? —preguntó Damasita, curiosa.

—Practicaba la lectura, me aburro mucho en este lugar —respondió la pequeña Gorriti. —Por suerte en unos días volvemos a Los Horcones. Mamita vino a retirarme. ¿Saben que me enfermé allí encerrada?

—Sí, nos contaron en casa. ¿Y ahora ya estás mejor? —insistió Damasita algo triste porque ya no tendría cerca a su amiga.

—Me curé como por arte de magia. Era ese encierro el que me tenía a mal traer. El día que me subieron al coche para mudarme a la ciudad sentí que me moría —el gesto le cambió, los ojos se cubrieron con un velo opaco.

Dámasa y Micaela la miraban en silencio, desconcertadas. No sabían si abrazar a su amiga o salir corriendo al patio como una turba ruidosa.

—Allá en el campo era libre como el viento. Acá, con las monjas, no podía respirar, no encontraba el aire —dijo Juana con angustia, mientras se apretaba la garganta con las manos diminutas. —Pero ahora soy feliz otra vez.

Sonrió de oreja a oreja pero al mirar la cara de Damasita se le quitó la alegría. Era evidente que su amiga se había enfurruñado.

—Pensé que te gustaba aquí con nosotras —susurró ésta a modo de reproche.

—Pero pueden venir a visitarme a la estancia... Ahora le digo a mamita y solucionamos todo —dijo Juana, intentando calmar las aguas.

La situación recobró algo de equilibrio y las tres niñas volvieron a trenzar el vínculo como si nada hubiera pasado. En la otra ala de la residencia, la dueña de casa y sus convidadas conversaban mientras tomaban chocolate caliente.

—Mañana partimos al alba con Juanita y algunos criados. Aquí se queda José Ignacio, cumpliendo con su deber, aunque no me gusta dejarlo —señaló Feliciano.

—Claro, no debe ser fácil —dijo Juliana y eligió el pastelito más dorado y crocante.

—¿Y por qué no se quedan en la ciudad? —dijo Josefa frunciendo el ceño.

—José Ignacio nos prefiere lejos de aquí, y Juana ni les cuento. Si nos quedamos, me mata —respondió Feliciano y esbozó una sonrisa.

Las señoras largaron una carcajada. Como quien no quiere la cosa, las

Boedo acribillaron a preguntas a la mujer del Gobernador provisorio. ¿Sabía algo de las milicias salteñas, de los soldados que habían partido a la guerra, de nuestros queridos sobrinos? ¿Y en qué quedó ese asunto de la visita bajo el poncho de Manuel Dorrego en la ciudad? Feliciano tenía poca información, o prefería callarla. Lo único que pudo agregar fue que la cuestión del federal había sucedido con Arenales en el poder.

—Que se las arregle él solito y no traiga sus problemas a esta casa, que ya tenemos bastante. José Ignacio le salva las papas. Parece que Dorrego tiene pensado dirigirse al Perú para seducir a ese que se hace llamar Supremo, el tal Bolívar, para la causa de la federación. Acá nadie da puntada sin hilo, ya verán...

Josefa y Juliana abrieron los ojos como platos, fascinadas con todo lo que se insinuaba en la perorata de Feliciano. Hablaban y escuchaban, todo al mismo tiempo, en un susurro constante en el que ya no se podía diferenciar quién agregaba qué dato, chisme o información. De pronto se lanzó sobre la mesa el tema del asesinato de uno de los hermanos Moldes. ¿Cuál era...? Ah, sí, creo que Eustaquio... No, José, el que fue diputado, lo habían acusado de intentar una conspiración contra Arenales —lo mismo de siempre—, y lo acribilló la tropa que debía tomarlo prisionero... ¡Pero qué barbaridad! La verdad sea dicha, nuestros hombres no quieren enrolarse en una guerra que no nos pertenece... Por supuesto, mi querida, que Buenos Aires libre sus propios combates con el Brasil, nosotros no tenemos nada que ver, que se maten entre ellos... Y te digo, Feliciano, pero ojo con repetirlo, el ridículo de Arenales se comprometió a enviarles hombres y allí están nuestros queridos Mariano y Félix, que Dios los proteja y cuide, a ver si José Ignacio puede revertir esta cuestión y traer a nuestros jóvenes a casa...

1- Plaza 9 de Julio en la actualidad.

2- Así se llamaban las dos aceras anchas de lajas escogidas que cruzaban la Plaza en diagonal.

CAPÍTULO

II

Hacía rato que Juan Galo Lavalle se había instalado en el campamento de Arroyo Grande. La desesperanza al fin se le había quitado. Volvía a creer en la bravura de sus camaradas y repetía sin cesar y a cuantos quisieran escucharlo, que en la suerte del ejército estaba la salvación del país. Pensaba —y no era el único— que la anarquía era la verdadera amenaza en todo el territorio y que sólo saldrían adelante por medio de la organización y las armas. Él y sus hombres se preparaban para la guerra. Era el objetivo de su vida: quitar de en medio a los federales —sobre todo al embravecido de Dorrego—, gamberros a los que solamente les interesaba la desestabilización y la división entre hermanos.

Ocupaba uno de los asientos principales en la mesa del banquete que él le había organizado, junto al coronel José María Paz, al comandante en jefe del ejército, don Carlos de Alvear. Se celebraba su santo, una excusa más que pertinente. Para Lavalle, la faena diurna siempre era entre pólvora, caballos y pruebas de fuego. Pero cuando la noche avanzaba, debía cumplir con su presencia frente al General en Jefe del Ejército. La barraca y la mesa de Alvear se vestían de unos lujos inusitados para la situación que allí se vivía. Sibarita de la primera hora, Carlos de Alvear era asistido por un cocinero francés, Monsieur Casanvert, al que le pagaba 100 pesos mensuales. Los manjares y los vinos que se servían en la mesa eran los más estimados y exquisitos del territorio, ni siquiera se ofrecían en las casas de las familias más acaudaladas de Buenos Aires.

Juan Galo comía todo lo que le convidaban pero pasaba de la bebida. Los vasos se llenaban de vino una y otra vez entre los jefes y oficiales y él se mantenía al margen de esa fiesta. Mientras los demás bebían y vociferaban, él mascullaba para sus adentros. Su mente libraba batallas silenciosas. Tenían demasiados frentes abiertos y el único modo de contenerlos era detenerse a pensar y avanzar para ejecutar. La jarana constante no servía para nada, menos aun cuando la reunión era entre hombres. José María y él intentaban una conversación que se hacía difícil por la intemperancia del coronel

Manuel de Olazábal, que tomaba una copa tras otra de vino. Era bastante habitual que estallaran escándalos que algunas veces terminaban en grescas de considerable espesor.

—Mi amigo Paz, en cuanto termine esto nos vamos a dormir. Voy a levantar a mi tropa al alba para empezar temprano con algunas pruebas — señaló Lavallo.

—Está bien, Juan, pero aguantemos un poco más —lo instó Paz y continuó con la carne asada.

—Recibí correspondencia con noticias bien preocupantes —le confió Lavallo. —Me cuentan que Bolívar, allá en el Norte, no cede ni que lo maten. Parece que se ha quitado la máscara y Colombia comienza a mostrar que lo conoce. Me dicen que allí se ha encendido la guerra civil y que el tipo consintió en que Quito y Guayaquil lo nombraran Dictador. ¿Qué tal?

—No me cabe ninguna duda, Juan —sonrió socarronamente Paz. —Ahora tendrá que ocuparse del frente interno y abandonar esa idea absurda de bajar al Río de la Plata.

—¿Entonces uno menos para preocuparse?

—Esperemos que logremos contener al enemigo en el Interior con la soldadesca tucumana y salteña al mando de Lamadrid y Arenales.

Las risotadas del coronel Olazábal interrumpieron la conversación. Lavallo y Paz se dijeron todo con la mirada y optaron por ampararse en el silencio. El recelo volvió a cundir. Ese sentimiento no era nuevo entre ellos. Apenas reunidos en Arroyo Grande, se vislumbró la rivalidad entre los jefes y oficiales. Aquellos que habían participado de las campañas de Chile y Perú durante la Guerra de la Independencia —Juan Galo de Lavallo era uno de los más destacados —eran señalados por los otros como una runfla de engraidos. «El orgullo y la fatuidad rebosa por todos sus poros», murmuraban por lo bajo, pero no dejaban de reconocer que eran lo más selecto del ejército.

Lavallo era el coronel más antiguo de la Caballería y Olazábal, de la Infantería. Ambos, de tanto en tanto, se la daban de matones y gustaban de desafiar a quienes se les atrevieran. Daban el tono en todo y provocaban admiración entre sus antiguos compañeros de armas del Ejército de los Andes. El francés Federico de Brandsen y José Valentín de Olavarría, ambos jefes de regimiento, exponían su devoción ante el coronel rubio sin pudor. Sin embargo, el General en Jefe Carlos de Alvear no colaboraba demasiado para que la tropa conviviera en armonía dentro del campamento. Con una arrogancia que poco intentaba esconder, Alvear alentaba la discordia. De ese

modo, estaba cubierto de posibles conspiraciones.

—¿Cómo se encuentra su tropa, Lavalle? —preguntó de pronto Alvear. — Porque como notará usted también, a veces se complica hasta respirar en esta barraca. ¿Sabía que el coronel Iriarte habla muy mal de usted, no es cierto?

Alvear le invadió el cuerpo con el suyo, como si buscara confiarle todas las verdades que lo rondaban. Tomás de Iriarte, que estaba sentado bastante más lejos, sintió las miradas de acero que se posaban sobre él. Días atrás había escuchado de boca de Alvear que Lavalle era su enemigo mortal.

—No tengo un minuto, mi General. Entre la organización del regimiento, el ejercicio a las cuatro y media, la atención de la correspondencia y las visitas que a veces se hacen interminables, en fin... —respondió Lavalle con modestia.

El General en Jefe achinó sus ojos marrones con desconfianza. Maliciaba la reverencia que le tenían al «León de Río Bamba». No le hacía ninguna gracia la admiración que despertaba, sobre todo entre los más jóvenes. Se había agenciado una lista de lenguaraces que le iban con el corre, ve y dile de los movimientos de Lavalle dentro del campamento. También le comentaban acerca de las enseñanzas que éste impartía sus soldados: que el valor heroico era la condición principal que debía regir a todo militar; que veía con desprecio a varios jefes cobardes que tomaban la máscara para ocultar su cobardía; que la táctica de engañar al enemigo, haciéndolo caer en una celada o conduciéndolo por medio de maniobras a una posición desventajosa, no era digna, y que él nunca procuraría pelear sino en terreno igual para los contendores, donde sólo el valor triunfaría... Alvear sabía que su mandato se tornaba cada vez más impopular; los veteranos contaban hasta diez cada vez que él les daba una orden. No le reconocían más mérito que el de haber insistido para volver al campo de batalla.

El vozarrón de Olazábal irrumpió de repente. Era evidente que los tragos de vino se le habían subido a la testa y empezó a los gritos contra el coronel oriental Garzón, uno de los dilectos del General en Jefe. La gresca subió de tono y varios se levantaron de sus sillas, listos a emprenderse a los golpes. La confusión duró unos segundos, alguna vajilla se hizo añicos contra el suelo, pero todo se detuvo a tiempo. Olazábal pidió la disculpa obligada. En la otra punta de la mesa se escuchó un «vamos, que el festín nos ha costado tres onzas de oro *per capita*» y Alvear, en un aquí no ha pasado nada, comenzó a explicar de qué modo debería formar el ejército el día de una acción rutilante.

—A ver, Lavalle, ¿nos daría su opinión al respecto? —lo instó con su

clásica soberbia.

—General, yo encuentro ese orden de batalla muy defectuoso —respondió éste sin rodeos.

—Defectuoso... ¿y por qué? —dijo Alvear, disimulando apenas su indignación.

—Porque si la primera línea llegase a perder terreno, estando la segunda tan inmediata, se correría el riesgo de ser envuelta por aquella.

Se hizo un silencio de tumba. El resto de la comitiva sólo tuvo ojos para el intercambio de pareceres entre Lavalle y Alvear. La crispación entre ambos en cualquier momento podía transformarse en un incendio.

—Coronel, en este ejército no hay ningún regimiento que vuelva caras, a no ser que esté mandado por un coronel cobarde —lo provocó el General en Jefe.

La ira de Lavalle arrasó su cara. Se levantó de su asiento y con un tono exasperado se dirigió a Alvear.

—General, ya he dado repetidas pruebas de que no soy cobarde en el campo de batalla, y más de una vez he teñido mi lanza en sangre enemiga. Me retiro de aquí ya que no hay libertad para hablar.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada de la gran tienda donde se llevaba a cabo el convite. Apenas hubo salido, Alvear continuó con la perorata, mientras lo señaló con un cabeceo.

—General Soler, ese coronel insubordinado debe salir despedido de este ejército en el término de cuatro horas —y con una parsimonia exasperante llenó su vaso de vino hasta el borde.

Dolores asistía a Manuela, su hermana mayor, quien hacía unos meses había dado a luz. Ella, tras el nacimiento del pequeño Augusto, llevaba adelante la maternidad como si fuera una experta consumada.

Instalada en la finca de la familia, Dolores se sentía acompañada a pesar de la ausencia de su flamante esposo. La casa parecía un hormiguero, Juan de Dios Correas y Eduarda Espínola eran padres de trece hijos, cada uno con su vida pero siempre unidos.

—Adelita es perfecta, igual a ti —dijo Dolores y arrulló a la criatura.

—¿Te parece? Yo le veo el gesto del padre, sin embargo —respondió

Manuela y se rió con ganas. Su marido, Agustín Videla Ortiz, había sido uno de los últimos alcaldes del cabildo mendocino.

La niña al fin se durmió. Dolores había movido la cuna hasta colocarla del lado de la ventana. El calor de la hora de la siesta era insoportable, y esa semana había sido peor que nunca. Parecía que la ciudad sucumbiría bajo un incendio.

—Ay, querida, me parece que mi cuarto es el más fresco de la casa. Quedémonos aquí a esperar a que baje el sol.

—Manuela extendió su abanico y lo sacudió con ganas.

Dolores repitió el gesto de su hermana y no pudo evitar un suspiro. Con la mirada perdida, se sumió en sus pensamientos. Al rato percibió que Manuela la penetraba con los ojos.

—La extrañamos a Carmencita, ¿no es cierto? Me gustaría tanto que estuviera aquí con nosotras y disfrutara de este nuevo nacimiento —intentó Dolores pero el argumento de su hermana aislada del mundo en el convento ya quedaba viejo.

—Te pasa algo y nada tiene que ver con los hábitos de Carmen. Vamos, que no soy tonta —la azuzó su hermana y le imploró con el gesto que confiara en ella.

Dolores detuvo el agite del abanico y lo apoyó sobre su regazo. Volvió a suspirar, le era imposible disimular lo que pesaba en su ánimo.

—Juan se fue a la guerra.

—No es la primera vez que lo hace, Dolorica.

—Ya lo sé pero antes no era mi marido y ahora lo es.

—Pero lo conociste guerrero y así te enamoró, mujer —Manuela le palmeó la mano intentando apaciguar el desasosiego.

Dolores asintió y los recuerdos la rodearon como tromba. El cortejo había sido entre batalla y batalla, entre idas y vueltas, y ella nunca había sentido que su prometido fuera un simple mortal. Había sido siempre su dios pagano, su Vulcano, su amor ineludible, su caballero bravío. Y recordó cuando, en plena reunión familiar, a cuatro años ya, había relatado el incidente que había vivido luego de la victoria de Pichincha, en la ciudad de Quito. Todos se habían vestido de gala para agasajar a sus héroes, la mesa se había llenado de manjares y bebidas. Su Juan, con tono calmo pero fiebre en sus ojos azules, había descrito a Bolívar hasta en el más ínfimo detalle, sobre todo el tono altanero que tenía al hablar:

—¡No tardará mucho el día en que pasearé el pabellón triunfante de

Colombia hasta el suelo argentino!

Lavalle había recogido el guante, levantado su copa y respondido sin titubear:

—La Argentina se halla independiente y libre de toda dominación española, y lo ha estado desde el día en que declaró su emancipación, el 25 de Mayo de 1810. En todas las tentativas para reconquistar su territorio, los realistas han sido derrotados. Nuestro Himno consagra sus triunfos. ¡Brindo por la Independencia de América!

Sus padres y hermanos habían aplaudido la respuesta de su prometido, y Juan, arengado en su orgullo, continuó con las anécdotas. Precisamente con el mismísimo Bolívar, molesto por una respuesta que él le había dado, le había dicho en tono amenazador:

—¡Teniente coronel Lavalle! ¡Estoy acostumbrado a fusilar generales insubordinados!

Con la empuñadura de su sable corvo en la diestra, Juan le había respondido:

—¡Esos generales no tendrían una espada como esta...!

Dolores metió la mano en el bolsillo de la falda y sacó la carta que había recibido el día anterior. Su marido le contaba que tras el despido del que había sido víctima, había partido rumbo a Buenos Aires. Allí se había quedado sólo once días porque Alvear, arrepentido, lo había instado a que se llegara hasta Río Grande del Sur.

—¿Qué tienes ahí? ¿Carta de Juan? —preguntó Manuela y le sonrió, cómplice.

—Sí, vuelve a lo suyo pero estuvo unos días en Buenos Aires —dijo Dolores y continuó casi en un susurro. —No sé a qué le temo más.

—¿De qué hablas?

—Hablo del peligro de la muerte en el campo de batalla o la tentación desmesurada en aquella ciudad.

El tiempo que habían estado juntos en Buenos Aires le había bastado para notar lo que provocaba su marido entre las mujeres y viceversa. Se le iban los ojos aunque nunca había presenciado más que eso.

—Pero, Dolores, exageras, vamos —la retó su hermana, que en ese punto la desconocía por completo.

—Bueno, te leo un fragmento a ver qué me dices —desplegó el papel y buscó. Una de las principales preocupaciones de Lavalle era la injerencia de Gran Bretaña en la reyerta, más cerca de pensar en sus propios intereses que

de defender la postura argentina contra Brasil. —Parece que aceptó un convite en casa de los Riglos.

—Pero qué quieres, mujer, ¿que se encierre en una celda hasta que monte el caballo? Me asustas, Dolores. Exageras como una loca.

Y leyó en voz alta:

...esta casa es tan inglesa, participa tanto del interés que la canalla británica toma por el emperador en esta guerra, que casi se ha hecho imperial; hablamos sobre esto y me expresé con la moderación y la cortesía que se debe a las damas, pero con vehemencia y con la franqueza de un soldado: de este modo, una familia respetable, virtuosa y tan patriota en la época de la revolución, ha abandonado, sin saberlo, la causa de su Patria adhiriendo al egoísmo inglés: ¡cosas de este mundo!

Se detuvo y esperó alguna palabra de su hermana. Manuela permaneció en silencio y revoleó los ojos, al tiempo que levantaba los hombros y bufaba con ganas. No entendía qué vislumbraba su hermana en aquellas líneas. Sí, decía que había sido cortés con las damas de la casa, pero nada más. Que Juan hubiera acopiado un historial de mujeres en el pasado, no significaba que hubiera hecho de las suyas en Buenos Aires. Hasta Mendoza habían llegado los chismes de sus tropelías amorosas pero eso quedaba allá lejos y más valía perder la memoria. No pudo evitar esbozar una sonrisa al recordar aquel incidente que había vivido en casa de don Vicente Pérez, en Chile, durante aquella fiesta rimbombante. El general San Martín, al percibir cierta tristeza en el capitán Pacheco, le había consultado a Lavalle los motivos. «Cuestión de polleras», había respondido el joven capitán de entonces. Al reclamarle San Martín que fuera a reanimarlo, la respuesta de Lavalle, con picardía en sus ojos azules, había sido: «Imposible señor, porque entre él y yo, precisamente, se interponen esas polleras de que le hablaba.»

—¿Y cómo se despide de ti? —preguntó Manuela imaginando la respuesta.

—Que me ama, que no ve el día en que nos reencontremos, que extraña a Augusto, que es el hombre más feliz de este mundo por la mujer que tiene...

—Dolores miró hacia abajo con pudor. El recuerdo del cuerpo firme de Juan contra el suyo le dio escalofríos. Le hacía falta.

—¿Has visto? No diré más pero nada has de temer. En las otras ni pienses,

y de la guerra volverá sano y salvo.

La seguridad que Lavallo le había demostrado a su esposa no era la misma que había esgrimido ante su hermano Rafael al despedirse antes de partir. En una esquila le había anunciado: «Dentro de pocos meses nos veremos riendo o llorando, o no nos veremos: la República está en una crisis muy peligrosa, va a salir de esta guerra poderosa y brillante como el sol, o va a sucumbir en ella».

La casa estaba alborotada, Mariano y José volvían de la guerra. La familia había recibido la noticia del pronto regreso de los jóvenes. Ellos estaban al tanto de que los esperaban de un momento a otro —no habían dado demasiada información— y estaban preparados para la situación, pero cuando abrieron la doble puerta de calle y los vieron entrar, el griterío había dejado sordo a más de uno.

La reunión se había organizado en el patio principal. Los soldados querían disfrutar de la inmensidad de ese espacio al que hacía meses que no veían. Se ubicaron a la sombra del azahar, que aún no había florecido, pero era el sitio elegido casi siempre. Sobre la mesa descansaba un plato con pastelitos, otro con pan y manteca, el mate y una jarra de limonada fresca. Salvo por la presencia de Damasita, el resto de los allí reunidos eran adultos. Micaela estaba adentro, su madre prefería que no escuchara los pormenores del combate. No habían podido quitar del medio a Dámasa, la niña les había obsequiado tal pataleta que fue inútil, debieron sentarla al lado de sus hermanos con la cara deformada por el llanto.

José Félix, el más joven de los dos, había tenido una carrera meteórica. De alférez en el batallón de los Cazadores de Salta al mando del comandante Paz, había pasado en dos años a ostentar el grado de teniente en el ejército comandado por Martín Rodríguez, y había peleado en Ituzaingó, donde había recibido siete heridas de gravedad. Mariano, con sólo 25 años, en la misma batalla que su hermano, había recibido un casco de metralla en la mandíbula inferior que lo había desfigurado por completo.

—A pesar de todo, ya estáis aquí —les dijo el único tío vivo que les quedaba, don José.

—Sí, Pepe, lo más enteros que hemos podido —respondió José Félix con

la mirada brillante.

—Pero a ver, qué ha pasado en ese campo. A contar lo que se pueda — insistió José y reparó en su sobrina menor.

Damasita perforó a su tío con la mirada. Nadie la quitaría de allí y mucho menos le escondería lo que había sucedido con sus queridos hermanos. Mariano y José la miraron con compasión, no querían lastimarla pero conocían al dedillo la terquedad de la niña. No se detendría hasta conocer el último detalle de la temporada bélica de sus hermanos.

—Aquí estoy, vivo. Porque me dieron por muerto, Pepe —señaló José, y Juliana, Josefa y Marcelina, las tres tías, tomaron aire como si fuera la última vez. —Tan malherido quedé, que me recogieron junto a los cadáveres desperdigados por el campo de batalla. Me llevaron a San Gabriel, esperaron a que me restableciera un poco, me ascendieron a teniente primero graduado de capitán y me pasaron al Cuerpo de Inválidos.

—Querido, cuánta suerte has tenido. Estamos tan contentas de que te encuentres aquí con nosotras —intervino Marcelina y se tomó de las manos con fuerza, para ver si de ese modo atragantaba las lágrimas.

El Ejército Republicano había logrado varios triunfos desde los primeros días de 1827: una toma en Bagé y los encontronazos de Bacacay y Ombú. Pero el más llamativo había sido el que se había llevado a cabo el 20 de febrero en las cercanías del vado de Rosario, pocas leguas al este de las Misiones Orientales. El Jefe del ejército había atraído a la gran mayoría de las fuerzas imperiales a un enfrentamiento en la vera del río Santa María, para ver si lograban de una buena vez recuperar el control de la Banda Oriental, que estaba en manos brasileñas desde 1820.

—¿Y cómo los han tratado allí? —preguntó Juliana con preocupación.

—Nunca tan bien como en casa —la voz de Damasita silenció al resto de la familia. —Miren cómo me los devuelven.

La niña pestañeó varias veces, miró a todos, uno por uno, con la parsimonia de una sabia milenaria. Dio unos pasos y se acercó a la mesa. Con mucho cuidado levantó la jarra de limonada, que pesaba como el anca de una vaca, y sirvió dos vasos. Despacio, se los dio a sus hermanos, que tomaron un sorbo, a sabiendas de que era imposible rechazarle el gesto a la Damasita.

—Pero aquí estamos y te prometo que por mucho tiempo —dijo José en el medio de un abrazo. —¿Qué te había dicho yo antes de partir? Que volvería, ¿no es cierto? Pues mírame.

Y extendió los brazos todo lo que las heridas le permitieron. Largó una

risa corta y el resto lo imitó. Damasita no pudo esconder la sonrisa y regresó campante a su sitio. A diferencia del resto, miraba a su hermano Mariano como si no le hubiera sucedido nada. La cara del joven ya no era la misma, aquello era evidente, pero la niña no quería recordárselo cada vez que posaba sus ojos en aquella monstruosidad. La lesión aún estaba demasiado fresca y ella creía que con sus cuidados se restablecería por completo.

—¿Pero por qué tardaron tanto en enviarlos a casa? —cuestionó Josefa.

—Así son las cosas, debimos cumplir varios requisitos y pedir el traslado. Quedé entre los heridos que no pudieron abandonar San Gabriel. Recién al restablecerme pedí que me enviaran al Cuerpo de Inválidos y aquí estoy, con el ascenso de grado a capitán a costas —dijo Mariano y se dirigió rumbo al muro del patio, donde trepaba el jazmín de Castilla, en busca del olor de la flor que siempre inundaba la casa. Faltaban unos meses todavía para que aparecieran los brotes blancos.

José continuó con el relato de la guerra. Con sus jóvenes 18 años revelaba un entusiasmo que los mayores de la familia no tenían. Al igual que su hermano, si por él fuera habría seguido combatiendo hasta el final, las heridas eran lo de menos.

—Fue una contienda sangrienta, Pepe. Sorprendimos a la tropa brasileña; como ellos pensaron que nosotros habíamos cruzado el río la tarde anterior a la escaramuza, cosa que no hicimos, se relajaron por demás y los arrasamos. Ellos perdieron 1.200 hombres. Nuestro jefe, el coronel Paz, ha sido destacado por su enorme valor y se ganó el ascenso a general —aseguró el joven Boedo.

Desde el zaguán que daba acceso al interior de la morada, llegó una de las criadas con una jarra llena y una canasta pequeña con nuevos dulces. Tomó el recipiente vacío y se retiró con el mismo sigilo con el que había entrado.

—Pero no olvidemos las actuaciones de Brandsen y de Lavalle. Sin ellos, la victoria no hubiera sido posible —agregó Mariano y cambió de cara. — Ahora, el que no salió muy bien parado de todo el asunto fue Alvear.

—¿Qué pasó con el Jefe máximo esta vez? —le preguntó su tío creyendo adivinar lo que se vendría.

—El general se daba lustre con la victoria, aunque durante el combate casi ordena degradar a Paz, por haber lanzado un ataque sin esperar órdenes. Y después de la batalla, en vez de seguir la ofensiva, hizo quedar quietito al ejército... hasta que los brasileños nos obligaron a ir perdiendo terreno, como era de imaginar. Así que don Carlos tuvo que ordenar que empacaran sus

baúles, montasen en un carronato sus bártulos, incluido su cocinero francés, y volver a Buenos Aires, a dar explicaciones... —agregó Mariano con ironía.

El sol empezó a escapar y un hilo fresco les recordó que el tiempo había transcurrido sin darse cuenta. Siguieron con la cháchara un rato más. Los muchachos respondieron las preguntas, agregaron algo de dramatismo: contaron los cadáveres desperdigados por el campo, entre los que destacaron el del alférez Ignacio Lavalle, hermano menor del ahora general, brioso joven que tanto había prometido y en quien habían fundado las más brillantes esperanzas; pero que no había podido ser; la herida que había recibido el díscolo Juan Galo, cuando una bala le atravesó la parte superior de la pierna izquierda, tocando ligeramente uno de sus huesos, el vahído que lo había inclinado sobre el pescuezo de su caballo y la sangre que había corrido por su boca; cuidaron la lengua a la hora de describir las vísceras colgantes y el olor nauseabundo, aunque aquello era difícil de olvidar a pesar de las flores que adornaban el patio. Las hermanas pidieron más información de algunos soldados, si era el pariente de tal, marido de cual o soltero en condiciones; Pepe, en cambio, reclamaba afiliaciones políticas. La respuesta era contundente: se peleaba contra el enemigo exterior, allí todos se habían unido frente al extranjero.

—Algunos de aquí cerca parecen tan extranjeros como los del Imperio —acotó el mayor de los Boedo.

—Calma, tío, ya verás que esta victoria será bien aprovechada cuando empiecen las negociaciones —dijo Mariano, siempre entusiasta.

Marcelina, Juliana y Josefa volvieron sobre lo suyo y enumeraron una lista de atributos del general Lavalle. Damasita cambió de interés y escuchó con atención lo que sus tías tenían para decir.

CAPÍTULO

III

Damasita se había encargado, los últimos años, de transformar la figura de su tío en la de su padre muerto. José había tomado el lugar con un compromiso firme y eterno. Era el único varón que quedaba vivo y así debía ser. Toda la familia estaba atenta al comportamiento de la niña de un modo especial. Había otros niños en la casa pero la pequeña Dámasa se llevaba la mayor atención.

Prefería estar rodeada de adultos; cuando la reunían con niñas de su edad casi siempre se aburría y convertía el juego en una pesadilla. Le interesaba poco y nada lo que decían y hacían los niños de su edad; tenía una legión de muñecas arrumbadas en su habitación, a las que ignoraba por completo. No le gustaban, no las entendía, ¿qué se hace con una muñeca de trapo? Las miraba con sus ojos de botón, aunque había alguna que otra tuerta por las contingencias que les había obligado a padecer, y las sentía ajenas. Agradecía cuando le ampliaban la colección —le habían enseñado a ser cortés ante todo—, pero las entregaba a una total indiferencia. Ni miedo a la noche le daban.

La única amiga con la que le gustaba compartir juegos, risas y también silencios, era Juana Manuela Gorriti, a la que veía poco y nada ya que, en general, estaba instalada en la estancia de la familia. No era el caso en aquellas últimas semanas. La madre y la hija habían regresado a Salta luego de la asunción definitiva de Gorriti a la Gobernación. Uno de sus hermanos, Pachi, había derrocado al Gobernador Arenales y había sido electo para ocupar el cargo. Pero había rechazado el nombramiento, que había vuelto a caer en su hermano José Francisco. De nuevo Gorriti en el poder, y de nuevo doña Feliciano y Juana a bordo del carruaje rumbo a la ciudad.

Damasita estaba en su habitación con la camisa de dormir. Era entrada la mañana y seguía allí, esperando que alguien la viniera a vestir. Había pocos ruidos en el sector de las habitaciones, parecía que aún nadie se había levantado. Sin embargo, hacía rato que escuchaba el bullicio de la cocina, alejado de allí pero siempre entrometiéndose cuando uno menos lo esperaba. Regresó a la cama y se tapó hasta la nariz. Cerró los ojos intentando volver a

dormir pero se rindió al instante. Imposible. Revoleó las cobijas y saltó de la cama; empezó a dar pisotones para ver si de ese modo llamaba la atención de alguien, pero nada. Resopló fastidiosa. Empezaba a tener hambre; la panza aullaba, voraz.

Luego de unos minutos que parecieron horas, el chirrido de la madera le avisó que alguien, al fin, entraba. Con la ceja levantada recibió a Josefa.

—Me habían abandonado, tía —se lamentó. —Los pasillos son un páramo, ¿qué ha pasado?

—Nada, Damasita. Anoche hubo fiesta en casa del Gobernador y hemos vuelto entrada la noche —sonrió Josefa ahogando un bostezo. —Pero si sabías adónde íbamos, ¿por qué tanto cuestionamiento?

—Es que tenía hambre y ya es tardísimo.

Josefa largó una carcajada y se dirigió al ropero. Miró a la niña de arriba abajo; hacía frío, debía abrirla.

—¿Y no vino Ofelia a traerte el desayuno?

—No vino nadie, nadie se acordó de mí, no les intereso

—Damasita abrió los ojos como platos y estiró los brazos cortos con las manitas como garra.

Josefa giró para evitar que su sobrina le viera la cara desfigurada por la tentación. ¡Tan chica y tan exagerada! Le causaba una gracia inmensa.

—Vamos a vestirnos que luego te enfermas.

En ese instante apareció la negra Ofelia en el umbral, con el tazón de chocolate y un plato con varias lonjas de pan con manteca. Damasita aplaudió y se abalanzó sobre la nana.

—A ver niña, que me va a tirar todo encima; que se siente en la silla y le apoyo el alimento sobre la mesa —dijo la criada y acomodó todo.

—Qué suerte que has llegado, Ofelia —Josefa le sonrió con complicidad. —Íbamos a tener un problema muy serio aquí.

—Se nos retrasaron algunas tareas, doña Josefa. Hubo que salir como tejo a reponer algunas cosas que se habían acabado.

—No te preocupes, ya estamos.

—Sí, que se preocupe que casi me enferman —vociferó Damasita sin dejar de comer.

Las mujeres rieron ante la ocurrencia de la niña y se repartieron las tareas: Ofelia tendía la cama y Josefa preparaba la ropa de su sobrina a paso lento. Estaba un poco desconcentrada, ella y su marido, Domingo Cardo, se habían acostado más tarde que de costumbre, la fiesta había durado hasta altas horas

y no habían sido de los primeros en retirarse. El salón de estrado en la residencia del Gobernador se había llenado de invitados. Gorriti había abierto el baile con el primer minué y, tras él, las parejas habían copiado el vaivén de faldas y piernas. Las señoras entradas en años preferían deleitarse observando, abanico en mano, esa pieza de elegancia suprema, de airoosas y estudiadas genuflexiones, la mano estirada suplicante a la dama correspondiente y la intromisión de una sonrisa agradable con una frase de una finura extrema.

—Vamos, Damasita, a vestirse —le ordenó Josefa.

La niña levantó sus bracitos y de un tirón le quitaron la camisa de noche. Con la velocidad de un relámpago le pusieron un vestido de franela a cuadros, azul y maíz, las medias de algodón y las botinetas negras.

—Aquí ahora, a que te peine Ofelia.

Damasita cumplió y se sentó frente al tocador, dándole la espalda a la criada. Ofelia tomó el cepillo y con sumo cuidado se lo pasó por el largo pelo rubio.

—¿Pero qué haces, Ofelia? —la detuvo Josefa.

—Peino a la niña —y levantó los hombros, azorada.

—Pero no le desarmes los rizos, me haces el favor —ordenó con fastidio.

—Es que le iba a hacer dos simbas, (3) doña Josefa —y se secó las manos transpiradas por los nervios.

—Pero, mujer, ni simbas, ni nada. Ese peinado es para las vecindades alejadas de aquí. En esta casa no se usan las trenzas —dijo doña Josefa y notó el pudor que obligó a la criada a esconder su peinado, algo imposible de lograr. —Bueno, basta, olvidemos esto y retuércete los rizos a mi sobrina.

Damasita iba de una mujer a la otra con ojos avispados. No le gustaba que se pelearan, y mucho menos por culpa de ella.

—Tía Josefa, no la retes que muchas veces le pedí yo que me hiciera las simbas — y sonrió de oreja a oreja.

Las carcajadas volvieron a inundar la recámara de Damasita. Era difícil reprender a la niña, sus ocurrencias eran insólitas y seducían a todos por igual.

Cuando llegó la noticia a Buenos Aires de la victoria del Ejército

Republicano sobre los brasileños en los campos de Ituzaingó, la alegría fue inmensa. Hubo salva general de artillería y repique de campanas, y excusa perfecta para los bailes, música y hasta tres noches de iluminación en la ciudad.

Pero no fue el mes de febrero el único momento que eligieron para celebrar aquella victoria. El 25 de mayo, fecha emblemática para los honores y sobre todo bien aprovechada por el presidente don Bernardino Rivadavia, también apuró un festejo. Temprano al amanecer aparecieron colocadas, sobre las cornisas de la catedral, tres banderas en campo verde, con sus escudos del Imperio, además de otras que habían sido tomadas a los enemigos desde la emancipación política.

Sin embargo llegó el día en que dejaron de celebrar. La mayoría de la ciudadanía penaba por todos los males que les habían causado la financiación de la guerra y el bloqueo del puerto. La miseria empezaba a notarse por la falta de comercio, las artes —aspiración tan venerada por Rivadavia—, arruinadas, la agricultura destruida por falta de brazos —muchos habían partido a combate— y las familias sin recursos por no tener en qué trabajar, pues todo se hallaba paralizado. Cuchicheaban en las esquinas que todo estaba sumamente caro, que no se ganaba para comer y si seguía así, vendrán a papar los ricos en pobres y éstos perecerán, que los médicos, antes, llevaban por cada visita 4 reales y hoy apenas 2, que los boticarios, por despachar una receta, pedían un peso y hoy piden 4, que los pobres, por no alcanzarles para estos gastos tan exorbitantes en una enfermedad larga, se dejan morir de necesidad o sanar por la providencia; se llevaban la mano a la frente y negaban con la cabeza una y otra vez, y ¡qué lamentable situación!, y qué Patria desgraciada. Para qué recordar que los alquileres de cuartos y casas se encontraban en valores desmedidos, que si un rancho que antes valía 2 pesos al mes hoy cuesta 8, y al tenor de esto una casa que costaba 25 pesos hoy cuesta más de 60, por lo que nos hemos visto reducidos a vivir fuera de la ciudad, o al campo o a la quinta, sin embargo que allí también están subidas pero siempre es más barato; y no somos los únicos en padecer, últimamente aun los sacerdotes, para decir misas encomendadas, muchos de ellos piden 2 pesos, que ya es casi general, y algunos hasta piden 4, lo que antes sólo era un peso; y qué barbaridad, estos males nos acarrea la guerra y sí, en este estado se halla Buenos Aires, después de haber sido una ciudad tan rica y poderosa, y Dios quiera que todo se componga, porque si así sigue un año más, quedará reducida a la mayor de las miserias.

La guerra con el Brasil había vaciado las arcas y Rivadavia había empezado a desesperar. Buscando una solución para evitar el desbarranque, había recurrido a Manuel José García para enviarlo en misión diplomática al país vecino, para iniciar las tramitaciones de paz. Las reuniones se habían llevado a cabo con normalidad, aunque los ministros brasileños no habían dado el brazo a torcer. Al fin firmaron la Convención Preliminar de Paz, que disponía, entre otras cosas:

La República de las Provincias Unidas del Río de la Plata reconoce la independencia e integridad del Imperio del Brasil y renuncia a todos los derechos que podría pretender al territorio de la provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, la cual el Emperador se compromete a arreglar con sumo esmero, o mejor aún que otras provincias del Imperio...

A su regreso a Buenos Aires, García presentó el documento al presidente y al Congreso Nacional. Rivadavia lo desaprobó en el acto. Al mismo tiempo, la opinión pública reaccionó con indignación y la ciudad se cubrió de panfletos en contra del ministro y del Presidente. Tan sólo nombrar a Rivadavia producía urticaria en los vecinos. La noticia de la negociación fallida había precipitado los acontecimientos, pero la cosa ya había empezado a resquebrajarse por la enemistad creciente de las provincias del Interior gracias a la Constitución centralista dictada el año anterior y las presiones de Gran Bretaña para acordar una paz que garantizase la reanudación del comercio exterior.

Sintiéndose acorralado, Rivadavia renunció como Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata ante el Congreso, y le entregó el mando a Vicente López y Planes, quien asumió como presidente provisional. Intentó manejar la transición con templanza y negociación: propuso un gabinete con Agüero y Dorrego, y una tercera pata con Tomás Guido para ganar la confianza de San Martín, a quien tenía pensado convocar si continuaba la reyerta con Brasil. Nadie aceptó. Continuó con los cambios y destituyó a Alvear del mando del Ejército y en su lugar colocó al oriental Lavalleja, y a Paz como Jefe del Estado Mayor.

La furia de Lavalle engeguenció su razón. Consideraba que por antigüedad él era merecedor del ascenso, el «león de Río Bamba» consideró el gesto como una traición a todas voces. Era evidente su postergación, la proximidad

al gobierno caído era su estigma. Casi al mismo tiempo, el presidente provisional nombraba comandante general de las milicias de la campaña de Buenos Aires a un entusiasta y novel Juan Manuel de Rosas; su primo, Tomás Manuel de Anchorena, ocupaba el Ministerio de Hacienda. El sector rural entraba a jugar en la contienda del poder. Pero las presiones no se detuvieron, el Congreso se disolvió y cesaron nuevamente las autoridades nacionales y la Constitución.

La provincia de Buenos Aires recuperó su autonomía y eligió a Manuel Dorrego como gobernador. Asumía el más federal de los federales. El partido unitario se crispaba y sus hombres empezaban a armarse otra vez.

A las habitaciones habituales de Juan Galo en casa de los Lavalle se le habían sumado las de dos de sus hermanos. Así lo había dispuesto su padre al enterarse de que su hijo llegaría hasta Buenos Aires para terminar de recuperarse de la herida sufrida en combate. Había pedido licencia y se la habían otorgado. Ese sector de la residencia de Manuel de Lavalle Cortés se había convertido en la vivienda del general herido. En la que oficiaba de pequeña sala, lo acompañaban Pepe, Josefa y don Manuel.

—Tampoco hace falta tanto. Me puedo quedar solo también, ¿eh? —los retó Juan Galo con una sonrisa.

—¿Para qué has vuelto a casa? Para que te cuidemos, hermano querido, y aquí estamos en eso —respondió Josefa y le acomodó el almohadón que descansaba debajo de su pierna izquierda.

Juan le palmeó la mano con cariño. La espío desde el sillón donde estaba tendido, quiso buscar los sentimientos de su hermana menor. Mientras él se batía en campos riograndenses hacía poco menos de un año, Pepa había sufrido un golpe terrible: en cuarenta y ocho horas había sufrido las muertes de su marido, Juan Pablo Sáenz Valiente —sobrino del antiguo director supremo Juan Martín de Pueyrredón— y de la última hija de ambos, Juana Elena, que no había llegado a vivir un mes completo. Desolada, debía soportar su dolor como podía por amor a sus otras dos pequeñas niñas, Juana Mercedes y Matilde Josefa. Don Manuel cruzó miradas con su hijo, esto bastó para que Juan entendiera que debía aceptar los cuidados de su hermana, que así se sentía mejor, que las distracciones calmaban la pena, que no la

dejara sola.

—Pero mira que en cuanto tus curaciones lleguen a buen puerto y mi pierna vuelva a caminar, regreso al cuartel —Juan intentó descomprimir.

—¿Así que vuelves a Cerro Largo? —preguntó Juan José.

—Antes paso por Mendoza a ver a la familia, que tanto pregunta por mí.

Don Manuel disimulaba pero también sufría la pérdida de otro ser querido. La muerte de su hijo de 20 años, Ignacio, en Ituzaingó, lo había quebrado. Le traía, otra vez, la tristeza que parecía no tener fin. Siete años atrás había perdido a su querida esposa, Mercedes, pero sus hijas mujeres se habían encargado de hacerle menos difícil el vacío. Y ahora, un hijo. La vida volvía a golpearlo, sin embargo intentaba mostrar una cara menos mustia. A veces no lo lograba.

—Esta ciudad empieza a oler mal, Juan. Y nada tiene que ver el río en todo esto. Presiento que algo cercano al espanto sucederá más temprano que tarde —Pepe volvió al asunto que le inquietaba, el nuevo gobierno.

—He salido poco pero lo suficiente como para avizorar algo que me inquieta por demás —señaló Juan y se incorporó en el asiento.

—Lo noto por las calles, hay una suerte de prepotencia en algunas personas. No sé cómo explicarlo pero los tenderos de los alrededores de la plaza Victoria, (4) por ejemplo, empiezan a mostrar otros modos —agregó Josefa, que acostumbrada a los beneficios de su clase, no aceptaba el nuevo estado de cosas. —Esos federales de chaqueta redonda no sé por qué han avanzado tanto. Es imperdonable.

La hostilidad habitual entre los jóvenes cultos, los caballeros de levita o frac y los orilleros o chacuacos de los barrios alejados del centro había cobrado fuerza con el desembarco de Dorrego en el poder.

—M'hija, así es. Como si hubiéramos descendido moralmente, ¿no es cierto? —contrastó don Manuel y se perdió en sus pensamientos.

—Así es, padre. Y el responsable de todo esto tiene nombre; en vez de conciliar y agradecer, lo que un hombre decente hubiera hecho, pues no, ha fustigado y abonado la divergencia —dijo Pepe y en silencio masculló aun peor.

El Gobernador de Buenos Aires, apenas asumido el mando había hecho pública —a los gobiernos de otras provincias y a la Legislatura— su inflamada condena para con la administración anterior. Además había concretado, con el gobierno de Córdoba, que los hombres públicos del unitarismo no pudieran salir del país y respondieran a los cargos que se les

fuera a hacer; también había ordenado que removieran a los empleados que no vistieran sus colores.

—Qué desgracia, Pepe. Estamos en manos de un loco, de un desaforado —sentenció Juan, y su hermano y su padre se quedaron mirándolo, era raro escuchar de su boca que tocara esos temas. Era un hombre de acción, no de reflexión, y lo que realmente lo desvelaba era el deterioro en el que se había sumido su ejército; sentía que sus fuerzas eran estériles.

—Es más que preocupante el lugar en el que han quedado los que han sido desalojados del poder. Le juro, padre, que a veces pierdo las ganas de renovar esfuerzos por la organización nacional —insistió Pepe y suspiró con hastío. —Por momentos pienso que sería un sacrificio inútil, un envilecimiento irreparable.

—¿Habrá que aislarse y reconcentrarse, entonces? —se preguntó don Manuel, como si pensara en voz alta. —La creación de un poder estable nacional se halla todavía a mucha distancia de nosotros.

—No es con esta gente, evidentemente, con la que saldremos adelante. No hay otro asilo para nosotros que nosotros mismos —murmuró el hermano mayor y tomó *El Porteño* (5) que estaba sobre la mesa. —¿Has leído el prospecto, Juan? Me llamó la atención un fragmento, deja que lo lea: «A las orillas del majestuoso Plata no deben pronunciarse ya los nombres de unitarios y federales... Porteños y sólo porteños debemos ser todos por ahora. Esta palabra mágica puede unirnos».

—Eso puedes decirlo tú, Pepe, pero he oído que los otros días, en el Café de la Comedia, (6) hubo un escándalo estrepitoso. Unos reos de este gobierno apalearon a dos oficiales unitarios. Les digo que ya es un peligro andar por la calle —dijo don Manuel.

—No es la primera vez que se cuecen habas en ese café, papá. Allí les dieron la última comida a los condenados a muerte por el Motín de las Trenzas. (7) —Juan Galo largó una risotada y agregó. —Parece que antes del cadalso comieron gallina hervida y puchero de garbanzos y tomaron vino carlón. Un poco de alegría antes del final.

—Pero eso es cuento viejo, Juan. Con lo que me gusta salir a pasear un poco por las calles, ahora me da miedo. Andan armados, no se sabe ni cuándo ni dónde puede agarrarte una gresca —señaló Josefa.

—No te ofusques, Pepita, no debemos permitir que nadie nos gane lo que es nuestro. El honor ante todo. Esta ciudad es nuestra y estamos obligados a defenderla de los excesos de Dorrego. Hablando de comida, me dio hambre.

Que alguien me traiga algo de comer —concluyó Juan Galo y sedujo a su hermana con la mirada celeste.

3- Así le decían los indios a la trenzas.

4- Hoy Plaza de Mayo.

5- El periódico redactado por Juan Cruz Varela y Manuel Bonifacio Gallardo.

6- Inaugurado en 1804, estaba ubicado frente a la Iglesia de La Merced, en las actuales Reconquista y Perón. Debido al pésimo estado del techo, este café debió ser clausurado y ya no volvió a abrirse.

7- Una sublevación militar ocurrida en Buenos Aires la noche del 6 de diciembre de 1811, en la cual los soldados y suboficiales del Regimiento de Patricios se negaron a acatar órdenes del Primer Triunvirato.

CAPÍTULO

IV

Fuera uno a saber por qué, aquella tarde, Damasita no padecía la persecución constante de alguna de sus tías. ¿Andarían ocupadas en otros quehaceres? Menos averigua Dios y aprovecha el campo libre, pensó la niña, abrió la puerta de su dormitorio y enfiló hacia los pies de la casa. En la cocina pasaban cosas, así la creencia de la niña y nadie podía lograr que cambiara de parecer. La ahumada pieza que ocupaba el último lugar de la casa no se detenía nunca y ninguno de sus ocupantes la controlaba demasiado. Allí sentía una libertad única, era raro que se cruzara con alguno de sus familiares, salvo que hubieran ido hasta allí a dar alguna orden. Pero Damasita conocía bien los horarios de aquellas actividades. Ya había pasado la hora de las listas, el momento en que Juliana o Marcelina entregaban el recuento de labores a cada criado y los menús del día.

Cruzó el umbral y allí estaba cada una llevando a cabo su faena pero con la concentración lábil, intervenida por chismes, carcajadas y alguna estrofa. El hogar ardía, la leña gemía y hacía lagrimear a Antonia, la cocinera, como era la costumbre. El humo que despedía la leña verde le hacía picar los ojos, tanto o más que el ají o la pimienta cuando, luego de tocarlos, sin haber pasado las manos por el agua y el jabón, se restregaba los ojos.

—Tenga cuidado, niña, que no le pinche el humo, a ver si después me vienen con el dedo levantado —le gritó la negra Antonia mientras se abanicaba la cara con el delantal.

Damasita guardó una distancia prudencial y ahí se quedó. Nada la obligaría a salir de allí, pasar el rato en la cocina junto a las criadas era una de sus aventuras dilectas. Con los ojos de plato quedó mirando el jugo espumoso y cristalino que soltaba la leña ardiente. Antonia empezó con los soplidos hacia la patilla (8) para agigantar el fuego, lo prefería antes que el soplador. (9) Confiaba más en sus pulmones. Con la cara oscura bien cerca de la leña, afirmó las manos sobre la patilla y estiró el hocico hasta convertirlo en un cañuto cerrado; sopló y resopló para que saliera el aliento con mayor fuerza y lloró sin pena en el corazón hasta que venció la humareda. Cuando la cosa se

puso mejor, colocó la olla de barro cocido sobre el fuego, con el agua y los ingredientes que luego se transformaría en el caldo infaltable de todos los días.

—¡Qué rico, Antonia! —se le hizo agua la boca a Damasita y aplaudió imaginando el sabor del menjunje.

—No se adelante, niña, que todavía falta algo —apuró la negra y no quitó la atención a la olla.

—Siempre es una delicia, hagas lo que hagas —sonrió Damasita y arrimó el banco y se encaramó sobre él para observar hasta el más mínimo movimiento.

Antonia largó la risotada, buscó unas hojitas de menta que tenía en un rincón de la mesada y le ofreció un trozo a la niña. Damasita no preguntó qué era y en un segundo se lo llevó a la boca. Todo lo que pasaba por las manos de Antonia era un manjar.

—Bueno, ahora sí —dijo Antonia y se persignó antes de que largara el hervor. —No me mire así, niña Dámasa, que parece un fantasma. Si le omito al caldo la señal de la cruz, el diablo mete su cola dentro de la olla y sale lleno de pelos pequeños, como de gato.

Y sin darle importancia al estupor de Damasita, empezó a agregarle las salchichas, el tocino, la carne de vaca, el arroz, el puñado de garbanzos, los porotos, las papas enteras y las coles. Y con un cabeceo autorizó a la niña a que le echara el clavo de olor y otras hierbas.

Como una tromba hicieron su entrada Ofelia y Rigoberta, que llegaban desde los dormitorios munidas de cobijas y ropas de cama. Al ver a la niña pegaron un alarido.

—Pero cuidado con la rubita, Antonia. No se vaya a caer adentro del caldero —azuzó Ofelia entre risas aunque algo preocupada por el arrojito de la niña.

Damasita corrió hacia donde se habían instalado las muchachas. Ofelia y Rigoberta empezaron a repartir las prendas en dos pilas diferentes. Las más sucias de un lado; las que aguantaban un poco más, en la otra.

—¿Recién traen la ropa? ¿Pero qué han estado haciendo hasta esta hora? —dijo la negra.

—Cosas, muchas cosas, Antonia. Y que no te metas en donde no te llaman, ¿estamos? —Rigoberta se paró y, con los brazos en jarra, la miró desafiante.

La cocinera pegó la vuelta y buscó un cucharón de madera para continuar

con el puchero. Prefirió abandonar el probable altercado con las muchachas y dedicarse a sus menesteres. Damasita apretó la boca y volvió con Antonia, pero con un ojo siguió de cerca lo que hacían las criadas. Regresaron a lo suyo y mientras acomodaban le dieron a la lengua como que hay un Dios, que habrase visto el metejón que tuvo la Eladia, ¿pero cuál, que ya me olvido de todo?, si es la que trabaja en el caserón de la otra punta, la del ojo envalentonado, esa que cambia de fusta como de bombachudo, parece que anduvo en la plaza de festejo del Carnaval, y que se le arrimó uno de tal por cual y cuando la noche escondió los actos mas no los ardores de la sangre, el valiente se le plantó frente a frente y le cantó:

*Dicen que la mar es ancha;
que caben muchos navíos.
¿Cómo si la mar es ancha
no cabe un suspiro mío?*

Ay, pero había sido meloso el joven aquel, si habrá sido suertuda la Eladia, que siempre la rondan y a nosotras qué, y si será brava la chinita que levantó la barbilla y le retrucó al mozo:

*De aquel cerro verde
bajan mis ovejas,
unas trasquiladas,
otras sin orejas.*

Y así como la ves, de una oreja se lo llevó lejos, donde las estrellas ya no alumbran y le quitó las ganas de seguir con la cháchara, pero Rigo que me falta el aire, que me haces reír, loca de toda locura, y sin más acabó todo en un periquete, cuidado con esta camisa que es de don José, hay que dejarla mejor de lo que sale, no vayan a castigarnos, y dale que dale con la carcajada, la mano que acaricia suave y la charla sin aire, y que aquel criado de la casa que queda detrás de la plaza, ¿has visto qué guapo?, pero qué macana que ahora andan de un lado o del otro, y en lo único que se interesan es en el cuento del unitario o del federal, es que el Gorriti del gobierno es unitario y el Pachi se nombró federal, enemistados entre la familia, si será de Dios, y ahora que nos quedamos sin changos, que todos se van a la guerra, si Salta se queda sola, Salta será la ciudad de las mujeres...

—A ver si la terminan de una vez, loros —ordenó Antonia y las incineró con su mirada azabache.

A su lado, Damasita había bajado la cabeza ocultando el pinchazo que le había traído a la mente el recuerdo del nuevo éxodo de su hermano José Félix, que había partido rumbo a Chuquisaca. Cuando sus hermanos se alejaban le faltaba el aire. No podía respirar en paz si pensaba en la ausencia a la que la obligaban sus hermanos, el miedo a la oscuridad, la pavora de la muerte.

A fines de abril, Lavalle volvió a pedir una licencia temporal y regresó a Buenos Aires. Visitaba a su familia, era una buena oportunidad para volver a ver a su padre y a sus hermanos, pero el asunto que le urgía de verdad era concertar una reunión con el Gobernador. Percibía que no era la escasez de dinero lo que conspiraba contra el sostén del ejército, era la falta de voluntad política. Tomó fuerzas —no le costó demasiado— y se dirigió al Fuerte, adonde lo aguardaba Dorrego. Tras el anuncio, el Gobernador no lo hizo esperar y lo recibió en su despacho. No era el primer general que se entrevistaba con el hombre fuerte de Buenos Aires, muchos jefes del ejército habían bajado a la ciudad y habían logrado una reunión satisfactoria. Para congraciarse con ellos, Dorrego les había abonado parte de sus sueldos atrasados.

—Pero pasa, Juan, dichosos los ojos que te ven. Tenía ganas de este encuentro —dijo Dorrego con los ojos negros sonrientes y los brazos abiertos.

Lavalle se dejó hacer, recordó aquellos tiempos en que era su subordinado, en 1814, cuando sólo tenía 17 años y admiraba profundamente el arrojo de sus superiores.

—Buenos días, Gobernador, no quiero hacerle perder tiempo y seguramente sabrá los motivos de mi pedido —Lavalle fue al grano. —Siento que mis fuerzas me son extirpadas con este ejército inerte. Hago todo lo posible por no perder las esperanzas de que las huestes mejoren pero a veces dudo. Y no me gusta dudar, la duda no forma parte de mi vida, no es lo que me han enseñado.

—Bueno, bueno, antes que nada quiero agradecerte por los informes que

me han llegado de tu mano. Siempre tan precisos, tan necesarios —lo interrumpió.

—No sé si le habrán llegado los más importantes, Gobernador. El estado penoso en el que se encuentran los escasos 3 mil seiscientos hombres y la desmoralización en la que se encuentran...

—Te doy mi palabra de que las deudas se pagarán. ¿Cuánto suma la tuya? —y Dorrego le clavó la mirada negra.

—Son mil pesos, pero el dinero no es el único problema en la tropa. Es la inadecuada conducción de Lavalleja.

Lavalle se quedó mirándolo, no le bajó la vista. Sabía a quién tenía enfrente, si se mostraba débil, dubitativo o sin la firmeza suficiente, ligaba el zarpazo. Entre soldados se conocían de memoria.

—Los pesos te serán decretados inmediatamente; y te prometo que en breve ordenaré una reorganización seria del ejército, empezando por colocar a Lavalleja bajo el mando de Soler.

—Gracias, Gobernador —dijo Lavalle y Dorrego levantó las cejas tratando de ocultar la hilaridad que le provocaba la situación.

Juan Lavalle, orgulloso de sus nuevas galas de general, tenía que seguir las órdenes de un «simple coronel», ahora gobernador y capitán general de la Provincia. Al «León», siempre tan cajetilla, estas paradojas jerárquicas lo debían estar carcomiendo por dentro, imaginó Dorrego.

—No le robo más tiempo y le agradezco otra vez —dijo Lavalle a modo de saludo.

Con un golpe seco de los tacos de sus botas y una reverencia leve, se despidió del Gobernador de Buenos Aires y salió de su despacho. Afuera lo esperaban dos guardias, que lo escoltaron hasta la salida. Pisó la calle y respiró con tranquilidad. Podía pensar sin la presencia de Dorrego en el aire. Sus palabras habían calmado algo de su ansia. Había prometido arcas llenas y un cambio de liderazgo. La tormenta que ensuciaba el horizonte parecía disiparse. Vendrían tiempos de cambio.

La caminata hasta su casa fue a paso manso, hasta se había olvidado del dolor intermitente de la pierna herida. Descansó poco y nada, a las 8 de la noche debía cumplir con una invitación: la esposa de Juan Ramón Balcarce, doña María de la Trinidad García Mantilla, al enterarse de que estaba de regreso en la ciudad, lo había convidado a la tertulia que ofrecía aquella noche. Se cambió la camisa, se calzó el mejor sombrero y partió rumbo a lo de Balcarce.

El salón ya estaba colmado cuando llegó. Damas y caballeros haciendo lo suyo, cada cual en su situación; abanicos que iban y venían, vasos que se vaciaban para volverse a llenar. Balcarce, al verlo entrar, se le acercó con la promesa de un abrazo.

—Juan, bienvenido a mi casa. Trinidad está encantada con tu presencia —dijo Balcarce y le palmeó la espalda. —Supe que hoy tenías una reunión con Dorrego, supongo que habrán colmado vuestras expectativas.

El otrora Gobernador Intendente de Buenos Aires antes de la anarquía que había asolado a la provincia y actual ministro de Guerra de Dorrego había dejado atrás —y guardado bajo decenas de cerrojos— aquellos tiempos en que había peleado duro y parejo en contra de los federales de la provincia de Santa Fe. Habían pasado poco más de diez años, la memoria era lábil, mejor recordar lo conveniente y olvidar otro tanto. Dorrego también lo había olvidado. Sólo aparecían los recuerdos de ambos en la segunda campaña al Alto Perú, donde habían compartido bando y lucha denodada. Buenos Aires los volvía a encontrar y esta vez bajo la bandera federal.

—¡Juan, pero qué alegría que hayas podido venir! —saludó la dueña de casa y le extendió la mano para que se la besara.

—Soy yo quien debe agradecer la invitación, doña Trinidad —respondió Lavalle y cabeceó galante.

—Ven conmigo que quiero presentarte a unas personas. —Doña Trinidad lo tomó del brazo y lo miró con desafío—. ¿O es que has perdido la audacia?

—Igualarlo en coraje es muy difícil; superarlo, imposible. Así decía nuestro querido San Martín, ¿no es cierto? —intervino Balcarce sonriente.

—Qué tiempos aquellos, cuánto nos valdría ahora un hombre como él —dijo Lavalle y se dejó llevar.

Balcarce se quedó mirándolo, más que mirarlo parecía escrutarlo. Quería saber qué pasaba por su cabeza en ese momento. Y la música interrumpió cualquier pronóstico. Algunos se abalanzaron al baile, los duetos de más edad se acomodaron para la contradanza pero las pocas parejas que ostentaban su juventud se atrevieron al vals, que había entrado a los salones más distinguidos hacía poco.

—Pero qué barbaridad ese baile; aliado de la tisis y la muerte. Cómo se atreven —siseaban algunos. —Así se promueve el mal español, (10) sólo un enfermo se aventuraría a semejante desviación...

—Dios mío, no es otra que la danza de los amigos del vértigo —agregaba una dama con ganas de probar.

—Alocados de galope apretado, pero quién te dice... —intentó un atrevido.

El salón de los Balcarce era célebre por la noche larga. El baile continuaba hasta la madrugada pero también el intercambio de palabras y negocios. Cada cual elegía su juego. Lavalle se había instalado en un sector más tranquilo, donde la conversación era posible. Hablaba poco, escuchaba mucho. No estaba de ánimo para exponer sus pensamientos. A algunos pasos de donde estaba, el diálogo se encendía. Ciertos caballeros arrojaron que el Gobernador había asumido varios compromisos con los caudillos del Interior, y que desde ya, además de inevitable, y gracias a los cielos bien santos que en la Legislatura han desembarcado hombres que prohijaban las medidas de antaño, que lo tenemos bien apuntalado, no hará lo que él quiera sino lo que nosotros le permitamos, que se termine la tiranía de esa gente que se hace llamar decente, que la decencia la han perdido y que nosotros se la daremos a quien la merezca.

Lavalle, sin mostrar disimulo, empezó a incomodarse. Percibió que aunque las promesas de Dorrego hubieran sido sinceras, tal vez distaba de poder concretarlas. ¿El poder del Gobernador era tal? ¿Lo detentaba en serio o sólo era una expresión de deseo? Se preguntaba mientras no perdía pisada de sus contertulianos. De repente, los guitarristas cambiaron el son y tocaron los primeros rasguídos de un cielito. Vuelta a la danza y un muchacho, a voz en cuello, cantó:

*A los unitarios llaman
Por ajados cajetillas,
Porque en lugar de calzones
Debieron tener mantillas.
Cielito, cielo que sí,
Cielito, esta es la verdad
Porque estos antes no sirven
De ninguna utilidad.
En ponerse la corbata
Y componerse el tupé,
Pasan las horas del día,
Para irse al café...*

La incomodidad fue ganándole el cuerpo a Lavalle. El cuello le anunciaba

que estaba tenso, que aquello era difícil de esconder. Se incorporó sin llamar la atención, buscó a los dueños de casa con la mirada y a la primera que encontró fue a doña Trinidad. Se le acercó, exageró la dolencia de la herida en la pierna y regresó a su casa.

Buenos Aires vivía días de agitación electoral. El pueblo había sido convocado a sufragar el 4 de mayo para renovar la Legislatura y el Partido de los Principios había decidido participar. En las calles vibraba cierto nerviosismo, las divisiones eran evidentes. Empezaban a diseñarse las parroquias donde se llevarían a cabo los comicios y los partidos transaban con unos y otros. Y Lavalle no estaba ajeno a todos los manejos de la política porteña. A poco del día del sufragio le escribió a su suegro, don Juan de Dios Correas:

...se va apurando la paciencia de este pueblo que teme, no sin fundamento, que esta administración se venga abajo a garrotazos, a pesar de que los hombres que dirigen la opinión mirarían este acontecimiento como desgraciado en las circunstancias y por tanto trabajan para retardarlo. Por supuesto que los federales de aquí están divididos en dos fracciones que, aunque semejantes en principios, trabajan ambas, la una para sostenerse en el mando y la otra para apoderarse de él. Por sobre estas dos fracciones, que no abrazan sino una minoría despreciable, se deja ver el partido de la civilización y de la causa de los pueblos, trabajando no para derrocar al gobierno sino para hacer menos estrepitoso un cambio que ya se mira como inevitable y necesario. Este partido tiene en su mano ejecutar ese cambio a la hora que quisiera, pero como he dicho antes, lo miraría como una calamidad en estas circunstancias...

Lavalle —y el resto de la ciudadanía— conocía bien las asperezas que dividían a los federales; que miren la envidia y animosidad que rodeaba al círculo de Rosas y los Anchorena, que es bien evidente que desde el advenimiento de Dorrego se indispusieron con él porque no se dejaba dirigir por sus perversos consejos, pero mire usted si serán jodidos de familia regia y

de mirar de arriba, y así que empezaron a meditar los medios de derribarlo.

Parecía que el Gobernador se iba hundiendo en la soledad y la desconfianza, y el «Partido de la Civilización», aquellos unitarios del círculo de Lavalle que preferían aislarse un poco pero mantener sus convicciones, consideraba a las dos facciones federales como una «minoría despreciable».

Los nombres de los candidatos «civilizados» aparecieron escritos en boletas celestes para disgusto del partido oficial, que no había pensado lidiarse con nadie. Se supo que el gobierno intentaría imponer a sus candidatos a cualquier precio, fue así que a días de los comicios, la oposición decidió colocar a militares de prestigio en cada una de las parroquias para facilitar el voto de sus partidarios. A Lavalle le encomendaron la parroquia del Colegio. Pero cuarenta y ocho horas antes de la elección recibió la orden de que marchara de inmediato al ejército ya que su presencia se hacía imprescindible.

—Si mi marcha es tan urgente partiré el día 5, y no antes —en tono altanero y desafiante les respondió a los soldados que trajeron la nota. Les tiró la puerta en la cara y volvió, a los gritos, a desafiar los acontecimientos.

Algunas horas antes de que abriera la votación, el general Lavalle hizo su entrada gallarda a la parroquia del Colegio. Controló que todo estuviera en su lugar y que nada faltara. Sin embargo, la tranquilidad duró poco. A unas cuadras de allí, en otro de los sitios donde se realizaban los votos, el primer atropello tuvo lugar. Una multitud de negros, mulatos y criollos con la chaqueta al hombro y el cuchillo al cinto se abalanzaron sobre las mesas al grito de «¡Viva nuestro padre Dorrego!» y llenaron de palabras indecentes a los caballeros de levita.

Y a poco, una patrulla de veinticinco hombres de tropa de línea llegó hasta la parroquia del Colegio. Con paso firme atravesaron el largo pasillo y se detuvieron frente a la mesa. Lavalle y varios caballeros más los miraron, expectantes, con ojo desafiante.

—¡A ver, ustedes, a separarse inmediatamente de la mesa que deben votar los grupos ministeriales! Que tenemos tomadas todas las avenidas —ordenó el líder y avanzó unos pasos.

Lavalle bajó la vista por unos segundos y le devolvió la mirada con tanta enjundia contenida que hizo temblar hasta al más cercano.

—En este momento no hay gobierno, por consiguiente no se puede impartir orden alguna. Me resulta extraño que un oficial de honor, que debe esperar una ocasión favorable para demostrar su energía en el campo de

batalla, venga a hacer ostentación de sus armas en el pretil de un templo y ante el pecho de un pueblo desarmado —dijo Lavalle en voz baja.

Y sin pestañear los instó, como general del ejército, a que se retiraran de allí. El oficial obedeció. Pero mientras tanto la mesa había sido atropellada, los registros arrebatados y el objetivo del gobierno, que era anular las elecciones en todas las parroquias en que sus candidatos fueran minoría, se había logrado.

Lavalle no esperó a que la parroquia se vaciara. El arrebató de furia lo ganó delante de todos, amigos y enemigos, camaradas y contrarios. Se sentía burlado por quien no era otro que el «loco» que escalaba posiciones no sólo en la provincia sino en el territorio todo.

—¡Juro que no sales vivo de esta, Dorrego! ¡Juro que te mato! —dijo Lavalle a viva voz.

Al día siguiente se embarcó de regreso al ejército con la incómoda sensación de que se había abandonado al pobre país al camino del vandalaje.

8- La mesa del hogar donde se colocaban los leños para el fuego.

9- Pedazo de cartón o cuero que se usaba para avivar el fuego.

10- Así se le decía a la sífilis.

CAPÍTULO

V

Vestidas para la ocasión salieron Damasita y su tía Josefa, rumbo a la Catedral. Juana Manuela Gorriti había convidado a su pequeña amiga, y como su madre quería visitar a su cuñado Juan Ignacio, flamante gobernador eclesiástico del Obispado, mataba dos pájaros de un tiro y se reunía con Damasita en la inmensidad de los claustros.

Caminaron hasta la manzana completa que forma el costado occidental de la Plaza de Armas y, flanqueada por el Cabildo a la derecha y la Matriz por la izquierda, se encontraba la Iglesia de la Compañía (11). Las Boedo se anunciaron y aguardaron en la entrada hasta que un joven sacerdote les pidió que lo acompañaran. Josefa tomó a la niña de la mano y fue detrás de él a una distancia apropiada.

La sotana y las dos faldas acariciaron el suelo al mismo tiempo, parecía el redoble de un tambor, y llegaron al ala norte, donde se abría un largo patio, casi como la iglesia, en el que mandaba un ciprés, corpulento como un gigante, cuyo tronco nudoso y negro excedía el abrazo de un hombre.

—¡Tía Pepa, el árbol, como el de casa! —gritó Damasita y la tironeó del brazo buscando correr hacia el follaje tupido y compacto. —Parece un cordero inmenso de lana verde.

Las carcajadas de la niña hicieron que el cura girara la cabeza y escrutara a la dama con impaciencia. Josefa bajó la mirada y apretó tan fuerte la mano de su sobrina, que Damasita pegó un grito de dolor.

—A hacer silencio, niña, que estamos en la casa de Dios —la retó.

—Pero si estamos en el patio —objetó Damasita.

—No me obligues a retorcerte la mano otra vez. O te comportas o nos retiramos ya mismo —siseó Josefa.

El enfurruñe de la pequeña fue de órdago. Se soltó, cruzó los brazos y continuó la caminata como si marchara hacia el cadalso. Josefa tuvo que ahogar una carcajada entre tanto enojo, parecía un chiste, un animalito diminuto y embravecido.

—Así que a la niña le gusta el ciprés —dijo el sacerdote y lo señaló.

Damasita desconfió de primera pero asintió después. Miró el árbol, luego al hombre y así, una y otra vez.

—¿Quieres que te cuente la historia de este ciprés? —le preguntó el eclesiástico y la cabecita de la niña rebotó con fruición. —¿Sabes que allí, en ese sitio fue plantado por manos jesuitas cuando se echaban los cimientos de la ciudad? Es un árbol viejito, viejito.

—¿Más viejito que el obispo?

—Por favor, Dámasa, más respeto —Josefa quiso morir ahí mismo.

—No se preocupe, señora —dijo el sacerdote intentando calmar los ánimos y se dirigió a su pequeña interlocutora. —Pero mucho más anciano. ¿Has visto qué bien se conserva?

La niña se soltó de su tía y apuró el paso hacia el cura; lo tomó de la mano y continuó la marcha así, el hombre de sotana le había caído en gracia. Josefa, en cambio, la reprendía. No le quedaban dudas.

Las celdas emplazadas al costado, además de otras oficinas de culto, se habían transformado en las naves laterales de la remozada Catedral, transformándola en un templo de tres naves, el mayor del pueblo. Josefa hubiera querido hacer una pasada por el templo pero no pudo ser. Hubiera querido rezarle una oración al Señor del Milagro, o a la mismísima Virgen, o en tal caso a los santos apóstoles San Felipe y Santiago, sin embargo la dejaron con las ganas. Pero lo que realmente quería aprovechar era la soledad del claustro para observar con detenimiento los muebles majestuosos y el coro, donde cada canónigo tenía su silla, todas de brazos aunque no de igual tamaño ni con la misma forma. Algunas tenían, en el lado izquierdo, un aparato sostenido por un brazo de hierro para mantener el breviario y así lograr que los señores de sotana pudieran refunfuñar sus rezos sin agotar la osamenta. Pero la curiosidad arrasadora de Josefa no podía ser satisfecha en ese momento.

—Pasen, señoras —dijo el sacerdote y abrió la inmensa puerta de madera.

Damasita le dedicó una sonrisa que cubría toda su cara y pasó detrás de su tía. Recién adentro se dio cuenta dónde estaba. Una gran sala con las cuatro paredes, de piso a techo, cubiertas por libros y más libros de todos los colores y tamaños. Ahogó un grito y quedó hipnotizada por los lomos de cuero.

—Pepa, querida, pasen, vengan aquí —las llamó doña Feliciano desde la otra punta de la biblioteca. Allí, a su lado, estaba el Obispo.

—Eminencia, gracias por recibarnos en su casa —dijo Josefa y saludó con discreción.

—Juanita, baja de una vez que ha llegado tu amiga —le ordenó Feliciano a su hija, que estaba en la punta de la escalera observando de cerca el estante elegido.

—No, mamá, que suba ella aquí conmigo —dijo la niña desde las alturas.

Damasita miró hacia arriba y le sonrió a su amiga. Tomó envión para ir hacia la interminable escalera pero recordó que debía pedir permiso antes. Se acercó hasta donde estaban sentados los grandes y se paró frente a su tía. Josefa notó que el Obispo miraba fijo las cintas carmín que adornaban la cabeza de la niña y recién ahí se dio cuenta del estigma de los colores. Para un lado o para el otro, azul o colorado, las elecciones políticas habían horadado la vida cotidiana de todos. Incluso algunos escondían sus predilecciones, siempre y cuando tuvieran la suspicacia de estar frente al contrario. En casa de los Boedo nadie escondía la predilección federal pero no había faltado ocasión en que recibieran alguna mirada furiosa de los azules. La cosa no había llegado a mayores como sucedía en Buenos Aires y en los campos de batalla, pero a veces el ambiente se caldeaba por demás. Y, tonta ella, se había olvidado por completo que los Gorriti, el Gobernador y el Obispo eran representantes, ahora, porque antes uno vaya a saber qué poncho se calzaban, del unitarismo de levita y frac; no eran como el otro hermano, Pachi, que aunque refregaba en las narices que jamás había opinado que el sistema de los federales fuera el mejor, bien que lo practicaba. Las familias decentes de Salta se abrazaban y palmeaban con complicidad, a pesar de las diferencias. Y cuando había que deshacerse de alguno, se juntaban a la hora en la que el crepúsculo esconde todo y el siseo se enmaraña entre las chicharras, planeaban y ordenaban, y el ruido del filo contra las vísceras del enemigo se confundía en el viento.

El Obispo asintió y con la mano le indicó que siguiera a su sobrina por el camino de sus libros. En esa biblioteca no había nada que temer, la infinidad de páginas allí dispersas contenían sólo lo permitido. Damasita ensayó una reverencia y corrió a la escalera. Como un gato montés trepó hasta el cielo y se acomodó al lado de Juana Manuela.

—Sírvelo un pastelito, Pepa. No sabes la delicia que son, la cocinera de Juan Ignacio es una maravilla —le ofreció Feliciano y se agenció uno bien inflado. —Hay otro plato para las niñas. Ahora están muy concentradas en lo suyo, parece.

Josefa tomó el suyo y prefirió comer y escuchar, ya habría tiempo para sus inquisiciones. Los cuñados le daban a la lengua como loros: si las cosas

estaban mejor, que José Ignacio empezaba a desesperanzarse, algunos incidentes lo tenían a mal traer, pero qué bien ha hecho mi hermano al sacarse de encima al cordobés Bustos, nada de estrechar relaciones entre provincias hermanas, hermanas de dónde si aquellos llevan la bandera federal, y parloteaba ese Gobernador de Córdoba que quería facilitar y proteger el comercio paralizado, si será atrevido, pero con un Gorriti nunca, no se metan con nosotros, que algunos lo han intentado y así les ha ido, Dios castiga a quien se lo merece, ¿no es cierto, señoras? Esta es la casa del Señor, bienaventurado el que descansa en ella, honrados serán, incluso si es a mi disgusto, que como saben me opuse al difunto gobernador Güemes, que en paz descanse, y fíjense que aquí duerme por disposición de José Ignacio, hombre de bien si los hay, hermano querido, que había ordenado que se lo exhumara en la capilla del Chamental pues había muerto en la guerra, cuando el enemigo ocupaba la ciudad; pero ahora está acostado en el lecho de la muerte, rozándose los codos con el arzobispo Moxó, último mitrado español, que seguramente le habrá perdonado todos los pecados...

Damasita escuchó la palabra muerte y sintió un escalofrío en la espina. Juana leía, en cambio ella, sentada a su lado sobre el escalón, había empezado a aburrirse. No le gustaba leer tanto como a su amiga, que era una rata de biblioteca. Se asomó desde allí arriba y miró las cabezas de los adultos. Suspiró, pero nadie registró su presencia. Su amiga hurgaba los libros, los grandes se habían perdido en la conversación. Y lo que decían le resultaba soporífero, hasta que escuchó la palabra letal. Una seguidilla de pensamientos negros le inundó la mente, empezó a sentir un cosquilleo en los brazos y en las piernas. Hizo fuerza para que «eso» se retirara; así se refería a la muerte, como «eso» que un día te toma por asalto y te lleva lejos, a un país horrible donde todo es siniestro y oscuro. Miró hacia atrás para ver si eso la esperaba con el aliento caliente; no encontró nada. Se tomó del costado de la escalera y se asomó mucho más, al borde de la caída y como si alguien le hubiera advertido la catástrofe, Josefa levantó la mirada y la vio.

—¡Cuidado, niña, que te puedes caer! —gritó y corrió hacia la escalera con los brazos extendidos.

Por unos segundos, Damasita pensó que se tiraba. Había perdido la cordura, todo se veía bonito desde allí arriba, como si una almohada de lana fuera a recibirla. Pero el grito de su tía la regresó a la biblioteca, el piso era duro y las paredes de libros oscurecían la sala. Apretó fuerte la madera de la escalera, tan fuerte apretó, que una astilla se le clavó en la manita. Y el llanto

retumbó como si lo hubiera aullado dentro de una lata. Y se armó el caos: Josefa que se apuró por subir a rescatar a la niña, Feliciano que le gritó a su hija para que la ayudara, Juana miraba a su amiga, a su madre y no hacía nada, el obispo Gorriti reclamaba a sus acólitos para que trajeran otra escalera y sacaran a la pequeña Boedo del abismo, y Damasita que insistía y dale que te dale al griterío de la lágrima.

Luego de unos minutos de locura y órdago, Damasita bajó sola de la escalera, con la mano en alto como un mástil.

—¡Me duele mucho! —gritaba con la boca abierta de toda inmensidad.

—Déjame ver, mi querida —Josefa la sacó al patio para que la luz le pegara de lleno y le examinó la mano. —Aquí se ve la astilla, quieta que te la saco.

Y en un periquete solucionó la enfermedad. La reunión se había arruinado. Volvieron a la sala, Josefa pidió disculpas por el despropósito, acicaló a la niña y se despidió. Damasita, con la cara hinchada de llanto saludó con la mano —herida de guerra infantil— a su amiga y siguió a su tía. Volvieron por donde habían llegado. Damasita miraba hacia adelante, su tía, en cambio, la espiaba intentando una calma que no tenía. Le preocupaba su pequeña sobrina. Tan bonita pero tan inestable. Demasiado chica para tanto tormento.

Dolores le había implorado que no la dejara, que no se fuera una vez más, que la soledad se le hacía difícil, que no sabía cómo hacer para que el tiempo transcurriera, para que no se diera cuenta de que los días se le hacían interminables y las noches imposibles sin él. Con un abrazo apretado y la promesa de un regreso en cuanto le fuera posible, Lavalle se despidió de su Dolores, de su esposa mendocina, de la muchacha más bella de Cuyo pero también la más triste, la de melena negra, aquella incapaz de sonreír.

En septiembre llegó a Buenos Aires. Lo esperaban con ansiedad. Don Julián Segundo de Agüero, ministro de Gobierno de Rivadavia y de Hacienda de Vicente López, había estado reclamando su presencia, la realidad porteña no daba para más. No era casual que un murmullo sordo anunciando revuelta recorriese las calles de Buenos Aires.

A poco de llegado, Agüero lo pasó a buscar por su casa y lo subió al carruaje que los llevaría hasta el lugar de reunión. No había explicado

demasiado por carta, era conocido el secuestro de correspondencia y en aquellos tiempos, mucho más. Durante el recorrido y en voz bien baja —las orejas del cochero podían despabilarse demasiado y usar la información como oro en polvo— le informó las últimas novedades: que los ciudadanos ya estaban hartos de los vejámenes incurridos por el gobierno, que la mediocridad de la facción dominante parecía no tener límite, que seguramente aplaudirían al movimiento que les trajera de vuelta la dignidad, que era palpable una hostilidad helada si no con el gobierno, pronunciadísima contra el Gobernador, la alta burguesía ya no lo tolera y si toda ella no es cómplice directo en la conspiración, el ánimo público al menos la prevé con marcado asentimiento.

El coche se detuvo en la calle Parque, entre Catedral y De la Paz (12). Descendieron, y Agüero le ordenó al cochero que se retirara. Franquearon la puerta y adentro el escenario era otro. Encubierta con el anuncio de sitio de peñas, la casa había reunido a los gestores del complot en ciernes. La sala estaba llena de caballeros: Martín Rodríguez, Salvador María del Carril, Valentín Gómez, Juan Cruz Varela, Manuel Bonifacio Gallardo, Ramón Larrea, Díaz Vélez, Valentín Alsina, Álvarez Thomas, Cruz, el cura Ocampo, Juan Gelly, Zenón Videla, el francés Varaigne, los jefes militares recién llegados de la guerra contra el Brasil: Niceto Vega, Juan Esteban Pedernera, Anacleto Medina, Patricio Maciel y algunos más.

—Al fin, caballeros, no queríamos empezar sin ustedes —los recibió un urgente Del Carril.

—Buenas tardes, aquí estamos reunidos con una misión conjunta que por lo visto ninguno intenta objetar —apuró Lavalle, serio. —Tengo entendido, por lo que me ha advertido Agüero, que Dorrego intuye lo que pasa, que la información le ha llegado, nunca falta el traidor. Pero parece que ríe, que no confía en nuestro arrojo.

—Nosotros también tenemos hombres allí adentro, general. Nos han cantado que Dorrego les confía a sus ministros que usted es un bravo a quien han podido marear sugerencias dañinas, pero que en dos horas será su mejor amigo —apuntaló Del Carril de inmediato.

—Parece que está más loco que nunca, ni siquiera escucha las advertencias de los referentes más importantes de su partido. Todo esto es una verdad a voces y Dorrego vive en su mundo. Incluso Rosas le ha advertido del malestar y su respuesta fue tajante: que no le diera lecciones políticas, no fuera que él le explicara cómo administrar estancias —Valentín

Alsina levantó la voz y continuó. —No perdamos más tiempo y saquemos a este forajido del medio.

—Señor general, usted se pondrá al mando de la tropa para el restablecimiento de la legalidad, si está de acuerdo —lo instó Agüero.

—Por supuesto que acuerdo con que debemos cortar por lo sano, antes de que prospere la gangrena federal —dijo Lavalle y el resto aplaudió con alboroto. —Yo conduciré la rebelión.

La batahola atravesó paredes, cruzó puertas e inundó la calle. Casi no había necesidad de esconder lo que sucedía. Las fachadas de las casas de Buenos Aires estaban inundadas de letreros escritos con carbón que llamaban a la sedición.

—Además, por si no se han enterado, mantuve correspondencia con el general San Martín y se apresta a regresar al país. Está todo listo —agregó Lavalle.

—Dorrego y sus secuaces ya están al tanto de nuestro plan. Debemos poner manos a la obra —sentenció Agüero y un golpe fuerte en la puerta de entrada los tomó por asalto.

Un murmullo que transpiraba inquietud colmó la sala. Los militares allí reunidos llevaron su mano al costado donde habitualmente guardaban su arma. El acto reflejo de los hombres de batalla fue inevitable; el resto se miraba con preocupación. Agüero le ordenó a uno de sus secretarios que fuera a ver qué sucedía en la calle. En un periquete regresó con dos soldados y cara de animal destripado. Uno de ellos golpeó los tacos de sus botas, se presentó diciendo que era el edecán de Dorrego y que venía con la orden de entrevistar a Lavalle.

—Dígale usted al Gobernador que mal puede ejercer el mando sobre un jefe de la nación como es el general Lavalle, quien como él ha derrocado a las autoridades nacionales para colocarse en un puesto del que lo hará descender, porque tal es la voluntad del pueblo al que tiene oprimido. Dígale que en menos de dos horas iré a echarlo a patadas con mis coraceros de un puesto que no merece ocupar —escupió el líder y de sus ojos azules echó fuego.

Como flecha partieron los comisionados y hubo que calmar un poco la furia de Lavalle. Cuando la ira bajó de tenor, él y sus camaradas de armas montaron sus caballos y recorrieron los cuarteles de la Recoleta para tomar el mando de las tropas. Arrogante sobre su rocín, la espada más fiera del territorio cabalgó con el ansia de sentirse en el lugar que le correspondía: la pelea, la defensa de la Patria, el regreso del esplendor que tanto esperaban y

que gracias a su coraje podrían renovar.

En el Convento de Recoletos aguardaban la orden de su jefe el Regimiento N° 4, los dragones al mando del coronel Niceto Vega y los colorados de Vilela; Olavarría y su N° 16 de lanceros aguardaban en el Retiro. Pasadas las 10 de la noche, Dorrego se anotició de los movimientos sospechosos que dominaban la zona. Sin dudar ni un instante, envió a uno de los oficiales de su escolta a que regresara con información. A la hora estuvo de regreso y este le confió que había visto al general Lavalle en uno de los cuarteles y que un oficial le había dicho que el hombre había tomado el mando de la tropa, pero que nada más, que todo estaba tranquilo, que no había que preocuparse por demás.

Pasada la medianoche, el Fuerte se transformó en el lugar de reunión de los más altos mandos: Dorrego y su aliado dilecto Miguel de Azcuénaga, los ministros de Relaciones Exteriores y de Guerra, Tomás Guido y Juan Ramón Balcarce, el jefe de policía mayor Perdriel, el coronel de la milicia activa Vidal y el inspector Dupuy. La tranquilidad dominaba la sala, desestimaban el golpe anunciado. Sin embargo sonaron las dos y media de la madrugada y el mayor Manterola, el emisario que había marchado a advertirle a Lavalle que, por orden del gobierno, debía presentarse de inmediato en la fortaleza, demoraba la vuelta. Algunos empezaron a impacientarse.

—Gobernador, terminemos con esta expectativa, disparemos tres cañonazos y tenga por seguro que todo el pueblo acudirá de inmediato — instó el coronel Vidal.

Dorrego sabía de memoria que los pobladores de los barrios bajos, acostumbrados a adherirse a cuanta gresca encendiera la mecha, eran fáciles de convocar. Sin embargo prefirió la prudencia, estado que le gustaba transitar bien poco. Mientras tanto, como el tercer emisario tampoco regresaba, repitió el gesto y mandó al edecán Bernardo Castañón con igual destino.

Al mismo tiempo pero en la Plaza de la Recoleta, el general Lavalle hacía formar a los regimientos de Caballería. Con disimulo había logrado burlar a los celadores que montaban guardia en distintas calles y así arrimar más hombres montados a caballo. En esa actividad lo encontró Castañón en el cuartel y le transmitió el mensaje que traía.

—Diga usted al coronel Dorrego que ya voy, pero a arrojarlo de un puesto que no merece ocupar —respondió Lavalle.

—Y a levantarle el mate si resiste —agregó el coronel Rauch, resentido

porque el líder federal lo había destituido de la jefatura del Cuerpo de Húsares, un año atrás.

Dorrego recibió la noticia de que Lavalle y sus hombres venían en marcha. Ordenó que su escolta formara frente a la fortaleza, además de las fuerzas de Iriarte y Rolón. El Gobernador montó a caballo y ordenó que bajaran el puente levadizo. Solo, se presentó ante el batallón.

—¡Penetren en el fuerte! —gritó Dorrego y empezaron a desfilar en esa dirección.

Pero el sargento mayor Pedro José Díaz se adelantó, hizo que la tropa saliera y la condujo a situarse frente a los amotinados que empezaban a aparecer. Dorrego bufó y volvió a encerrarse en el Fuerte.

Adentro el clima se había caldeado. Los gritos de uno y otro se confundían en un canto de locos. A las cuatro y media de la mañana, cuando Dorrego sintió que ya no podía hacer nada más, abrió la puerta del Socorro, la que daba al río, y cabalgó rumbo al sur, adonde se reuniría con las milicias de campaña reclutadas por Juan Manuel de Rosas. No dijo una palabra, ni dio explicaciones en el Fuerte. Lo vieron irse en un silencio de tumba.

—¡Debemos salir a batir a las fuerzas insurgentes ya mismo! —gritó un frenético Balcarce.

—Por favor, Juan Ramón, debemos calmarnos. Este desborde no nos llevará a ningún lado. Voto por un final pacífico, caballeros —contuvo Guido.

Olazábal había decidido retomar la jefatura de un batallón y Martínez había regresado al Fuerte para enterarse de las últimas disposiciones. Iriarte, en cambio, se mostraba envalentonado. No quería apaciguar la respuesta, aun sabiendo que las posibilidades para resistir eran escasas. Eran menos hombres pero además carecían de víveres, de leña, de yerba mate, de tabaco.

Cuando el griterío se calmó, los ministros apalabrarón a Martínez para que llevara la postura del gobierno deshilachado a los rebeldes. Presto, el general se dirigió al antiguo Cabildo, convertido en Casa de Justicia. Allí, en la galería alta, lo recibió Lavalle rodeado del estado mayor del Partido Unitario.

—General, vengo en nombre del gobierno a proponerles la reunión de la Legislatura —dijo Martínez ante una fila de caras impertérritas.

—Pues de ninguna manera. Surgida ésta de elecciones fraudulentas, no puede representar la voluntad general. Las autoridades provinciales han caducado, de hecho —manifestó Lavalle sin pestañear y apretando la mandíbula—y es preciso convocar al pueblo a elegir otras.

El general metió pies en polvorosa y llevó la resolución al Fuerte. Mientras, Lavalle pidió pluma y papel para escribir la proclama que se leería a la una de la tarde en la capilla de San Roque. La firmó y primero la leyó en voz alta ante sus partidarios:

Vosotros sabéis si se han tentado las vías legales para corregir sus extravíos; vosotros sabéis también, que se os cerraron todos los caminos que ellas dejan expeditos. Lo que veis no es una revolución; el pueblo ha reivindicado sus derechos con el apoyo de una fuerza que sabrá defenderlos.

El medio ha sido violento, pero indispensable ya; el que os habla, no quiere mandar; quiere ver libre a su Patria. ¡Porteños! Todos lo somos: hagamos feliz a nuestra querida Patria. Estos son los deseos de

Juan Lavalle

Llovía a cántaros en Salta. Diciembre comenzaba con una humedad aplastante que ni la lluvia lograba detener. Y como era costumbre, para calmar el incendio en el que se transformaba la ciudad, en cada esquina se podía ver algún que otro bañista intrépido —vestido de cabo a rabo, eso sí— aprovechando el caño, que desde una vara retirado del muro, lanzaba el agua de una sección del techo, cuando la casa gozaba de parapeto o de azotea. Ya nadie miraba con estupor los ropajes empapados y el peinado aplastado. El juego del aguacero era elegido por casi todos; el calor salteño se le hacía insoportable a más de uno.

En casa de los Boedo sucedía otro tanto. Se largaba la tormenta y cuando la cortina de agua prometía quedarse por un buen rato, hacia el patio corrían grandes y chicos. Cuán agradables, cuán saludables y placenteros eran aquellos baños que se tomaba la familia, en una algazara igual a la bulla que metía el agua al chocar con la loza del patio. En el ángulo del techo, las canaletas largaban la lluvia al canal maestro, y éste arrojaba su chorro con fuerza de locos. Los intrépidos elegían ese rincón para refrescar el cuerpo.

Damasita fue la primera en llegar al patio, detrás de ella corrió su primo Rufino, el menor de la tía Juliana. Ya no quedaban niños en la casa, todos

habían crecido y se habían transformado en adultos. Sin embargo, la tradición del baño de lluvia era una constante en todos, no importaba la edad.

—Ven, Rufino, no seas cobarde y métete debajo del agua —lo provocó la niña mientras su primo estudiaba el chorro.

Juliana y Marcelina reían como locas agregando bullicio a la furia de la tormenta cálida, Micaela y Emilio, los hermanos mayores de Rufino, también disfrutaban del baño pero lejos de la fuerza del chorro. Aquello era territorio de los niños. Para ellos —y para todos— los baños de lluvia parecían regalos del paraíso que obligaban a olvidar el sopor que traía cada verano.

Los niños ensayaron una danza loca debajo del torrente, al son de sus carcajadas. Las tías batían palmas, arengando el juego de Damasita y Rufino. De repente, un haz de luz iluminó el cielo y detrás, el rugido de un trueno. Todos levantaron la mirada y así permanecieron durante unos segundos, hipnotizados ante el anuncio solemne y estrepitoso.

Y llegó Josefa, que no había salido con el grupo inicial. Había tenido que cumplir con otras responsabilidades. Como siempre, Josefa prefería quedarse adentro cuando llovía. Pero ante el estruendo, salió al patio para controlar, sobre todo a su sobrina, que había ocupado el lugar de hija. Sus hermanas eran madres, ella no.

—Bueno, Dámasa, se terminó. Vamos para adentro de inmediato —ordenó Josefa a los gritos.

Rufino y Damasita saltaban como enajenados debajo del chorro, perdían pie, se caían uno sobre el otro, volvían a saltar, aullaban como perros salvajes, se tentaban, se buscaban con las manos.

—Pepa, deja que los niños se diviertan un poco. Encerrados todo el día en la casa, un poco de jarana no les viene nada mal —señaló Juliana con una sonrisa.

—Tu hijo ya no es un niño, ¿no ha cumplido los 14 ya? —le refutó su hermana.

—Mejor que juegue de manos con amigos de su edad.

—¿Pero qué estás diciendo, Pepa? ¿No ves que la pasan bien? Encuentras apariciones donde no los hay, mujer —la retó Marcelina.

—Otra vez ustedes dos haciendo componendas. Yo me ocupo de la niña, no se metan donde no las llaman.

La danza de la lluvia seguía pero Damasita desviaba un ojo, atenta a la trifulca de sus tías. El alboroto de tormenta y risas no le permitía escuchar lo que sucedía en la entrada del patio, pero el ajeteo de manos y cabezas le

anunciaba que algo sucedía.

Pasaron pocos segundos y Josefa llegó hasta donde desbarrancaba el chorro, con cara de pésimos amigos. Dámasa y Rufino detuvieron la danza.

—Ven conmigo —Josefa le extendió la mano a su sobrina y con la otra intentó quitarse las mechas empapadas de la cara.

—Pero no hemos terminado, tía Pepa.

—Eso mismo, tía. Aún nos faltan algunos cuadros —agregó Rufino, con los ojos brillantes y una sonrisa a puro diente blanco.

—Usted se calla, m'hijo, que aquí la que manda soy yo —insistió Pepa y tomó a su sobrina del brazo.

Entraron a la casa y Josefa se dirigió hacia la cocina. Se agachó, le quitó las botas y le exigió que se quedara quieta. Chorreaba, estaba empapada.

—Antonia, tráeme ropa seca para esta diabla, que de seguro se nos enferma —le dijo Pepa.

La criada voló hacia adentro, el humor de la patrona se había maliciado, se la llevaba Ceuta.

—No soy la única que está mojada —se atrevió Damasita y miró fijo a su tía.

—Pero ¿de dónde sacas esos modales? ¿Te das cuenta por qué tengo que retirarte de algunos lugares, mi querida? Demasiado atrevida para ser tan chica. Tampoco es buena esa desvergüenza siendo mujer, para que vayas aprendiendo, niña —le quitó el vestido, que pesaba más de la cuenta, y quedó con el calzón, también empapado.

Damasita se bajó el calzón, y como un ovillo húmedo, lo dejó entre sus pies.

—¿Y ahora qué haces, criatura de Dios? Súbete esa ropa, chiquilla, que no puedes estar desnuda a la vista de todos —gritó Josefa.

—Está mojado y me da frío —respondió la niña y empezó a temblar.

—Mi niña, ¿te enteras por qué no está bien que te quedes horas debajo del agua? Ahora lo único que me falta es que te enfermes.

Josefa le puso la camisa de dormir, y recién ahí le quitó el calzón. La tomó de la mano y se dirigieron hasta su alcoba. Le abrió la cama y la ayudó a subir.

—Pero no es invierno, tía Pepa. Tanta cobija me hace transpirar —las trenzas rubias empaparon la almohada.

—Damasita, tiritabas hasta hace un segundo. Has tomado frío y no te quiero enferma. Quédate quieta un rato, ¿me haces el favor?

—Yo quiero volver a jugar con Rufino.
—Debes jugar con niñas de tu edad.
—Pero a mí me gusta estar con mi primo.
—Mañana vamos a lo de Juana, ¿qué te parece? —la tentó Josefa.
—Pero hoy es hoy; y yo me divertía con Rufino. Eres mala conmigo, tía Pepa — sus ojos se llenaron de lágrimas.
—No llores, mi niña, que me pones triste.
—Triste estoy yo —dijo la niña y giró contra la pared. Le dio la espalda a su tía. No quiso hablar más.

La capilla de San Roque había quedado chica para semejante convocatoria. Una multitud acalorada se había acercado primero a la plaza para luego mudarse a la pequeña capilla, el sitio elegido para que se llevara a cabo la asamblea. Caballeros de fortuna reconocida, exponentes de la sociedad porteña, pero también jóvenes estudiantes y dependientes de los comercios de la ciudad apoyaban el motín liderado por Lavalle.

El apretujamiento empezó a complicar los discursos y decidieron cambiar el lugar de reunión por la Iglesia de San Francisco. Un grito contundente eligió a Julián Segundo de Agüero —quien reaparecía luego de haber preferido el mutis al momento de poner el cuerpo— para presidir el acto. El hombre asintió con prestancia y leyó una nota firmada por Lavalle —allí presente pero en silencio—, en la que reiteraba que, como las autoridades habían caducado de hecho, se debía nombrar un mandatario que respondiera del orden y la seguridad de la provincia provisoria e interinamente, ya que quedaba bien entendido que no correspondía a esa asamblea nombrar gobernador en propiedad sino a la Legislatura, a la que era imposible reunir en aquellas circunstancias. Armaron una mesa para que votaran quienes quisieran hacerlo pero la fila se hizo demasiado larga y el procedimiento así de lento, que la queja devino en escándalo.

—Señores, este es un acto muy solemne. No es para un día... —intentó Agüero pero fue silenciado en el acto.

—¡Lavalle, Lavalle, Lavalle! —levantando sombreros y brazos, la proclama fue unánime.

El joven general aceptó la arenga con orgullo. Sabía que esto sucedería, no

lo tomaban por asalto. No había tiempo que perder. Llamó al doctor Manuel Bonifacio Gallardo y le reclamó que se llegara hasta el Fuerte y pidiera audiencia con los ministros de Dorrego para que aceptaran la evacuación y acataran a las nuevas autoridades.

Llegó Gallardo a la fortaleza junto con unos hombres con carretillas cargadas de carne. Se anunció a voz en cuello y al rato bajaron el puente levadizo.

—¡Quién vive!

—Venimos en nombre de Lavalle, traigo alimento para la guarnición. Preciso reunirme con los ministros —dijo Manuel Bonifacio Gallardo.

Les permitieron la entrada. Los oficiales empujaron sus carretillas y se acercaron a la tropa que miraba con desconfianza. Flacos por demás y repletos de odio hacia el enemigo, tardaron en dejarse seducir. Iriarte observaba todo desde una discreta distancia, sabía que a esa altura su posición era falsa, insostenible. No tenían otro remedio que someterse. Gallardo encontró a Guido y a Balcarce, los anotició de las novedades y estos reconocieron la autoridad de Lavalle.

—Sí, aceptamos lo que trae, a pesar de no proceder de la representación reconocida como legal por nuestras instituciones provinciales —declaró Guido.

—A fin de remover todo motivo de conflicto para este benemérito pueblo y satisfacer la ansiedad en que se halla —continuó Balcarce y, ya con el título de ex ministros, se retiraron a sus casas.

En cambio, los coroneles Iriarte y Rolón fueron mandados a llamar por el nuevo gobernador. Con Gallardo como salvoconducto, se presentaron en el Cabildo. De espaldas a una de las paredes estaba Lavalle con el talante estudiado de gravedad y majestuosa apostura; parecía clavado en el piso, no tenía más movimientos que una estatua. Iriarte no disimuló su contrariedad, le pareció que estaba frente a un botarate. A la derecha del flamante gobernador estaba el sanjuanino ex ministro de Hacienda, don Salvador del Carril; buena alhaja, pensó Iriarte. A su izquierda, el joven Florencio Varela; el gesto de repulsión del coronel de visita era evidente; acólitos, consejeros, los oráculos de la nueva deidad, masculló. Se acercó a Lavalle y lo saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Coronel, somos amigos y hago mucha estimación de usted —le dijo y le clavó la mirada azul. —Pero usted conocerá toda la gravedad de las circunstancias; en estos momentos, ni usted puede inspirarme confianza, ni

yo a usted. Es preciso que se retire a su casa.

Los coroneles golpearon los tacos y se fueron sin emitir palabra. La etapa militar del pronunciamiento parecía concluir con éxito. Allí no encontró obstáculos. Sin embargo, entre los civiles que habían acompañado la conspiración, la cosa empezó a complicarse. Como quien no quiere la cosa, todos hacían oídos sordos. Ante alguna convocatoria para que integraran el Gabinete, la respuesta fue rotunda: de ninguna manera. A primera hora del día siguiente y ya sin saber a quién convocar, Lavalle llamó a Valentín Alsina —a quien no conocía— para que mientras se nombrara a algunos hombres, se encargara del despacho de todos los ministros. Se resistió, era de otro corral, todo era desconcierto, falta de plan, un completo desquicio. Pero al fin aceptó.

Lavalle tuvo que conformarse con nombrar secretario general del despacho a don José Miguel Díaz Vélez, hombre intrascendente y de segunda fila dentro del Partido Unitario. Rápidamente, algunos organismos y personalidades relevantes quisieron agasajar al Gobernador. El canónigo don Valentín Gómez, rector de la Universidad, fue el encargado de la salutación. Con su estilo culto y amanerado, el orador, famoso por su elegancia y persuasión, dio un discurso florido. Lavalle, como una estaca clavada, sin señales de animación y un talante severo más parecido a un paladín de la Edad Media que a otra cosa, escuchó impasible. Finalizada la estudiada parrafada, contestó con una profunda inclinación de cabeza de estilo turco y con la mano derecha retorció su bigote. Se miraron unos a otros, entendían poco. Las corporaciones se retiraron en silencio, y Gómez, mientras descendía la escalera, sonrió con sarcasmo.

—Qué elocuente ha sido el señor Gobernador en su contestación —disparó.

11- Llamada después la Catedral Vieja.

12- Actual Lavalle entre San Martín y Reconquista.

CAPÍTULO

VI

Dorrego se había instalado en Cañuelas al mando de dos mil hombres y cuatro piezas de artillería lideradas por el comandante militar de las costas del Salado, el general Nicolás de Vedia. Al mismo tiempo, le había escrito a Estanislao López solicitándole auxilios, además de que corriera la voz al resto de los gobernadores amigos acerca de lo ocurrido.

En la ciudad, en cambio, los ánimos se habían vuelto algo intempestivos. Tras la euforia de las primeras horas, las convicciones habían empezado a flaquear. Los decentes, aunque conformes con el cambio, condenaban las formas. Incluso las delegaciones extranjeras exponían sus dudas. Parish, el encargado de la legación británica que había reemplazado a Lord Ponsonby, escribía a su país:

Quizá tengamos un gobierno más respetable y merecedor en términos de las mejores clases del pueblo que el gobierno del general Dorrego, pero la manera en la que se produjo el cambio es extremadamente lamentable por todas las personas bien dispuestas y reflexivas... Especialmente al enterarme esta mañana de que se está produciendo una considerable reacción a favor de Dorrego, en particular entre las clases bajas y de que muchos de estas clases se están armando y están dejando la ciudad para unirse a él. Y además la soldadesca vinculada con esas clases ha mostrado también gran disposición a desertar.

El gobierno provisorio, atento a las reacciones del pueblo, dispuso que debían templar los ánimos y redactó un manifiesto que debía leerse en los atrios de las iglesias luego de celebradas las misas. Se escuchó que se justificaba el uso de la fuerza para contener los abusos de poder, que Dorrego había fomentado la guerra civil y privado de recursos a la lucha contra el Imperio, que, ávido de poderío, había arengado la sed de venganza, que había sumido a Buenos Aires debajo de otras provincias, que había dislocado la administración interna, aniquilado la seguridad individual, había corrompido

la justicia y una ristra de acusaciones más. Los nuevos prometían un orden renovado sin derramamiento de sangre, ni siquiera de lágrimas; y quitaban velos a las responsabilidades: ellos no habían sido los autores del cambio sino los instrumentos de la voluntad general; el pueblo ordenaba, ellos ejecutaban.

Anoticiado de los movimientos de Dorrego, Lavallo se dispuso a marchar con el fin de impedirlos. Antes de montar su caballo, Agüero se le acercó con una lista de reclamos. Entre ellos, que cumpliera el compromiso prometido, a favor del general Cruz.

—Hoy mismo saldrá el decreto del nuevo nombramiento —le respondió Lavallo con amabilidad y condescendencia.

Y partió con cerca de mil hombres por el camino de Barracas rumbo a la Guardia del Monte. Una hora después de su partida, Agüero recibió una comunicación que decía: «Queda encargado el general don Guillermo Brown del mando político y militar de la provincia». Abolló el documento y los colores tiñeron su cara. El general lo había burlado.

Desde su cuartel general, Lavallo exhortó a los habitantes de la campaña a evitar que por defender a un ambicioso, corriera sangre y se clavaran lanzas en pechos de hermanos que habían sido hechas si no para herir al enemigo, y a guardar el orden como sucedía en la capital, donde no había habido ni un solo exceso, o la más leve desgracia, ni se había cometido el más mínimo atropello. Veloz, escribió una comunicación dirigida a la fuerza enemiga y la envió a Lobos, donde acampaban. Don Gregorio Aráoz de Lamadrid recibió el despacho y leyó: «El gobernador provisorio de la provincia, elevado a este destino por el voto público de la capital, deseando terminar sin efusión de sangre la obra empezada el día 1º, envía al campo del señor coronel don Manuel Dorrego al de igual clase don Gregorio Aráoz de Lamadrid, quien va autorizado para conceder las garantías personales que pueden solicitar los señores jefes y demás individuos de esa reunión». Lamadrid apuró su cabalgata hasta Lobos, y se reunió con el joven comandante de milicias Juan Manuel de Rosas. Tras el saludo, casi sin mediar palabra, le entregó el oficio.

—¡Garantías! —exclamó Rosas mientras leía atónito. —¡Cuando es él el que debe pedir las, pues se ha sublevado contra la legítima autoridad presentando un escándalo sin ejemplo!

—¿Qué hacemos, entonces, don Juan Manuel? —preguntó Lamadrid preocupado, y se detuvo ante la mirada perdida de Rosas. —No creo que esté en el interés suyo, ni mío, ni de nadie, el derramamiento de sangre. Pero el coronel Dorrego no parece ser de esa opinión... Ni estar en sus mejores

cabales, si me permite el comentario...

—Yo sé muy bien que Dorrego es un loco.

Lamadrid fue despachado de vuelta hacia la ciudad, con las manos vacías. Los jefes federales, luego de largas deliberaciones, decidieron que se nombrarían diputados por la ciudad y por la campaña en partes iguales, y por la noche emprenderían la marcha rumbo a Navarro para reunirse con Pacheco.

Lavalle había sido advertido de las intenciones de su enemigo. Cambió el destino sobre la marcha, y en vez de dirigirse a Lobos, viró hacia la derecha y en el amanecer del 9 de diciembre sorprendió a Dorrego y su contingente, que habían acampado hacía menos de una hora. El Loco no pudo eludir la contienda y sus cañones iniciaron el ataque. La Caballería de Lavalle avanzó en una fila, eran pocos, y marcharon hacia adelante divididos en cinco escalones. La escaramuza fue tensa, caídos de un lado, del otro, hasta que desde la derecha de la línea de Dorrego, 200 indios salvajes se desprendieron para envolver la izquierda de Lavalle. Pero con la habilidad de los dioses, 100 lanceros al frente del coronel Olavarría los recibieron y pulverizaron. El retroceso de los «salvajes», al decir del coronel, completó la derrota de las fuerzas de Dorrego, que huyeron en todas las direcciones. Antes del encuentro final, Rosas y su líder habían dejado el campo de batalla. El jefe de milicias había galopado rumbo a Santa Fe para encontrarse con López; Dorrego y una pequeña comitiva se habían retirado a la estancia de su hermano Luis, a pocas leguas de Salto. Comió asado y se preparó para continuar la marcha. En la noche del 10, los comandantes Bernardino Escribano y Mariano Acha lo tomaron por asalto y con una escolta de 50 hombres lo remitieron a la Capital junto con su hermano.

Lavalle y su tropa celebraban la victoria en la hacienda de don Juan de Almeyda, al norte de la guardia de Navarro. Los vítores para el León de Río Bamba no cesaban y él sonreía con prestancia, se veía predestinado a salvaguardar los destinos de la Patria. Así, entre arenga y aplauso, recibió el despacho que le anunciaba la captura más ansiada. De inmediato envió al coronel Federico Rauch para que trajese al prisionero a su cuartel. Aguardaba su llegada cuando un chasqui procedente de la ciudad le entregó dos cartas confidenciales en mano. Una la firmaba Juan Cruz Varela y le reclamaba que no se anduviera a medias, «este pueblo espera todo de usted, y usted debe darle todo» y antes de la firma se despedía con un «cartas como estas se rompen». La otra la desplegó y fue directo a la firma; no la encontró pero

supo que el autor era Salvador María del Carril. Pidió que lo dejaran solo y leyó:

Ahora bien, general, prescindamos del corazón en este caso. Un hombre valiente no puede ser vengativo ni cruel. Yo estoy seguro que usted no es ni lo primero ni lo último. Creo que usted es además un hombre de genio y entonces no puedo figurármelo sin la firmeza necesaria para prescindir de los sentimientos y considerar obrando en política, todos los actos de cualesquiera naturaleza que sean, como medios que conducen o desvían de un fin. Así considere usted la suerte de Dorrego. Mire usted que este país se fatiga 18 años hace, en revoluciones, sin que una sola haya producido un escarmiento. Considere usted el origen innoble de esta impureza de nuestra vida histórica y lo encontrará en los miserables intereses que han movido a los que las han ejecutado. El general Lavalle no debe parecerse a ninguno de ellos; porque de él esperamos más. En tal caso, la ley es: que una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando se cree necesario disponer de ella. Haciendo la aplicación de este principio de una evidencia práctica, la cuestión me parece de fácil resolución. Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no, yo habré importunado a usted; habré escrito inútilmente, y lo que es más sensible, habrá usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza a la hidra y no cortará usted las restantes; ¿entonces, qué gloria puede recogerse en este campo desolado por estas fieras?... Nada queda en la república para un hombre de corazón.

Lavalle arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Durante un buen rato se quedó en silencio. Las palabras que había leído le retumbaban en la cabeza. Con fuerza se apretó las sienes, tal vez así lograría detener el estallido. Desde Buenos Aires le pedían que tomara decisiones, que ajusticiara al más ¿injusto? Sí, Manuel era un desorbitado, Dorrego era el loco, un fuera de sí, pero los tiempos compartidos, las luchas juntos, aquellas complicidades, a pesar de todo, pesaban en su ánimo. No obstante, sentía estima por Dorrego. Le reclamaban la primera cabeza y que él fuera el responsable del degüello...

Lo que Juan Galo desconocía eran las negociaciones ocultas que se llevaban a cabo en la ciudad. No querían a Dorrego en Buenos Aires, lo

precisaban muerto. Agüero y Del Carril amenazaron al ministro Díaz Vélez por haber siquiera pensado en traer al monstruo a la ciudad. Su llegada podía ser aterradora para todos.

—A ver, Salvador, esto no puede seguir así. Quidemos al loco del medio y sigamos con nuestro plan. Sabrás qué hacer —lo instó Agüero.

—Por supuesto, déjelo usted en mis manos. Se ocupará de todo eso la espada sin cabeza, como corresponde —respondió Del Carril.

Lavalle tomó la decisión, la carta de Del Carril caló hondo en su cuerpo y supo que debía empuñar su arma —una vez más— para lograr esa victoria tan esperada. No era ansia de venganza lo que le corroía la mente sino cumplir con el deber que se le imponía. Debía ordenar el fusilamiento de Dorrego, no quedaba otra alternativa. Un oficial interrumpió sus cavilaciones, venían a verlo.

—Mi general, llevo del campamento donde custodian el carruaje que transporta a Dorrego. Me envía para que le solicite una entrevista y ver de arreglar todo en paz —le comunicó el coronel Lamadrid.

Lavalle se negó abiertamente.

—¿Qué pierde el señor general con oírlo un momento, cuando de ello depende quizá el pronto sosiego y la paz de la provincia con los demás pueblos? —insistió el emisario.

—¡No quiero verle ni oírlo ni un momento! —respondió Lavalle y le dio la espalda.

Aráoz de Lamadrid no tuvo otra que retirarse. Lavalle empezó a pasearse por la habitación a grandes pasos, sumido en sus pensamientos. Iba y venía, como si pretendiera trazar una huella. Sus ojos volvieron a tomar color y mandó a llamar a su edecán, el mayor Juan Estanislao Elías.

—Vaya usted e intímelo que dentro de dos horas será fusilado —le ordenó, sin necesidad de nombrarlo.

Elías galopó hacia el campamento y transmitió la noticia. Dorrego, desesperado, mandó llamar a Lamadrid.

—¡Compadre, se me acaba de dar la orden de prepararme a morir dentro de dos horas! A un desertor al frente del enemigo, a un bandido se le da más tiempo y no se lo condena sin oírlo antes y sin permitirle su defensa —dijo con la mirada negra. —¿Dónde estamos? ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado?

Dorrego daba vueltas por la habitación como un animal perseguido. Luego se fue calmando, comprendió que su suerte estaba echada y ya no tenía

salida. Pidió pluma y papel, quería escribir por última vez. Se despidió de su esposa Ángela, del gobernador López y de su amigo el general Azcuénaga. Les suplicó que su muerte no fuera la causa de derramamiento de sangre entre hermanos. Se quitó la casaca azul, se la entregó a Lamadrid y le pidió la suya para morir con ella. Con la cara sin sangre, pálido como nunca, marchó hacia el patíbulo del brazo de su confesor. Le cubrieron los ojos con una venda de seda amarilla y lo dejaron solo frente al pelotón. Ni Lamadrid ni Elías quisieron estar presentes. El edecán se dirigió a la sala donde se encontraba Lavalle. Un silencio mortal rajó el aire; y el redoble de tambores anunció lo que vendría. El estrépito de balas destrozó el cráneo de Dorrego bajo un sol calcinante.

—Amigo mío, acabo de hacer un sacrificio doloroso que era indispensable —les confió Lavalle profundamente conmovido y convocó a todos sus jefes, Lamadrid, Niceto Vega, Escribano, Quesada, Vilela, Olazábal, Díaz y el general Martín Rodríguez. —Estoy seguro de que si yo hubiese llamado a todos los jefes a consejo para juzgar a Dorrego, todos habrían sido de la misma opinión que yo. Pero soy enemigo de comprometer a alguien en decisiones que sólo me corresponden a mí. Lo he fusilado por mi orden. La posteridad me juzgará.

Nadie respondió una palabra. Sus compañeros estaban demudados; Lamadrid, enajenado.

Con el cadáver todavía tibio, Lavalle recibió una notificación de Buenos Aires de parte de Díaz Vélez. Le decía que los agentes diplomáticos de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia habían interpuesto sus oficios para salvar la vida del prisionero. El ministro le pedía encarecidamente que permitiera a Dorrego abandonar el país. Todo era demasiado tarde.

Los adultos conversaban en la sala. Habían recibido la visita del comerciante francés Julien Mellet, quien permanecería unos días más en Salta para luego continuar viaje. El hombre había embarcado en el puerto de Burdeos en un bergantín que lo llevaría a Montevideo, pero al alcanzar la costa de la Banda Oriental, el buque había sido abordado por dos navíos ingleses. La tripulación había abandonado la nave a la fuerza para refugiarse en tierra y así había empezado la odisea de Mellet. Y gracias a un encuentro

fortuito del francés con José Boedo, terminó recibiendo una invitación a la casa. Las damas de la familia organizaron todo para que nada faltara, la visita de un extranjero bien valía la pena.

—Monsieur Mellet, *¿voulez vous un mate?* —preguntó doña Juliana, chapuceando como podía el francés.

—No se preocupe, Madame; hablo y entiendo español de mis tiempos en aquel país. Y claro que me atrevo al mate, ya lo he probado y me gustó. Y eso que algunos tripulantes franceses me habían adelantado que era una infusión que alteraba la mente —Mellet se rió con ganas y aceptó la infusión.

—¿Y cómo encuentra nuestra provincia? Nos ha revelado nuestro hermano que tiene planeado continuar viaje —señaló Marcelina y le ofreció la canasta desbordante de pastelitos.

—No atosiguen a nuestro amigo, hermanas queridas —intervino José, algo exasperado. —Ha venido a pasar un rato agradable y parece que está frente a un interrogatorio.

Las señoras pidieron disculpas con los ojos pero el francés calmó los ánimos. La estaba pasando bien, no se sentía hostigado ni mucho menos.

—Me ha parecido fascinante, doña Marcelina. Pretendo recorrer otros parajes pero estoy deslumbrado con su provincia, con toda seguridad. Y debo confesarles que me siento bastante mejor aquí que en Tucumán, de donde vengo —y bajó la voz.

—Pero, mi amigo, ¿qué le ha sucedido en la provincia vecina? —preguntó el joven Mariano con el ceño fruncido. Sus tíos, Manuel Cordeiro Vidal, esposo de Marcelina, y Santiago Castro del Hoyo, el de Juliana, prestaron atención al francés.

—He sido testigo, en varias oportunidades, de sendos duelos. Los hombres tucumanos son de carácter tan soberbio y altanero, que la menor contradicción los llevaba a la mayor extremidad —respondió Julien y las señoras movieron las cabezas con desazón. —Intentaban separarlos antes de que saciaran su sed de rabia y venganza, pero aquello era una empresa difícil.

—¡Qué barbaridad! No piense, Monsieur Mellet, que aquí tenemos la sangre ligera —dijo Josefa mientras entraba a la sala. —Buenas tardes y disculpe mi demora, estuve ocupada en unos menesteres ineludibles.

Josefa había ayudado a Damasita con la redacción de una carta a su hermano José, emigrado a Bolivia. La cosa no había llegado a su fin pero la niña había accedido —de mala gana— a continuarla por sus propios medios.

Mellet se rió con complicidad pero ocultó parte de lo que había percibido

en algunas de las recorridas que había emprendido por la ciudad. Las costumbres de los habitantes no le habían parecido de las más suaves, sus hábitos bastante groseros, pero prefirió callar. Se sentía bien tratado en casa de los Boedo.

—Las calles por las que he caminado me han parecido hermosas y las casas muy bien edificadas —señaló el francés y acarició el brazo del sillón de madera adornado con cuero grabado en oro y plata, en el que estaba sentado. Se sentía como un rey en su trono.

—Si no lo ha contado ya, Monsieur, ¿cómo desembarcó en estas latitudes? —curiosa, dijo Josefa.

—Pues no lo he dicho, lo digo ahora, Madame. He llegado a Montevideo en un bergantín —empezó Mellet aunque prefirió obviar el detalle del cargamento de armas de a bordo. —Pero el barco se hundió frente a las costas del Río de la Plata, hostigado por naves inglesas, no sin antes haber sufrido el saqueo y la destrucción. La tripulación y yo nos salvamos a nado, claro está.

Las señoras suspiraron con asombro, los caballeros continuaron con la pesquisa. La cháchara oscilaba entre las apreciaciones del extranjero, las preguntas respondidas de inmediato y las propuestas en duda, a la puesta en autos de los últimos sucesos del país; que la cosa se había dividido más que nunca, o de nuevo, que era mejor no olvidar que siempre había unos y otros para la pelea, que seguramente bien sabría él con las cosas que pasaban en el otro continente, que hacía tres años que la provincia había adherido a una constitución unitaria rechazada por casi el resto del país pero no por ellos porque tenían un gobernador unitario don José Ignacio Gorriti, que es amigo de la casa aunque nosotros preferimos el otro bando, ¿sabe usted, Monsieur? Nosotros somos federales, no seguimos a las huestes del general Paz, el nuevo líder de la Liga del Interior, ese que anda volteando amigos por el territorio, ¿y sabe que es manco, que quedó sin mano por una bala en la contienda? Es que ahora andan todos locos como cabra, Mellet; le metieron guadaña al gobernador de Buenos Aires, a Dorrego y asumió el desafortunado de Lavalle; aquí el que no corre vuela, don, y andan diciendo allá, en la ciudad del puerto, que hay un escalofrío social de malísimo agüero para el interino que, en las exequias, dicen que han sido unos funerales suntuosos y como debe ser, bien merecido se lo ha tenido ese pobre hombre, acudió la población toda, y más le vale, ahora parece que andan todos de conspiración en traición, qué barbaridad. Antes amigos, camaradas y cómplices, ahora empiezan a mostrar la hilacha, y andan a los tiros por las provincias; bueno,

más que al tiroteo, a engendrar odios y prodigar órdenes, porque éstos, de poner el cuerpo en la acción, si lo he visto no me acuerdo, Monsieur Mellet; si serán mala entraña, mi amigo, que andan diciendo que quizá se arrime la época de la ruina de todos los caudillos y de la redención de los pueblos de la República. Esos de Buenos Aires nos quieren enseñar a nosotros qué debemos hacer, ¿por qué no se quedan en sus salones y nos dejan hacer lo nuestro en paz?

Hacía un buen rato que Damasita aguardaba en el umbral de la puerta con el papel en una mano y la pluma en la otra. Había terminado de redactar la carta a su hermano y quería entregársela a su tía para que se encargara de armar el envío. Pero los grandes hablaban, hablaban sin parar, como si corrieran una carrera contra el tiempo. Nadie la registraba, ella hacía poca bulla, era una experta en hacerse invisible cuando quería. Escuchaba lo que decían pero poco entendía, no le interesaba ese asunto de los grandes, salvo cuando los exabruptos se metían con ella o con las personas que quería. Notó que las mejillas de su tío se transformaron en manzanas a punto de explotar; movían los brazos como las aspas de molino, estaban destemplados por algo o eso parecía; sus tías metían bocado cuando podían, que era bien poco, y la visita asentía y murmuraba. Y de repente le puso atención al gesto de Mariano, su hermano. Decía poco pero sus ojos vomitaban mucho. Ella lo conocía de memoria. Y en un momento alguien nombró a Lavalle y Mariano se retorció, sus ojos echaron fuego. Damasita estornudó a pesar de ella. Los adultos miraron hacia la puerta y vieron una figura diminuta, con un vestido celeste como sus ojos y los rizos rubios desordenados. Parecía un ángel caído del cielo. Mariano se incorporó y fue hacia donde estaba su hermana. El resto continuó con la perorata como si nunca los hubieran interrumpido. Un poco compungida por la situación, la niña le extendió la carta; él la tomó de la mano y se fueron para adentro.

Era una noche cerrada de mediados de junio. La luna se había escondido, se veía poco y nada aunque tampoco importaba demasiado. Lavalle conocía el camino, sabía que no se perdería, que llegaría a destino. Había instado a su ayudante de campo, el capitán Estrada, y a dos soldados más, a que lo acompañaran en el viaje. No había revelado adónde se dirigían, tampoco en el

Cuartel de los Tapiales. Le había dejado encargado el mando de su división al coronel Olavarría. Al alba y bien guarecidos, habían montado sus caballos.

—Mi general, ¿adónde nos dirigimos? —preguntó el capitán.

—Ahora sí, Estrada, llegó el momento. Nos vamos a encontrar con Rosas, al fin me reúno con él —le respondió Lavalle en voz baja.

Habían transcurrido seis meses de exaltación constante. Luego del fusilamiento de Dorrego, el país se había levantado, la guerra civil era un hecho y Lavalle había abandonado la supuesta tranquilidad de Buenos Aires para sofocar incendios o arremeter contra el enemigo, que se había multiplicado como nunca. El Partido Federal, con Juan Manuel de Rosas y Estanislao López a la cabeza, se la había jurado a muerte.

Había recorrido la pampa al acecho de indios y gauchos, y quienquiera que vistiera los colores federales; había matado mucho, otro tanto había logrado escapar y la mayor parte de la «chusma» —así le decían a las mujeres y los niños— había sido tomada prisionera. Hubo combate en la Laguna de Las Palmitas, escaramuzas en el sur de Santa Fe, no había descanso.

—¿Y a qué vamos, mi general? —insistió Estrada con preocupación. Con su jefe todo era posible.

—A negociar, capitán. A negociar la paz.

Estrada lo miró de reojo —se veía poco y nada a pesar de los soldados que lideraban la marcha con sendas antorchas— y le adivinó la expresión. Sabía que habían llegado a un callejón sin salida. Algunos, los más cercanos, se habían enterado del contenido de la misiva que el propio general Paz le había escrito a Lavalle en febrero; le había anunciado la llegada de San Martín a las cercanías del Puerto de Buenos Aires en el *Countess of Chichester*. Pero el desembarco nunca había sucedido; aquel querido Libertador, que intentaba concluir sus días en el retiro de una vida privada, al enterarse del estado en el que se encontraba el país y no perteneciendo a los dos partidos en cuestión, había optado por la vuelta y el pronto restablecimiento de la concordia.

—Se quedó mudo, Estrada. ¿Qué pasó, se tragó la lengua? —el vozarrón de Lavalle tapó el ruido de los cascos contra la tierra húmeda.

El capitán no sabía si decir algo o permanecer petrificado. Los humores de Lavalle bailoteaban como nunca; a una hora se lo sentía con todos sus bríos, al minuto se agazapaba detrás de un silencio hosco. Era difícil de entender. Algunos compañeros lo adjudicaban a la falta de hembra; hacía meses que el hombre dormía solo y parecía no venirle del todo bien. Lavalle era hombre de mujeres, cuando alguna andaba cerca, el talante se le alegraba. Era cantado,

una falda en los alrededores calmaba la furia del general.

—Confiaban en el desembarco del Libertador, mi general... —se animó Estrada.

—Pero no pudo ser, capitán, qué le vamos a hacer. Bien podemos nosotros contra todos, ¿o intuyo alguna duda? —dijo Lavalle sin mirarlo.

—De ninguna manera, mi general.

Le mintió descaradamente, las dudas inflamaban su mente. Sabía que Paz se había mostrado intranquilo, que temía que la oposición, desahuciada y desesperada por la falta de un conductor, le hiciera propuestas seductoras a San Martín.

Sin embargo, el Libertador no se había dejado tentar y se había instalado en Montevideo a la espera del buque que lo llevaría de regreso a Europa. Desde allí le había escrito a su querido edecán de otros tiempos, Tomás Guido, anunciándole que para que el país pudiera existir, era de necesidad absoluta que uno de los dos partidos desapareciera; debían buscar un salvador que, reuniendo el prestigio de la victoria, el concepto de las demás provincias y, más que nada, un brazo vigoroso que salvara a la Patria de los males que la amenazan.

—¿Usted sabe del rechazo de San Martín? ¿O habla por hablar? —y se enderezó.

—Algo escuché, mi general, pero usted vio cómo son estas cosas. Las palabras ruedan y confunden todo.

Lavalle soltó una risa corta, más de hartazgo que de otra cosa. Sabía bien de los dimes y diretes.

—Le envié una comitiva en abril confiándole nuestros planes y volvieron con su negativa, que no le parecía que los medios que le proponían tendrían las consecuencias que yo afirmaba para terminar con los males que afligen a nuestra Patria desgraciada —señaló el general y apretó la mandíbula antes de seguir. —Y sentenció que una sola víctima que pueda economizar a mi país me servirá de un consuelo inalterable.

Estrada guardó un silencio de muerte. Sabía bien que le habían propuesto a San Martín el mando del ejército y de la provincia de Buenos Aires para que transase con las demás provincias; y que se hubiera tirado de lleno a la tumba antes que cruzar saludo con Rivadavia, que para él era el autor de todos los males no sólo en el país sino en el resto de América con su «infernical conducta». Volvió a otear con el rabillo del ojo, el asunto del Libertador lo sacaba de quicio, lo disimulaba poco y mal.

—Falta menos, capitán. Despabílese nomás, que lo necesito vivo —lo apuró el general. —Aunque a Rosas lo puedo solo, ya verá.

Aquel rechazo de San Martín, con la condición y necesidad de un hombre fuerte, de mano dura, lo había envuelto en una rabia negra. Le había parecido que ese brazo señalado no era otro que el comandante de las milicias federales, no él. San Martín ponía las esperanzas en Rosas y para Lavalle era difícil de tragar. Alguien de lengua suelta le había susurrado que el Libertador le había dicho a Iriarte que hubiera sido un loco si se hubiera liado con aquellos calaveras; entonces lo minimizaba con sus dichos... Y que sobre todo se arrepentía de no haberlo fusilado de lástima cuando estaba a sus órdenes en Chile y en Perú; muchacho sin juicio, hombre desalmado... ¿Eso pensaba del general que arremete contra todos y todo? Tragó bilis, intentó respirar pero no pudo.

—Despreocúpese, mi general. Estoy listo para enfrentar lo que venga —le aseguró Estrada.

El hombre de confianza de Lavalle estaba dominado por los dichos y sentimientos que se habían instaurado en la ciudad: el odio profundo entre bayunos —los soldados de Lavalle— y gauchos, liderados por Rosas. En la Campaña del Sud, cada hombre era un enemigo; los de la ropa planchada temían el degüello por parte del bandidaje y el fusilamiento de todo militar de sargento para arriba, la paisanada veía al mismo diablo en cada uniforme.

Buenos Aires se había convertido en una ciudad en perpetuo sobresalto. En el mes de abril, durante cuatro días, se había declarado el estado de asamblea. Todas las tiendas habían cerrado, los habitantes, los de arriba y los de abajo, se habían preparado para la defensa. Se había dado la orden de iluminar las calles desde las 9 de la noche hasta el amanecer mientras durase el riesgo de un ataque federal. Tronaron tres cañonazos con los que se alertó a la población del peligro latente. Los hombres corrieron a la Plaza de la Victoria, se les entregó un arma y aguardaron lo peor. Allí quedaron durante dos días. Pero nada pasó y volvieron a sus casas. Sin embargo, en el Puente de Márquez, las fuerzas de Lavalle se las vieron contra las de López y Rosas. «La batalla ha sido gloriosa para nosotros, aunque sin resultado», expresó el general unitario. La indefinición de la contienda lo obligaba a continuar la lucha contra las partidas montoneras.

—¿Se encuentra bien, mi general? —un cambio en el viento movió la llama de la antorcha e iluminó de lleno la cara de Lavalle.

—Me canso, Estrada, los hombres y su ruindad me agobian. Los pondría

en fila en el paredón.

—Imposible no entenderlo, mi general. Es admirable su temple.

—La ambición de algunos da asco.

La noche cerrada amplificaba aún más las voces de Estrada y Lavalle. La escolta escueta de dos soldados hacía oídos sordos pero era imposible no reparar en la conversación de sus superiores.

—¿Se puede saber de quiénes habla, mi general? —preguntó el capitán exponiéndose por demás.

—Aunque se lo ocultara ya es *vox populi*, Estrada. Hablo de Alvear y sus adláteres. Parece que ahora todos andan detrás de ese ladino, el gobierno es el objeto de sus celos. Nada les importa el país, capitán. Van detrás del poder, propio si es posible.

Las divergencias entre Lavalle y el círculo político que hasta entonces lo había rodeado se habían pronunciado hasta límites insostenibles. El general unitario quería terminar la guerra de una buena vez, pero el decembrismo quería seguirla a muerte y Alvear era el hombre perfecto para enarbolar esa acción. Este los había cautivado mostrándose dispuesto a mantener el dominio de la ciudad. El 4 de mayo, Lavalle había entregado el gobierno delegado a Martín Rodríguez, quien había formado su Gabinete con Salvador María del Carril en Gobierno y Relaciones Exteriores, Carlos de Alvear en Guerra y Marina, y Díaz Vélez en Hacienda.

La tensión con los federales se había exacerbado y a mediados de junio empezaron las tratativas para calmar la furia. Emisarios de uno y otro lado fueron y vinieron sin lograr demasiado, hasta que llegó la aceptación de un encuentro entre los pesos pesados: Lavalle y Rosas.

Del Carril, previsor y ejecutivo, le había mandado una esquela a Tapiales, en la que le sugería una única solución al problema que crecía minuto a minuto:

Un solo espíritu hay hoy, y tal se puede decir que es la opinión pública, que Lavalle y Rosas son necesarios para dar la tranquilidad a la Provincia y garantía a los individuos, en lo que puedan salvar después de la tormenta. Si usted y Rosas no satisfacen la opinión pública, el país va a despedazarse por las convulsiones de una anarquía nueva y extraordinaria. ¡Dios nos libre si ustedes no se entienden!

Habían atravesado dos leguas, estaban cerca de la estancia Del Pino, donde se celebraría el encuentro. Lavalle divisó una fuerza enemiga y en vez de recular, apretó los ijares de su caballo y galopó hacia allí.

—¡Alto! ¿Quién vive? —le gritó el oficial que mandaba la descubierta.

—El general Lavalle —contestó seco y lacónico.

Los soldados se miraron entre ellos, no salían de su estupor; el general en jefe que los había perseguido por todo el territorio cual pesadilla, estaba frente a ellos como caído del cielo. Lavalle, demostrando la tranquilidad que le hubiera dado su tropa, los miró fijo y continuó:

—Ordene usted que un hombre vaya a avisarle a su jefe que aquí está el general Lavalle, y que necesita un baquiano que lo conduzca al campamento del comandante Rosas.

El oficial obedeció como si hubiera recibido la orden de su propio líder y disparó como tejo. Momentos después el jefe de la fuerza se apeó del caballo con el sombrero en la mano para saludar a Lavalle, quien, con una sonrisa fría, descendió del suyo para recibirlo. Cambiaron algunas palabras, montaron sus alazanes y se pusieron en marcha. Llegaron a la estancia Del Pino pero Rosas no estaba allí. El general pidió mate, preguntó por la cama de su adversario y se acostó a dormir en ella con la mayor serenidad, vestido con botas y espuelas como estaba.

Rosas regresó a la madrugada y cuando lo anoticiaron con la novedad, dejó a dos jefes de su mayor confianza encargados de que no volara ni una mosca mientras durmiera el señor general, y que cuando lo sintieran listo para levantarse, le avisaran sin demora. Al rato, Rosas recibió el mensaje, le envió un mate y le mandó a avisar que iría a verlo. Cuando entró al cuarto, Lavalle se le arrimó con los brazos abiertos y se fundieron en un abrazo enternecido. Hablaron con franqueza durante tres largos días, dejaron todo arreglado, escrito y firmado por ellos mismos. Suscribieron la Convención de Cañuelas el 24 de junio de 1829, por la que se establecía el cese de hostilidades, la realización cuanto antes de la elección de representantes para reinstalar la Legislatura, que procedería a nombrar un gobernador al que ambos jefes someterían sus fuerzas. Al día siguiente, Lavalle expidió una proclama que fundamentaba su opción por la paz. Esa misma noche partió de Del Pino rumbo a la ciudad.

Fueron meses de negociaciones y deslealtades expuestas. Las intrigas de Alvear, la malquerencia hacia el santafesino López, persecuciones verdaderas y las imaginarias dominaron el cuerpo de Lavalle con la misma ansiedad de

sus tiempos juveniles. Su posición resultaba cada vez más incómoda para el resto. Harto de todo, le solicitó al gobierno su pasaporte para dirigirse a cualquier punto de ultramar porque había sido colocado en una posición difícil y desairada e insignificante. Trató de que le autorizaran el pase a Mendoza, donde se alojaba su familia política. Sin embargo, su gestión fue intervenida por los caudillos del Interior, que vieron su posible presencia como un ensalzamiento al sojuzgamiento de la República. Lavalle debió conformarse, el 7 de octubre, con embarcar rumbo a la Banda Oriental.

CAPÍTULO

VII

Damasita estaba exultante, había logrado —luego de pedir, insistir, lloriquear — que la llevaran de cabalgata a las afueras de la ciudad. Alguna vez por día hacía el reclamo, en general nadie le llevaba el apunte. No sabía bien por qué, pero esta vez habían dado el brazo a torcer y la habían consentido. La discreta expedición la compartía con su hermano Mariano, el adulto a cargo, y sus primos Rufino y Micaela.

En el galpón del fondo descansaban los animales. Los varones, rápidos para la faena, eligieron los alazanes más briosos y Micaela prefirió el zaino viejo; no estaba para sobresaltos, quería cabalgar tranquila. Dámasa enfiló hacia el negro, de pelo brillante y zarandeo de cola, y le pidió al mozo que se lo vistiera.

—Niña, estás loca. Ese caballo no es para ti, está encabritado, no vaya a ser que te tumbe y tengamos que llevarte al doctor —la paró su hermano.

—No seas malo, Mariano. Si Julito —lo señaló al mozo y éste tragó con dificultad— me permite que lo cepille cuando le pido.

—Otra cosa bien distinta es montarlo. Cuando seas grande, tal vez te dejemos acercarte al Negro; ahora no —sentenció Mariano y le señaló un tordo más bien retacón.

—¿Ese? ¿Por qué siempre lo peor para mí? —refunfuñó Damasita, se cruzó de brazos y bajó la vista.

—¿Pero cómo dices semejante cosa, niña? Termínala con los retobes, monta el tordo, que si no te dejamos —la retó su hermano y conminó al resto a que montaran los suyos.

Cumplieron la orden y salieron al paso hacia el Campo de las Carretas. Mariano y Micaela lideraban la marcha, seguidos por Rufino y última Dámasa, bien erguida pero con gesto adusto, no fuera a ser que se dieran cuenta de que a pesar de todo estaba feliz con el paseo. Al rato llegaron al Barrio de Abajo, el poblado de los negros y mulatos que, además de su emancipación, habían recibido del amo generoso, si los hados los había acompañado, un rancho con alguna que otra comodidad. Allí, como era de

prever, anidaban las mejores empanadoras y cuando el antojo de los patrones era más grande que la espera semanal, los criados de las casas pudientes se llegaban al barrio y llenaban la canasta.

—¿A la vuelta hacemos una parada en lo de la Petrona? —pidió Micaela y señaló una de las taperas. —Las mejores empanadas de la ciudad.

—¿Y tú qué sabes? —le preguntó su primo.

—Porque son famosas, Mariano. ¿Todo tengo que explicarte? —y le sonrió, socarrona.

Continuaron la marcha, los primeros hablaban hasta por los codos, sobre todo Micaela, que no dejaba segundo en silencio; Rufino había demorado el paso hasta que Damasita se le arrimó y continuaron camino uno al lado del otro. A espaldas de la ermita de San Bernardo, tirando hacia el sudeste, se extendía el Campo de las Carretas. Micaela y Mariano apretaron las verijas de sus caballos y dispararon a galope tendido.

—¿Apuramos, Damasita? Vamos a seguirlos —le propuso Rufino.

—Con el tordo vengo rezagada, cuando ustedes lleguen a casa, yo recién estaré saliendo del campo —rezongó la jovencita.

—No te enojas, que tu hermano hizo todo esto por ti. ¿O crees que tenía ganas de pasar la tarde en familia?

Damasita giró la cabeza y se quedó mirando a su primo. No le gustaba que la contradijeran, la habían acostumbrado mal, siempre atentos a sus monerías, haciéndole fiestas en cada ocurrencia, incitándola a que siguiera, llenándola de aprobación y aplaudiéndola en todo; la menor de los Boedo desconocía la desatención. Era una niña mimada y no había nadie en la casa que no se detuviera en ella. La orfandad era un motivo evidente.

—Mariano siempre tiene ganas de estar conmigo —sentenció Dámasa y clavó los ojos en la espalda de su hermano.

—No tengo dudas pero anda en otras cosas, niña. Está muy ocupado, todos están ocupados, Damasita. Parece que el país está revuelto —Rufino encimó su cuerpo contra el de su prima.

La niña le sonrió y se quedó pensando en las palabras de Rufino. A veces reparaba en las conversaciones de sus tíos, aunque, en general la aburrían mucho. Si ataba hilos podía asegurar que los adultos andaban con el ceño fruncido, algo había escuchado de la malaria del canónigo Gorriti —que ahora ocupaba el Gobierno— en vez del padre de su amiga Juana Manuela.

—¿Es por eso que no me dejan ver a Juanita? —preguntó la niña como si hubiera encontrado un tesoro escondido.

Rufino la miró sin entender ni una palabra.

—¿De qué me hablas?

—Hace rato que no veo a Juana y, cada vez que lo pido, me hablan de otra cosa —dijo Damasita compungida. —Es mi mejor amiga, la extraño.

—Pero, Dámasa, no te pongas triste. Es que estamos en guerra y todo se ha puesto arisco. ¿Pero para qué te voy a hablar de política? Tienes 12 años, todavía no estás para esos trotes.

—No me digas Dámasa que así me dicen cuando se enojan, y sí, no han querido que trote, por eso me dieron este petiso retacón.

Rufino largó una carcajada y contagió a la niña. Hicieron tanto alboroto que Mariano y Micaela frenaron sus caballos.

—¿En qué andan ustedes dos? —los increpó Mariano marchando hacia donde estaban los jóvenes.

—Damasita es una bromista de pura cepa, Mariano. Es imposible no reírse con sus dichos.

—Me dice Rufino que estamos en guerra —dijo la niña y se quitó un rulo de los ojos. —Y que por eso no viene Juana a casa.

—Bueno, no es tan así. Las batallas están lejos —dijo Mariano y le clavó una mirada negra a su primo. —Y los Gorriti tienen otras cosas de qué preocuparse. Pero para qué te voy a hablar de política, Damasita, no son temas para una niña; sobre todo porque te resultaría aburridísimo.

—¿Por qué antes podía venir y ya no? No entiendo.

—Porque no tienes edad.

—¿Y cuándo tendré edad para entender?

—Ay, Damasita, basta de preguntar. Cállate un poco —ordenó Mariano y elevó aún más la voz. —Bueno, ya es hora de pegar la vuelta, que se está haciendo tarde. Micaela, ¿no querías comprar unas empanadas? Vamos, entonces.

Mariano y Micaela apuraron la marcha. Rufino estuvo a punto de seguirlos pero reparó en las lágrimas de su prima.

—Ven para aquí, no te apenes —dijo acercando su caballo al de Damasita; soltó las riendas y la abrazó. Ella le respondió con sus brazos flaquitos y soltó la angustia en un llanto sin disimulo.

—Tranquila, mi niña, tu hermano te adora. Y yo también.

Sin mediar palabra y en un solo movimiento, Damasita cambió de monta. Sus hermanos le habían enseñado a cabalgar al mismo tiempo que daba sus primeros pasos, era una eximia amazona. Se apretó contra la espalda de su

primo y con la rienda suelta arrastró al tordo que la había traído hasta allí. Rufino le acarició la mano que lo sujetaba por la espalda. Así, pegada a su primo, fue calmando la pena.

Y Juan Galo cruzó de orilla, se instaló en Colonia del Sacramento, no sin antes recoger a su familia —Dolores y el pequeño Augusto— para emprender allí una vida juntos. Los tres primeros meses fueron difíciles para la espada unitaria. No encontraba gusto por nada, todo le resultaba poco interesante, el ocio no era para él. Hasta que optó por no dejarse alcanzar por la miseria y decidió emprender un negocio agropecuario. Con poca voluntad para cualquier cosa que no tuviera que ver con las batallas, no le quedó otra que hacerse de una modesta finca para calmar la cabeza y abultar, aunque fuera un poco, el bolsillo.

—Mi Juan querido, te noto lejos, a leguas de distancia aunque te tenga aquí a mi lado —se atrevió a decirle Dolores una noche tras días de silencio. —Sé que tienes algunas preocupaciones pero permíteme ayudarte.

—No quiero que pasen necesidades, Dolorica; no te mereces una vida de escasez. Tú menos que nadie.

—Yo te acompaño adonde sea y como sea, mi amor. Eso he jurado ante Dios y cumpliré mi palabra, como debe ser —con sus ojos renegridos buscó los secretos que opacaban el rostro de su marido.

Dolores sabía que Juan le había pedido consejo —y algo más— a su hermano Francisco; le había consultado acerca del estado de sus títulos públicos y cuánto se podía sacar de ellos reducidos a onzas de oro. Juan no le había confiado sus resquemores, ella le había espiado la correspondencia antes de que fuera enviada. El hermetismo de su marido la volvía loca. Cuando no lo había tenido con ella, las cartas habían ido y venido como el agua de lluvia; ahora que convivían parecían dos extraños. Incluso a veces le parecía que estaba harto de su presencia silenciosa.

Con el auxilio de algunos familiares y amigos, Lavallo había logrado hacerse de una estanzuela a la que había llamado Los Laureles, recordando a los tiempos heroicos del pasado. Había pergeñado que el negocio del cuero de conejo le vendría de maravillas porque podría criar millares. También lo había consultado con un inglés residente en aquellas costas, Mr. Young, que

le había contado que tres años atrás había ido a Buenos Aires con dos o tres docenas de muestra, y que dos sombrereros le habían ofrecido nueve pesos por docena.

—Habiendo disminuido los cueros de nutria, seguro podrán venderse mejor los de conejo, ¿no es cierto, Dolorica? —preguntó al aire Lavalle.

—Pues claro, tienes ojo de buen cubero, querido —respondió como si supiera, mientras calmaba el berrinche de su hijo.

—La transición de general a mercachifle no me ha costado el más leve sacrificio, ¿no es así? —y su mirada azul refulgió.

Dolores asintió sólo para no contradecirlo. Añoraba a aquel general que le apuntaba palabras bonitas en cada carta, que sólo tenía amor para darle a distancia pero que para ella era bien suficiente. Aquellos párrafos de tinta negra le dibujaban en la mente la imagen de un caballero siempre más que dispuesto, con la galanura a flor de piel —aunque no la tocara— y la jerarquía en exposición. Ahora que lo tenía a un respiro, parecía en otro continente.

Las preocupaciones de Juan eran otras, no las domésticas ni mucho menos. No le gustaba que su mujer, la niña mimada de los Correa, pasara privaciones, eso sí, pero la cotidianeidad y la rutina de la vida matrimonial no le sentaban del todo. No estaba acostumbrado, le parecía incómodo, le resultaba extraño sentir el ojo avizor permanente de la querida Dolores. Los tiempos en los que la lejanía traía libertad y deseo ya no eran tales con su mujer. La tenía a mano, había perdido las ganas. Tampoco lo desvelaba demasiado. Había encontrado el entusiasmo perdido en sus nuevas faenas rurales, eso lo tomaba por completo y a tal punto, que había pensado en vender el solar que había comprado en la campaña de Buenos Aires —cinco años atrás y luego del reconocimiento de la nueva línea de frontera— para invertirlo en vacas. Pero la venta se demoraba y el dinero faltaba. Otra vez le pidió un préstamo de mil pesos metálicos a su hermano hasta que se efectuara la venta; no quería echar mano de los títulos públicos, no los usaría sino en un caso extremo, sabía bien cuánto le había costado hacerse de ellos. Además se había instalado, junto a la familia, en la estancia para reducir los gastos a menos de una onza mensual.

El chiquitín volvió con la rabieta y los gritos se hicieron cada vez más insoportables. Juan salió a la galería, los alaridos de Augustito le perforaban la cabeza. Dolores tomó a su hijo en brazos con mucha dificultad; el niño ya tenía cinco años, estaba crecido y el peso le destrozaba la cintura. Su cara no

podía ocultar el cansancio que traía. Estaba sola, a leguas de distancia de sus padres, con un hijo y su marido en medio de un páramo, o una tierra que le ofrecía penurias, comparada con la vida que ella había disfrutado en su Mendoza natal. Con los aullidos de Augusto auestas, se dirigió a la cocina para ver si con algo de comer lo acallaba de una buena vez. Envueltos en un trapo, aparecieron unos pastelitos de membrillo; trozó un pedazo y se lo dio. Bastó para que reinara el silencio en Los Laureles.

Juan entró a la casa nuevamente y encontró a su mujer y al pequeño sentados en una silla, comiendo y en un diálogo incomprensible. Dolores jugaba con su niño pero se la notaba arreciada.

—Dolorica, le voy a enviar una carta a mi hermano para pedirle ayuda — le dijo desde el umbral.

—¿Otra vez? Pero deja de molestar a Francisco, ¿qué precisas ahora? —y se secó la frente con la manga de la camisa.

—La negra Pilar nos hace mucha falta, no puedes sola con todo —en pocos pasos llegó hasta donde estaban su mujer y Augustito. —No voy a escuchar negativas de tu parte. De cualquier modo, creo que por las leyes de nuestro país no se le puede obligar a que salga de la patria. Le voy a proponer si quiere servir por cuatro años, con la condición de que no salga de la Banda Oriental.

Se quedó mirándolo, impávida. Lo único que registró fue la cantidad de años que había vomitado: cuatro años. ¡Cuatro años! ¿Entonces le esperaba todo ese tiempo allí, en ese desierto, en esa soledad de muerte? Porque la compañía de Juan era casi una orfandad garantizada. Se pasaba el día entero en el campo, con sus animales, su tierra y vaya uno a saber cuántas obligaciones más que ella desconocía, y cuando volvía entrada la noche, parecía un búho que come y duerme. Pues que viniera la Pilar entonces, así agregaba conversación con alguien, además de Augustito.

Sin embargo, la vida bucólica de Lavallo no duró todo lo que había imaginado. La correspondencia con algunos camaradas había sido fluida durante todos aquellos meses y a través de ellos se mantenía al tanto de las contiendas tras el poder perdido. Entre tanta carta y tanteo lo convencieron de volver. Entre Ríos hacía tiempo que buscaba una tranquilidad que los había abandonado hacía rato. Tras el asesinato de Pancho Ramírez, la provincia había oscilado entre noveles caudillos y el desembarco del porteño Lucio Norberto Mansilla. Los entrerrianos del sudeste se habían organizado contra el poder foráneo y uno de los convocados había sido Lavallo. Erguido otra

vez, marchó rumbo a Concepción del Uruguay para activar la faena revolucionaria, junto a algunos hombres de la provincia, como Pedro Espino, los hermanos Cipriano y Justo José de Urquiza, y algunos más.

Dolores volvió a despedirlo. Esta vez no pudo ocultar las lágrimas. Lloraba porque se iba, pero también porque ya no se alegraba cuando estaba allí junto a ella, porque se carcomía la mente con preguntas. Tal vez eso fuera el amor, mezquino y silencioso, que siempre falta y nunca calma. Juan le secó los ojos con sus labios y se fue.

Damasita se había encerrado en su dormitorio. Una criada —luego otra— habían tocado la puerta para avisarle que la comida estaba lista, que la mesa estaba servida y nada. La jovencita, en un hilo de voz, había respondido que no tenía hambre. Ni ganas de llorar, lo único que sentía era una confusión desesperante, no entendía qué pasaba, una mezcla de furia asesina y desasosiego sin fin. Tampoco quería arrojar sobre su cama, allí no podía pensar; las ideas se le enderezaban en la silla que completaba el juego de tocador.

—¿Qué pasa, Damasita? —Josefa entró al cuarto sin pedir permiso. Las criadas le habían avisado que la niña se había retobado y se negaba a comer.

—Nada, estoy pensando.

—No tienes cara de pensamientos, más de preocupación que de otra cosa. Vamos al comedor que te han hecho unas ricas empanadas, tus favoritas — Josefa se arrodilló a su lado y la tomó de la barbilla.

Damasita negó con la cabeza y frunció aún más el ceño. Apretó la boca en franca protesta contra un posible alimento. De sólo pensar en las empanadas, una oleada de asco le subió por el esófago.

—¿Quieres que te acomode el peinado, mi querida? Podemos probar alguna cinta nueva, ¿qué te parece? —intentó seducirla su tía con las pequeñas frivolidades que empezaban a deslumbrar a la chiquilla de 13 años.

Se irguió más en la silla, pegó su espalda al respaldo y se entregó a las manos de su tía, quien con una ductilidad superior, comenzó a deshacer las trenzas rubias. Y cepilló con cuidado, para no lastimar, el pelo ya suelto.

—Dime el motivo de tu enojo, Dámasa —volvió a intentar.

—Ahora tú te enojas conmigo —le respondió la niña y la tía le acarició el

hombro para calmarla. —Me dejan sola, tía Pepa. Otra vez y no entiendo por qué. Juana Manuela se fue, nadie me dice qué pasó y ella es la única amiga que tengo. Ya no me queda nada.

Josefa se quedó de una pieza. Ella sabía muy bien lo que sucedía en la ciudad, no entendía cómo había llegado a oídos de Dámasa. No eran cuestiones que se discutieran con los niños cerca, pero claro, la jovencita había despedido a la niñez hacía un rato considerable.

—Estás en lo cierto, pero no en todo, mi querida. Juanita y su familia se han ido, así es, pero obligados por las circunstancias. Asuntos soporíferos, la política, que poco deberían interesarle a niñas como tú. Y aquí estamos nosotros, podrás hacerte de nuevas amigas, ¿no es cierto? —señaló con ahínco.

—Ya no soy una niña, entiendo si me dicen las cosas. Cuando me esconden la verdad me desespero, Pepa. Preciso explicaciones —atacó Damasita como un animal salvaje.

—Bueno, vamos a ver —suspiró Josefa y, veloz, pensó en qué decirle a su sobrina. —Hay disputas de poder en el país y el padre de Juana Manuela salió perdiendo esta vez. Tuvieron que escapar, m'hija, todos los Gorriti han huido hacia el norte. Pero ya verás que las cosas se calmarán y podrás reunirte con tu amiga otra vez.

Lo que no le contó fue que la huida no había sido tan fácil. Con algunas frases deshilachadas intentó unas razones contundentes, pero la realidad había sido otra y un futuro reencuentro era una ilusión forzada. El derrotero de los Gorriti era puro temblequeo: primero había muerto el Pachi de una pulmonía fulminante; Juan Ignacio, el presbítero que gobernaba la provincia, había sido derrotado por las fuerzas del coronel federal Pablo Latorre y éste había ocupado interinamente el poder; y José Ignacio, el padre de Juana Manuela, por su franca adhesión unitaria, había sido desterrado a Tarija —además de la confiscación de todos sus bienes— por orden del líder porteño, Juan Manuel de Rosas.

—¿Y no podemos viajar ahora mismo?

—Pero qué locuras dices, Damasita. ¿Cómo vamos a irnos de casa a un sitio que no conocemos?

—Como hicieron ellos, que seguramente se fueron a un lugar desconocido.

—Pues ellos han tenido una urgencia y nosotros no.

—Nosotros somos federales, tía Pepa. ¿Es por eso?

Josefa estaba azorada. Sin darse cuenta, le tironeó el pelo. Damasita se quejó, se tomó del cuero cabelludo y, con ojos de fuego, insultó a su tía sin mediar palabra.

—Las niñas no hablan de esas cuestiones. Eso sólo se les tiene permitido a los varones, por ende te callas la boca y te ocupas de los asuntos que te competen —finalizó con la trenza, la tomó del brazo y la levantó de la silla. —Y en esa estamos. Vamos a la sala ahora mismo, a atender lo nuestro. Quiero ver en qué anda tu bordado.

Salieron del dormitorio de Damasita, una adelante, la otra detrás. La tía preocupada por la crianza de la niña, por la intemperancia continua, por su falta de sensatez —cualidad indispensable en las señoritas de bien—, por sus exabruptos de la nada; y la sobrina enardecida ante la subestimación continua, el tratamiento absurdo, la poca ayuda, el ralo entendimiento.

SEGUNDA PARTE

Pasiones encontradas

CAPÍTULO

I

Hacía días que Damasita urdía un plan; hacía varios meses que su hermano estaba fuera de casa cumpliendo con su deber, o lo que él consideraba una obligación ineludible. Mariano no había cejado en la lucha. Primero se había unido a las huestes del otrora coronel Latorre devenido gobernador interino de la provincia, en el combate de Los Cerrillos y había salido vencedor, y de un tiempo a esta parte había decidido apoyar al movimiento separatista jujeño, bajo el mando del teniente José María Fascio. La provincia de Jujuy iba tras la independencia política de Salta y hacia allí había cabalgado Mariano; y ella, ilusionada con la sorpresa a pesar de no conocer demasiado los desvelos de la guerra, había decidido ir detrás de la huella del caballo de su hermano.

Había pensado en pedirle asistencia a Antonia, la criada dilecta que no le perdía pisada. Tal vez ella podría acercarle algún contacto con un cochero amigo, o algún mozo de cuadra, o un caballero dispuesto a cumplir con los pedidos de una dama, ya que ella no había tenido, todavía, demasiado acceso al mundo fuera de su casa. A pesar de sus 15 años no había alternado lo suficiente como para tener a tiro la ayuda que necesitaba. Sabía bien de los convites que se ofrecían por aquí y por allá, pero ella no asistía, no formaba parte de las fiestas. Sus tías no la alentaban, ella tampoco reclamaba. No sentía mucha curiosidad por las reuniones multitudinarias en casas de las familias amigas. La única amiga que le había interesado ya no andaba por allí, estaba lejos, aunque de tanto en tanto intercambiaba alguna carta. No tenía con quién compartir secretos, alegrías, enojos, salvo con Rufino, pero eso era otra cosa. Era su primo querido, el que la cuidaba y con quien reía, sin embargo añoraba la confidencia femenina, el encuentro de chicas que no necesitaba de explicaciones. No le daba aquello que tanto quería pero que no podía explicar; Rufino la protegía, Damasita añoraba a Juana Manuela. Y ni qué hablar de su hermano, que había partido y, ahora que ya no estaba, la falta se le había hecho insostenible. La correspondencia con Mariano la había puesto al tanto de su recorrido, de las cercanías del campamento donde se

habían instalado. No se había atrevido a contarle la idea que le había carcomido las ganas; con toda seguridad, sería mejor darle la sorpresa y caerle de sopetón. Golpearon a la puerta y cayó en la realidad.

—¡Adelante! —dijo en voz alta.

—Niña Damasita, perdón que la moleste; traigo la ropa limpia —Antonia iluminó las habitaciones con su sonrisa de oreja a oreja y empezó a acomodar.

—Deja todo sobre mi cama, yo lo ordeno —esperó a que terminara, la tomó por la espalda y la giró para que la mirara. —Preciso de tu colaboración, quiero que me consigas un carruaje con un conductor discreto, para que me acerque hasta Jujuy.

Los ojos de la mulata se abrieron tanto que parecieron prestos a caer. Por si acaso, empezó a negar con la cabeza.

—¿Qué dices que no, loca retobada? Aquí las órdenes las doy yo y tú haces lo que te digo.

La negra asintió con ahínco, no entendía nada pero antes de ligar un reto, cualquier cosa.

—¿Entonces? ¿Me consigues el cochero? —Damasita puso los brazos en jarra y levantó la barbilla. —Y no es para dentro de un mes. Lo quiero para mañana a la medianoche.

—Ay, niña, que a esas horas de la oscuridad viene la mula ánima; ¿para qué llamar a las almas de las tinieblas?

—Pero no digas sandeces, mujer, que no viene nadie. En cambio, la que se va soy yo —disparó Damasita.

—¿Cómo, adónde? —y Antonia ahogó un grito. Recordó el chisme que había escuchado en la plaza, la hija del patrón de una amiga se había fugado con un soldado, o un general o algo parecido, y eso había traído el luto a la casa. Si en esas andaba su patroncita, mejor que se la llevara el diablo.

—Cuántas preguntas, Antonia. Bueno, me voy con Mariano.

—Amita, su hermano se fue a la guerra; usted no puede ir para allá. Es sitio de hombres.

—¿Desde cuándo me explicas lo que debo hacer? —y la negra arremetió otra vez con el sacudón de cabeza. Damasita insistió. —Entonces, ¿hay cochero disponible?

—Bueno, está el hermano de la María, doñita, pero ha de querer cobrar unas monedas... Difícil que haga algo gratis aquel...

—No se preocupen, ni él ni tú; cuánta codicia, habrase visto. Tendré las

monedas pero lo quiero mañana a la medianoche, en la esquina de la casa. Y guay con que no aparezca —la amenazó.

Antonia hizo una reverencia veloz y escapó del cuarto apretando las uñas contra las palmas de sus manos. Hizo unos pasos, ensimismada como estaba, no miró quién venía desde la otra punta y estuvo a punto de toparse con Rufino.

—Pero, Antonia, mira hacia adelante y concéntrate un poco —la reprendió.

—Perdón, señorito, no lo vi.

—Ya me di cuenta. —iba a seguir su camino pero notó la cara de desesperación de la criada. —¿Te lastimé? ¿Qué pasa?

—Nada, don Rufino.

—No me mientas.

—Es que tengo miedo.

—Me dices todo lo que te preocupa ahora mismo.

Antonia estrujó el delantal una vez, otra, bajó la cabeza como si buscara razones trascendentes en el dibujo de mayólicas del piso, ay, ay, ay, sollozaba en un canto interminable. Entre tartamudeos, dilaciones y aullidos, que más parecían de un gato herido que de una criada desesperada, le confesó la encomienda en que la había metido su amita. Rufino no dudó ni un segundo, la tomó del brazo y recorrieron la casa a toda velocidad hasta que encontraron a Josefa en el patio, recortando algunas hojas secas de los arbustos en los macetones.

—Repítele a mi tía lo que me contaste en el pasillo —le ordenó Rufino y la soltó.

—No me haga esto, señorito. Ya me olvidé todo, me anda mal la cabeza —sollozó Antonia y repitió la cantinela previa.

—Basta ya, a ver, Pepa, Damasita le pidió a la llorona —y la señaló con fastidio— un coche para escapar mañana a la medianoche. Parece que quiere ir tras los pasos de Mariano.

Josefa se quedó sin aire. Jamás se hubiera imaginado que su sobrina pergeñara una fuga. Esos menesteres eran propios de muchachas de otra clase, otra crianza, presas de la pasión, no como su querida Dámasa, tan joven y quietecita, de poca tertulia y nada de juerga. Era incomprensible. Sin mediar palabra, se dirigió a la recámara de su sobrina, tampoco golpeó y entró. Sentada sobre la cama, Damasita estaba separando alguna ropa.

—¿Se puede saber qué es esa monstruosidad que me acabo de enterar?

¿Que te vas, escapabas de tu familia?

Damasita se puso pálida, más blanca de lo que ya era. Sintió que la sangre se le escapaba de las venas, le faltó el aire, o le sobró, no supo bien pero le pareció que el mundo detenía su marcha enloquecida.

—¿Tan mal te sientes con nosotros? ¿Qué hemos hecho para merecernos esto? —los ojos de Josefa se agrandaron como monedas, a medida que la furia ganaba espacio.

—Nada, no han hecho nada. Seguramente, ahora tampoco haré nada yo —respondió la jovencita en un hilo de voz.

—No quiero encerrarte bajo llave pero me obligas a eso, Dámasa —Josefa soltó el aire y, abatida, se cruzó de brazos.

—Te prometo que no haré nada, Pepa —se arrojó suplicante a sus pies y suplicó. —No me hagas esto, por favor, déjame ir.

Damasita se largó a llorar, como nunca, más que nunca. Josefa le pidió que se calmara pero a las palabras se las llevó el viento. La angustia que la joven había apretado durante tanto tiempo la desbordó y, a pesar del intento por detener las lágrimas, agregó desahucio a la idea del futuro que tenía. El sollozo de la joven y el reclamo insistente de Josefa convocaron a las otras tías al cuarto del escándalo. Las tres mujeres intentaron calmar a la niña pero la situación cobró fragor y nada de tranquilidad.

Pasó un largo rato hasta que el llanto se apaciguó. Damasita no tuvo más lágrimas para derramar, creyó que se había secado por dentro. Estaba desfigurada, sus rasgos eran pura desmesura, tal vez hablaban de la inmensa tristeza que la acorralaba fuerte por primera vez. Las mejillas se le habían puesto moradas, los ojos le quemaban, sintió un incendio que trepaba por sus piernas hasta la cabeza.

—¿Qué tienes, mi chiquita? —Josefa le tocó el cuello con el dorso de la mano; su sobrina hervía de temperatura. Desesperada, se dirigió a sus hermanas. —¡Por favor, llamen a un médico! La niña no está bien.

Marcelina y Juliana salieron de la habitación a toda velocidad y Josefa desvistió con cuidado a su sobrina, la ayudó a ponerse la camisa de dormir y la acostó. Y no dijo nada más. La tapó con las cobijas, le despegó las mechas empapadas de la cara, le secó la frente con un pañuelo de hilo y se acomodó en una silla al costado de la cama. Damasita cerró los ojos, le dolía mirar, prefería ver negro, todo negro. No entendía qué le pasaba, aunque se daba cuenta de que había perdido las ganas. De repente, aquella alegría infinita que había crecido dentro suyo al imaginar el reencuentro con su hermano querido,

se había desvanecido y sentía hundirse en un agujero de imposibilidad y desasosiego. Extrañaba a su hermano, o tal vez a la idea que tenía de ese vínculo adherido que sostiene hasta la eternidad y salva de la muerte. Soñaba con el abrazo de Mariano, apretado, protector, amoroso, de cuidado y sostén perpetuo. Aquellas otras faltas previas habían transcurrido con menos dolor, esta vez había sido demasiado. Se había sentido más sola que nunca, a pesar de la compañía familiar. Eran ánimas, estaban vivos pero para ella circulaban como muertos de voz lejana. Mariano era su sostén, el alimento que la mantenía en pie y hacía tiempo que no lo veía. El reencuentro la había entusiasmado, mucho, demasiado, imposible, abortado. Perdía las ganas de vivir.

Y la descendencia de Lavalle se había multiplicado en la estancia. El 27 de mayo de 1831 había nacido Dolores, el 25 de diciembre del año siguiente Josefina Hortensia y el 21 de agosto de 1834, Juan Bernabé. El hacendado estaba contento con sus hijos, sobre todo con los dos mayores: Augusto, que ya contaba con 11 años y seguía a su padre como perro fiel, y Dolores, que a pesar de tener tan sólo 5 lo acompañaba en las faenas tierra adentro. Los más chicos eran los preferidos de la madre, que se ocupaba con ahínco, además de agregar la colaboración que recibía de Pilar y de la hija de uno de los peones de su marido.

Cada uno con su ocupación —Juan en el campo, Dolores en la casa— tenían el día y la rutina matrimonial organizada. Cuando empezaba a caer el sol, Juan regresaba y compartía las últimas horas del día en familia, o algo semejante. Agotado de la jornada laboral, entraba a la cocina y allí solía esperarlo Dolores con unos mates y una panera llena de galleta, lista para ser untada con la manteca recién hecha. Con la panza llena se encerraba en su despacho a leer y responder la correspondencia, que se multiplicaba. Las cartas a la familia porteña cruzaban el río, de un lado y del otro, con bastante asiduidad; traían alegría a Colonia del Sacramento, y llevaban, en respuesta, el mismo entusiasmo. Las que eran esperadas con la misma ansiedad pero menos alegría y demasiada inquietud eran las que arribaban de distintos puntos de la otra orilla, firmadas por los mismos de siempre, los colegas de armas, la furibunda oposición al poder rosista. Algunos federales emigrados

—se habían visto urgidos a la fuga tras la consigna federal: «está contra nosotros el que no está del todo con nosotros»—, entre los que se destacaban los generales Olazábal, Iriarte y Espinosa, habían emprendido un coqueteo con don Valentín Alsina para que se desempeñara como nexos con los unitarios. Lavalle se había mostrado entusiasmado ante el llamado; no era el único domiciliado en Colonia del Sacramento, también Rivadavia había cruzado el río y, al ser tentado, había respondido que iría con una lanza. Sus dichos habían causado comentarios jocosos por la ausencia de actitud guerrera del ex presidente argentino. En cambio, al general le sobraban credenciales bélicas. Sin embargo, la tentativa no funcionó. Ganas no les faltaba y pronto encontraron otra forma para insistir con su ansiado derrumbe rosista. Corrían rumores de que Alvear estaba conspirando con el presidente de Bolivia, mariscal Andrés de Santa Cruz, quien había ofrecido su protección a los unitarios derrotados en 1831, y se preparaba a auxiliar a los enemigos de Rosas con una invasión de las provincias argentinas limítrofes con su país. Al mismo tiempo, desde la Banda Oriental planeaban lanzarse contra Entre Ríos, y el general Lavalle había sido elegido para este desembarco. Había cruzado correspondencia con Martiniano Chilavert, donde éste afirmaba: «Si se quiere hacer algo no queda otro camino en el presente. Ánimo, amigo, y adelante. Hay infinitos elementos contra Rosas, pero cuesta trabajo reunirlos».

La Banda Oriental tenía nuevo presidente. Manuel Oribe había asumido el 1 de marzo de 1835 y, como era de esperar, había trenzado relaciones con el rosismo. Para congraciarse con su aliado, había tomado las precauciones pertinentes para impedir que desde Mercedes y Paysandú se extendiera la convulsión hasta Entre Ríos. No les había quedado otra a los exiliados que unirse a Fructuoso Rivera, enemigo acérrimo del flamante mandatario oriental. Transcurrido un año de envalentonamientos varios, Rivera se había alzado en armas definitivamente. Los emigrados debieron sumarse a la compulsión pues temían ser expulsados de suelo oriental si el caudillo era derrotado por las fuerzas gubernamentales. La revuelta había estallado simultáneamente en San José, Tacuarembó, Paysandú, Cerro Largo, Soriano, Durazno y Colonia del Sacramento.

Juan, cansado de trabajar, entró a la casa. Venía emponchado, era invierno crudo en el campo. Un silencio estremecedor lo inquietó, en la cocina no había nadie, la mesa estaba vacía, ni siquiera le habían dejado un plato con algo para comer. Las velas no se habían encendido, la penumbra aún

iluminaba un poco. A punto de gritar el nombre de su esposa, prefirió callar. Salió con cuidado de la cocina, no se escuchaba nada, las chicharras de afuera. Recorrió la casa, ni una mosca hasta que llegó a su cuarto. Abrió la puerta y ahí, sentada en una silla, con sus cuatro hijos alrededor, estaba Dolores, erguida y con un papel en la mano.

—¿Qué pasa, mujer? ¿Y qué hacen aquí encerrados? —preguntó Lavallo y en dos zancadas se le paró enfrente.

Dolores lo miró fijo, con cara de perro aterrado. Buscaba respuestas en los ojos de su marido, que por supuesto no encontró.

—Juan, tu vida corre peligro. ¿Cómo no me avisaste? —dijo con voz temblorosa y le extendió el papel.

—¿Y esto qué es?

—Me lo trajo la Luisa. Estaba clavado en un poste en la posada del pueblo.

Luisa, la zamba que la ayudaba en los quehaceres de la casa, había leído el documento y, rápida como el galope, lo había arrancado para entregárselo a su patrona.

Juan acercó la papeleta a la luz de la vela y leyó:

Se declara traidor a la Patria y depuesto de sus empleos y honore, al caudillo de la rebelión Fructuoso Rivera, y por tanto fuera de la ley. El emigrado de la República Argentina Juan Lavallo es igualmente declarado traidor a la Patria y puesto fuera de la ley.

Levantó la vista y buscó los ojos de Dolores. Se hablaron en silencio, unos pocos segundos bastaron para transmitirse lo que sentían. Los niños, atentos al clima enrarecido, enmudecieron de repente.

—Tengo miedo, Juan. No sé por qué pero esta vez me siento intranquila. Si te pasa algo yo me muero —susurró y abrazó a Juan Bernabé, que descansaba sobre su falda.

—No quise preocuparte, mi querida. Me lo advirtieron hace unos días y pensé que no llegaría a mayores, pero temo que pequé de ingenuo.

Las tres caritas lo miraban desde la otra punta del dormitorio. Los dos más grandes con cierta intranquilidad, entendían a la perfección lo que decían sus padres. Hortensia, en cambio, sonreía sin entender. Sus diminutos tres años la habían convertido en una especie de cachorro inocente. Augusto y Dolores, firmes como soldados de juguete, atendían con ceño fruncido el diálogo

adulto.

—Te entiendo, Juan. Pero has visto cómo es, en un segundo los rumores gritan y eso que se intentaba esconder te enfrenta sin miramientos.

—Cuánta razón tienes, mujer.

—¿Qué hacemos, querido?

—Tú, nada. Te quedas aquí, estarás a salvo en el campo. Es a mí a quien buscan, detrás de mí andan, pero tranquila. No te quiero alterada, manda a llamar a alguno de tus hermanos para que los acompañe, a ti y a los niños — aclaró con una serenidad demencial.

—Entiendo todo. Deja el chambergo y el arado, ve a pelear, es tu destino —musitó Dolores, estoica. —Me encargo de solicitarle a Concepción que se embarque hacia aquí, tal vez Hilario la acompañe. ¿Y hacia dónde te diriges, Juan?

—Menos averigua Dios y perdona. Es preferible que no sepas. Cuanta menos información tengas, será mejor. Cuando el sol despunte partiré —dijo Lavalle y percibió el hipo de un sollozo en su mujer. —No quiero una lágrima. Vamos a la cocina a comer algo, que tengo un hambre voraz.

La tomó del hombro y salieron del cuarto, en medio de un silencio aterrador.

Habían probado con todo, pero no les había sido posible encontrar solución. Damasita permanecía postrada desde hacía semanas, no tenía fuerzas para levantarse de la cama. Los primeros días pensaron que era un retobe propio de su edad, buscando provocar a sus tías, pero al ver que la situación empeoraba y que la debilidad era en serio y no la impostación de una muchachita insolente, se asustaron.

Josefa golpeó la puerta con suavidad y entró sin esperar la respuesta de su sobrina. Detrás de ella y con aspecto circunspecto, el médico. Tras algunas fallidas intenciones con diferentes curanderas introducidas por el servicio doméstico, las tías se habían visto obligadas a convocar al doctor.

—Mi querida, aquí vengo con el doctor Redhead, a ver si te curamos de una buena vez —dijo Pepa en voz baja y le señaló la enferma al médico.

Joseph Redhead, el médico escocés que había asistido a Manuel Belgrano durante los últimos años de vida, también había asistido a Martín Miguel de

Güemes hasta su muerte. Era el facultativo más respetado de Salta y las Boedo, afligidas por el estado de Damasita, no habían dudado en convocarlo.

—Buenas tardes, señorita Boedo. Vamos a ver qué le pasa —dijo Redhead con su típico estilo bonachón, acercó una silla al lecho de la enferma y se sentó.

Damasita asintió con la cabeza y se dejó hacer por aquel hombre que, sin conocerlo, le impartía confianza. El doctor le tocó la frente, le despegó los ojos cual monedas y miró de cerca como si buscara algo bien adentro, le pidió que abriera la boca y sacara la lengua y así hizo, le tanteó el cuello y apretó al tragar, le levantó las mangas de la camisa y le observó los brazos ya casi transparentes, al igual que la espalda, blanca como las sábanas. Cuando terminó, le ordenó que se recostara y se acomodó contra el respaldo de la silla, con la mirada abstraída. Se cruzó de brazos y pensó. La reflexión tardaba, Josefa aguardaba alguna palabra sanadora, aunque más no fuera de aliento. Nada.

—Discúlpeme, doctor Redhead. ¿Qué tiene mi sobrina? ¿Cómo le curamos este mal? —preguntó impaciente.

El médico miró a la señora como única respuesta y se dirigió a la joven, que sólo había soltado un suspiro.

—A ver, jovencita, ¿qué te sucede? ¿Quieres que tu tía salga de la habitación?

Josefa no pudo evitar el gesto indignado y se plantó, no había ninguna posibilidad de que se retirara de allí.

—No hace falta, doctor. Me siento enferma, no tengo fuerzas para nada —al fin, Damasita habló. —Lo que quiero es dormir todo el día, no tengo voluntad de salir de la cama.

—¿No ve lo que yo le decía? Hay que darle algún tratamiento curativo, doctor —la intromisión de Josefa parecía no encontrar eco en Redhead.

—Su sobrina no tiene nada en el cuerpo, señora. La niña está triste. Nada más y nada menos que eso.

—Hay una epidemia de escarlatina, doctor. No vaya a tener el mal agazapado y cuando menos nos enteremos, allí va —disparó Josefa como si supiera.

—Estuve tomando un jarabe, doctor —dijo la niña en un hilito de voz.

Redhead miró fijo a Damasita, luego a su tía. Le había faltado esa información. Impaciente, esperó a que se la dieran.

—Bueno, sí, doctor. Así es, pero fue poco. Le dimos unas cucharadas de

panquimogoge (13), pero la chica hizo tantos aspavientos con que era un asco, que no me gusta y no sé qué pavada más, que lo retiramos de la casa — confesó Josefa.

—Pero, señora, ¿cómo se le ocurre darle ese veneno a la jovencita? Escúcheme a mí, su sobrina no tiene enfermedad alguna. ¿Mal de amores, tal vez? —preguntó el doctor, cansado de lidiar con la mujer y listo para dar por terminada la visita.

—De ninguna manera, la niña no está para esos menesteres. Y si usted insiste con la cuestión de la pena y no sé qué más, ya la vamos a sacar de ahí nosotras. Vamos, lo acompaño a la puerta, doctor —dijo y lo tomó del brazo para guiarlo.

Redhead se despidió de Damasita y salió de la habitación junto a Pepa. Mientras caminaban hacia la salida, el médico intentó calmar la ansiedad de la dama. La jovencita no tenía nada, que a veces sucedían esas cosas, que un novio reacio, la melancolía y esos secretos de las muchachas en edad de merecer. Si la tranquilidad había llegado o no al alma de la señora, nunca lo supo ya que la puerta se cerró y sólo ligó murmullos indescifrables del otro lado.

Damasita se había quedado sola en su dormitorio, pero no por mucho tiempo. Rufino entró —como hacía todos los días y a la misma hora— y se sentó en la silla.

—¿Qué dijo el médico?

—Nada, que estoy bien —levantó los hombros y volvió a suspirar.

—La verdad es que tienes buen semblante, primita. Vamos, arriba, vayamos a cabalgar.

La joven sonrió y le brillaron los ojos. Miró a su primo y así permaneció durante un buen rato. No sabía qué le pasaba, toda esa fuerza, ese arrebató constante que había primado en su vida, había desaparecido. Esa desesperación por vivir, por tragarse el mundo, aquella ansiedad que le pinchaba el cuerpo se había hundido en un pozo negro. Apenas tenía fuerzas para respirar y poco más. Sus hermanos lejos, sin noticias de regreso. ¿Se terminaría esa tristeza, esa desazón que se había apoderado de ella y ya ni lágrimas le había dejado? Sus tías la habían reprendido, que estaba lleno de señoritas que habían perdido a un ser querido pero la vida continuaba, era una desagradecida en darle la espalda a las cosas lindas que poseía, su belleza, su familia, a que saliera con sus primos, ¿que no ves que sonrían y tienen ganas de salir adelante? Vamos, arriba, que un buen partido te espera, que a buscar

el candidato ideal y a darnos prole, que para eso estamos hechas, señorita. Pero Damasita suspiraba, le faltaba el aire, el corazón le latía quedito, apoyaba su mano sobre el pecho, ¿eran latidos? Estaba viva, pero sin ruido.

Movió la cobija que la cubría y con mirada suplicante invitó a su primo. Rufino se quitó las botas y se tendió, vestido, a su lado. Damasita volvió a taparse y enroscó sus brazos y sus piernas al cuerpo de su querido primo. Tal vez así encontrara algo de calma.

13- Un purgante bastante activo, fabricado y distribuido por el doctor Le Roy (sin título reconocido). Había causado trastornos serios en los vecinos, incluso la muerte a algunos.

CAPÍTULO

II

Juan había encontrado el cuidado que necesitaba en casa del general Bento Manoel Ribeiro, situada en la frontera del Cuareim. Tras la partida estrepitosa de la estancia, el general había empuñado su arma contra cualquier exponente del Partido Blanco, liderado por Manuel Oribe. En el Estado Oriental no había tardado en desatarse una persecución feroz contra los integrantes del bando vencido y sus simpatizantes; muchos habían sido apresados y encarcelados, otros enviados a la Isla de Ratas, desde donde embarcaban rumbo a un destierro desesperado en Santa Catalina y Río de Janeiro.

Antes de exiliarse en Río Grande y enterado de que las huestes de Oribe habían entrado a lo loco a su estancia para confiscársela, Lavalle ensayó todo tipo de alternativas para recuperar su casa, pero sobre todo para cuidar de los suyos. Entre tanto reclamo, le escribió a Ignacio Oribe, hermano menor del líder oriental:

Me lisonjeo de que en medio de su triunfo el corazón de usted se complacerá de hacer un bien. Tengo una esposa adorada y cuatro hijos. General, usted sabe lo que es ser esposo y padre. Tengo una estancia pequeña, fruto de mi trabajo y de los socorros de mi familia, la cual ha sido embargada. Mi esposa y mis hijos perecen sin ella, dígnese usted hacer devolverla. Respete usted el infortunio, general, cuya amargura no ha probado usted todavía, hágame usted este servicio y le deberé a usted más que la vida.

Los pactos entre caballeros parecían estar al día —por lo menos entre algunos— durante aquellos primeros meses de 1837, y a poco de enviada la carta, Lavalle recibió una respuesta satisfactoria. Desde Puerta de Agua, Juan le escribió a Dolores dándole las últimas noticias:

Yo escribí a don Ignacio Oribe a fin de que te hiciese devolver la estancia, porque por ti no hay sacrificio que no esté dispuesto a hacer,

aun el de mi propia vida y ojalá con ella pudiera asegurar tu dicha. Pero le escribí de un modo digno y como de un enemigo a otro. Si don Ignacio se ha conducido en este asunto como me lo prometió en su contestación, yo seré el mejor amigo personal que él tendrá en el mundo, pero prescindiendo siempre de nuestra cuestión actual en la lucha, en la cual no sé si me mezclaré más.

Las huestes de don Fructuoso habían sido derrotadas. Lavalle y Rivera habían escapado hacia Porto Alegre, aunque no permanecieron allí demasiado tiempo. Pronto se fugaron a Alegrete y reiniciaron las operaciones sobre la costa del Uruguay. El 22 de octubre, el ejército oriental al mando del mismísimo presidente Oribe era derrotado por las fuerzas de Rivera en Yucutuyá. Lavalle no había podido formar parte de aquella escaramuza; un caballo le había asestado un golpe quebrándole el brazo izquierdo y dejándolo fuera de combate.

—Le agradezco inmensamente los cuidados que me ofrece, general — señaló Lavalle y se acomodó como pudo. —Se me hace difícil aguantar tantos días de reposo.

El general brasileño Bento Manoel Ribeiro le había ofrecido asistencia en su casa de la frontera. Militar de renombre, era uno de los principales líderes gauchos de Río Grande y en ese momento servía en la guerra de los Farrapos. Cambiaba de bando como de poncho, no era muy estable a la hora de las lealtades, tampoco era el único. Años atrás, al mando del ejército del Imperio de Brasil se había enfrentado a Lavalle en la batalla de Ombú y había salido perdedor. Pero eso había quedado atrás y ahora le ofrecía su casa y el mejor de los cuidados a su antiguo enemigo.

—Pero, don Juan, deje de quejarse y aproveche este descanso, que le sienta de maravillas —dijo Ribeiro con una sonrisa que regalaba calma. —No provoqué a ese cuerpo suyo.

Lavalle tocó con precaución su brazo. El hueso ya había soldado y sanaba a gran prisa pero aún debía cuidarse. El día anterior había querido marchar en una carretilla pero el médico se había opuesto diciéndole que se exponía a la gangrena con los calores de la estación pues el brazo todavía estaba demasiado inflamado.

—Tiene razón, don Bento, es que tampoco quiero importunar por demás —Juan agradecía la generosidad de su camarada, cuidaban de él al máximo pero no quería abandonar a su familia durante tanto tiempo; el peligro asolaba

y aunque confiaba en que Dolores sabía proteger a los suyos como una leona, la realidad era imprevisible y todo podía derrumbarse en un minuto. —Debo volver a mi casa.

—No está en condiciones de emprender semejante peripecia, mi amigo. Para atravesar el desierto hace falta salud y temple.

—Vamos, don Bento, que tengo de sobra.

Rieron a carcajadas, la camaradería de viejos soldados estaba intacta. Lavallo extrañaba montar su caballo, que el aire le pegara de lleno en la cara y la amenaza enemiga le inyectara envidia en las venas, pero entendía que aquello debía esperar. En el umbral de la puerta apareció una joven mulata, tinaja en mano y unos paños de algodón.

—Disculpen caballeros, vengo a hacerle las curaciones al general — anunció la criada, con seguridad y cierto desparpajo.

—Adelante, María Clara, pasa. Y yo me retiro, no quiero importunar — apuntó el dueño de casa y salió de la habitación.

La muchacha avanzó hacia la cama y apoyó sus vituallas en el piso. Con el brazo en jarra, observó detenidamente al general.

—¿Y cómo se encuentra hoy? —preguntó.

—Ahora un poco mejor.

—Muéstreme el brazo, general.

Lavallo se arremangó la camisa y expuso el miembro superior izquierdo como si fuera un pedazo de carne listo para vender. La mulata acercó su mano y la pasó con suavidad sobre la piel amoratada, verde y amarilla. No quería hacerle doler. Humedeció el paño en el agua helada y lo apoyó contra la herida caliente. Desde el arribo del convaleciente, ella había sido la elegida para los cuidados y, todos los días, a la misma hora, entraba a su habitación y allí permanecía todo lo que precisara.

—Tienes una mano magistral, María Clara. Pero no hace falta que te lo diga, bien lo sabes ya —y con el brazo sano hizo malabares, lo cruzó, la tomó fuerte por el cinturón de la falda y la arrastró hacia el otro lado. Metió mano por debajo de las enaguas y ella le clavó los ojos negros. Lo dejó hacer, era un contrato tácito entre los dos. Lavallo pensaba en la distancia que lo separaba de su Dolores pero el cuerpo chillaba de necesidad.

La residencia de los Fernández Cornejo se había preparado para recibir invitados. A pesar de la agitación en la que se habían visto envueltos —a esa altura ya era pura cotidianeidad— tenían motivo para celebrar: Josefa, una de los 13 hijos de José Antonino y María Josefa de los Santos Usandivaras Figueroa, cumplía 22 años y ya había pasado el límite de edad para la presentación en sociedad y un posible y prometedor matrimonio. La madre no perdía las esperanzas, y había insistido como graznido de chimango de que aquella noche sería la propicia para la aparición del candidato. Algunos de sus hijos mayores habían intentado desestimar la celebración. Sentían que no estaban para esos troles; su padre, quien había gobernado la provincia dos años atrás, había tenido que emigrar a Bolivia como saeta, para evitar que los hermanos Heredia lo dejaran sin aire. José Antonino Fernández Cornejo, tras la derrota y muerte del gobernador Pablo Latorre, había tomado su lugar gracias al empuje de los unitarios. Al año siguiente, el gobernador tucumano Alejandro Heredia había invadido Salta, razón más que pertinente para que Fernández Cornejo metiera pies en polvorosa y huyera despavorido, y luego asumiera la gobernación Felipe Heredia, su hermano. La familia se había mudado a la ciudad tras la consideración otorgada por el nuevo líder federal; habían optado por cerrar la finca de Campo Santo, sólo por el momento. La vida en la ciudad no les había ofrecido sobresaltos, pero a los varones de más edad no les resultaba alentador que se ofreciera una fiesta en la casa. No eran tiempos para celebrar con el tata lejos. Sin embargo, doña Josefa miró para otro lado y convidó igual. Ni siquiera hacía diferencias con los adversarios políticos de su marido. Nada le interesaba menos que las trifulcas entre unitarios y federales. Sabía que la situación se encontraba espesa a cientos de leguas de allí, en la provincia de Buenos Aires, con la guadaña de Juan Manuel de Rosas, pero en Salta no habían llegado a esos extremos. Las relaciones entre las familias más importantes de la ciudad se mantenían inalterables, o por lo menos eso quería creer. Toda aquella efervescencia que dominaba una parte del territorio, parecía descansar en aguas de borraja en tierra salteña. ¿Cómo no invitar a todas mis relaciones?, había reclamado doña Josefa y no le habían podido negarse la intención.

En dos carruajes llegaron los Boedo. Eran muchos, habían tomado la decisión de ir, aunque algunos hubieran preferido quedarse bajo el techo del hogar. En uno de los coches iban doña Francisca —la esposa del fallecido Mariano Joaquín Boedo, el notable representante salteño en Tucumán, aquel 9 de Julio de 1816— y su hijo Francisco, que había logrado sacar a pasear, al

fin, a su madre; Juliana y su marido Santiago Castro del Hoyo y sus tres hijos, Micaela, Emilio y Rufino, y el tío José; en el otro, iban Marcelina y su marido Manuel Cordeiro Vidal y su hijo José Benito, Josefa y su marido Domingo Cardo, y Damasita. Iban todos vestidos para la ocasión: los señores, de levita corta de paño de seda con botones chicos y cuello de terciopelo, y pantalón de corte derecho, angosto abajo, cerrado, de alzapón ancho, unos rayados, otros de brin aplomado; las señoras, en cambio, se habían adornado con lo mejor que tenían: los vestidos de muselina inglesa de escote cuadrado, de todos los colores habidos y por haber, salvo el negro que se guardaba para lutos y otros menesteres, Micaela, Pepa y Damasita con los tontillos (14) de rigor, los peinados arreglados con plumas, salvo el de la menor del grupo, que había adornado su pelo rubio con una corona de malvones diminutos.

Entraron al caserón por el zaguán ancho hasta el gran patio sin galerías, adonde se guardaban los coches y las galeras, descendieron y se dirigieron hacia la gran sala, que ya estaba tan concurrida como paseo de domingo.

La dueña de casa, presta a ocuparse de que no faltara nada, de que la música aún no tronara ya que restaban unas horas de vareo antes del danzón ineludible, de que sus hijos fueran los más guapos de la noche y sus niñas sonrieran sin cesar, notó la llegada de los Boedo y corrió a recibirlos.

—Bienvenidos a la casa, mis amigos. Qué alegría que hayan venido — saludó doña Josefa con una sonrisa honesta.

En la ciudad se conocía que los Boedo tenían una preferencia federal — los coqueteos de un bando a otro, de todos modos, eran moneda corriente— pero eso no impedía la continuidad de algunas relaciones. Con gestos grandilocuentes se abrazaban, se confiaban verdades que flotaban en la superficie, aunque en la intimidad revolearan ojos de fastidio o denegaran con cabezas repletas de intolerancia. Sin embargo, el sarao se llenaba de maneras suaves y distinguidas, conversación variada e instruida, con frases desbordantes de cortesía amable, siendo su fin no sembrar los caminos de espinas, aunque si aparecía algún que otro alfiler puntudo, había que evitarlo con calidad magistral.

—Buenas noches, Pepa —Damasita besó a Josefa, la agasajada de la noche. —Qué bonito vestido llevas.

—Si hay alguien que conoce de veras lo que es la belleza eres tú, mi amiga. Eres la más linda de la fiesta, y si te descuidas, de toda Salta —le respondió la joven Fernández Cornejo.

Damasita sonrió, bajó la vista y los colores tiñeron sus mejillas. Era un

poco tímida y nunca sabía qué responder ante las adulaciones, que eran una constante; sólo bajaba las pestañas, negras e interminables, y mascullaba oraciones al más allá para que acabaran con el lisonjeo, hombres y mujeres por igual.

—Ven, vamos para adentro que allí se encuentran los de nuestra edad — lanzó una carcajada y la tomó de la mano.

Cómplices, caminaron entre el gentío, pidiendo permiso o empujando al pasar. No hacía demasiada falta, una era la agasajada, la otra como si lo fuera, tanta mirada que quedaba atrapada en aquella estampa preciosa.

Las tías de Damasita empezaban, también, a ocupar su tiempo en la búsqueda de candidato para su sobrina. Pensaban, apuntaban, proponían. Casi nunca eran del agrado de la joven pero guay de que la señorita dijera una sola palabra. Las contrariedades no se escuchaban, las decisiones las tomaban los padres y, a falta de uno, bien ocupado el sitio por las tías. Uno de los señalados por las Boedo había sido el hermano de Josefa, Mariano Secundino. Era un gran aspirante, integrante de una de las mejores familias de Salta. Pero los ojos soñadores de Damasita se perdían en otras causas, sabía que debía acaparar novio y casarse como toda señorita que se preciara, pero el corazón palpitaba poco y nada.

Y en un periquete sonaron el violín, el violón, el vascornio, las flautas y el clarinete, ejecutados por los músicos de la casa, en un minué que despertó el taconeo de varios. Doña Josefa, la dueña de casa, abrió el baile con su hijo mayor en la sala de estrado. Los convidados se deleitaron con la elegancia suprema de la pareja, sus airosas y estudiadas genuflexiones, la mano estirada del varón suplicando a la dama que le correspondía, y las sonrisas amplias que iluminaban las caras. Tras esa apertura, las matronas y las jóvenes casadas tuvieron el visto bueno para continuar con el baile. La sala se colmó de parejas alegres que respetaban el ritmo marcado por los instrumentos y cuando la danza quedó establecida, las casaderas honraron su estado y se colocaron —quienes tenían ganas de recibir una invitación al jaleo— a plena visibilidad de los caballeros.

—¿Bailas conmigo este minué, Damasita? —se atrevió Mariano Secundino, que venía apalabrado de antes por su madre y las Boedo, prestas a organizar el territorio.

La señorita asintió y le tomó la mano. Ocuparon sus sitios en la pista de baile y cumplieron a la perfección con cada paso. Una buena cantidad de ojos se posaron en la parejita, parecía despertar demasiada expectativa en el resto.

El joven le sonreía y cada vez que podía le regalaba alguna palabra bonita. Siempre con cuidado, con la dedicación de quien prepara durante días el discurso del cortejo. Alguna frase medida y pulcra aunque varonil, con canto suave y dichos adornados de cierta seriedad. Es que en algunas casas y hacía un buen tiempo ya, el libro había reemplazado a la espada y los caballeros arremetían, cuando la dama mostraba aquellos gustos, con la novedosa forma de galanteo. A mal puerto fue a encallar el muchacho cortés, ya que si había algo que veneraba Damasita era la voz recia de mando militar que le recordaba a sus dos hermanos. Poco le interesaban los modales librescos ni las galanterías por el estilo.

A pesar de eso, el joven Fernández Cornejo no abandonó las ganas de compartir una pieza, y otra, y varias más. Damasita aceptó gustosa, había nacido para bailar. Un paso para un lado, una vuelta para el otro y el contoneo les animó la velada a varios. Las tías oraban al cielo, prestas a sentarse a conversar con la madre del susodicho.

Quien no miraba con buenos ojos el despliegue ofrecido era Rufino, que no venía nada bien que su prima anduviera de zarandeo en zarandeo con aquel impertinente; y no porque le conociera el carácter, sino porque cualquiera que se le acercara más de la cuenta era anoticiado en la lista mental que había empezado meses atrás.

Cuando las campanas dieron las dos de la madrugada, la familia Boedo se despidió. Un beso por aquí, un apretón por allá y subieron a los coches. Pepa, al notar la arremetida de Rufino, lo despachó hacia el otro carruaje, quería hablar con su sobrina sin el muchacho encima.

—Qué buen mozo Mariano Secundino, ¿no es cierto, mi querida? — empezó ni bien subir, a pesar del bamboleo del coche, que hacía lo imposible por avanzar por las calles de la ciudad.

—Sí, creo que es buena persona —respondió Damasita con una austeridad enfermante.

—No hablo de esas bondades, Damasita, sino de las otras.

—Pues no las conozco —agregó con la discreción que la caracterizaba.

—Pero mira que todas nosotras sí. Hemos hablado con la madre del joven y está encantada con la idea —dijo Josefa con entusiasmo mientras su marido le apretó el brazo para que calmara el fragor.

—¿Con qué idea, Pepa? No sé de qué me hablas —dijo la joven mientras giraba el cuello para enfrentar a su tía.

—¿Y a esta hora me reclamas que te explique cómo son las cosas en esta

familia? ¿Y en toda familia de bien? ¿Tengo que decirte que a los 20 años ya deberías tener novio y casarte? —los colores se le habían subido por demás y su esposo intentó apaciguar los ánimos. —Déjame tranquila, Domingo.

La muchacha bajó la vista y pareció recapacitar. No debía contestarle mal a su tía, la buena de Pepa que siempre había cuidado de ella como si fuera una hija. Pero de sólo pensar que le armarían una vida con alguien a quien prácticamente no conocía, se le erizaba la piel. Además tampoco tenía muchas ganas de conocerlo. Sabía que el matrimonio era el comienzo de una larga carrera que terminaba, en el mejor de los casos, en el amor, pero ella no tenía el ánimo de intentarlo. ¿Y si algo salía mal? ¿No era mejor esperar hasta que apareciera el caballero de sus desvelos? Total, aún había tiempo...

—¿En qué piensas, niña?

—Ya estoy grande, tía querida. La niñez quedó bien atrás.

—Por eso mismo, cielito. No quiero que te quedes para vestir santos. Necesito que alguien se encargue de ti, que eres la luz de mis ojos. Yo no voy a estar para siempre —Pepa le tomó la mano con cariño y con la otra la palmeó.

Damasita apoyó su cabeza en el hombro de su tía. Pretendía descansar pero los pensamientos no cejaban. Sentía que estaba entre la espada y la pared.

14- El tontillo había reemplazado al verdugado y era un faldellín con aros de ballena, madera, hierro o junco, que ahuecaba las faldas y aumentaba exteriormente el tamaño de las caderas. Encima se ponían una falda con muchos adornos y sobre ella una sobrefalda abierta por delante, que al caminar permitía que se apreciaran los adornos de la primera.

CAPÍTULO

III

Cansado de algunos pormenores, Lavalle había embarcado junto a su familia rumbo a Paysandú, a la estancia de su amigo Roberto Young. Dolores no había podido negarse al traslado, aunque esto se transformara en un incordio: ella, los cuatro chicos, su hermana y la nana parecían formar parte de una procesión esperpéntica, con los baúles, las canastas de víveres por si acaso, el abrigo, la ropa fresca porque uno nunca sabe, los remedios que guay que alguna criatura se pusiera mala y en altamar —para exagerar la Lola siempre andaba lista, lo único que cruzaban era el río Uruguay— resultaba imposible recurrir a un médico.

—Ya sabes, mi querida, necesito irme de Colonia del Sacramento. Pensar que durante un buen tiempo sentí que aquello era mi casa. Pues las cosas cambian, es mi deseo alejarme de esta atmósfera francesa y mi aversión presente al bullicio, y la escasez de recursos nos obliga a partir —le había confiado Juan Galo antes de tomar la decisión.

El asunto con Francia se había transformado en la peor de las pesadillas para Buenos Aires. El bloqueo francés había dado comienzo en marzo de 1838, cerrando el comercio con la provincia y los puertos de la Confederación. La excusa de la reyerta había sido la negativa del gobierno de Rosas a exceptuar a los súbditos franceses del servicio militar, pero el argumento de más peso fue el de no haber prestado favores constantes a su nación. En febrero, el contralmirante Louis Leblanc había arribado a Montevideo y a fines de marzo se había trasladado a Buenos Aires en su nave insignia, la corbeta *Expeditive*. Tras una larga conversación con el ministro inglés John Henry Mandeville había presentado sus exigencias al gobierno de Rosas. Ante la falta de respuesta, la escuadra francesa había declarado el bloqueo al Puerto de Buenos Aires.

La navegación río arriba fue un infierno para Lavalle y su familia. Apenas salieron, Hortensia no pudo acostumbrarse al mal del agua y hubo que asistirle como animal a su cría. Un mareo constante la hacía gritar tanto pero tanto que parecía presta al degüello. Juan Galo miraba a la chiquitina con

hartazgo contenido, se preguntaba si había hecho bien en subir al barco con familia y todo. Le había parecido una idea pertinente —en su momento y sin saber que le deparaba un berreo constante—, ahora temía lo peor.

Cuando los mareos y vómitos cesaron, una fiebre arrasadora tomó a la otra niña por asalto. Dolorcitas ardía de temperatura y su madre no sabía qué hacer para bajársela. La nana, portadora de años de experiencia, se sacó a la patrona de encima y se ocupó, con paciencia y calma, de curar a la pequeña.

Los días transcurrían pero los problemas parecían no abandonar las ganas de instalarse a bordo. Un incipiente incendio en uno de los mástiles los obligó a cambiar de planes, modificaron la ruta y enfilaron hacia la localidad de Mercedes. Allí se quedarían hasta que solucionaran la seguidilla de accidentes.

—Vamos, Dolorica, aquí esperaremos hasta que podamos volver a zarpar. No les faltará nada a los niños y, sobre todo, estaremos a salvo —Lavalle instó a su mujer a que descendiera de la embarcación. Sabía que los nervios le jugaban una mala pasada, a pesar de la impostura. No representaba bien el papel de esposa risueña a pesar de cualquier contingencia; la señora era más transparente que el agua.

Se instalaron en la casa de campo de uno de los generales colorados con quien Lavalle había compartido algunas escaramuzas. Ocuparon un ala, el resto estaba poblada de soldados, gente de servicio y hombres que entraban y salían, fuera uno a saber en qué gresca participaban.

Los días pasaban, para Dolores, con una lentitud pasmosa. Se sentía una intrusa en aquella casa, a pesar de que nadie la tratara como tal. Mientras el sol lo permitía, montaba algún caballo que le facilitaban, al igual que sus hijos mayores, y los más pequeños correteaban detrás, bajo la custodia de Pilar y Concepción. Necesitaba escapar de ese mundo de batallas y aceros, que, aunque no quisiera, tenía sometido a Juan Galo. Lavalle, en cambio, estaba en su salsa. Compartía conversaciones, recibía y mandaba correspondencia, tomaba decisiones, hacía consultas. Había organizado un centro de operaciones.

Desde allí observaba cómo se desarrollaban los acontecimientos. Ya era un secreto a gritos que su vínculo con Rivera se había deteriorado; estaba disgustado con el oriental. Poco después de la victoria de El Palmar —el 15 de junio de 1838—, sin dar razones, había abandonado el mando de la división de Caballería que estaba bajo sus órdenes. Se había cansado de los desaires de don Fructuoso, quien preocupado por su reputación no había

dejado de tensar la cuerda. Con hiel en el corazón, el general se había retirado. Sin embargo, aquello no lo obligaba a desentenderse de todo. Mantenía la comunicación con algunos amigos del Brasil, en particular con los generales Antonio de Souza Netto, Bento Gonçalves y su otrora benefactor, Bento Manoel Ribeiro. No quería pasar por ingrato con gente a quien debía tantos favores, en esas andaba Lavallo. Por otra parte, percibía que la política estaba tan complicada y de un modo tan grave, que no quería dejar de alimentar sus relaciones con los riograndenses. Día y noche se preguntaba quién tendría la audacia de asegurar un porvenir claro.

El calor de diciembre parecía anunciar un verano pesado. A Lavallo no le modificaba el humor pero a su mujer sí. Para Dolores, la falta de aire, la ausencia de una brisa reparadora, eran la muerte, y con cuatro vástagos a cargo, tanto peor. Pero el río Negro quedaba a una distancia prudente del solar, así que apenas apretó el calor ella, Concepción y Pilar —munidas de algunos cambios de ropa— y todos los niños partieron en el modesto coche rumbo a la orilla.

El recorrido había sido tranquilo, salvo en el momento en que el agua se hizo a la vista. Hortensia y Juan Bernabé empezaron a los gritos, desbordantes de excitación, a diferencia de Augusto y Dolores que no habían abierto la boca en todo el viaje. Los mayores hubieran preferido quedarse en la casa, Augusto porque ya tenía 13 años y sus hermanos le interesaban poco y nada, y Dolores, que aunque sólo contaba con 7, sentía devoción por su padre.

—¡Vamos, abajo! Y pónganse en fila, así les quitamos la ropa —ordenó Pilar cuando el coche se detuvo.

Los menores se arrojaron del asiento sin esperar a que el cochero los ayudara a descender. Entre la criada, Concepción y Dolores les quitaron las faldas a las niñas y el pantaloncito a Juan Bernabé; Augusto lo hizo solo y a su tiempo. Hortensia, impaciente como siempre, tomó a su madre de la mano obligándola a que la llevara hasta el río. Dolores no tuvo alternativa, dio la voz de mando y avanzaron todos, con las enaguas, los calzones y las camisas sobre los cuerpos transpirados, rumbo al agua.

—No se suelten de nuestras manos, que este río puede ser traicionero. Y tú, Augusto, cuidado, entra despacio —dijo Dolores con un crío de cada lado.

Juan Bernabé, temerario como pocos con sus 4 años, tironeaba del brazo de su madre, intentando sumergir la cabeza debajo del agua.

—¿Pero de dónde ha sacado esta bravura el niño? —se reía la señora.

—Doña Dolores, bien debería de saber. Digno hijo de su padre —
respondió Pilar entre carcajadas.

El mayor se alejó de la prole y en pocas brazadas se internó en las aguas del Negro. La criada lo chistó, quería llamarle la atención, no le gustó que se separara demasiado. Augusto continuó con el braceo, estaba muy concentrado en su actividad y sobre todo prefería alejarse del bullicio familiar. Dolores asintió con la cabeza, intentó calmar la ansiedad de Pilar y de Concepción; dejó que su hijo hiciera, confiaba en él, sabía que nada le sucedería.

El griterío, el chapaleo y los juegos del resto rompieron el silencio de la costa. Estaban solos pero parecía un jolgorio de decenas de personas. El sol se movía con lentitud, el calor no menguaba, el único lugar donde se podía estar era allí mismo. Dolores se mojaba las sienes, apoyaba las manos húmedas sobre su frente, volvía a mojarlas y de ahí al cuello; algo de sosiego encontraba en el cuerpo y podía volver a respirar.

Mientras tanto, en la casa, Lavalle escribía la correspondencia. Le habían servido un almuerzo frugal que había comido en la más completa soledad. Ordenaba papeles, leía cartas, separaba las importantes, relegaba para más adelante las menos urgentes, apuntaba asuntos ineludibles, respondía reclamos de envergadura. No sólo le inquietaban las alternativas orientales, sino que también estaba al tanto de los sucesos que crispaban suelo porteño. En octubre, dos meses atrás, había muerto Encarnación Ezcurra dejando a Rosas en la más completa desolación. Sin embargo, no eran sólo los asuntos domésticos los que acorralaban al gobernador de Buenos Aires. La disputa con los franceses lo tenía a mal traer y Juan Galo sabía de memoria que todo se aliaba en contra del federal y que los individuos influían poco. Consideraba infalible su caída pero no podía asegurar cuál sería su destino. La presencia cercana de Francia le inquietaba el corazón. Estaba seguro de que la nación europea no abrigaba ninguna buena intención sobre el territorio y su independencia. A pesar de todo, el gobierno de Rosas era nacional y él tenía la ambición, en alguna oportunidad, de regresar a su país con honores para no volver a emigrar jamás.

Las últimas noticias que había leído en los diarios de Montevideo lo habían indignado aún más. Arengaban a los emigrados argentinos a que se aliaran con los franceses para derrocar a Rosas.

Demasiado inflamadas las publicaciones, que terminan sus larguísimos artículos de sofismas y de una charlatanería oscura, llamando pobres y estúpidos a los que no piensen del mismo modo — reflexionaba irascible. —Estos hombres, conducidos por un interés propio muy mal entendido, quieren transformar las leyes eternas del patriotismo, del honor y del buen sentido... Confío en que toda la emigración preferirá que la prensa la llame estúpida, a que su Patria la maldiga mañana con el dictado de vil traidora.

Los pedidos se multiplicaban, los reclamos llegaban al despacho improvisado de quien había flameado la bandera heroica de Ituzaingó. Le solicitaban que reuniera a todos los hombres de armas de Mercedes, Soriano y San Salvador. Pero la incertidumbre y el recelo dominaban a Lavalle. Desconfiaba de todo y de todos. La anarquía y la división arrasaban y sembraban la incertidumbre entre los emigrados.

—Hay que gastar en lo que se luce —era una de las máximas de Pepa y esta vez la destinataria era su sobrina, aunque siempre estaba dispuesta a repetirla como cotorra a quien quisiera escucharla. —Ponte el vestido rosa, mi querida. Así nos ha costado y bien vale la inversión.

Secundino, con la venia de su madre y de Pepa, había invitado a un paseo a caballo a Damasita y había obtenido una respuesta afirmativa. Era de esperar, la negociación organizada por las señoras no admitía un no como respuesta. Ni siquiera una indisposición hubiera servido de excusa a Pepa Boedo y Josefa Usandivaras, el pacto entre las damas avanzaba a paso redoblado.

La joven cumplió la orden impartida por su tía. Con algo de desgano se quitó lo que llevaba y se puso el vestido de muselina importada de color rosado sobre las dos enaguas, una lisa y otra muy almidonada, que tanto les gustaba a todos y que se apartaba para ocasiones especiales. Todo parecía indicar que esta lo era.

—¿No sería mejor, ya que vamos a cabalgar, que me vistiera con la ropa de montar, Pepa? —intentó Damasita, conociendo de antemano el riesgo que corría.

—Cómo te gusta bromear, querida —respondió tajante. —Sabes que el caballero que corteja merece una dama a su altura. Lo que no has de dar, no debes hacer desear. ¿Debo repetirme hasta el infinito?

La joven, cuando salía a cabalgar sin testigos que pudieran molestar o sentirse provocados, se ataba las enaguas a las piernas para que funcionaran como pantalones, y sobre ellas se ponía una falda ancha que las tapaba; el torso se lo cubría con una bata de amazona y lo completaba con un poncho. Eso estaba permitido cuando no había moros en la costa, si por una de esas casualidades se entregaba a las mieles de la seducción —a lo que le escapaba como flecha— el panorama era completamente distinto. Debía ser y parecer.

—Jamás pensé en dar nada, Pepa. No precisas repetir las cosas, las conozco bien, tengo una memoria prodigiosa —respondió Dámasa y abrazó a su tía.

Josefa confiaba en su sobrina, sabía que no era una desfachatada como otras, que no se rebelaba o andaba sacudiendo el abanico por ahí con fines poco santos, pero a veces era demasiado chúcara y no seguía las reglas al pie de la letra. Discutía demasiado o era puro silencio, embeleco que podía aterrar a cualquiera. Damasita contestaba como una criada de los barrios bajos o bien podía convertirse en una estatua de piedra que no respira, tampoco parpadea y menos habla. A veces era insondable y eso inquietaba a sus tías.

—Muy bien, mi niña. Pues aprontémonos que los caballos están listos. A ver, déjame mirarte un poco —la tomó por los hombros y la observó con detenimiento. Los bucles rubios estaban bien peinados, y los pliegues de la falda mejor planchados. Con suavidad, le pellizcó las mejillas para que tomaran algo de color, luego batió las palmas y apuró el trámite.

La criada anunció que afuera las aguardaban el joven y su madre. Damasita y Pepa montaron sus caballos y salieron al encuentro. Luego de los saludos y las sonrisas llenas de dientes emprendieron la marcha: los jóvenes adelante, las señoras varios cuerpos detrás.

—Qué guapa estás, Damasita —inició el mozo, galante.

—Gracias, Secundino, eres muy amable —y esforzó una sonrisa. No le gustaba la práctica del cortejo, y mucho menos bajo el ojo pendiente de las lechuzas que la perseguían. —No te sientas obligado a cumplir con el pedido de tu madre.

—Pero, ¿qué dices? Yo no hablo por obligación, es la pura verdad. ¿Por qué te pones a la defensiva, Damasita?

—No sé, me ahogo en este vestido, Mariano. Me aprieta aquí —y posó una mano sobre su pecho. —Por momentos no puedo respirar siquiera.

El joven la escuchaba con atención. La miraba, no le sacaba los ojos de encima, se sentía hipnotizado por su belleza y no sabía qué hacer con esa confianza. No entendía demasiado, más bien no entendía nada. Lo único que sabía era que ella le gustaba.

—Cuando nos casemos se te pasará, tranquila —amagó el muchacho.

Dámasa giró la cabeza en un segundo y lo perforó con su mirada azul. Sabía del ansia casamentera de sus tías pero escucharlo de boca del susodicho fue como un sopapo en medio de la cara. Si antes había sentido un sofoco, en ese momento creyó que se incendiaba.

—¿Y quién te dijo que quiero tranquilidad? —preguntó despacio, como si midiera cada palabra.

El joven se quedó pasmado, cada vez se le hacía más difícil comprender a Damasita. No tenía demasiada experiencia pero sentía que el cortejo podía transformarse en arenas movedizas. Sus hermanos mayores no habían pasado por algo semejante. Los contratos matrimoniales se habían cumplido sin ningún tipo de cuestionamientos. Con la amazona que lo acompañaba, la cabalgata ofrecía demasiadas dudas.

—No te enojas, Damasita, eso quiero decir.

—Tampoco estoy enojada.

—Pues no lo parece. Tienes el ceño fruncido.

La joven acarició su frente y alisó el entrecejo para disipar aquello que le había señalado Secundino. Y para calmarlo aunque más no fuera un poco, le dedicó una sonrisa angelical.

—Ahora sí, cuando los ojos te brillan de ese modo, iluminas la ciudad.

—No te esfuerces, no necesito de tus halagos para vivir, Marianito. Te quiero, ya lo sabes, pero prefiero que volvamos a lo que nos agolpaba cuando éramos más chicos. No te ilusiones, no me casaré contigo, es mejor que no lo hagamos, así mantenemos firme la amistad —mientras Damasita recitaba la perorata miraba hacia adelante, como si intentara no perderse.

—Pero, ¿cómo me dices algo así? No puedes rechazarme, las cartas ya están echadas, mi madre y tu tía lo tienen todo arreglado —señaló el joven, sin disimular la incomodidad.

—La vida no es un juego, Mariano.

—Precisamente, hay reglas que seguir y yo puedo ofrecerte una existencia serena, sin sobresaltos. Me ocupo del cuidado de algunas de las estancias, lo

sabes bien. No te faltará nada —agregó, notificando su patrimonio.

—¿Y quién te informó que es eso lo que busco?

—Pero mira que eres extraña, Damasita.

—Eso mismo, no quieras arruinarte la vida.

La muchacha apretó las piernas contra las verijas de su caballo y ladeó el cuerpo sobre Mariano y su monta. Extendió la mano y le acarició la mejilla. Él la miró y probó con una sonrisa que se convirtió en mueca. A pesar de su gesto, sabía que el arreglo matrimonial estaba hecho jirones.

A varios pasos de ellos, las señoras conversaban pero no perdían movimiento de la joven pareja. No llegaban a escuchar lo que se decían pero intuían que todo caminaba sobre rieles. Sólo veían las espaldas de Secundino y Damasita, bien erguidas, cada cual con sus colores, la de ella con la palidez del vestido rosado, la de él, fuerte y azul, con la casaca puesta.

Pepa estaba fascinada con el mozo Fernández Cornejo, sería un marido perfecto para su sobrina. Con fortuna, tierras y de una familia principal, y sobre todo con ocupación contante y sonante. Ella, que repetía cual matrona senil, «la ociosidad, madre de todos los vicios», con Mariano Secundino había encontrado el antídoto adecuado contra semejante mal. Doña Josefa también se deleitaba con el emparejamiento. La Boedo causaba estupor, era preciosa, le daría nietos perfectos, y además no era escandalosa, no se le conocía coqueteo desmesurado, más bien al revés, una chica de su casa que prácticamente no salía más que para ir a misa los domingos. No venía con buena dote pero portaba apellido independentista, algo era algo.

—Mi general, han venido a verle —le anunció un oficial con gesto adusto. No era la primera vez en el día que interrumpía a Lavalle en su despacho. Esperaba que esta fuera la última porque la respuesta era cada vez menos paciente.

Los meses transcurridos en Mercedes habían sido, hasta ese momento, de una intensidad desbordante. Las diferencias entre los unitarios y los «lomos negros» (15) —que habían intentado unirse en el desprecio que sentían hacia las pretensiones de la generación joven— no habían podido zanjarse, como era de esperar. Y dentro de esos vaivenes y cuerdas tensas, algunos aprovechaban la volteada para lograr, aunque fuera, un destaque. El emigrado

Juan Bautista Alberdi había sido uno de ellos. Cercano a las huestes francesas y para mitigar las dudas que incomodaban a varios de sus camaradas, le había reclamado una declaración honesta al cónsul Raimond Baradère. Sin dudar, el francés había respondido que su país no tenía ni el más mínimo resentimiento contra los pobladores de la República Argentina, que no hacía cuestión de partidos y que jamás había pensado interferir en los negocios del país. Y por si esto fuera poco, se comprometía a levantar el bloqueo a las provincias que se apartaran de la política de Buenos Aires. «Mi nación no quiere ni ambiciona una pulgada de su territorio», había prometido exultante.

Por primera vez, Alberdi le escribió a Lavalle en busca de alianzas. No escamoteó elogios y alabanzas. Se le presentó como uno de los muchos jóvenes que había aprendido a venerar su nombre en la historia de las glorias y de los prodigios de los argentinos; se mostró decidido, por vocación, por simpatía, por deber y por religión a abrazar de nuevo la causa adormecida de la revolución americana, que ella se había acordado de los héroes de aquella causa y por lo tanto de él. Le dijo que sería lacónico y directo porque sabía que Lavalle así lo prefería; le pedía que aceptara la gloria que lo esperaba, una gran misión que lo llamaba, ya que él y sus amigos estaban destinados a dar solución a la inmensa cuestión que bien podía considerarse la segunda faz de la Revolución de Mayo, que la obra inmortal de ellos sufría hoy las infames hostilidades de un bárbaro. Y para terminar, lo conminaba a derrocarlo.

El general se sentía acosado. Por un lado, Alberdi y Chilavert insistían para que liderara con honores la operación del derrocamiento, por el otro, la Comisión Argentina (16) le proponía algo similar pero supeditado a las órdenes de Rivera.

—Buenas tardes, mi general —saludó Florencio Varela mientras entraba.

—Ah, pero no me dieron su nombre, Floro. Me dijeron que habían venido a verme pero no sabía de quién se trataba. Pase, venga para aquí —lo recibió de pie y se fundieron en un abrazo.

—No lo tomo por sorpresa, quiero creer. Sabe a qué vengo —dijo el recién llegado con los ojos bien abiertos. Estaba agotado del viaje pero sabía que debía mantenerse alerta, le esperaba una larga jornada de conversaciones, si no más.

—Claro que no, insisten con la correspondencia como si fuera el picoteo de pájaro. No me dejan ni comer, casi —señaló Lavalle y sonrió. Prefería empezar el intercambio de palabras de la mejor manera posible.

El joven periodista era tozudo, no pensaba retirarse de Mercedes sin llevar consigo lo que había ido a buscar: la confirmación de Lavalle.

—Lo consideramos fundamental, general. No podemos llevar adelante la gesta sin usted; no sería posible —arremetió Varela como tromba.

—Tranquilo, Floro, no se arrebate que hay tiempo. Nadie lo corre, estamos solos y no viene bien el apuro —Juan Galo se mostraba más sereno que nunca. No estaba dispuesto a aceptar nada sin miramientos. Necesitaba pensar, o por lo menos simular una larga reflexión. —Vamos a comer algo, supongo que estará hambriento luego del largo viaje.

No le quedó otra alternativa que acompañar al dueño de casa hasta el comedor. Se sentaron a la mesa y les sirvieron carne asada y verduras. También hubo vino pero Varela prefirió medirse, quería mantenerse despierto, lo habían enviado con una directiva y debía asegurarse de cumplirla. Él y varios más no veían con buenos ojos las gestiones de Alberdi. Les parecía demasiado ambicioso, se cortaba solo, era evidente por demás que buscaba la conducción del partido, que ansiaba que los viejos se fueran a su casa, que era el tiempo de los nuevos, su momento.

Las deliberaciones duraron tres días. Tras una carrada de ofertas, negativas, negociaciones y silencios, Florencio Varela montó su caballo y se fue con la confirmación de que Lavalle se pondría a la cabeza de los emigrados bajo la subordinación del presidente oriental y con el apoyo de Francia, pero bajo la condición de que ambos aliados salvaran la nacionalidad de la República Argentina.

—Espero que cumpla las promesas, Florencio —lo despidió Lavalle, de brazos cruzados.

—No lo dude, general. Mi compromiso será atendido; la gestión con Rivera para que usted opere en forma independiente, se hará. Ya verá cómo lo logro —volvió a prometer Varela.

A los pocos días, Lavalle se dio cuenta de que necesitaba algo de soledad para pensar sin presiones. Hacía rato que la permanencia en Mercedes, y en familia, se había transformado en una peripecia imposible. Demasiado cerca pero más lejos que nunca, su mujer y los niños eran una presencia de reclamo constante aunque contenido, como un alma en pena que aparece para recordar la tristeza y silencio un grito desesperado. Los conminó a que regresaran a la civilización, que ya estaba, que la compañía familiar había sido más que suficiente pero que las cosas empezaban a incendiar la calma y que mejor

lejos, ya nos veremos, no me extrañen, mi hermano los espera en Montevideo, José abrió la casa en la ciudad, falta poco, resta menos, no llores Dolores que no me gustan las lágrimas, que si lloro es por mi país, que me duele tanto.

Y así quedó Juan Galo, solo y pensativo, acompañado por el silencio de la naturaleza y sus pensamientos. Cuando los razonamientos se encresparon, le reclamó a Salvador María del Carril que abandonara el exilio en Santa Catalina y que fuera a verlo. Necesitaba confiar en alguien, compartir ideas. El avezado Del Carril le censuró que no hubiese acompañado a Varela en su regreso a Montevideo, que de una vez por todas debía romper los tejes y manejes que allí se develaban, que había perdido la ocasión de dar un golpe maestro, que haberse aparecido repentinamente en medio del gran foco hubiera sido magistral; se disputan su influencia, Juan, en el vértice mismo de las grandes agitaciones que se da la pobre emigración para cavar su sepulcro y su ruina fatal; allí, apoyado por los hombres de respeto y sensatez, mi venerado Galo, usted podría haber aventado todas las intrigas, haber lisonjeado todas las aspiraciones y dado estímulo a las esperanzas menos fundadas; ay, mi querido general, se habría hecho dueño del secreto de todos y puesto en un buen crisol, se habría calculado su importancia o insensatez.

Lavalle escuchó con atención, decía poco, esperaba mucho. Del Carril le advertía que se hablaba en los términos más violentos y desconfiados de la alianza oriental y de sus auxilios, que se proyectaba pisar en una mano de Francia para saltar a colocar la bandera argentina en la pirámide de la Victoria.

A los pocos días, recibió tres cartas que lo hicieron desconfiar de lo acordado con Varela. Alberdi le advertía que no fuera al ejército, que eran justos, justísimos sus temores, allí todo lo rechazaba, que no se lo deseaba, y los que decían lo contrario estaban equivocados. Le sugirió que, en vez de ir a El Durazno como lo había arreglado, debía encaminarse a la capital; que sólo él y Chilavert conocían a fondo toda la necesidad de que fuera, estuvieran como estuvieran las negociaciones de los otros acerca de su cooperación. El general Chilavert, por su parte, le avisaba que el ministro Muñoz había considerado su incorporación al ejército como una locura que acentuaría sus diferencias con Rivera. Y el joven oriental Andrés Lamas le confirmaba que el teatro en que los viejos habían querido arrojarlo no era, como bien sabía, el que más le convenía.

Dicho y hecho, Lavalle decidió abandonar Mercedes y se dirigió a

Montevideo.

15- Los federales moderados.

16- Organización que reunía a los exiliados argentinos en Montevideo, que se oponían a Rosas. Su fundador fue don Valentín Alsina.

CAPÍTULO

IV

Las tres Boedo le imploraron al hermano varón que fuera parte de la comitiva y lograron convencerlo, no sin resistencia. Don José prefería no meterse en las cuestiones de mujeres y había dejado bien claro que los pactos de familia o los contratos matrimoniales eran asunto de sus hermanas; aún más si el lazo apalabrado le correspondía a su sobrina Damasita.

Josefa, Juliana y Marcelina, escoltadas por su hermano, llegaron a la cita en lo de los Fernández Cornejo con una puntualidad digna de una batida a duelo. Y no era para menos. Habían solicitado una reunión y no llegaban con buenas nuevas.

La criada les señaló que la siguieran, en la sala aguardaba la señora.

—Buenas tardes, mis amigos. Son puntuales, me gusta

—saludó doña Josefa Usandivaras, educada pero tajante, imaginaba a qué venían, los rumores habían circulado como agua de arroyo.

Las damas se sentaron en el sillón de tres cuerpos señalado por doña Josefa y, José en una de las sillas de piel de cabra y talla delicada. La dueña de casa se había instalado en su trono tapizado en damasco de seda morado como el dosel de un obispo, que hacía juego con los cortinados y los muros cabecera del salón. Pepa acomodó su falda una vez, y otra, y de nuevo. Hacía tiempo, espiaba a su alrededor, sentía que la sepultaba una marejada sanguinolenta, que la tapicería se le venía encima. Mientras tanto, rezaba en silencio para que no corriera sangre.

—¿Qué se les ofrece? —y fue directo al grano.

—Gracias por recibirnos, Josefa. Eres muy amable, sobre todo con tan poco tiempo de aviso —empezó doña Juliana, intentando allanar el terreno.

La madre de Secundino ensayó una buena cara de piedra pero sus ojos eran dos carbones encendidos. Le cansaba enormemente que le dieran vueltas, no tenía tiempo para regalar y menos a los Boedo. Cambió de posición y suspiró largo y tendido.

—Venimos con una desgracia, querida —lanzó Pepa, como tiro de escopeta. Miró fijo a su interlocutora y continuó. —Me siento pésimo por lo

que venimos a decirte pero cuanto antes lo hagamos, tanto mejor.

—Entonces no des más vueltas y lárgalo de una buena vez —la impaciencia estaba matando a Josefa, de un golpe desplegó el abanico de varillas de oro y lo sacudió con vehemencia.

—No podremos cumplir la palabra que te hemos dado. Nuestra sobrina no está en condiciones de cumplir el contrato, no podrá casarse con tu hijo.

Un silencio incómodo dominó la sala. La taba había girado, el matrimonio se abortaba antes de empezar. Las Boedo carraspearon, tosieron, tomaron aire como si les fuera a faltar de por vida.

—Jamás he vivido algo igual. Nadie ha venido antes a esta casa a romper un pacto; oh, pero no, me equivoco. A mi marido no le han cumplido pero en política, jamás en cuestiones tan elementales como la vida misma. Esto me resulta de un mal gusto tal, que se me revuelven las entrañas. Mi hijo se había ilusionado y eso que Damasita era la última de la lista.

Toda aquella ilusión del pasado se desmoronó en un instante. Doña Josefa Usandivaras empezó a acumular argumentos que validaban el contrato roto. Aquel chisme que había llegado a sus oídos y por el cual había fingido una sordera momentánea, pasaba en ese preciso segundo a ser el oprobio más horroroso que hubiera escuchado; le habían contado que uno de los hermanos de Damasita, José, encargado de vigilar la frontera con Bolivia, se había valido de su posición para permitir el tráfico clandestino de animales hacia el país vecino. De pronto en su cabeza se transformaba en un ladrón de poca monta, un reo de mala muerte, al fin me quité a estos Boedo de encima, que son de baja estofa, que no están a la altura del linaje de los Cornejo, qué suerte que desaparecerán de nuestra vista, familia federal colorada y asesina, no vaya a ser que buscaran cobijo debajo del poncho rico de nuestra sangre unitaria que defiende los colores de la Patria, asesinos, muerte al Tirano y no sé cuántos improperios más al listado interminable de inmundicias vomitivas para la familia desleal y traidora de los infames Boedo.

—Te pido disculpas, nos sentimos avergonzados de verdad, no sabemos qué hacer con esta chica, ha caído enferma otra vez. No se levanta de la cama, ha vuelto a verla el doctor y nos ha dicho que no está nada bien —intervino por primera vez José, con preocupación en la voz.

—¿Tal vez le dan demasiada injerencia? ¿Dónde se ha visto que una muchacha opine tanto? Las decisiones las toman los padres, jamás los hijos —sentenció doña Josefa.

—Es que ese es uno de los problemas. La chica es huérfana desde

pequeña, hemos hecho todo lo que estuvo a nuestro alcance para criarla bien pero a veces la desconocemos —susurró Pepa.

Las tías habían intentado de todo con Damasita cuando les anunció que no se casaba. Gritos, ruegos, llantos, nada había logrado hacerla cambiar de parecer. Una tarde, de sopetón, la joven había reunido a la familia para decirles que no cumpliría la orden que le habían dado, que Secundino era un encanto, su amigo querido, que lo apreciaba, que quién les dice puedo convidarlo a cabalgar de vez en cuando pero nada más, que no me puedo atar de por vida a la pata de su cama, que yo sueño con un hombre que me desvele, que me deje sin aliento, que me tome por completo, un hombre que me ajuste las cuentas y todo lo demás. Las tías sufrieron un soponcio, hubo que acercarles las sales, abrir las ventanas, ventilarles la nariz y socorrerles los cuerpos que quedaron mancillados de un lado y del otro, y no hubo caso; ¿darle de látigos, castigarla con ayuno permanente, amenazarla con los hábitos? Tampoco fue una buena idea porque Damasita se inmoló y decretó que entonces se escapaba al convento más cercano, que las monjas la querrían bien, mejor que las tías que no la comprendían y lo único que buscaban era conducirla al cadalso llamado Secundino.

—Podrán imaginar que a mí lo único que me interesa es mi hijo. Y nuestro apellido, por supuesto. Esto es un deshonor para la familia, señores.

José empezó a perder la calma. Entendía que lo sucedido no era algo menor, que romper un contrato nupcial estaba muy mal visto, pero de ahí a someterse al griterío y al maltrato de la esposa de Fernández Cornejo, desterrado y más que eso, escapado como carancho, ya era demasiado.

—Señora, honor han tenido mi sobrina y su hijo, que no han pasado a mayores y así no nos vemos obligados a casarlos para cuidar las formas. Precisamente, Damasita es un ángel caído del cielo, lo único que ha hecho y lleva adelante son acciones honorables, y que haya rechazado la mano de su hijo no la convierte en una persona miserable —recalcó José y por si acaso miró a sus hermanas para que se mantuvieran en silencio. —Y ahora sí, nos retiramos, doña Josefa. Nos vamos a casa, que tenemos a una sobrina que cuidar.

Se levantó de la silla, le clavó el ojo a Pepa, Juliana y Marcelina, y sin mediar palabra pegó la vuelta para irse. Las hermanas lo siguieron, luego de un leve cabeceo a modo de despedida. Estaba todo dicho.

La residencia de Lavalle en Montevideo se había transformado en el punto de encuentro de los argentinos. Una vez por semana, Dolores organizaba tertulias en las que se reunían los emigrados y nunca faltaba algún oriental amigo.

Ella había llegado algunos días antes a la ciudad y uno de sus menesteres había sido organizarle la casa. El hombre debía tener el cobijo adecuado para llevar adelante sus obligaciones. Apenas arribado, le había dedicado todas sus fuerzas a terminar con las desinteligencias surgidas entre sus compatriotas exiliados.

Aquel 25 de abril, el viento de la ribera refrescaba demasiado a la ciudad oriental. Pero en la sala de los Lavalle, el fragor de las palabras y los abrazos subían la temperatura. Cuando la concurrencia estuvo casi a reventar, llegó doña Mariquita Sánchez de Mendeville, instalada en Montevideo desde hacía rato.

—¡Mi querida Marica! Qué suerte que has venido, este agasajo es para ti —la lisonjeó el dueño de casa apenas verla.

—No seas embustero, Juan, que aquí andas, de convocatoria en convocatoria, haciendo negocios, reuniendo camaradas, juntando aprobación para lo que vendrá —dijo Mariquita mientras le regalaba una sonrisa y le extendía la mano para que se la besara.

Algunos días atrás se habían encontrado en el teatro, de casualidad. Lavalle, al notar su presencia, en el entreacto se había dirigido hacia su palco para saludarla. La sala estaba poco concurrida, un abatimiento generalizado intentaba esconderse debajo de un esfuerzo prudente, pero la tarea se complicaba. Noticias funestas habían llegado a Montevideo: la falta de ímpetu de Rivera alarmaba a los emigrados, quienes se enteraban de que los aliados correntinos, abandonados por él, habían sido aniquilados. Durante esos largos minutos en el palco, el general le había hecho mil reflexiones. Su cara había anunciado tormentos interiores y bravura. Tenía esperanzas pero Marica intuyó que las decía pero no las creía. El general le había confesado que estaba impaciente por la conducta de Rivera pero que mejor era disimular como todos los demás, porque la desgracia los obligaba a ser diplomáticos con aquel hombre porque eran pobres y dependían de él. Mariquita había acercado su boca a la oreja de Lavalle y en un susurro le aseguró que don Frutos era un hombre sin palabra ni fe.

—Dolores, mira, ha llegado Marica —le avisó Lavallo a su mujer, quien se acercó de inmediato para atender a la invitada.

—Mariquita, pasemos para adentro, ya mismo le doy algo para comer — Dolores la tomó del brazo y se la llevó.

—Pero muchas gracias, querida. ¿Cómo están los niños? —Marica estaba deslumbrada por los finos modales de Dolores Correas. Hacía rato que no se cruzaba con una dama tan admirable por su belleza y dulzura.

—Muy bien, gracias a Dios, aquí estamos bastante mejor que en Colonia del Sacramento, aunque venimos de Mercedes.

—Me imagino, Dolores. Esto es otra cosa, aquí tienes con quién conversar con amenidad. Mi corazón respira en este sitio con la ilusión de un orden diferente de cosas para el futuro —señaló Mariquita, con una mueca de ensoñación.

—¿Y su esposo, señora? ¿Cómo se encuentra? —preguntó la anfitriona, desconociendo la distancia que existía entre ellos.

—Ay, mi querida, ¡para maridos perversos, no me gana nadie! —y disimuló una carcajada detrás de su abanico.

—Le ruego me disculpe, no quise ser impertinente —se excusó Dolores con rubor en las mejillas.

—No te preocupes, nada me interesa menos. Por otro lado, ¿matrimonio indisoluble? No creo que sea cosa de Dios mantener a las personas en el tormento indefinido —afirmó y le clavó los ojos negros como si fueran navajas.

Las señoras siguieron con la cháchara pero Mariquita, de tanto en tanto, prestaba atención a la discusión de los caballeros. El coronel José María Vilela le interesó, le recordó a un militar imponente de la Vieja Guardia de Napoleón. Conversaba con Lavallo que exponía toda la afabilidad de la buena educación y la franqueza natural de un valiente. Se sumaron varios más, a los que recibía con abrazos cariñosos y francos. Algo envejecidos, más por la adversidad que por el tiempo, volvían una y otra vez al asunto que los reunía: empezar de nuevo a conquistar la Patria y la libertad, así se sentían, eso pensaban. Algunos, incluso, parecían sumidos en la pobreza. Pero el General hacía caso omiso a aquello.

También se encontraban, entre los invitados, el general Manuel Olazábal, con quien Lavallo había dirimido diferencias, apenas llegado a la ciudad, confesándole que no lo animaba ninguna ambición personal, y el coronel Manuel Alejandro Pueyrredón, quien había sido uno de los más acalorados

federales 10 años atrás pero se había convertido ahora en un muy estrecho colaborador.

El General asistía a los contertulios, controlaba que nada faltara, conversaba, intentaba llevar calma y cumplir con todos. Pero mientras hacía, observaba a su alrededor y se dejaba llevar por sus intuiciones. Hacía rato que miraba con ojo chino al sistema unitario. Desde la caída del general Paz, las dudas habían comenzado a carcomerle las entrañas. Había empezado a notar que los pueblos los detestaban, que no querían a otro que al federal. Ese parecía ser el sentimiento universal de las masas. Si algo quería él era mejorar la suerte y el porvenir del pueblo, que siempre había sido engañado, juguete de los mandones e instrumento ciego de las pasiones más innobles.

—Te noto pensativo, a cientos de leguas de aquí, Juan —le dijo Mariquita en voz baja y lo tomó del brazo para conducirlo aparte.

Lavalle le palmeó la mano y le sonrió con complicidad. Y se dejó llevar por la dama, que lo sacó del estado de ensimismamiento.

—Vamos a ver, ¿en qué andas, mi amigo? —preguntó, curiosa.

—Tal vez ande equivocado, quién te dice me haya confundido antes —empezó Lavalle.

—Pero déjate de confusiones y ve al grano, Juan. A mí puedes confiarme lo que sea, bien lo sabes.

—Pienso en Juan Manuel, Marica.

—¿Y quién no piensa en nuestro querido traidor? Hasta aquí hube de venirme, escapando de su látigo. Y tú sabes bien que hemos sido íntimos. Cuidado que en algunas casas se escuchan conciertos de elogios para el que nos tiranizaba. A veces es mejor callar y dejar que los otros digan.

—Pienso en los gauchos, esas gentes menos corrompidas. Es entre ellos donde tiene su asiento la verdadera democracia de nuestro país, Marica. Se hace de ellos lo que se quiere cuando se le habla en su idioma y se contemporiza con sus hábitos y preocupaciones. Y es así que Rosas empleó estos medios para atraerlos y después se ha servido de ellos como instrumento, los ha engañado.

—Es tan triste todo lo que dices, Juan. Por momentos me ilusiono, tengo esperanzas de escuchar buenas noticias. En otros, no quieras saber...

—Mi amiga, cuánta desazón. Todo se enrarece cada vez más, como si estuviéramos hundidos bajo la niebla.

—Ten cuidado, Juano. Alerta siempre, como animal salvaje en el campo de batalla y un caballero en la ciudad. A río revuelto, ya sabemos cómo

termina todo. Algunos festejan a repique y cañonazo las noticias de Corrientes; parece que con festejos tratan de enmascarar el abandono en que se ha dejado a los pobres correntinos, sacrificados indudablemente por la impericia de sus jefes. Que no te traguen, Juan.

—Voy a pedir una conferencia con Rivera. Ordeno todo por aquí y parto hacia El Durazno.

—Me parece espléndido. —Doña Mariquita esperó que siguiera pero el General enmudeció. En vano intentó adivinarle las intenciones. Sospechaba que no confiaría a nadie su plan de operaciones. Pero creía que de ese modo, tal vez, se pondría en acción.

Las tías ya no sabían cómo enderezar a Damasita. Tras el desarreglo con la familia Fernández Cornejo, los Boedo vivían una especie de zozobra constante. Cuando no sentían miradas furtivas en la calle o les llegaba el murmullo bestial que denostaba el honor de la muchacha y tras cartón el de su apellido, aparecían los rumores de que encabezaban listados negros que decían que jamás volverían a ser parte de las tertulias en casa de tal, o las fiestas en lo de cual, o el bautismo de aquella criatura bendita, y así como cuento de nunca acabar. La jovencita, mientras tanto, salía poco y nada no sólo de la residencia, tampoco de su alcoba.

Josefa había probado de todo: castigarla con un encierro obligado durante días pero a poco descubrió que el castigo resultaba una bendición para la joven: dialogar de buena manera pero la chica lloraba como marrana, y si la conversación pasaba de buenas a ríspidas en segundos, el llanto se desataba igual. De lo único que estaban seguras era del rechazo estridente que le había ofrecido a Secundino, y no había vuelta atrás. Si algo tenía Damasita era su falta de reflexión y cambio de opiniones. Cuando decía que sí era sí, pero cuando llegaba el no, más valía darse por perdido. Era tajante, feroz, todo lo cálida que podía ser con quien quería, se convertía en un corazón helado si percibía envidia enfrente. Con la muchacha Boedo no había términos medios: amor infinito, perenne y supremo, o en su defecto, furia desintegradora y letal. Cuando la mirada azul de los ojos de Damasita se depositaba en alguien, sabía bien qué tenía para decir; no mentía, no conocía de embustes.

Cansadas de no saber cómo ordenarle el derrotero a la niña, las Boedo le escribieron una carta desesperada a su sobrino y hermano de Damasita para que intentara ponerla en caja. Mariano, presto y veloz, abandonó —sólo por un rato— las milicias salteñas que lo tenían acampando a varias leguas de la ciudad y regresó a la casa.

Tocó la puerta y entró sin esperar a que le dieran el visto bueno o que vinieran a recibirlo. En la recámara estaba Damasita sentada en su poltrona, con el bordado en la mano. Al ver a su hermano, abandonó todo y de un salto se arrojó en sus brazos.

—Cuidado, niña enloquecida —se rió Mariano mientras se dejaba abrazar. —A ver, déjame mirarte un poco. Has crecido, ya no eres mi hermana pequeña.

—Es que hace tanto que no me ves, Marianín. Me tienes tan abandonada —respondió la joven con la cara iluminada. Con el arribo de su hermano sentía que le había vuelto el alma al cuerpo.

Hizo un giro y una reverencia y lanzó una carcajada. Estaba feliz, como si los densos sucesos de las últimas semanas no hubieran ocurrido, se olvidó de todo en un santiamén.

—Supongo que sabes a qué he venido —empezó Mariano y mudó el peso del cuerpo a la otra pierna.

La cara de Damasita se nubló en el acto. Como si el alma le pesara más de la cuenta, se abandonó sobre el sillón. Ofuscada, se cruzó de brazos.

—No me hagas una retobada, niña, que te has portado como una descarada de barrio bajo. ¿Es que te has vuelto loca?

—Desconozco lo que te hayan podido decir Pepa o Juliana o quien sea, pero seguro que te han mentido. O al menos han exagerado —Damasita se defendía como una guerrera.

—Lo que pasó, niña, lo que pasó, de eso te hablo.

—¿Pero no me acabas de decir que ya crecí, que ya no soy una niña? Pues entonces trátame como tal —dijo y los colores empezaron a encender sus mejillas.

—Vamos a ver. No se hace lo que le has hecho a Fernández Cornejo, y lo sabes más que bien. Me han reclamado para que venga a enderezarte, dicen que ya no saben qué más hacer contigo, Dámasa.

La panza se le retorció y se vio obligada a tomar aire como si fuera el último respiro. Cuando alguien, pero sobre todo su hermano, la llamaba por su nombre sin el diminutivo que le daba calma, que la llevaba a una infancia

que había imaginado feliz, que le recordaba aquellas carcajadas y esos abrazos, y ese abandono y el tiempo sin apuro ni ansiedad, el mundo se le venía abajo.

—Te lo ruego, Mariano, no te sumes a la insistencia familiar. Aunque debo quitar al tío José, no voy a ser injusta, ahora el resto me tiene a mal traer.

—Ellas dicen que ha sido al revés.

—Te juro que no puedo casarme con un hombre al que no quiero —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Mariano suspiró, no quería llegar a la instancia del llanto. No sabía qué hacer con el desconsuelo de su hermana. Contó hasta diez y aprovechó para pensar el modo de abordarla.

—Pero mi querida, si sabes que así son las normas. No entiendo de dónde sacas esa prepotencia y esa rebeldía —la miró fijo buscando respuestas a tanta incógnita.

—Me haces reír, venimos del mismo sitio y hacia allí quiero ir. No me impongan algo que me aterra porque me vuelvo loca, Mariano, te lo pido por favor. De sólo pensar que debo pasar toda mi vida con alguien que no tiene nada que ver conmigo, pierdo las ganas de vivir.

—¡Pero si Secundino es un mozo ejemplar! Enloquecida estás por decir tanta pavada.

—Me aburre, no me interesa.

—¿Y se puede saber cuáles son tus intereses?

—Los hombres de espada, como tú —Damasita le sonrió y aprovechó para cambiar de tema. —Cuéntame un poco de tus cosas, estoy harta de hablar de mí.

Mariano cedió y empezó a contarle. Se había transformado, tiempo atrás, en primer edecán de Alejandro Heredia, el caudillo tucumano que había elegido Rosas para que comandara el Ejército del Norte contra el «tirano Santa Cruz», jefe de la Confederación Perú-Boliviana. El plan había sido recuperar Tarija y Tupiza, y atacar Potosí, pero su ejército, mal organizado y peor equipado, no había encontrado el apoyo del resto del país. Con muchas dificultades, lograron liberar las zonas de Jujuy y el norte de Salta, que habían sido invadidas. Pero en noviembre del 38, hacía apenas unos meses, Heredia había encontrado la muerte en Los Lides, como a tres leguas de la capital de Tucumán, a manos de una partida armada liderada por el comandante Gabino Robles, cuando se dirigía en carruaje hacia su finca en

Lules acompañado por su hijo. Tras el asesinato su hermano Felipe, gobernador de Salta, había renunciado y sus opositores habían llevado a cabo una elección de apuro y nombrado a Manuel Solá.

—Estamos bastante preocupados con la reacción unitaria. Parece que se han envalentonado aún más luego de la muerte de Heredia —concluyó Mariano.

—Pero aquí estamos tranquilos con el nuevo gobernador. ¿Acaso no está de tu lado? —En la casa confiaban en la posición de Solá, que se había subordinado al instante a Juan Manuel de Rosas.

—Ah, niña, los lados de que hablas son tan relativos... Ahora como nunca hay que defenderlos a toda hora y no ser lábil. A veces dudo de las expresiones de algunos.

Damasita observaba a su hermano con fascinación. Todo lo que decía y cómo lo hacía le parecía superior.

—¿Puedo ir contigo? ¿Puedo acompañarte, Marianín? —le preguntó en un susurro, sabiendo de memoria cuál sería la respuesta.

—Deliras otra vez —y negó con la cabeza, azorado. —¿No te das por vencida, eh? Sabes que no es lugar para mujeres, aquí es donde debes estar. Y debes aceptar el candidato que te propongan nuestros tíos y casarte de una vez. Deja de buscarte problemas. Prométeme que me harás caso, que debo partir mañana y quiero hacerlo tranquilo.

—Siempre te estás yendo... —dijo Damasita con aire melancólico.

—Tengo que cumplir con mi deber. Me voy pero no escapo, no huyo.

La muchacha permaneció en silencio. Más que nada en el mundo quería ir detrás de su hermano pero sabía bien que era imposible. La guerra no era asunto de damas, ya lo había escuchado hasta el hartazgo. ¿Qué culpa tenía ella si los menesteres propios de las señoritas no la convocaban? Aquellas obligaciones femeninas que debía cumplir, como casarse, aceptar al elegido como viniera y sin demasiada réplica, tener los hijos como Dios manda y cumplir con sus deberes con un mutismo sonriente hasta el día del Juicio Final, le retorcían las tripas. Necesitaba sentir lo que experimentaba su hermano, vivir con vehemencia, que el corazón le latiera fuerte, que la pasión y el deseo le atravesaran el pecho...

En la casa de la calle San Carlos había motivos para celebrar. Era 25 de mayo, el día patrio por excelencia. Y aunque estaban a demasiadas leguas de Buenos Aires, Montevideo se había transformado casi en una base argentina. Lavalle recibía a sus amigos y camaradas para el brindis conmemoratorio de aquel glorioso 1810, la gesta revolucionaria que intentaba revivirse una vez más. En la lista de invitados estaban los coroneles Faustino Velazco y Manuel Alejandro Pueyrredón, Juan Bautista Alberdi y su amigo Miguel Toribio Cané, Juan Thompson y su madre Mariquita Sánchez de Mendeville, y varios más.

La sala brillaba como nunca gracias a la bandera bordada en oro que había enviado la joven Juana Manso la noche anterior. Hacía unos años que la muchacha había emigrado a esa orilla junto a su familia. Su padre, José María Manso, había participado de las batallas contra el yugo realista y luego había formado parte del gobierno de Bernardino Rivadavia. Con apenas veinte años, Juana había querido comprometerse con la renovada causa patriótica y para eso había convocado a las damas en el exilio para que contribuyeran con su talento y su dinero en la causa.

En lo de Lavalle no se bailaba. La larga reunión se desarrollaba entre enfervorizadas conversaciones de los caballeros, intercambio de pareceres de las damas y mucha oferta de bocaditos y refrigerios. El vino y los licores no faltaban para quien los solicitara.

—Pero qué bien ha quedado la bandera de Juanita, mi general. Bien expuesta, con todos los honores, como corresponde —señaló el coronel Velazco, quien había oficiado de emisario y se la había entregado el día anterior.

—¿Has visto? Y se la he agradecido como se merece. No dudo de que este signo de nuestra gloria nacional, que ha inflamado el coraje de los argentinos en quince años de combates, que despertará el patriotismo de los presentes —afirmó Lavalle con la mirada perdida en el celeste y blanco de la tela y en el oro del sol bordado en su centro.

—¿Saben ustedes, mis amigos, todo lo que sucedió con esta bendita bandera antes de que desembarcara en esta sala? —Doña Marica se había interesado en la charla de los señores y no pudo evitar meterse.

—Supongo que nada demasiado peligroso. Me trae a la memoria la que confeccionaron las damas mendocinas junto a la pobre Remedios —respondió Lavalle recordando el gesto de la fallecida esposa de don José de San Martín.

—Pues poco que ver con esa bandera, Juan. Más bien nada que ver. La encantadora Juanita y sus damas concluyeron la rica bandera bordada en oro con el sol, nuestro padre. Pero parece que esta pobre joven recibió un anónimo amargo, después de mil murmuraciones y habladurías.

—Qué disparate, hasta en estos menesteres nos atosigan las dificultades —intervino Velazco.

—Parece que se reunieron para decidir cómo y a quién debían presentar la bandera. Hubo debates acalorados entre las damas. —La señora levantó una ceja y se abanicó. Era una experta en intrigas.

—Vamos, Marica, desembucha de una vez —dijo Lavalle, que perdía la paciencia.

—Hubo una discusión entre Madame Olazábal, la mujer de Félix, y la de Alsina —empezó y guardó un silencio intrigante por unos segundos. —Me comentaron que hasta hubo gritos.

El sarao continuaba muy animado. Carcajadas, brindis, entusiasmo ante lo que vendría: todos parecían contentos con las noticias que llegaban desde Buenos Aires. La escuadra francesa izaría la bandera argentina en el palo mayor, en demostración de que la guerra se libraba contra Rosas. Los desterrados guardaban la esperanza de una libertad próxima, de un porvenir alentador.

—¿Los motivos? —insistió Juan.

—La de Olazábal opinaba que había que mandársela a Rivera para que él la destinase a la persona que debía dirigir la revolución. En cambio, Antonia bregó por ti, querido, que eras tú quien la merecía.

El chisme provocó la carcajada de Lavalle y aquello llamó la atención de Alberdi y Pueyrredón, que se acercaron al grupo que parecía el más festivo de la noche. La señora de Mendeville repitió el cuento ante el reclamo de los recién llegados y las risotadas resonaron otra vez. Siguieron con el recuento de noticias. Se comentó que el presidente oriental había abandonado la idea de abrir batalla contra Rosas

—Ay, como siempre, el voluble de Frutos —acotó Mariquita y dejó que el resto agregara leña al fuego.

—Parece que negoció la paz porque su ministro Muñoz lo consideraba una quijotada. Si será de poco fiar que nos dejó en la estacada, y de los suministros que había prometido no se supo más nada —se quejó Pueyrredón.

—Yo logré que me abonara parte de la deuda, que puse al servicio de la

recluta —intervino Lavalle y continuó en un susurro—: Tengo un plan maestro que no puede fallar. Voy a comprometer a varios jefes federales de mi relación a que enfrenten a Rosas. Serás tú, Pueyrredón, el encargado de la misión. Te embarcas y acometes, ya verán que el éxito es seguro. Pero ¿qué tengo aquí? —preguntó como un chico travieso, señalando su bolsillo.

—No lo sabemos, señor —dijo Alberdi asombrado.

—¡Pues tengo a Rosas en este bolsillo!

Y todos rieron de nuevo a carcajadas, brindaron con sus copas en alto, como si fuera la última vez.

CAPÍTULO

V

Damasita se ató las enaguas a las piernas y se puso las botas de caña alta. Salía a cabalgar con Rufino, que se había ofrecido gentilmente a acompañarla. Montó su caballo, su primo el suyo y partieron al paso hacia las afueras de la ciudad. La jovencita quería llegar a campo abierto, necesitaba galopar libre y fantasear con que escapaba de todo.

—¿Y ese poncho? ¿De dónde lo has sacado, Damasita? —le preguntó Rufino, algo desconcertado porque no era de su talla pero sobre todo por los colores.

—Se lo vi puesto a una de las criadas y se lo pedí. ¿Me queda bien, no es cierto? —Damasita acarició el poncho de lana morada con franjas negras.

—Pero no lo usan las mujeres. Ese poncho es prenda de varón. —Rufino sacudió la cabeza, resignado a las excentricidades de su prima.

—¿Tú también vas a retarme? Ya tengo suficiente con Pepa y tu madre.

—Bueno, bueno, no me pelees que vengo en son de paz.

—Está bien, no quiero estar a la defensiva. Pido por lo menos un primo que me entienda, aunque sea uno solo.

—No sé si te entiendo del todo pero te quiero igual, Damasita —rió Rufino con complicidad.

—Gracias, mi querido Rufino, mi cariño por ti es inmenso, casi tanto como el que tengo con Mariano. Y con José, mi otro hermano, claro, aunque él está alejado de la familia y yo lo entiendo. Jamás le reprocharía nada —La joven estiró la mano para que se la apretara y Rufino así lo hizo durante unos segundos, para continuar luego con la cabalgata.

Los cascos contra la tierra marcaban un ritmo pausado y constante. Ambos eran hábiles jinetes y desde pequeños montaban con una pericia suprema.

—Vamos, apriétale las verijas al tuyo que vamos a galopar —ordenó la joven y salió disparada.

Rufino pegó un grito al cielo y un rebencazo en el anca de su caballo, y la siguió sin dudar. Como dos críos embravecieron a sus animales, compitiendo para ver quién ganaba la carrera. Damasita era una gran amazona, desde muy

chica sus hermanos la habían encaramado a un caballo —siempre altos, nunca un petiso, aunque eso aterrara a las tías— y esa había sido siempre su diversión favorita. Nada de muñecas y juegos de niñas. Montar a caballo, y sobre todo junto a sus hermanos, era para ella como una temporada en el paraíso.

Ida y vuelta, una carrera y otra... Damasita parecía incansable. Su primo le seguía el tren pero invariablemente se hartaba antes.

—Vas a matar a Chocolate. Vayamos hacia aquel monte para que los animales descansen un poco. De paso nosotros hacemos lo mismo —la instó Rufino decidido a no aceptar un no como respuesta.

Cabalgaron hacia un montecito de acacias y desmontaron de un salto. Los caballos bajaron el pescuezo y se dedicaron a hociquear la tierra en busca de alguna brizna de pasto. Ellos se apoyaron contra los troncos de los árboles. Con la mirada perdida, Damasita puso sus manos debajo del poncho en busca de calor.

—Te noto distante —le dijo Rufino. —Ay, Damasita, vuelve aquí, que bien sabes qué es lo que debes hacer.

—No me fui a ningún lado y tampoco entiendo qué es lo que buscan.

Sus tías, sobre todo Pepa, habían vuelto a la carga con la búsqueda de un mozo decente para presentarle.

—De tonta no tienes un pelo, prima querida. Están preocupadas, rechazaste al primer candidato y ellas quieren que te comprometas para casarte lo antes posible. Siempre voy a defenderte pero tal vez en este caso tus tías tienen razón.

Damasita miró a Rufino y en cuestión de segundos pasó de la furia a la decepción absoluta y luego a una impotencia desesperada. Todos los aspirantes a probable marido que se barajaban le resultaban pesadísimos. Que el hijo de tal o el sobrino de cual, cada uno peor que el otro. Podían ser buenos para el resto de la humanidad, pero ella sentía que si se uniera a ellos seguramente se transformarían en la peor monstruosidad. ¿Y si se aburría? ¿Cómo haría para soportar más de tres horas seguidas a cualquiera de ellos? ¿Cómo hacía el resto de las mujeres? Un día, un mes, tres años junto a cualquiera de esos perfectos desconocidos le parecía peor que morir aplastada por una bala de cañón.

—¿En serio no te quieres casar? Tal vez tu deseo sea ir al convento y nosotros no lo sabemos...

—Ni uno ni otro, Rufino querido. Es que los hombres que me señalan no

me interesan.

—¿Cuántas veces habrá que repetirte que los adultos saben de elecciones? Son todos buenos mozos, Damasita. No sé qué pretendes.

—Quiero a un guerrero como mis hermanos, como tú que estás presto a irte a la guerra.

Rufino se enderezó y elevó la voz.

—Es la primera vez que escucho que a una mujer le gusta el varón que se va a combate, que no está, que se aleja para no saber si vuelve.

—Un hombre valiente, bravo, que sale a pelear por lo que quiere, que no se queda en la casa como un cuzco debilitado. Vamos, Rufino, es que no he aprendido otra cosa. Ustedes son los culpables y yo les agradezco eternamente que así sea —lo abrazó y allí se quedó, en busca del calor de sus brazos, de ese cuerpo fuerte, que al tenerlo cerca, la calmaba un poco.

Su primo se quedó sin palabras, movió la cabeza apenas, intentando esconder la sonrisa que pugnaba por salir. Damasita era un caso único. Por momentos sentía terror por lo que pudiera pasarle, pero la admiraba en su arrojo. Con apenas veintiún años, tenía un carácter que no le conocía a ninguna otra mujer.

En cuanto el sol empezó a huirle al día y el frío a apretar, el mozo le tendió la mano para ayudarla a incorporarse y montar sus caballos para volver. Reanudaron la charla amablemente. Él dejó de hostigarla y ella se atrevió a confesarle que la idea de escapar de la casa para unirse a su hermano en la frontera persistía.

—Pero no te asustes, primo, es solo una ilusión —aunque a veces se arrodillaba frente a su cama para orarle al Señor que la ayudara a cumplirla, que seguramente allí, en campaña encontraría al amor de su vida, que lo sabía, que era una premonición que la asaltaba de tanto en tanto; y él le confió que también quería ir al frente, que la paz con Bolivia calmaba a su provincia pero que la afrenta estaba en otro lado y él defendía los colores como todos los varones de la familia, que federal hasta la muerte, que nosotros estamos bien vivos porque somos federales refutó la muchacha, besó el poncho colorado y se lo extendió a su primo, que se lo colocó con orgullo marcial.

Durante varios meses los lazos entre Lavalle y los jóvenes de la Asociación de Mayo se afianzaron cada vez más. También tejió redes con la otra orilla: Enrique Lafuente, Carlos Tejedor, Jacinto Rodríguez Peña, Santiago Albarracín y Rafael Corvalán se decidieron a pasar a la acción contra el Tirano. De a poco se sumaban nombres para llevar adelante la conjura, entre ellos Avelino Balcarce, Diego Arana, José Barros Pazos, Marcelino Martínez Castro, Manuel Vicente Maza, Manuel Eguía, Juan Bautista Peña, Juan José Rocha, fray León Peralta, Félix de Álzaga, Pedro Castelli, y Rafael y José Lavalle, los hermanos del General. Y como hacía tiempo que no le sucedía, Juan Galo se sentía acompañado. Confiaba en sus hombres, les creía sin fisuras.

Los jóvenes, al tomar nota de que Lavalle había aceptado llevar adelante la conducción de los emigrados, comenzaron a prepararse por todos los medios posibles para la gran empresa. Fusil al hombro, hambre y sed, fango y espinas hasta la cintura, era su compañía diaria. Algunos empezaron a impacientarse. Querían acción inmediata pero Lavalle les bajaba el ansia a puro rigor. En Buenos Aires estaban dispuestos a todo: la pobreza, el destierro, la cárcel, el cadalso mismo. Nada nos impedirá llegar hasta las últimas consecuencias, se juraban.

Al General le llegaban noticias de que Rosas aún no tenía un plan de guerra contra el Estado Oriental. Primero quería limpiar el frente interno. También supo que temía a las bizarras tropas de Lavalle porque eran militares y sus secuaces no lo eran.

Lavalle demoraba, pensaba, no quería dejarse apurar por el arrojo juvenil. Los jóvenes conspiradores empezaron a depositar su confianza en el poder del teniente coronel Maza, quien se hallaba dispuesto a obrar por sí solo y asestar el golpe contra Rosas de una vez. Sin embargo, Lavalle recomendaba prudencia, aconsejaba la mayor circunspección y sigilo en los preparativos y repetía que debían evitar toda reunión conspícua y buscar algún otro medio de entenderse, cartas bajo una clave especial depositadas en lugares convenidos. Les aconsejaba evitar la visita a las casas de los jefes y demás amigos; el dinero era muy importante, sin él todo era embarazo y obstáculo, pero era más prudente afrontar éstos que extender el secreto entre muchos en el afán de multiplicar los contribuyentes.

Lavalle no confiaba en Maza. Prefería mantenerlo en constante observación. Se prometió que no entablaría con él ninguna relación directa hasta estar seguro de su sinceridad y su lealtad. Voceaba a quien quisiera

escucharlo que la suerte de la revolución no podía depender de ninguna individualidad.

A mediados de junio, Maza marchó preso a la cárcel con dos barras de grillos. Lo habían delatado. El 28, a las 9 de la mañana, Rosas ordenó su fusilamiento.

Al día siguiente, desde la escuadra que bloqueaba Colonia, se le hizo llegar la misiva que traía la noticia desde Buenos Aires al General. Lavalle la leyó y enloqueció de ira. No pudo pensar más, se le nubló la vista. Tomó sus pistolas, una en cada mano, dispuesto a dirigirse a la casa de gobierno para exigirle a Rivera que cumpliera con su palabra. Estaba harto de que los suministros no llegaran jamás y Rosas siguiera avanzando sin consecuencias. Al verlo desencajado, su ladero intentó calmarlo. Lavalle mandó a llamar de urgencia a Valentín Alsina, yerno del doctor Manuel Vicente Maza, padre del asesinado, para darle la peor de las noticias.

Apenas Alsina llegó a casa de Lavalle, fue conducido al despacho. De pie contra la ventana, el General estaba sumido en una palidez de muerte. Valentín, preocupado ante semejante panorama, cerró todas las puertas y luego se le acercó.

—¿Qué pasa, general? —dijo y lo tomó del brazo.

—Amigo, el bárbaro de Rosas ha hecho asesinar a puñaladas al anciano doctor Maza, su padre, y fusilado a su valiente hijo, el coronel —dijo y prorrumpió en sollozos como una criatura.

Esas eran las noticias escalofriantes que llegaban desde la otra orilla. Poco antes del fusilamiento de Ramón Maza, un grupo de hombres había entrado al despacho de su padre en la Legislatura y armados con cuchillos, lo habían asesinado.

—Se lo ruego, general, cálmese. En nombre de la Patria se lo pido —lo exhortó Alsina mientras trataba de controlar su propia desesperación.

Las palabras de Alsina lograron aplacar algo la conmoción de Lavalle. Tratando de sobreponerse, se irguió y dijo:

—Tengo unos encargos para hacerle, Valentín. Ocúpese de reunir a las notabilidades de la emigración. Voy a comunicarles la decisión que creo hará renacer la cruzada libertadora, abortada por las intrigas del pardejón Rivera.

Alsina tomó aire para no intervenir en la perorata del dueño de casa. Estaba algo confundido ante el cambio de ánimo repentino del general. Prefería callar y escuchar.

—Me sustraeré de su alcance, embarcaré a mis legionarios en las naves

francesas y los trasladaré a la isla Martín García. Allí ultimaré los preparativos y en poco tiempo nos lanzaremos contra Rosas —concluyó Lavalle con voz firme.

Y así fue. Pronto comenzaron los movimientos y durante dos días no se hizo otra cosa en la casa de la calle San Carlos que preparar el ataque. Rivera intentó detener a Lavalle por medio de una intimación. Éste, envalentonado, le respondió que dispondría para su empresa de elementos puramente argentinos y que el gobierno oriental nada tendría que hacer en asuntos que le serían extraños desde que se había negado a prestarle los auxilios que había comprometido.

Poco antes del mediodía del 2 de julio, Valentín Alsina entró a la sala. Allí lo esperaba el General, de punta en blanco con su sencillo uniforme de campaña. Sobre la mesa tenía preparado un amplio sombrero adornado con la divisa azul y blanca en la que Dolores había bordado «Libertad o Muerte» en letras de oro.

—¿Todo listo, General? —le preguntó.

—Espero que sí. He dispuesto que a las once, en el saladero Lafone, ciento sesenta proscriptos argentinos comandados por el Jefe de Estado Mayor Pueyrredón, aborden la goleta oriental *General Aguiar*. Guillermo Billinghurst dirigirá la operación.

—Entonces, a sus órdenes. Preparados para salir —afirmó Alsina con gesto adusto y marcial.

Lavalle miró hacia la puerta. Dolores y sus cuatro hijos observaban de lejos lo que sucedía. Su esposo, su padre, partía a la guerra una vez más. Con una señal imperceptible los hizo entrar. Dolores caminó despacio, como si buscara detener el tiempo y revertir el destino, aunque sabía bien que nada modificaría la decisión de Juan. Los ojos arrasados de lágrimas le nublaron la vista, le ciñó la banda militar que le cruzaba el pecho y se arrojó en sus brazos. Le costaba respirar, tenía un presentimiento aterrador. Juan se dejó hacer; luego se soltó con suavidad del abrazo y besó con sentida emoción a sus cuatro hijos. Les pidió a todos que no lo acompañaran, prefería evitar el dolor de la despedida en el muelle.

Junto al teniente coronel Juan Elías, Valentín Alsina y dos ordenanzas, se dirigió rumbo al Consulado de Francia. Dio una breve conferencia y con el joven Andrés Lamas del brazo derecho y Alsina del izquierdo se dirigió al embarcadero. Allí lo aguardaban la entusiasta Mariquita Sánchez de Mandeville y su hijo Juan Thompson, Juan Bautista Alberdi, Florencio y

Jacobo Varela, Félix Frías, Miguel Cané y Pedro Echagüe, que hacía unas semanas había encontrado alojamiento en su casa tras ser perseguido por la Mazorca. Detrás de ellos estaban el almirante Leblanc, el encargado de negocios francés Enrique Bouchet de Martigny y el cónsul Baradère.

Mariquita abrazó a su amigo y le susurró palabras de aliento. Él la miró y le sonrió sin decir nada. El ayudante de la capitania del puerto, Antonio Casalla, le ofreció la falúa del Resguardo para que fuera conducido hasta el buque francés *Alerte*. Lavalle abordó junto al comandante y el cónsul, que lo acompañaron para evitar que lo detuvieran. Una vez que estuvieron a bordo de los buques de guerra, todos lo vivaron con sus bonetes en la mano.

Mientras se alejaba de la costa, Lavalle le daba la espalda a la multitud congregada en la orilla y miraba hacia adelante. De repente escuchó un grito que llegaba de tierra firme. Se dio vuelta y vio a Augusto, su hijo de catorce años, que tras un forcejeo denodado había logrado llegar casi hasta el agua.

—¡Adiós, tata! —le gritó.

Lavalle le retribuyó el saludo con la mano. Ya no pudo contener las lágrimas.

Las tres Boedo ocupaban la tarde en el patio como más les gustaba. Armaban ramilletes con flores frescas o quitaban de las plantas las hojas envejecidas y carcomidas por alguna plaga, o removían la tierra de los macetones cuando empezaba a endurecerse. Desde chicas habían aprendido las tareas del jardín y se la habían transmitido a sus hijas y sobrinas. Esa tarde Pepa las había reunido con la excusa de la jardinería, pero tenía algo más para compartir.

—¡Pero qué malvones maravillosos tenemos esta temporada! Cortemos varios para los jarrones de la sala —dijo la entusiasta Marcelina mientras elegía los mejores. Con sumo cuidado cortaba los tallos y los colocaba en el canasto de las flores. Juliana y Pepa la imitaron y rápidamente acopiaron una buena cantidad.

—Estuve pensando —disparó Pepa sin abandonar la faena. —Se me ocurrió algo que podemos hacer con Damasita.

Las hermanas la miraron de reojo y siguieron con lo suyo. Su sobrina era tema de conversación y ansiedades hacía un buen rato pero la incomodidad se

había calmado un poco las últimas semanas. Parecía que el asunto había decantado y otras cuestiones habían despertado la atención de la familia. Ahora Pepa volvía a la carga con lo mismo y sus hermanas se mostraban escépticas.

—Pues lo que intentamos hasta ahora salió bastante mal —dijo Juliana y frunció el ceño al recordar lo últimos sucesos.

—La chica no puede quedar librada a los cuatro vientos, tenemos que seguir.

Pepa se arremangó la camisa y metió las manos en la tierra.

—En eso estamos de acuerdo pero parece que nos desafió. Habrase visto semejante rebelde... —Marcelina limpiaba malvón por malvón con un trapo húmedo y mucho cuidado.

—Yo las entiendo a ustedes, con sus maridos y sus hijos tienen suficiente ocupación. Pero Damasita ha sido y es como una hija para mí y siento gran responsabilidad. Le temo a la soledad y en esta chica aún más. Perder a los padres, tener a los hermanos lejos y en medio del peligro... ¿Qué va a hacer cuando yo no esté?

—Ya será una mujer grande, Pepa. Pero tienes razón, no me hagas caso — señaló Juliana arrepentida.

—¿Y cuál es la idea que tienes? —la interrumpió Marcelina. No quería que sus hermanas se trenzaran en una nueva gresca.

—¿Se acuerdan de la iglesia de San Bernardo? —preguntó Pepa con las manos en la cintura, sin atender a que estaban llenas de tierra.

—Pero claro, Pepa. Como si hubiéramos perdido la memoria, mujer — respondió Juliana. La iglesia situada delante del cerro, que había funcionado como hospital durante los primeros años de la Guerra de la Independencia, luego se había deteriorado y había quedado a la buena de Dios.

—Pues desde hace unos meses se ha convertido en convento de clausura —les comunicó Pepa y les sonrió de oreja a oreja.

—Eso es imposible, estaba toda desvencijada, ya no albergaba ni a muertos de hambre.

—No hables sin saber, Juliana, que yo me he enterado de todo. Hice mis averiguaciones, como se debe, y supe que gracias a las gestiones del padre Fernández, ahora ha sido ocupada por las monjas carmelitas.

Sus hermanas la miraron atónitas. De inmediato entendieron lo que pretendía Pepa con ese comentario.

—Damasita puede entrar como novicia, tal vez con un régimen menos

rígido al principio, para luego convertirse en una Hermana —siguió Pepa sin tomar registro de las caras de espanto de sus hermanas.

Marcelina y Juliana soltaron lo que tenían en la mano, se incorporaron del todo y enfrentaron a Pepa. ¿Hablabas en serio? ¿Le parecía que la clausura era la única solución posible para su sobrina?

—¿Pero no es un poco demasiado? Encerrar a la chica no me parece, francamente —refutó Marcelina.

—Yo tampoco estoy de acuerdo.

—¿Rechazan la casa de Dios? Ustedes son dos herejes. Que Damasita haya decidido, como si tuviera la potestad de hacerlo, rechazar a nuestro candidato necesariamente iba a tener consecuencias. Y así será. Ahora tenemos que encaminarla, esto no puede seguir de este modo —dijo Pepa algo exaltada.

—Busquemos otro caballero, que nunca faltan. ¿No te parece, Juliana? —preguntó Marcelina intentando una complicidad que pusiera paños fríos.

—Me parece una idea estupenda. Entre el grupo de amistades de Rufino hay cantidad de muchachos interesantes.

Las hermanas continuaron con el intercambio de pareceres sin darse cuenta de que sus voces se habían elevado por demás. De repente, como de la nada apareció Damasita desde adentro de la casa y franqueó el umbral del patio.

—¿Se están peleando? ¿De qué hablaban? —preguntó sin tener idea de lo que estaba sucediendo.

Las tías se detuvieron en el acto y quedaron como estaqueadas al piso, pálidas. Habían perdido la noción del tiempo y el espacio, jamás habrían imaginado que la niña podía andar por ahí.

—Hablabamos de la familia, de nosotras, de tus padres —se apuró en responder Marcelina.

—Ah —manifestó Damasita con una sonrisa que se fue desdibujando de a poco hasta convertirse en una mueca triste. A pesar de ser una construcción que se había hecho ella misma ya que prácticamente no los había conocido, el recuerdo de sus padres todavía la lastimaba. Sentía que ella había sido la culpable de la muerte de su madre y que no había sido lo suficiente importante para su padre, que había elegido irse detrás de la muerta.

—Pero mejor vayamos para adentro a comer algo rico. Es la hora del té y tengo hambre —dijo Juliana y tomó del brazo a su sobrina para sacarla de allí.

—Sí, sí, vamos, mi querida —Pepa se limpió la tierra de las manos en el delantal y las fue detrás. —Pero sigamos con lo que estábamos, ¿qué te parece el convento, Damasita?

La joven giró la cabeza y clavó unos ojos de hielo sobre su tía. Marcelina y Juliana también se dieron vuelta y sin decir palabra la miraron con espanto. No podían creer el apuro y la imprudencia de su hermana. Pepa ni se mosqueó. Damasita continuó la marcha sin decir nada, pero supo que se aproximaba una nueva batalla. ¡Monja jamás! El encierro entre religiosas le parecía una mortaja en vida. Nunca había fantaseado con el hábito, lo más cerca que había estado de la iglesia había sido tiempo atrás, cuando visitaba a su amiga Juana Manuela y su tío canónigo circulaba por ahí. Pero aquello era un recuerdo nebuloso y estaba tan lejos que dudaba de que hubiera existido. De pronto se sintió aislada, sola, y un escalofrío le recorrió la espalda.

CAPÍTULO

VI

Era una noche cerrada pero sobre todo lluviosa. Esto no significaba un contratiempo para el General. El día anterior había desembarcado en el puerto de Landa junto al grueso de su división. Había sido el primero en lanzarse a tierra, espada en mano como en los viejos tiempos, con el corazón al galope por la alegría de haber llegado a la orilla de la ansiada patria. Hubo que esperar varias horas hasta que llegaran las tropillas que había conseguido el mayor Manuel Hornos, y recién entonces emprendieron la marcha hacia Gualeguaychú.

—¿Y cómo te has hecho de estos animales? —le preguntó Lavalle a la vanguardia de sus hombres.

—Hice lo que pude, mi general —respondió Hornos con la barbilla en alto. —Con los primeros caballos que encontré, junto a una docena de hombres, montamos a pelo y ahuyentamos a una guerrilla enemiga.

—Excelente, mayor —dijo Lavalle con una mirada de franca aprobación a su subordinado.

Antes de reunirse con el resto de la tropa, Hornos había carneado varios animales para alimentar a los soldados, que habían pasado algunas jornadas a galletas y agua directamente tomada del Paraná.

La epopeya había comenzado dos meses atrás. A bordo de la fragata *Minerve*, Lavalle había aceptado con gran entusiasmo los servicios del coronel Martiniano Chilavert y el oficial Eustoquio Frías. El General se había mostrado contento. Parecía aquel joven brioso de antaño, que desconfiaba del fracaso y apostaba al futuro. Sólo pensaba en derribar al Tirano. Soñaba con una vida apacible tras la derrota del enemigo. Ya en la isla Martín García, había recibido una bienvenida en medio del estampido de los cañones y los vivas de sus compañeros de armas. Con la tropa que había llegado desde Montevideo, el General formó el Escuadrón Maza, comandado por el coronel Pueyrredón.

Durante esos meses vivió en un rancho construido especialmente para que oficiara de cuartel general. Se le sumaron algunos camaradas de siempre

como los coroneles José María Vilela, José Valentín de Olavarría y Niceto Vega.

Aunque estaba acostumbrado, había tenido que enfrentar dificultades engorrosas. Nada era fácil en esos tiempos. Algunos «lomos negros», que habían prometido su alianza y complicidad, finalmente optaron por pegar la vuelta. Las deslealtades eran moneda corriente por entonces, había que saber sobreponerse y seguir. Sin embargo, ya no era tan joven y el cuerpo no lo ayudaba demasiado. Tenía constantes molestias en la espalda y en las rodillas, y no sabía dónde poner el brazo estropeado. La adrenalina ayudaba a disimular los inconvenientes. Descansaba cuando podía, que casi siempre era poco.

Para colmo Olazábal, descontento con el desenvolvimiento de los acontecimientos, se le animó y reclamó que compartieran la jefatura. Desde Buenos Aires llegaban algunas noticias perturbadoras: Rosas había entablado lazos férreos con el ministro inglés Mandeville y se temía que Gran Bretaña fuera capaz de presionar a Francia en favor de la paz. El poder del Tirano se fortalecía a paso redoblado.

—Han llegado algunos víveres, mi general —apuntó Hornos a voz en cuello. La llovizna se había convertido en aguacero, pero Lavalle había decidido continuar la marcha. —Hemos recibido ponchos, chiripás y camisas, y también provisiones de boca, que nos hacían tanta falta

—Gracias a Dios, mayor —respondió con gesto severo. —Parece que la Comisión Argentina se ha encargado de recaudar fondos.

Recordó el entusiasmo de algunos compatriotas, esos que no cejaban a la hora de alentar, como Juan Nepomuceno Madero, que se vendería si fuera necesario, o Álvarez Thomas, que prometía la entrega de una buena suma y al menor de sus hijos.

—Hasta la vergüenza habían perdido, somos una pandilla de limosneros y salteadores —confiaba Varela.

Lavalle sonreía de sólo imaginar a los ingleses flemáticos y a los festivos franceses sentados haciendo hilas o pegando cintas a las banderolas de las lanzas al lado de las señoras.

—Si no fuera por este diluvio, ya estaríamos en el campamento —le informó Hornos.

—Pero cuánta ansiedad, mayor —gruñó Lavalle. —Parece que fuera yo el dueño de esas palabras. Quédese tranquilo que llegaremos en su debido momento.

El General había tragado su ansia por desembarcar en Buenos Aires. Allí hubiera preferido dirigirse para pelearle de una vez al Tirano. Pero las noticias que habían llegado desde la provincia lo habían obligado a cambiar de planes. El ejército rosista de Entre Ríos, al mando de Pascual Echagüe, había invadido el territorio oriental por Salto. Esto había alentado al General y hacia aquella provincia se dirigía, confiando en que Buenos Aires se desesperaría y tendrían una batalla.

Sin embargo, la primera reacción de los habitantes de la provincia del Litoral, al notar el desembarco y movimiento de la Legión Libertadora, había sido la huida. Hubo que sacar a relucir la persuasión gauchesca, promesas varias y algo más para calmarles el reojo desconfiado.

Por fin Lavalle llegó al campamento con sus seiscientos hombres. Fueron presentándose los coroneles Pedro José Díaz y Francisco Reinafé, con un piquete de cordobeses. Desde Montevideo y respondiendo el reclamo ensordecedor llegó Salvador María del Carril, que junto a los comandantes franceses Laland de Calan, Halley, Lagrandière y Bouchard, se reunieron con el General para ajustar el plan.

A mediados de septiembre emprendieron la avanzada hacia Villaguay. Se dirigieron hacia el norte en busca de la frontera con Corrientes. Llegando a Mocoretá fueron emboscados por las fuerzas del gobernador delegado de Entre Ríos, Vicente Zapata, que superaban ampliamente las de Lavalle. Pero la suerte estuvo del lado unitario. La derrota del enemigo fue completa y éste fue perseguido por espacio de dos leguas, dispersado en todas direcciones. Cien cadáveres cubrieron el campo de batalla con un manto de sangre y muerte.

Envalentonado por la victoria, Lavalle dictó una proclama para el Congreso de Paraná, que decía:

Al ponerme pues al frente de las fuerzas argentinas que componen esta legión, mi objeto ha sido defender la causa de la libertad, la causa santa, por la que la República Argentina derramó la sangre de sus hijos en la gloriosa guerra de la Independencia; ha sido defender los principios de la heroica revolución que dio a luz la Patria de los argentinos y que el bárbaro dictador ha querido enfrentar, para sujetarnos a un yugo mil veces más ignominioso que el que nos sometía a la dominación española. Contra esta reacción despótica hemos levantado el estandarte de la revolución. Y la prueba más

convinciente de esta verdad es que se hallan en las filas de la Legión Libertadora los beneméritos campeones de la Independencia, los vencedores de Maipú, Junín, Ayacucho, Ituzaingó.

¿Por qué me apuran? ¿Qué los urge? ¿A qué se debe semejante premura? Me piden tanto, reclaman de mí algo que no puedo darles... Que me case con uno o que entre al claustro. No puedo ni quiero, me ahogan, me dejan sin el aire que respiro, me matan, hunden el ansia que tengo. ¿Será que la tengo por vivir? Me han repetido hasta el cansancio que me quieren, que buscan lo mejor para mí, que debo desposarme, colocarme, enclaustrarme. Pero nadie me ha preguntado qué es lo que quiero, si es que quiero algo. Las carmelitas no podrán aplacar mi pecho, ese dolor que pincha y hunde cuando me acuerdo, que está siempre aunque les miento con sonrisas falsas de ensayo que se fue, que desapareció, que ya estoy bien... Preciso tiempo, a mi tiempo seguro algo habrá, allá lejos o más cerca, pero yo bien sé que no me gusta que me impongan, la urgencia que los impera no es la mía, tampoco estoy segura de cuál será mi deseo... Es un hombre, sí, pero que me desvele, me ordene, pero sobre todo que me mire con ojo que refulge, como cuando yo miro, y que no mueva la vista de mi cuerpo, como yo que no la muevo cuando lo merece... Hombre mío y para siempre, eso quiero. No me van las medias tintas, no puedo con poco, necesito mucho más, lo quiero todo...

Damasita daba vueltas con el pensamiento mientras cepillaba su larga pelambre rubia. Había pedido permiso para retirarse temprano a su alcoba. Con la excusa de un dolor de panza y el agregado de un cansancio indomable, le permitieron que se retirara sin comer. No tenía ganas de escuchar a la familia pero no podía plantearles tal argumento. Sabía de memoria todo lo que tendrían para decirle. Entendía a la perfección que así estaban las cosas, pero para ella todo aquello no era suficiente. Estaba consciente de que las normas dictaban que debía casarse, pero no lo haría con cualquiera ni mucho menos con un elegido a dedo. Sabía que el convento podía ser una opción, sin embargo no podía aceptarlo. Fuera del convento estaba todo lo que ella quería vivir. Pero sobre todo sabía que no era buena para confrontar con sus tías; vomitaba palabras por demás y siempre las menos indicadas, y no lograba explicar bien lo que pensaba y sentía. Un verdadero tormento. Su

vida estaba signada por desgracias pero ella resistía.

Mientras tanto, en el comedor ocupaban la mesa no sólo para comer. Las tres Boedo y su hermano José, además de sus respectivos maridos, alargaban la sobremesa con la charla interminable. La política era el tema que los dominaba, sobre todo a los caballeros que veían que los sucesos que atravesaban a la provincia de Buenos Aires empezaban a afectar a Salta. El gobernador Solá se había dado vuelta y de aquellos remilgos iniciales con Juan Manuel de Rosas ya quedaba poco y nada. Boedo despotricaba contra Solá, que si era un pusilánime, también cobarde, por qué no desleal, ya daba lo mismo desprenderse del halo federal para dejarse almibarar por aquel ministro de la vecina Tucumán, ese Marco Avellaneda, y retirarle la delegación de las relaciones exteriores al Restaurador de las Leyes. Castro replicaba que le había llegado el chisme de que, buscando aprobación de alguien, el hombre se uniría a la Coalición del Norte contra Rosas. Las señoras por su parte, a voz en cuello, trajeron a la mesa los nombres de Mariano y de Rufino; este último se había sumado a las huestes de su primo hacía bien poco. ¿Habría que avisarles del cambio de planes?, increpaban; y parece que el sinvergüenza pretende organizar un ejército provincial con la idea de unirlo a las fuerzas de Lavalle, ¿pero volvió a la carga ese hombre? ¿No estaba de capa caída, o más bien exiliado, no era un desertor abyecto?, y dale con los epítetos contra el general rubio, el soldado unitario, ese que peleó por la Independencia y se transformó en un militar sin galones, que sólo vivía de los recuerdos y mejor no acordarse porque si traemos lo que hizo con Dorrego, asesino ridículo, hombre del mal; ¿pero no sabían que aquella muerte le pesa como toro destartado, que parece que a veces susurra que se arrepiente, que no debería haber llegado a tanto, que habían sido compadres y tantas cosas más? Pero lo mató, así que hágase a silencio de una buena vez y tenga un poco de dignidad.

Pepa intervenía poco pero escuchaba todo. No le interesaban esas discusiones, estaba tomada por el devenir de su sobrina. Parecía obsesionada por el destino de Damasita. Las alternativas que había barajado no habían sido muy bienvenidas por la joven pero tampoco por sus hermanos. Pensó que la sugerencia de que tomara los hábitos iba a ser aplaudida, pero en cambio recibió un rechazo generalizado. No era algo tan loco al fin y al cabo, conocía algunos casos que habían funcionado y la díscola en cuestión se había compuesto para alivio de la familia estigmatizada. Tampoco quería pelearse con sus hermanos por algo así. Juliana había traído a la mesa la

posibilidad de un nuevo candidato, un amigo de su hijo que portaba fortuna y linaje, nada despreciable, por cierto. Algo habían dejado entrever y Damasita no había hecho aspavientos. Esta vez parecía haber entendido. De cualquier manera, Pepa desconfiaba. Quería ver a su sobrina del brazo de un marido, y hasta que no lo viera con sus propios ojos no lo creería. Y a esta altura, ya casi ni le importaba quién fuera.

Caía la tarde en Santos Lugares (17) y Rosas hacía números en la cabeza. Iluminado por unas pocas velas, no le hacía falta más para presentir lo que sucedía en una de las salas del antiguo convento de los Mercedarios donde había levantado su campamento. Algunos pocos hombres lo acompañaban, dispuestos a seguirle el baile. Como siempre él marcaba el paso y parecía exultante.

—¿Enciendo algún otro farol, Gobernador? —le preguntó Arana, su ministro de Relaciones Exteriores, y se incorporó de la silla. —En unos minutos ya ni las caras nos veremos.

—Siéntate de nuevo, Felipe. Para lo que hay que ver... —y le guiñó el ojo, socarrón.

Además del ministro estaban su edecán Manuel Corvalán, el coronel Joaquín Ramiro y el general Mariano Rolón. Afuera, la soldadesca continuaba con lo suyo. Rosas sonreía. Los últimos sucesos lo habían puesto de mejor humor, habían logrado cambiarle el pesar en que lo había sumido la negativa de don José de San Martín de hacerse cargo de la embajada argentina en el Perú. Arana había intentado por todos los medios convencerlo pero había sido en vano. Rosas sabía que el viejo general no estaba con sus enemigos, pero de todos modos no le gustaba que lo rechazaran.

Sin embargo, las victorias estaban de su lado. Su hermano Prudencio había vencido a los revolucionarios de los Libres del Sur, comandados por Pedro Castelli, en la batalla de Chascomús. Éstos habían esperado en vano el apoyo del general Lavalle que, en cambio, había preferido invadir Entre Ríos. Asesinado el hijo del abogado independentista, clavaron su cabeza en la pica en la Plaza de Dolores.

—¿Y qué pasa con el enemigo de adentro, señores? —preguntó Rosas; se tiró hacia atrás en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra. —La deslealtad

en nuestra provincia no se perdona. Está claro ¿no?

—No se preocupe, Gobernador, que la orden se ha ejecutado en tiempo y forma. Los estancieros y capataces que lo traicionen, mejor estarán muertos —respondió Rolón.

—Así me gusta, sin condescendencia. Al traidor, degüello.

El ministro asintió pero ocultó un dejo de preocupación. No sabía si su venerado Juan Manuel lo estaba tanteando, una práctica habitual del Gobernador de Buenos Aires: abría los brazos para recibirte y cuando te tenía, apretaba hasta el final. Arana había encontrado a su esposa, Pascuala Beláustegui, escribiéndole una carta a su amigo Tomás Guido en la que le confiaba que las reuniones federales ya no eran tortas y papel pintado, que sólo se oía el grito de exterminio a los «salvajes unitarios» como único remedio, que de moderación nada. Le había rogado que hiciera silencio de tumba.

—¿Y qué hacemos con los de afuera? —Rosas se refería a la Coalición del Norte.

Los gobernadores de Salta, Manuel Solá; de Tucumán, Marco Avellaneda, y de Catamarca, José Cubas, se habían pronunciado contra Buenos Aires. Habían nombrado a Tomás Brizuela, gobernador de La Rioja, dueño del ejército más numeroso y mejor armado, como director de la Liga. La Coalición había acordado con Lavalle que ambos ejércitos, el suyo y el del Norte, convergieran en Santa Fe para, desde allí, atacar Buenos Aires. Para ello, Lavalle debía cruzar Entre Ríos y derrotar a su gobernador, Pascual Echagüe. Las escaramuzas se habían multiplicado en todo el norte del país. Cuando creían que algo estaba perdido, las alianzas prosperaban y la victoria se festejaba por un buen rato hasta que alguien asesinaba al hermano de algún caudillo. Volvían a correr ríos de sangre.

El general Lavalle seguía perdiendo batallas. Su idea envalentonada de invadir Buenos Aires había fracasado y como premio consuelo había ocupado la ciudad de Santa Fe. En un santiamén había sido rodeado por el ejército enemigo comandado por el oriental Manuel Oribe y había tenido que meter pies en polvorosa. Incansable, había diseñado una variante en su estrategia junto a su camarada, el general Lamadrid: reunirían sus ejércitos en el este de Córdoba y desde allí avanzarían sobre la provincia de Buenos Aires. Acordaron reunirse en la posta de Romero, a pocas leguas de Quebracho Herrado.

Lavalle había partido tranquilo pero fue sometido a una intensa

persecución por parte de las fuerzas de Oribe. Llegó más tarde de lo convenido. Lamadrid no estaba allí pero se había visto obligado a presentar combate y fue derrotado por el ejército federal. Los restos de su tropa se retiraron hacia la ciudad de Córdoba, donde lo esperaba Lamadrid. Hubo gritos, recriminaciones, endilgamientos y finalmente se pusieron de acuerdo para avanzar hacia el norte. Mientras Lamadrid retrocedía hacia Tucumán, Lavalle se dirigió hacia Catamarca y La Rioja.

—Todo bajo control, Gobernador —respondió el edecán de Rosas.

—¿Y qué se sabe del Iscariote (18)? —insistió el jefe federal.

Unas risotadas cómplices inundaron la sala que oficiaba de despacho del Gobernador. El coronel Joaquín Ramiro y el general Mariano Rolón no pudieron evitarlo. Los otros tres los miraron atónitos.

—¿Y cuál es la gracia, si se puede saber? No lo tenemos al loco Eusebio para hacernos reír —dijo Rosas aludiendo a su bufón favorito.

—Nos llegan cuentos del norte, Excelencia —confesó Ramiro. —Parece que el hombre anda de guerra en guerra.

—¿Ah, sí? Pues mire usted que las noticias completas dicen que las pierde.

—En todas pierde, Excelencia. Se corre la voz de que sucumbió ante la belleza de una de las sobrinas del coronel Bildoza, en la vieja merced real de Anjuli.

—La belleza suma poder, coronel; no lo quita.

—Estamos de acuerdo, Excelencia, pero cuando esta se transforma en tormento que anula todo lo demás, habría que ver.

—¿Así que el incapaz fue dominado por la aureola de una mujer? Hay que ser imbécil, Dios mío —dijo Rosas y lanzó una risotada que terminó en lágrimas.

—Dicen que largó todo, que está enamorado como un jovenzuelo.

—Pero ustedes me mienten —y los miró de reojo. —Hombre grande...

—Su esposa era una señora de bien —intervino Corvalán.

—¿Pero qué dices, Manuel? ¿Entonces la fisura de Lavalle es la carne de mujer? ¿Tan débil es? —y se perdió en sus pensamientos.

Si Rosas había guardado algún temor ante la amenaza constante del general Lavalle, lo abandonó en el acto. La borrachera amorosa de su enemigo se transformaba en su mejor aliado.

El coronel Mariano Boedo y sus hombres acampaban en la frontera norte de Santiago del Estero. Era noche de luna llena y un fogón reunía a varios milicianos además del coronel. Acompañaban al centinela de turno para no dejarlo solo, como cada madrugada que montaba guardia. Cebaban mate para mantenerse despiertos, aunque no les hacía falta, la adrenalina era el más poderoso de los antídotos contra el cansancio. Intercambiaban palabras sin perder de vista el horizonte y más allá el territorio salteño, siempre con la idea de la amenaza constante.

—Me temo que mañana tendremos un calor del infierno. ¿Tenemos suficiente ración de agua? —cuestionó Boedo.

—Sí, mi coronel, la repusimos bien temprano. Si hace falta, podemos salir al alba por más —respondió Vera, el más joven de la tropa.

—Prefiero que no se desbanden, cualquier paso en falso puede ser fatal, sobre todo ahora. Esperamos la llegada de un emisario con noticias para ver cómo seguimos. Demasiado silencio crispa los nervios de cualquiera — apuntó el coronel y pasó el mate al que tenía a su lado.

Ibarra, el gobernador de Santiago del Estero, era el último bastión federal del norte, sin embargo estaba rodeado y el peligro acechaba por todos los costados. De tanto en tanto, los ruidos de campo abierto alertaban a los soldados. Hacía semanas que acampaban allí pero no se acostumbraban a la respiración de tierra adentro.

—No sólo tenemos que tener cuidado con Solá, el gobernador catamarqueño Cubas se envalentonó y puede lanzarse a la batalla de un día para otro. Por mí, ya avanzaría hacia la frontera pero hay que esperar órdenes —dijo Boedo y bufó con impaciencia. —Tampoco debemos olvidarnos de Lavalle, que está cada vez más cerca y le desconfío más que nunca.

—Le desconfían incluso los suyos, mi coronel. Parece que Chilavert anduvo gritando a los cuatro vientos que no es don Juan Lavalle ni su ejército quienes terminarán con éxito esta guerra —intervino Sánchez, uno de los laderos de Boedo.

—¿Y de dónde sacan eso? —Mariano frunció el ceño y extendió las manos hacia el fuego crepitante.

—Las noticias galopan a campo traviesa, mi coronel. Dicen que el unitario no puede mandar hombres con honor, que es un imbécil malvado con un orgullo infernal y más déspota que Rosas. Repito lo que me han dicho porque

soy federal hasta la muerte. —Sánchez se quitó el gorro mostrando reverencia al caudillo porteño y continuó. —Lo tildan de hombre fatal que ha tenido la osadía de ponerse mal con todos, un loco furioso insoportable.

—Ya va a ver, mi coronel, que perderá el ejército. Con Lavalle no hay Patria. Perdió en Sauce Grande, desertó en Corrientes, le gritan en la cara que es un pérfido, un ingrato, un antipatriota sin honor —agregó Vera con los ojos desorbitados.

Mariano Boedo escuchaba sin emitir comentarios. En silencio sumaba datos sobre su interminable lista de enemigos. Tenía una mente prodigiosa y una valentía fuera de serie que lo destacaban entre los demás soldados.

—Es que anda ocupado en otros menesteres, el general unitario. Hace caso nulo a sus camaradas, su mente está en otra parte —murmuró Sánchez por lo bajo.

—¿Y en qué otra parte puede andar alguien que dirige una guerra? Hay que ser irresponsable para semejante cosa.

—Parece que se llegó hasta La Rioja convocado por Brizuela y Pedernera. Le prometían hombres y recursos, pero él se llevó a la mujer del Gobernador, la guapa Solana Sotomayor.

—¿Pero está loco ese hombre? ¿Cómo puede confundir el deber con el placer? Es un débil peligroso —afirmó Boedo y pidió más detalles.

Sánchez siguió con el relato. En una partida de avanzada habían descubierto una diligencia y a la voz de alto había aparecido una preciosa mujer de enormes ojos negros. La llevaron hasta la tienda del General y allí confesó que era la esposa del Zarco y que venía de Catamarca donde le había cumplido una promesa a la Virgen del Valle. El flechazo había sido instantáneo. El General abandonó el cuartel y se instaló con la dama prohibida en la casona del sargento mayor don Felipe Leguizamón y Ruiz de Gauna, acompañado por sus ayudantes Félix Frías y Juan Esteban Pedernera que hacían de pantalla para cuidar las pocas apariencias que quedaban en pie. Cuentan que sus hombres le pidieron que recapacitara pero al General solo parecía interesarle el fervor que encontraba entre las sábanas y la piel de doña Solana. Alguien lo escuchó jurar que abandonaría todo por ella, que el resto podía irse a la mismísima mierda, que los ojos de la dama le decían verdades que nunca nadie le habían dicho. Frías y Pedernera no sabían qué hacer, aterrorizados por la reacción de Brizuela y sus consecuencias. Allí se quedó el guerrero, entregado a los asuntos de la carne tres días y tres noches, encerrado entre las piernas de la Sotomayor. Como agradecimiento por los

favores prestados, le entregó al dueño de casa el sable heroico que le había regalado el gobierno de Ecuador años atrás.

«¡Pero si será imbécil entregar el arma por una falda, o por la ausencia de falda! ¿Qué le pasó a este hombre?», gritó Boedo azorado. El relato siguió. Aparentemente a Brizuela le había llegado el rumor pero nada hizo salvo empujar la botella hasta vaciarla. «No crea, mi coronel, que este fue el último devaneo del unitario. Parece que el cuerpo le anda pidiendo más y más, y no en los avatares de los campos de batalla. Dicen que también se enamoró de la mujer del capitán Arispe de Urdininea, que de buenas a primeras fue considerado un espía y fusilado como consecuencia. Lavallo no está bien, Lavallo anda ardido y no se entiende qué le pasa», concluyó Sánchez con aire sentencioso.

17- La actual localidad de San Andrés, partido de San Martín.

18- Así le decían a Lavallo.

CAPÍTULO

VII

A pesar de la hora, la sala era un hervidero. Pero en lo de los Boedo no había nada que celebrar. Habían esperado durante todo el día el arribo de un hombre de confianza de José con noticias de Mariano y Rufino. Hacía meses que habían perdido toda comunicación con ellos, y en ese lapso la situación había sumado violencia e incertidumbre en el Norte del país.

Solá había invadido Santiago del Estero con quinientos hombres y el coronel Mariano Acha como Jefe de Estado Mayor, y con la anuencia de Cubas al frente de otros cuatrocientos hombres. Ibarra se había negado a combatirlos y había aplicado la estrategia de «tierra arrasada», permitiendo que Solá tomara a su antojo una ciudad desierta. Mientras tanto, en la provincia de Salta el gobernador interino Manuel Otero había asumido el cargo bajo la consigna de la unión de los salteños, de la pronta cesación de la guerra —para lo que había comprometido sus mayores esfuerzos— y de la salvación de la Patria. Pero algo se había hecho más que evidente: su pasaje abierto al bando federal. Solá decidió aunar fuerzas de varios caudillos rurales y tardó poco en expulsarlo de la provincia. En Tucumán, Lamadrid, encargado del gobierno y General en Jefe del Segundo Ejército Libertador, organizó una fuerza de seiscientos soldados para invadir Salta y Otero tuvo que abandonar la provincia.

Lavalle, por su lado, había enviado a las provincias de Cuyo sus mejores hombres en una división al mando del coronel José María Vilela. Él, mientras tanto, se había internado en La Rioja para luego trasladarse a Famatina. Tras varios enfrentamientos, el General había optado por moverse hacia Salta junto al gobernador de Tucumán, Marco Avellaneda, para ayudar a Solá a ocupar nuevamente el gobierno y derrotar a José Manuel Saravia, cuñado del santiagueño Ibarra y colaborador de Otero.

Por fin el informante llegó y José lo recibió en la sala, mientras Pepa y Juliana corrían el pesado cortinado de las ventanas que daban a la calle. Debían cuidarse de fisgones, los traidores y las conspiraciones eran moneda

corriente esos días. El hombre se sentó donde le indicaron y se peinó la melena revuelta con las manos. Estaba perturbado, era evidente que no traía buenas noticias.

—Habla, Manuel, di lo que tengas que decir —lo apuró José.

El espía aceptó el vaso de vino que le convidó Micaela, y se contuvo para no tomárselo de un solo trago.

—Traigo una buena noticia y otra mala —empezó y carraspeó.

Las mujeres de la casa lo rodearon, parecían animales acechando la presa. Damasita apretaba el delantal que cubría su falda con ambas manos, los nudillos blancos por la presión.

—Los jóvenes han caído presos, José. Aquella idea de que habían escapado rumbo a Bolivia no fue tal. Los han apresado —disparó sin más.

Las señoras ahogaron unos gritos y un halo de temor se instaló en el aire. Damasita y Micaela querían saber todo acerca de sus hermanos.

—El joven Castro está encerrado junto a varios más, seguramente pasará un tiempo en la cárcel.

Micaela abrazó a su madre y así permanecieron un buen rato. Sentían alivio, Rufino estaba vivo.

—¿Y mi hermano? —preguntó Damasita con un hilo de voz.

—Lo tienen separado junto a otros más — le respondió y se dirigió a José; los ojos inmensos de la joven le atravesaban el pecho, no podía mirarla para decir lo que sabía. —Lavalle ordenó su ejecución.

Un aullido de animal amputó el silencio de la noche. Damasita se dejó caer de rodillas sobre el piso y gritó hasta que pensó que se quedaba sin aire. Su hermano del alma, su querido Marianín sin vida, fusilado por orden de ese asesino, vil indigente, pérfido hombre del mal. ¿Cómo se atrevía a dejarla viva con un hermano muerto por su mano criminal? Pepa corrió a levantarla, a socorrer ese peso sin vida arrasado por las lágrimas de terror y pena.

—Ven aquí, mi querida, por favor, cálmate. Deja que te cuide, ven a mis brazos —la consoló Pepa.

—¡Ayúdenme, por favor! ¡Evitemos que lo mate, salvémoslo, se los ruego! —rogó Damasita como pudo, con la cara y el pelo empapados en llanto y transpiración. Sintió subir una arcada de asco al imaginar a su hermano bañado en sangre por las balas asesinas.

José le indicó al hombre que se retirara. Ya había entregado lo que habían estado esperando, y ahora la familia necesitaba recato y silencio. Durante un buen rato, sus hermanas y sobrinos permanecieron en un grave silencio. Otra

muerte en la familia, la guerra les asestaba un nuevo golpe... Pepa abrazó fuerte a su sobrina y la llevó hasta su alcoba.

—Mi niña adorada, mi chiquita eterna, te cuidaré siempre. Lloro, llora aquí conmigo, vierte esas lágrimas que aquí estoy yo para secarlas —dijo y la sentó en la punta de su cama mientras le quitaba los pelos pegados a la frente.

—No puedo, Pepa, no quiero quedarme aquí esperando la muerte de mi hermano. Mi sangre es la sangre de Mariano, morada como la de los Boedo, punzó y federal, tía querida. Mañana le reclamaré a Lavalle por su vida. Le rogaré que no lo mate, que lo deje vivir. Me humillaré todo lo que haga falta, pero que le permita vivir, porque sin él ya no hay vida tampoco para mí.

—Ay, mi niña, no me aterres. No puedes ir a ver a ese hombre que nos mete miedo. Es peligroso, ha entrado a la provincia con ínfulas arrasadoras. No quiero más amenazas, ya no podemos más —suplicó Pepa.

Pero Damasita había tomado su decisión. Albergaba alguna esperanza de que Lavalle se apenara ante su reclamo y le perdonara la vida a su hermano querido. Al alba, cuando todos durmieran, montaría alguno de los caballos de la casa y buscaría al general unitario para hacerle el pedido.

Despuntaba el día y Lavalle y Avellaneda se apersonaron en el despacho de la casa de gobierno de Salta. Antes le habían enviado un recado al gobernador para encontrarse bien temprano con el fin de delimitar las responsabilidades de cada uno. Solá cumplió y los esperó con el mapa desplegado sobre la mesa.

El General ganaba tiempo. Las filas se habían dividido: Lamadrid enfilaba hacia Cuyo con su ejército y él rumbearía hacia Tucumán a la espera de Oribe y sus hombres. Señalaba puestos en el mapa y Solá proponía alternativas mejores, conocía al dedillo los caminos de la provincia. Lavalle escuchaba y quería confiar pero acumulaba ira. Estaba cansado de ser calumniado, de ver torcidamente interpretadas sus acciones más puras. En la cara o por lo bajo, una y otra vez lo acusaban de ambición, de rehusar la cooperación de sus camaradas para acumular sólo sobre sus sienes la gloria de la empresa. Si de algo estaba seguro era que jamás pondría en manos de otro la vacilante suerte de su Patria. Era objeto de intrigas y bien lo sabía; vivía como el último soldado, comía, dormía y escribía en el suelo. Sin descanso, pensaba,

ordenaba y vigilaba personalmente desde la ocurrencia más ínfima hasta el suceso más importante. Sabía que quedaba mal con casi todos pero prefería guardarse las réplicas. Había veces en las que sentía más tirria de los suyos que de los federales. Todo era rencores antiguos y obstáculos, resentimientos personales, ambiciones de poca monta, aspiraciones locales. Bastaba que confiara en alguien para que en un santiamén se desmoronara su entrega. Y por si esto fuera poco, la imagen de Dorrego fusilado lo asaltaba más de lo que hubiera preferido. A veces reafirmaba su decisión, otras, demasiadas, dudaba. El cuerpo frío de muerte del federal lo perseguía.

Solá hablaba y hablaba, Avellaneda respondía y acotaba. Mientras los escuchaba, Lavalle asentía pero se decía: «No obraré en la guerra sino por mis propias opiniones. La experiencia de mi larga carrera y de mis infortunios me ha hecho adoptar esta resolución. Desde Corrientes hasta aquí he sido forzado, y los sucesos justifican mi previsión... ¿Se me forzaré todavía? ¿No se prevén las consecuencias de mi desesperación?... Me vendría bien el epíteto que me ha puesto Rosas: Don Quijote.»

Desde afuera, alguien levantó la voz. Algo sucedía. Los tres hombres levantaron la vista del mapa y la puerta del despacho se abrió de par en par. Del otro lado, un soldado forcejeaba con una joven rubia de ojos azules, hinchados por la falta de sueño y el llanto.

—¿Qué es este jaleo, oficial? —preguntó con voz dura el Gobernador.

—La dama pide por el general Lavalle. Quisimos sacarla por la fuerza pero insiste.

—Déjenla; pase, señorita. El General soy yo. ¿Qué precisa de mí? —y la atravesó con la mirada.

Damasita avanzó con paso lento pero firme sin quitarle los ojos de encima. El vigor que había perdido la noche anterior regresó de pronto a su cuerpo. Erguida, se le paró enfrente.

—Vengo a implorarle que le perdone la vida a mi hermano.

—¿Y se puede saber quién es su hermano? —Lavalle se cruzó de brazos y, taimado, miró a los otros caballeros.

—El coronel Mariano Boedo —retrucó Damasita con altanería.

—Váyase por donde vino, señorita. Estamos en guerra y al enemigo se lo ultima, y por si no se entera, todo federal es nuestro objetivo. Las órdenes están para ser cumplidas y estas cuestiones se dirimen entre hombres. Este no es sitio para mujeres —dijo Lavalle y, dándole la espalda, volvió a concentrarse en el mapa sobre la mesa.

Damasita sintió que perdía el aire. Estuvo a punto de caer redonda pero logró sobreponerse. Se abalanzó sobre el General y lo tomó de las solapas de su casaca de paño azul.

—Se lo ruego, general. No pueden fusilar a Mariano, no lo mate —un llanto de pena y furia la dominó, pero siguió a los gritos—: Pero si lo hace, máteme a mí también, mátenos a todos, asesine a Salta entera, ¡hijo de mala madre!

Lavalle se la arrancó de encima y le apretó las muñecas con fuerza. Damasita se desmoronó, Solá y Avellaneda amagaron a socorrerla pero el ojo enfurecido del General los detuvo en seco.

—¡Saquen a esta mujer de inmediato de aquí! —ordenó en un grito.

Los centinelas entraron como tromba, la levantaron de las axilas y la arrastraron hacia afuera. Parecía que Damasita había perdido el conocimiento. La sacaron como a un cuerpo sin vida, pero llegó a escuchar que Lavalle les decía a sus compañeros que el fusilamiento sería a la mañana siguiente sin más dilaciones.

José Boedo y sus hermanas no sabían qué hacer. Damasita había desaparecido y nadie tenía noticias de su paradero. Por la mañana y ya con la casa en movimiento, la recámara de la joven había permanecido en el más absoluto silencio. Pepa, inquieta ante esa ausencia, tocó la puerta y al no obtener respuesta confirmó lo que suponía: la niña no estaba y tampoco había dejado una nota de aviso.

La casa se alborotó como nunca. Que si la habían raptado, que si se la habían tragado las fauces unitarias. ¿Y si cometió un suicidio? Las hermanas vomitaban opciones mientras José intentaba calmarlas.

Pasado el mediodía, Damasita entró por la puerta de calle como si fuera una aparición. Se quitó la capa de terciopelo negro, inmunda de sangre y tierra. Debajo sólo llevaba la camisa de cama.

—M'hija querida, ¿qué te pasa? ¿Qué haces así desnuda? —Pepa se abalanzó sobre su sobrina y le palpó la cara para controlar si estaba herida.

—Vengo de Campo Santo, de la ejecución —respondió fría como un témpano.

—¿Pero cómo has ido hasta ahí? ¡Estás loca, niña! ¡Menos mal que estás

viva! —le gritó su tío, desesperado.

Damasita los miró uno por uno. No quería lastimarlos aún más. Ella ya no estaba viva, era una muerta en vida.

—Mi hermano merece una sepultura digna en la iglesia del Convento de San Francisco, como todos los Boedo.

—Ay, hijita querida. Esto es terrible para nuestra familia, un horror sin nombre, pero no podemos exigir nada. Te ruego encarecidamente que dejes eso, no queremos más desgracias —le imploró Pepa con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—No descansará en paz hasta que lo entierremos con todos los honores —repitió la joven. Quedaba claro que ella tampoco descansaría hasta lograr su cometido.

Pepa le pasó el brazo por los hombros y le pidió que la acompañara. Fueron juntas hasta su cuarto. Pepa le quitó la camisa de noche y buscó un vestido para ponerle. Casi sin fuerzas Damasita le indicó el negro, el luto la definía ahora y para siempre. Le llamaba la atención de sí misma que a pocas horas del asesinato de su hermano guardara semejante calma. Parecía serena, como si tuviera todo bajo control y así se sentía, pero sólo pensaba en una cosa: vengar la muerte de Mariano. Trazar un plan perfecto para ajusticiar al asesino.

—¿Cómo te sientes, niña mía? —le preguntó Pepa haciendo un esfuerzo por consolar a su sobrina a pesar de la tristeza infinita ante semejante pérdida.

—Muerta.

—No me digas eso, por favor, Damasita. Prométeme, júrame que te cuidarás —no sabía qué decirle, no encontraba las palabras justas.

—Vengaré a Marianín —susurró Damasita.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchas. Sólo así encontraré sosiego.

—No me asustes, te lo ruego.

—Más terror que el que padezco no existe en este mundo.

Pepa abrazó a su sobrina. Damasita le respondió y permanecieron un largo rato contenidas por sus brazos. La dama lloraba en silencio, la joven hacía fuerza para no dejarse invadir por el dolor y romperse para siempre.

La provincia de Salta, que había sabido mantenerse bastante al margen de los acontecimientos del país, se había pronunciado contra Rosas sin prepararse para la guerra. Dejando su división al mando de su fiel Peder nera, Lavalle se había llegado hasta la ciudad. En reuniones previas con Solá, había descubierto que no había un solo hombre que conociera sus pasos, ni su jefe, ni su capitán; no había jefe alguno que tuviera claro cuáles eran sus soldados. La situación era de caos y desorden. Había tropezado con la situación exasperante de que el gobierno no tenía vigor ni para castigar con una simple reconven ción delitos políticos por los cuales Rosas exterminaba a familias enteras. En tal estado, una provincia tan fuerte como la de Salta no podía sostenerse. Su función, había decidido, sería la de aconsejar al gobierno y ayudarlo a despertar el espíritu marcial de su gente, además de organizar las milicias de campaña para que la provincia pudiera bastarse a sí misma.

Los encuentros de los tres hombres se alargaban más de lo previsto. Había que poner a tiro al gobernador Solá y a su pueblo, aprovechar el cambio de colores y de ansias, y sobre todo disponer del armamento para llevar a cabo las acciones. Se preparaban para salir del despacho, cuando un guardia le entregó una nota a Lavalle: le advertían que un poderoso ejército enemigo de las tres armas había ocupado río Hondo, en la frontera entre Tucumán y Santiago.

—¿Qué sucede, general? —preguntó el Gobernador, inquieto ante el silencio de Lavalle.

—Me anotician de que Oribe sigue mis pasos, se ha convertido en mi sombra. Ha llegado a Santiago del Estero y allí se le unieron las fuerzas de Ibarra, Maza y Lagos.

—¿Entonces qué hacemos, general? —con sus briosos veintisiete años, Avellaneda se incorporó de un salto. Estaba dispuesto a todo.

—Falta muy poco para que caiga la noche. Coma algo, duerma unas horas y mañana cuando despunte el alba, regrese a Tucumán con su columna. Al mediodía partiré yo con la mía detrás de usted —Lavalle se despidió con una inclinación de cabeza, instó a Avellaneda a que hiciera lo mismo y salió del despacho.

La calle empezaba a silenciar sus ruidos. La llegada del atardecer conminaba a los vecinos a refugiarse en sus casas. Una ráfaga de viento hizo que el General cruzara la capa sobre su cuello. La salud no lo acompañaba tanto como él hubiera querido. A veces sentía escalofríos y se sentía afiebrado, sobre todo cuando llegaba la noche. De todas maneras, no le hacía

demasiado caso a la enfermedad. No tenía tiempo, no había lugar para cuidados y remilgos. Se secó el sudor de la frente y continuó la marcha. Caminó unas cuadras y al llegar a la esquina se topó con una figura envuelta en un capote negro.

Damasita había esperado agazapada a que Lavallo saliera de la casa de gobierno. Bien guarecida por la luz crepuscular, con la protección de una capa oscura y una meticulosidad estudiada, la muchacha se las había ingeniado para toparse con el hombre y causarle sorpresa. Cuando lo tuvo frente a frente, se quitó la capucha y mostró su cara.

—Señorita, de nuevo usted —la increpó el General sin dejar de sentirse apabullado por su belleza. —¿Qué está haciendo a estas horas, sola por la calle? No está bien que una dama se exponga así.

Damasita desabotonó el cuello de la capa y dejó ver el escote del vestido de terciopelo negro contra la piel de mármol de su pecho, sólo decorado por una gargantilla de la que colgaba una única perla.

—Lo buscaba a usted, general —dijo con firmeza.

—¿Y ahora qué quiere? —Lavallo endureció la postura.

—Deseo sumarme a su tropa.

El General lanzó una carcajada que retumbó en el silencio de la tarde. Tras la risa, un acceso de tos interrumpió la conversación. Solícita, Damasita le ofreció un pañuelo de lino con sus iniciales bordadas.

—Gracias, señorita. Pero las mujeres no pelean en campaña. Deje eso para nosotros. —Mientras hablaba, Lavallo se llevó el pañuelo a la boca y sintió el perfume de la joven en la suavidad del lino. La tos volvió a arrebatarlo.

—Usted no está bien de salud, general, necesita alguien que lo cuide, que lo asista —dijo Damasita sin vueltas, mirándolo fijo.

—¿Se está postulando, acaso? Pero mírese, me va a desconcentrar a la tropa —respondió mientras la miraba de arriba abajo.

—No se equivoque, general. Mi tarea será una sola. Soy responsable y cumplidora —respondió Damasita tajante. El corazón le galopaba por dentro. Esta era su única oportunidad, si la echaba a perder, el plan se derrumbaría para siempre. Espiaba al hombre que tenía a pocos pasos, buscaba hincarle el ojo, descubrir qué sentía, qué le pasaba, si entendía sus verdaderas intenciones, si era tan fácil de leer como intentaba no serlo. Lavallo la miraba en silencio.

—No me apure, señorita. No puedo pensar en mi salud en este momento y mucho menos en traer con nosotros a una mujer —Lavallo no pudo evitar

recordar los acontecimientos de pocos meses atrás, cuando sus asuntos con las damas lo habían tomado por completo. —Sólo voy a decirle que mañana al mediodía parto con mis hombres rumbo a Tucumán.

No la confirmaba entre sus huestes pero le entregaba un dato de oro. Se volvió a cruzar la capa, amagó devolverle el pañuelo pero ella lo rechazó con la mano. Entonces hizo una pequeña reverencia y emprendió la retirada. Dio unos pasos y giró de nuevo hacia la joven, que se había quedado como estaqueada a la vereda.

—Señorita Boedo, ¿cómo es su gracia? —le preguntó echando fuego de sus ojos.

—Damasita, general. Me llamo Damasita.

La joven supo que lo tenía de su lado.

TERCERA PARTE
Locura de amor

CAPÍTULO

I

A las 12 del mediodía, Lavalle al mando de cien hombres emprendió la marcha hacia Tucumán. Iba reconcentrado en sus cosas, las preocupaciones ganaban su mente. Se preguntaba si los ochenta infantes que avanzaban detrás de su escolta serían suficientes, si los cuarenta fusiles serían útiles a la hora de empuñarlos y en qué situación encontraría a Avellaneda, que había salido varias horas antes que él.

Les esperaba un viaje de tres días hasta llegar a destino. Lavalle había ordenado no detenerse más de lo mínimo indispensable y sería una travesía de marchas forzadas, con el General a la vanguardia, y la escolta y la infantería acompañando.

Al final de la columna marchaba Damasita, que intentaba por todos los medios pasar desapercibida. La noche anterior había organizado su fuga. Partió cuando la familia dormía plácidamente, sin dar aviso a nadie. Entró al despacho de su tío con sumo sigilo, tomó su trabuco naranjero y se lo ajustó con una liga en el muslo derecho. Prevenida por los dichos del General pero sobre todo por su mente incendiada, optó por abandonar los ropajes de mujer. Dejó el ropero intacto y se proveyó de un chiripá, una camisa y una chaqueta de su primo. Las botas y un poncho sin la estridencia punzó ya los tenía. Escondió sus rulos debajo de un sombrero de ala ancha y así llegó al punto de partida de las tropas.

La columna avanzaba lenta, con Damasita en los últimos puestos, observada de tanto en tanto por algún curioso. Sin embargo, nadie le preguntó nada. Imaginaron que tal vez sería la hermana de alguno, o la encargada de los cocidos, o quién sabe qué pero mejor no pensar porque total adelante espera el país de la amenaza y todo lo demás no tiene importancia.

Cayó el sol y un grito detuvo la marcha. Damasita asomó la cabeza y vio que ayudaban al General a desmontar su caballo. Sin pensarlo, apretó las verijas del suyo y se adelantó hasta donde estaba el grupo de cabecera. Con cuidado, tres soldados de la escolta de Lavalle lo sentaron a la vera del camino.

—Buenas noches, mi General. Aquí estoy, tal como le dije —dijo Damasita y de un salto desmontó su caballo.

Lavalle levantó la mirada y reconoció a la muchacha. Sonrió y negó con la cabeza. «Si había sido porfiada la mocita», pensó. Damasita se hincó a su lado y le tocó la frente. El General estaba hirviendo.

—Hace unos minutos pasamos una posta. Acompañen al General, que pasará ahí la noche —ordenó como si fuera la capitana de la tropa.

Todos miraban en silencio sin dar crédito a lo que sucedía. Lavalle aprobó con un gesto y se dejó llevar. Llegaron a la posta, aplaudieron para anunciarse y de adentro salió un hombre al que rápidamente le contaron lo que pasaba. Les abrió la puerta para que entraran pero Damasita los paró en seco.

—Aquí entra el General nomás. El resto espera afuera.

Entró Lavalle y ella por detrás. Fueron conducidos a una modesta habitación. Damasita le quitó la casaca, lo ayudó a acostarse y lo cubrió con unas mantas llenas de polvo.

—General, usted tiene temperatura. Voy a hervir un poco de agua y le preparo una tisana —metió mano en su alforja y reparó que el enfermo la escudriñaba. —¿Qué me mira así?

—Aunque te vistas de hombre, bien mujer eres —la tuteó.

Damasita se ruborizó. No quería esos avances, su propósito era otro, no buscaba ningún tipo de acercamiento aunque sabía bien lo que se decía acerca del trato de aquel varón con las damas. Debía cuidar su lugar pero aprovecharse de él para llevar a cabo el plan, imponer la distancia del respeto pero lograr que vacilara para dar el golpe maestro. Su corazón estaba tan frío como la helada del amanecer, su mente despierta como depredador al acecho. Salió y a poco regresó con la tisana.

—General, beba esto que lo hará transpirar. No se quite la ropa ni se destape, duerma un poco y verá que mañana estará como nuevo. Yo permaneceré afuera, custodiando la puerta —le informó.

—La custodia va armada —dijo Lavalle y se incorporó. A Damasita le dio un vuelco el corazón. Se acarició la pierna con disimulo, para controlar que todo estuviera bajo control. Tomó aire, buscó la calma. —Llévate mi tercerola, aquí no la preciso.

Damasita buscó el arma de Lavalle, se la cruzó sobre el pecho y salió. Allí se parapetó, toda la noche en estado de alerta cuidando del enfermo, custodiando la vida del hombre que había provocado un frenesí de venganza

que nunca había sentido, velando a la muerte que le otorgaría, al fin, algo de paz.

Llegaron a la ciudad de Tucumán creyendo que allí encontrarían, por lo menos, la columna de Marco Avellaneda reunida, pero la realidad era bien diferente. La soldadesca se había disuelto por el terror y la seducción que el enemigo, ayudado por el Gobernador delegado Ferreira y algunos otros traidores, había derramado a diestra y siniestra. El ejército contrario se hallaba a cuatro leguas de la ciudad y los escuadrones de Lavalle, que Ferreira había tenido gran cuidado de tener desmontados, habían salido a pie en diferentes direcciones a la busca de caballos. La situación iba de mal en peor. Sin embargo, en vez de emprender la retirada, Lavalle elaboró una táctica intrépida. Después de la medianoche salió de la ciudad con unos pocos hombres, se reunió en el camino con algunos escuadrones montados y otros de a pie, y pasó por el flanco izquierdo del ejército enemigo, posicionándose en la retaguardia. Ante este movimiento desconcertante, Oribe, temeroso de que su adversario atacase a su infantería, retrocedió de inmediato en busca de algunos aliados.

Lavalle volvió por el mismo camino sobre la capital. La retirada del enemigo le dio un respiro; tendría algunos días para rearmarse, reunir montas y milicias, y reflexionar junto a sus hombres de confianza. Sin embargo, aquello duró poco.

La mayor parte del tiempo lo pasaba con su centinela. Sólo aceptaba comer si ella lo alimentaba. Le gustaba escucharla, responder a sus preguntas, compartir los silencios y, sobre todo, mirarla. No había visto nunca una belleza como la de Damasita. Se olvidó por completo de que tenía esposa e hijos, y de las amantes que antaño habían calmado su voracidad. Como nunca le había sucedido antes, la salteña le daba paz y alegría. Y ni siquiera le molestaba que fuera un tanto chúcara, incluso le causaba gracia, lo obligaba a desafiarse a sí mismo. Alguna que otra vez la había pescado mirándolo con unos ojos inquietantes. Aquella mirada azulina era capaz de perturbar a cualquiera que se le atreviera. Damasita le devolvía el brío que creía desvanecido. Si la perdía de vista no encontraba el ímpetu que le había dado la fama de guerrero supremo de la Patria. La rubia se había convertido, sin

enterarse, en su fuerza vital.

Tras lograr que se le sumaran trescientos milicianos, el General volvió a maniobrar de flanco y quedó instalado a doce leguas a la retaguardia del ejército enemigo, en el pueblo de Monteros. Oribe y sus hombres habían acampado en la margen izquierda del río Faimallá. Lavalle había resuelto entrar en combate. Si se retiraba hacia el norte, la provincia quedaba perdida; marchar hacia Cuyo para reunirse con Lamadrid era descabellado por la distancia y la pobre movilidad, además de dejar a Salta y Jujuy a merced de las huestes federales. Era preciso enfrentar al enemigo.

Pedernera, desatado y desafiante, se adelantó con dos hombres y conminó a los gritos al coronel Lagos a batirse a duelo. Sorprendido, Lagos no atinó a reaccionar y Pedernera avanzó con su sable corvo desenvainado. En ese instante, Oribe respondió con la orden de carga y desencadenó la lucha. El general Lavalle sintió que volvía el tiempo atrás, que regresaba su valor del pasado, su arrebató letal, y él mismo condujo a los escuadrones de Salas, Oroño y Ocampo. Desconocía cualquier miedo, prevención o cuidado. Con la vincha celeste ajustada en su cabeza, fue para adelante como tromba, aplastó sin piedad a quien le hiciera frente y con la lanza ensangrentada en su mano derecha se vio en el centro del campo de batalla. Recibió alguna estocada, la sangre tiñó su ropa y también la melena clara. Cuando la cosa empezaba a complicarse, el diestro baquiano José Alico, montado sobre su caballo, le tocó el hombro y lo sacó de allí. Lo introdujo por un boquete en la espesura del Monte Grande y lo llevó por caminos inhóspitos al potrero de Las Tipas, a dieciséis leguas del campo de acción. Allí lo esperaba Pedernera con seiscientos hombres, con los que siguió por el camino real de Yatasto. Debían llegar a Los Cerrillos para acampar en la estancia de los Cánepa. Todo estaba perdido en Tucumán. Ya sólo quedaba la retirada.

Junto a una escolta de pocos hombres, Damasita marchó hacia Los Cerrillos. Durante el viaje había sentido que el corazón le latía a destiempo. No saber nada de Lavalle la sobresaltaba. Suponía que no le había sucedido lo peor, ya que si no todos sus planes se habrían desbaratado. La venganza debía ser suya. Sin embargo, no tenerlo a pocos pasos de distancia le resultaba cada vez más insoportable.

No se había atrevido a hacer preguntas. Cabalgaba en silencio entre los soldados, especulando con todo tipo de escenarios: el General semimuerto, el General desahuciado, el General pidiendo por ella. Luego sacudía la cabeza para quitarse esas ideas de encima. ¿Y a mí qué podría importarme que este individuo se desangrara de muerte? ¿Cuál sería el problema si Lavalle se ahogara en su propio vómito viscoso? ¿No era eso lo que yo venía a buscar? Las preguntas perforaban su mente y luchaba a brazo partido por encaminar sus ideas hacia alguna racionalidad.

Al fin doblaron por un camino estrecho y siguieron la huella fresca de un sinfín de cascos. Al fondo los aguardaba un caserón.

—Llegamos, señorita. Aquí la espera el General —le dijo el coronel Alexandre Danel, fiel ayudante francés de Lavalle.

Damasita desmontó con desconfianza, un silencio agorero le daba la bienvenida. La casa estaba vacía y las milicias desperdigadas por afuera. Danel la miró de reojo y la apuró a entrar. Llegaron a una de las habitaciones principales y allí, sobre el lecho, descansaba Lavalle.

—Aquí estás, al fin —murmuró el General.

Ella dio unos pasos y se acercó hasta donde estaba recostado. No tenía buena cara, se esforzaba por sonreír pero no resultaba convincente. Su ropa estaba inmundada de sangre, y tenía los pelos pegoteados contra la frente.

—¿Cómo está, General? —preguntó Damasita en un hilo de voz.

—Podría estar mejor pero ahora que te veo ya estoy bien. Sólo confío en tus cuidados —dijo Lavalle y percibió la incomodidad del coronel. —Danel, cambie el gesto que lo necesito. Le ruego que vaya y regrese con alguna cura para mi mal.

El coronel asintió y salió como saeta. Lavalle llamó a la joven con un cabeceo para que se le acercara más. Damasita lo tocó, ardía de fiebre. Sin pedirle permiso, arrimó una vasija con agua, embebió un paño y con un cuidado especial fue lavándole la cara. Despacio, le despegó la sangre del pelo y lo peinó hacia atrás. Lavalle la dejaba hacer con los ojos cerrados, era un gato ronroneando a la mínima caricia. Damasita enjuagó el paño y, húmedo, lo arrastró por su cuello. El General la miró fijo, con una mirada que podía meter miedo a miles, pero no a ella.

—Esta ropa está inmundada, General.

—Quítala, que yo no puedo.

Damasita lo tomó de los hombros y lo incorporó. Con una mano le arrancó la camisa ensangrentada, mientras con la otra lo sujetaba contra su pecho.

Con suavidad lo tendió sobre la cama, le quitó las botas, le desabotonó el pantalón y también se lo sacó. Miró su cuerpo casi desnudo, sólo cubierto por un calzón, levantó la vista y se topó con los ojos de Lavallo, enceguecidos de pasión. Empapó el trapo y se lo apoyó sobre el pecho. Un escalofrío la detuvo pero Lavallo la tomó de la muñeca y la obligó a seguir. Damasita lavó el cuerpo bajo la atenta mirada del hombre, que seguía cada movimiento de sus manos como si fueran los últimos. Cuando hubo terminado, buscó unas cobijas y lo tapó.

—Las mantas no me abrigan, el frío que siento es demasiado. Necesito otro calor —disparó Lavallo, jugándose por completo.

Damasita no discutió. Se arrancó las botas y se tendió a su lado olvidándose de todo, sin pensar en nada.

—La ropa no cobija, sólo el cuerpo da calor. —Sin pedir permiso, Lavallo le quitó la camisa y el poncho. Deslizó las manos hacia el chiripá, lo bajó y entonces se topó con el trabuco naranjero sujeto en el muslo. —¿Y esto?

Damasita se había olvidado de todo, del arma escondida, de la verdadera intención que la había llevado hasta allí, del cuerpo helado de su hermano. Ahogó un jadeo de terror y respondió como pudo.

—Vine a la guerra, mi General. Una nunca sabe, tal vez debiera defenderme. Pero ya mismo me la quito —y llevó la mano hacia la liga.

Lavallo la retuvo, le dijo que se la dejara donde estaba, que así estaba bien. Le gustaba la mujer armada, él cuidaría de que no se disparara. Le pidió que lo dejara hacer, que le iba a gustar, que el peligro incita a las almas superiores. Le hablaba al oído en susurros. Damasita hizo silencio y permitió todo. Ese hombre bien sabría eso que ella desconocía por completo. La virilidad del General, expuesta a pesar de estar enfermo, contra viento y marea, la sacudió. La enfermedad era mutua y se derramaba por los poros, empapaba los cuerpos desnudos del soldado sin su espada y la moza sin su venganza.

Así transcurrió la noche, entre abrazos y besos desesperados. Cuando empezó a despuntar el alba, Lavallo se durmió con la placidez de un niño. Damasita esperó que la respiración del General le confirmara el sueño profundo, se deslizó de la cama como una gacela, se vistió y salió de la casa. A unos pasos de allí, rodeando el fogón y tomando los primeros mates del día, estaban los comandantes Ocampo y Hornos y los fieles Pedernera y Frías, que la miraron fijo en cuanto apareció. Se les acercó y buscó con los ojos que le permitieran sentarse. Nadie dijo una palabra mientras ella se

acomodaba junto al fuego.

—El General no está bien —provocó Félix Frías, su secretario, y se dirigió directamente a la joven vestida de varón.

—Ya se siente mejor, Frías. Monté guardia toda la noche —respondió Damasita, con los rulos sueltos sobre su espalda.

—Usted qué sabe, señorita. Si yo le digo que Lavallo no está bien, corresponde que aprenda y calle —refutó Frías con brusquedad y aceptó el mate que le ofreció Ocampo.

—Discúlpelo, señorita. Félix está preocupado, como lo estamos todos. Desde la retirada de Buenos Aires que el general padece una constante melancolía. Lavallo está triste y ya no sabemos qué hacer —señaló Pedernera.

Le ofrecieron un mate y la joven aceptó. Prefirió hacer silencio y escuchar lo que decían: que al natural taciturno del General se le sumaban unos ojos más perdidos que lo habitual; que todo lo que había creído lograr en esta renovada campaña lo había decepcionado; que ya no era el que había sido; que estaba caído, reconcentrado, extraviado, desalentado, fuera de sí. Ninguno reparó demasiado en su presencia, mientras ella recopilaba información. De a ratos, recordaba escenas de lo vivido poco antes. El cuerpo de Lavallo no le daba asco, al contrario: ese cuerpo le había enseñado a sentir algo que jamás había experimentado antes, un hambre de hombre, la voracidad por ese soldado que además de galones tenía en su haber el cadáver de su hermano. Pero eso podría esperar, ya llegaría... Tal vez le convendría volver a pensar, tranquilizar la furia. Y mientras el recuerdo de las manos de Lavallo sobre su carne ablandaba su gesto, la cara traslúcida de su hermano sin vida encendía su sangre y la llenaba de ira. Pasión del cuerpo y goce de muerte: así quedó Damasita, sin aire y con una congoja que le apretaba el pecho como una prensa.

CAPÍTULO

II

Pasaron unos días y cuando el General se sintió con fuerza suficiente emprendieron la marcha otra vez. Todo iba sin sobresaltos hasta que iniciaron el cruce del río Pasaje y unas montoneras santiagueñas los tomaron por asalto. El desbande no llegó a mayores ya que cincuenta tiradores del escuadrón Victoria lograron dispersarlas. Sin sufrir bajas, montaron sus caballos nuevamente y continuaron en camino. Sin embargo, pronto la salud de Lavalle volvió a deteriorarse. Danel le aconsejó que no se detuvieran hasta llegar a la ciudad de Salta, que allí podrían consultar sobre su estado al doctor Sebastián Mendieta, su cuñado.

Continuaron la marcha y, apenas llegados a Salta, fueron en busca del médico. Este, al ver el estado de Lavalle, de inmediato puso a su disposición una habitación de su casa, le recomendó guardar reposo y lo sometió a un riguroso tratamiento. Lavalle aceptó bajo una sola condición: que hubiera un catre al lado de su cama para su indispensable Dámasa Boedo.

Lejos de entregarse al descanso, el General dedicaba los días a elaborar un nuevo plan. Las noches, en cambio, eran enteras para su mocita. Las habitaciones estaban preparadas para que pudiera recibir a sus hombres y discutir la próxima estrategia. Tenía claro que, tras la infame derrota de Faimallá y la pérdida de Tucumán, Salta y Jujuy seguirían en la escalada de pérdidas. Pero el optimismo le ganaba a la frustración. Proponía, imponía, daba órdenes. Exigió que recogieran caballadas e intentó convencer a todo el mundo de que esta vez sí aventajarían al enemigo en el nuevo avance. Los comandantes Ocampo y Hornos, sus viejos compañeros, rechazaron la propuesta.

—¡Vamos, amigos, no pueden dejarme ahora! —intentó convencerlos Lavalle.

—No, General, nos vamos a Corrientes, aquí ya no hay nada más que hacer.

—Es necesario producir un foco de lucha en el norte para impedir la concentración de los ejércitos federales —insistió Lavalle.

Los comandantes no creían en la sinceridad de Lavalle. Les pareció que actuaba por puro amor propio, porque no podía ir a Corrientes, enemistado como estaba con el gobernador Ferré. La resistencia, para ellos, era imposible a esas alturas.

—Hagan ustedes lo que quieran. Yo no puedo impedirles su resolución. Mi poder está en manos de ustedes. Pero les hablo el lenguaje de la amistad. Si se me hace cargo de haber perdido estas provincias, yo señalaré a los traidores que me han abandonado —concluyó Lavalle.

A pesar de todo, las reuniones continuaban. El intercambio entre Lavalle y sus hombres seguía como si se encaminaran a un éxito seguro. Damasita no participaba. Durante el día se encargaba de otros quehaceres. Se ocupaba del acopio de medicamentos para la próxima campaña, de zurcir la ropa que se había deteriorado, de cocinarle sus platos favoritos al General. Una tarde, notando que faltaban algunos víveres, montó su caballo y, escoltada por un joven oficial, se dirigió hacia uno de los puestos de venta más cercanos. Desmontaron y cuando se acercaron a la china y su enorme canasta con lo que le quedaba de frutas y verduras, se topó con dos figuras que hubiera ansiado no ver.

—¡No lo puedo creer! ¡Estás viva! ¡No te reconozco! —exclamó Pepa mientras apretaba el brazo a su hermana Juliana para no desplomarse.

Damasita se puso pálida como la luna. La presencia inesperada de sus tías derrumbó la fortaleza que había construido en ese tiempo. Le pidió al soldado que la acompañaba que se ocupara de la compra y enfrentó a sus tías.

—Les pido perdón y les ruego que me entiendan, tías queridas —les dijo llevándoselas aparte ante el estupor de sus miradas. —No pude avisarles nada porque me retendrían y ya había tomado mi decisión.

—¿Qué es todo esto? ¡Y vestida como hombre! ¿Adónde te has fugado, muchacha insolente, mal avenida? No nos mereces —vomitó Pepa mientras intentaba contener las lágrimas que Juliana no podía.

—No me digas eso, tía querida —Damasita las tomó por los hombros y las atrajo hacia sí; en un susurro continuó con las explicaciones. —Voy a vengar a nuestro amado Mariano, les aseguro que pronto me entenderán.

—¿Pero qué estás diciendo? ¡Te has vuelto loca! ¿No te alcanza con el sino funesto que nos han traído estas gentes? Vuelve a casa, deja todo de lado y vuelve.

—Falta poco, les juro que ya nomás —continuó la joven con la cara deformada por la angustia.

—¿Pero dónde estás? ¿Con quién? Ven con nosotras, mi niña —le suplicó Juliana.

—No puedo decirles más pero ya verán que todo se arreglará —insistió Damasita.

El soldado, montado en su caballo, la miró con extrañeza. Damasita se despidió de sus tías con un abrazo, apuró el paso hacia su animal, metió el pie en el estribo y de un salto montó. Taconeó las verijas y sin mediar palabra emprendieron el regreso. El joven la miraba de reojo, ella hacía caso omiso y escondía el vendaval de sensaciones que la embargaban. Despreciaba al asesino de su hermano pero también lo amaba. Lavalle era su felicidad y su desgracia. Sabía que sólo su muerte le daría serenidad, pero al mismo tiempo se quedaba sin aire al pensar en su amor, en la pasión que había desatado bien adentro suyo, en la necesidad urgente de verlo que la acompañaba siempre. Sólo su mirada la mantenía viva, sus ojos le regalaban una vida por delante. Sin él nada tenía sentido. Debía matar a Lavalle.

Lavalle había reunido a sus hombres de confianza. Estaba locuaz como pocas veces. Había llegado la hora y había tomado la decisión de seguir adelante. Sin aguardar respuestas o interrupciones les participó sus proyectos y sus esperanzas. Les aseguró que perdería todos los temores si conseguía atraer hasta allí a Oribe y lo obligaba a consumirse en el empeño de conquistar estas provincias. Si es que no hacía una retirada desastrosa, en cuyo caso se restablecería la revolución en el país y entonces marcharía hacia Córdoba para obrar en combinación con los generales Lamadrid y Paz... Nadie lo contradecía. Pestañeaban de tanto en tanto, no fuera que el General pensara mal y los reconociera desleales o en franca traición.

Sin embargo, Lavalle desconocía algunos hechos contundentes. Nada sabía de la completa derrota de Lamadrid en Rodeo del Medio, pocos días antes. Él seguía adelante con su discurso: que el rompimiento del gobierno de Santa Fe contra Rosas, suceso indudable, facilitaría aquella operación; que confiaba en el buen éxito de la resistencia que se preparaba en estos países contra el ejército de Oribe; que creía poder contar con la lealtad de las masas porque la disposición de sus gobiernos es la más digna y la más enérgica. Y continuaba:

—La presencia del peligro, lo sé muy bien, ha despertado a los egoístas poniendo a mi disposición todos los elementos de ambos países. Tranquilos señores, que el triunfo del enemigo en Tucumán es de muy poca importancia. Nunca ha estado más vigorosa que hoy la causa de la Revolución Argentina.

Las cabezas asentían, las bocas permanecían cerradas y Lavalle seguía sin esperar el aluvión de preguntas de sus interlocutores. Les suplicaba que no le dieran a Faimallá la importancia que él mismo no le daba aun estando en el teatro de las más vivas sensaciones. Les aseguraba que estaba inflamando el patriotismo de los salteños y tenía esperanzas de recibir al enemigo si avanzaba a la provincia con una guerra popular llamada, comúnmente, de recursos.

Al día siguiente llegó al cuartel el cacique aliado Colompoto. Traía noticias, dijo, aunque no especificó que eran falsas. Con cara de piedra afirmó que el general Paz, quien acababa de atravesar el Chaco, bien podría engrosar su ejército de reserva en caso de no poder sostenerse en Salta y Jujuy. Lavalle volvió a juntar a sus soldados y declaró que no había llegado ese momento porque los gobiernos de esas provincias estaban dispuestos a enfrentarse al poder rosista.

—No huyamos, mis amigos, sino cuando veamos frente a nosotros un enemigo que no podamos resistir. Y si la muerte nos persigue, enfrentémosla con gloria y salvemos a lo menos el honor —sentenció.

Al anochecer del 6 de octubre, algunos escuadrones comenzaron a ensillar para ponerse en marcha. Sin embargo, las dos terceras partes de su ejército decidieron abandonar la causa. El poderoso Ejército Libertador había quedado reducido a doscientos hombres. Esto era un puntazo certero al corazón de la ilusión unitaria.

Iluminado por una tenue vela, solo en su cuarto, Lavalle le escribía una carta a Dolores. La anoticiaba sobre su situación; le contaba sobre lo que le faltaba, tropas, armas, dinero, pero la tranquilizaba diciéndole que tenía confianza en su poder de distracción del enemigo. En esas estaba cuando, de repente, entró Damasita.

—¿A quién le escribe, General? —preguntó y se le acercó.

Lavalle amagó a tapar la carta con su cuerpo pero el gesto llegó demasiado tarde. En un segundo, la muchacha avistó lo que buscaba: el encabezado que denunciaba lo que no hubiera querido leer. Los colores tiñeron sus mejillas y se le nubló la vista. Conocía de memoria el compromiso del hombre con la mujer mendocina pero no se había hablado del asunto. Había creído que nada

le interesaría menos que aquella esposa a la distancia, pero se dio cuenta de que no era así y un incendio la quemó por dentro. Lavalle lo advirtió.

—Vamos, mujer, nunca se escondió mi condición de hombre casado. Ella no está y la que me acompaña ahora, quien me cuida, protege y quiere eres tú, Damasita. Sólo tengo ojos para mi salteña más bonita —probó el General mientras la atraía hacía sí.

—Claro que siempre supe de su Dolores, General. Pero me han dicho que ha tenido su catamarqueña más bonita, su riojana más bonita y no sé cuántas más. Usted habrá de irse y abandonará a esta salteña, lo sé —lo increpó la moza, desafiante.

—¿Y quién te ha dicho que te abandonaré? —le preguntó, y mientras le acarició las piernas cubiertas por el chiripá. —Tú te vienes conmigo, Damasita; conmigo hasta la muerte.

Ella sonrió y lo dejó acariciarla. Pronto se olvidó de todo, de los celos, de las otras, del ejército, de las dudas perennes, del terror a lo desconocido, del miedo a ella misma.

CAPÍTULO

III

El 6 de octubre de 1841, Lavalle abandonaba Salta junto a un grupo de leales para intentar una resistencia de dudoso resultado en las quebradas de Jujuy. Al lado del porfiado general cabalgaba Damasita con la frente en alto, como un soldado más, aunque debajo escondía una batalla constante entre el amor y la furia que la hacía temblar en soledad. Los días antes de partir, había luchado denodadamente contra sus pensamientos sin ningún éxito. Las sensaciones se le amontonaban como ropa sucia. De la veneración más absoluta pasaba a perderse en su propio deseo, o en el ansia irrefrenable de arrancarle los ojos con sus manos, provocada por unos celos que la consumían más allá de lo imaginable. Se desconocía pero poco le importaba. Suponía que en algún momento lograría domesticar sus instintos o que estos se desintegrarían por sí solos.

No era fácil el viaje para nadie, ni siquiera para los soldados que habían elegido acompañar a su jefe. Se les transmitía un plan perfecto pero algo les decía que el suelo que pisaban se movía. Intentaban mostrar hidalguía y bravura pero la panza se les estrujaba ante lo incierto de su futuro.

Tampoco la pasaba bien Juan Galo de Lavalle. No sólo el cuerpo le advertía su deterioro. Su estado de ánimo era cambiante, pasaba de la euforia más absoluta a un decaimiento estremecedor. Algunos hechos del pasado insistían en habitar sus sueños, que muchas veces se transformaban en pesadillas. Acciones y dichos que lo rondaban, el fusilamiento de Dorrego, la retirada de Buenos Aires, ese estigma que lo perseguía y no le daba tregua. También las reacciones de los amigos devenidos en doctores que le inyectaban perfidia, como Florencio Varela, que le había escrito: «no había una persona, una sola, incluso sus hermanos de usted y aun su santísima señora que no haya condenado ese funestísimo movimiento. No comprendo, General, cómo se justificará usted ahora ni nunca. Ese ha sido, General, el defecto capital de usted: no pedir consejo ni oírlo de nadie, decidir por sí solo. Y por desgracia no decide usted lo mejor». Tanto los había admirado y así le retrucaban. Estaba solo y así se sentía, una soledad que lo hundía al

fondo de sus entrañas. Pero giraba la cabeza, miraba a ese ángel de pelos rubios a su lado y una pizca de confianza le volvía al cuerpo. Sólo el amor y el combate devolvían el brillo perdido a esa mirada azul. La quebrada no era buena consejera, ¿o sí? Algo olía mal en tierra jujeña.

En la mañana del 8, ya cerca de la ciudad, Lavalle se enteró de que los comandantes jujeños, que había creído aliados, estaban en comunicación con Oribe, quien les reclamaba que para demostrar su fe federal debían poner todo su empeño en aprehender al General y a su comitiva. Sus hombres de confianza aguardaban órdenes, dando por hecho que la misión se abortaría. Nada más alejado. Lavalle no quería dejar la guerra mientras Lamadrid luchaba en Mendoza y Paz lo hacía en Corrientes.

—Debemos ser los últimos en abandonar la tierra argentina —respondió a las insinuaciones de su secretario de emprender la retirada.

—El triángulo por Jujuy es muy peligroso, General —insistió Frías.

—No seas pájaro de mal agüero, Félix. Y tráeme a mi edecán, a ver si con él me entiendo mejor —replicó ofuscado.

Frías fue en busca de Pedro Lacasa y lo llevó hasta la tienda de Lavalle que, por supuesto, ya no estaba solo.

—A ver, Lacasa, marcha hacia la ciudad y vuelve con el parte sobre el estado en el que se encuentra —le ordenó.

El edecán cumplió su misión a máxima velocidad. Cuando regresó al cabo de tres días, traía noticias poco alentadoras: el gobernador Alvarado, el doctor Elías Bedoya, delegado del Ejército, todos los unitarios y la mayor parte de los militares y empleados civiles, habían huido el día anterior por el camino de Bolivia.

—El gobernador le había escrito una carta, General, advirtiéndole los peligros, pero fue interceptada por Arenas. Pero pude enterarme de lo esencial de su contenido. Allí le decía que la ciudad ya no es segura, que el jefe militar más importante obedece a los federales y Antonino Aberastain, a cargo del gobierno, ya no inspira confianza. Le aconseja no entrar y apurarse en tomar el camino que sale de la Cañada para Humahuaca porque supone que la vía real está ocupada por las partidas enemigas —apuntó Lacasa y le extendió un pliego. —Esto lo dejó Bedoya ayer, parece que no lo pudo esperar pues temía que le faltara un caballo para salvar el pescuezo.

—Pero este es el pensamiento de Frías —comentó Lavalle. —Bueno, gracias por tus oficios —dijo, a modo de despedida de su edecán. Risueño, giró hacia su secretario. —A ver, Félix, no mires tanto hacia abajo que vas a

perder el camino.

—Usted sabe qué pienso, General. Y veo que no soy el único —le respondió.

—Cambia esa cara, hombre, que aquí necesitamos entusiastas. Los que dudan, pierden la carrera, ¿no es cierto? —Lavalle largó una carcajada estentórea.

Y continuó con una seguidilla de ocurrencias para luego reír como un niño que busca complicidad. Una broma detrás de otra, como si hubiera bebido aunque no era el caso. Estaba hilarante, fuera de sí, como envuelto en un pasmo exultante.

—Por el momento no seguiremos la marcha, mi estimado Frías. Acamparemos sobre la misma ciudad, en los Tapiales de Castañeda —concluyó, y sus ojos relumbraron con un extraño brillo.

Su secretario dudó unos segundos y atinó a salir. Le preocupaba el General... Aquella alegría excesiva en momentos tan críticos le sugería un desorden anímico en él que no podía augurar nada bueno.

Lavalle quería una cama para pasar la noche. No sólo el cuerpo quebrantado le pedía no dormir al ras del suelo. Las ganas de estar en contacto con la piel de Damasita eran su razón principal. Encomendó la tropa a las órdenes del general Pedernera y, junto a su secretario, su edecán, una escolta de ocho hombres al mando de Celedonio Álvarez y su dama, se adentró a la ciudad en busca de una casa que los albergara.

En las calles no había un alma y no se escuchaba ni el croar de una rana. Jujuy era un pueblo fantasma. Caminaron por las calles desiertas, golpeando puertas que nunca se abrieron, hasta que el delegado Aberastain les sugirió que fueran a la casa de Zenarruza, en la cual hasta el día anterior habían parado el gobernador Alvarado y el doctor Bedoya.

A las dos de la mañana doblaron por la calle del Comercio y a media cuadra de la iglesia de San Francisco hallaron la casa. Respiraron tranquilos y aliviados. Todos menos Damasita, que intentaba esconder las lágrimas que peleaban por empapar sus mejillas. No sabía bien por qué, el pecho se le había cerrado con una angustia irrefrenable. Le costaba tomar aire mientras trataba, con dificultad, de seguir adelante.

El General señaló a uno de sus hombres y lo encomendó a que oficiara de centinela frente al amplio portón verde con aldaba de la calle. Los demás entraron, agotados de ir y venir, buscando un sitio dónde poder descansar. El secretario y el edecán se instalaron en las habitaciones ubicadas en el frente, a ambos lados del zaguán; los soldados tendieron sus recados en el patio contiguo y, cruzando la sala principal, la última de las piezas corridas fue el sitio elegido para el General y Damasita. Los caballos quedaron en la caballeriza ubicada en el segundo patio, detrás de las habitaciones.

—Dispongan los turnos de los centinelas para vigilar las puertas y al toque de diana seguiremos la marcha —ordenó el General.

Cada cual se retiró a sus cuartos. La pareja entró al suyo en silencio. Apoyaron sus pocas cosas en el suelo y se abrazaron con desesperación. No llegaron a desvestirse, buscaron sus cuerpos con locura. Se amaron frenéticamente, como si alguien los persiguiera, como si una fuerza superior estuviera al acecho. Se arrojaron a la cama para seguir amándose con violencia y gritaron de placer, sin importarles quebrar el silencio de la madrugada ni la cercanía de sus compañeros de huida.

Pasaron las horas y ya con los cuerpos lánguidos por el deseo saciado, se soltaron. Después de mirarse un buen rato, de investigar cada rincón del rostro amado buscando sellarlo en la memoria para siempre, cerraron los ojos y persiguieron un sueño esquivo. *Cuánta voluntad resquebrajada, amigos desintegrados, fuerzas rotas, abandonos interesados... Y yo, el más desinteresado de los hombres todos, el que se ha jugado la vida sin pensar, sin claudicar, sin medir, del otro lado sólo hallo mentes pérfidas que pergeñan supremacías propias detrás de falsos juramentos de amor a la Patria hasta la muerte... Pues muerto estoy yo ante semejantes prácticas inmundas de traidores de vuelo alto. Morir en vida o morir en serio, para salvar el honor, la hidalguía de otros momentos, la gallardía que gustaba de ostentar antes... ¿Para qué? ¿Con quiénes? Nadie vale la pena, no veo nada, soy un ciego sin cura. La mía es una ceguera repleta de humillación. No merezco esta vida, no merecen mi vida, ya no aguanto más, solo no puedo. Prometo y sé que la promesa es falsa, busco hambre de gloria y sólo encuentro asco, pena, mezquindad, tristeza de vivir, ansia de morir...* En la duermevela, Lavallo se enredaba en sus pensamientos y sentía que le costaba respirar.

Damasita le daba la espalda. Acurrucada en un rincón de la cama, hacía números entre respiración y respiración. Quería escaparle a su cabeza. *Uno,*

dos, tres, cuatro, cinco... Vengar, venganza, escarmentar al asesino de mi hermano, vindicar su nombre, vindicarnos para siempre. Pero ¡ay, mi General, cuánto lo amo!, si lo mato muero con usted, necesito respirar el aire que respira o morir la muerte que se lo lleva. Seis, siete, ocho, nueve... Si yo juré asesinarlo, si susurré al oído helado de mi Mariano que le juraba que su cadáver podría vivir en paz tras mi mano vengadora, no puedo echarme atrás. No debo ser cobarde si la cobardía es un atributo suyo, mi General adorado. Diez, once, doce, trece, catorce... Ajuste de cuentas, ojo por ojo, así se vive y de ese modo continuaré mi vida, que es muerte vivida, que es morir cada día, que no es vivir si usted no está conmigo, General heroico, mi Juan amado, que ama a otras pero elige morir conmigo. Lo amo, Lavalle, no puedo, no quiero, lo quiero. Veinte, cinco, seis... La pasión incesante que usted me ha enseñado, con la que me ha iniciado, a mí que era virgen de hombre, amor que no caduca, hombría que es toda mía, ¡ay cómo duele!, me perfora las entrañas, su sangre será mi sangre, pesada, oscura, profunda. Hunda sus dedos dentro de mí, que yo perforaré su virilidad para siempre, mi General... Damasita lloraba a escondidas y se secaba las lágrimas con las sábanas.

Dos almas desesperadas, torturadas cada cual por su tormento, fingían que dormían pero era una misión imposible.

Poco antes del amanecer, a varias leguas de allí, una pequeña partida federal —cuatro soldados con tercerolas, cuatro peones armados con lanzas y algunos oficiales—, presidida por el comandante Fortunato Blanco, avanzaba hacia Jujuy. Su intención era prender al doctor Bedoya, pero en el camino se anoticiaron de que el hombre había huido y que en la ciudad ya no quedaban enemigos. El comandante ordenó que siguieran la marcha, no sin antes hacerse de las armas que supuso habría en la casa abandonada. Con suma precaución entraron a la ciudad fantasma, hicieron algunas cuadras y encontraron a un soldado custodiando la puerta verde. Vestía la gorra chata: era unitario. El centinela pegó un grito y en pocos segundos, Lacasa salió a la calle a medio vestir.

—¿Quién vive? —gritó el comandante, suponiendo que eran elementos dispersos del ejército unitario.

Pero al ver que estaba en un error, el edecán pegó la vuelta, volvió a entrar a la casa y cerró la puerta con llave. Blanco entendió que algo raro sucedía allí adentro.

—¡Salten la cerradura ahora mismo, carajo! —ordenó el comandante a sus cuatro tiradores.

La escuadra puso pie a tierra a poca distancia y disparó a la parte inferior de la caja de la cerradura. Las tercerolas fallaron dos veces y a la tercera salieron tres de los cuatro tiros. Acto seguido, el comandante Blanco supo que a pocas cuerdas de allí acampaba la fuerza unitaria y emprendió la retirada a la velocidad del rayo.

Lacasa atravesó el primer patio como una tromba al grito de: «¡Los tiradores! ¡Los tiradores!», para que los soldados se despertaran. Frías salió del cuarto, enterado del desmadre y, junto al edecán, se dirigió al dormitorio del General. Llevados por la urgencia, entraron sin avisar y encontraron a la pareja tendida sobre la cama.

—¡General! ¡El enemigo está a la puerta! —informó Lacasa agitado.

—¿Qué clase de enemigos? —preguntó el General.

—Son paisanos.

—¿Cómo cuántos?

—Veinte o treinta —exageró el edecán.

—No hay cuidado, entonces. Vaya usted, cierre la puerta y mande ensillar, que ahora nos hemos de abrir paso —ordenó Lavallo con una serenidad perturbadora, sentado en el borde de la cama mientras se calzaba las botas.

Lacasa y Frías salieron del cuarto, el silencio allí dentro metía miedo. Lavallo miraba hacia el piso con la cabeza apoyada entre las manos. Estaba reconcentrado en sus pensamientos. Damasita se deslizó fuera de la cama con el corazón como piedra y la mente helada. Cubierta sólo por la camisa de su uniforme, con las piernas al aire y los pies descalzos, se escurrió hasta la otra punta de la habitación donde descansaba la tercerola del General. Sigilosa, la tomó, giró y le apuntó.

—Te mato, Lavallo —dijo tutéandolo por primera vez.

El General levantó la vista.

Permaneció sentado, impertérrito. Parecía saber de memoria lo que buscaba la señorita, como si fuera su cómplice. Desconcertada, Damasita empezó a tartamudear, vomitaba palabras sin sentido mientras el llanto corría por su cara. Lloraba, temblaba, gritaba. En su brazo, el arma dudaba. Lavallo se levantó. La esperó, apenas pestañeó, sonrió.

—No me hagas esto, Juan, te lo suplico. No me pidas tanto que no voy a poder

La mano sobre el arma se sacudía, las lágrimas no la dejaban ver. Entonces Damasita bajó el arma, derrotada y arrepentida.

—Mátame, Damasita. Termina con esto de una buena vez. Soy yo quien te lo pide. —En un salto el hombre se le acercó, tomó la mano armada de la mujer y forcejeó para que volviera a apuntarlo.

La joven aullaba que no podía, él le imploraba que lo matara. Así, en medio del silencio del alba, tronó un disparo. La tercerola cayó al piso. La bala había atravesado la garganta de Lavallo, arriba del esternón, para alojarse en su corazón. El cuerpo, muerto al instante, se derrumbó sobre Damasita, que no pudo soltarlo.

Lacasa entró al cuarto y vio los dos cuerpos en uno, teñidos de sangre, uno exánime, el otro sacudido por la desesperación.

—¿Qué ha pasado aquí?! —gritó. No esperó respuesta, de inmediato se puso a revisar el cuerpo del General y comprobó que ya no tenía vida. Damasita levantó la vista y desencajada intentó explicar qué había sucedido. El edecán le imploró que se levantara, pero ella se apretó aún más contra la herida fatal en el pecho de su hombre. Lacasa dijo que ya volvería con ayuda y salió de la habitación.

La tropilla salió rauda rumbo a los Tapiales de Castañeda, donde permanecía el grueso de los hombres del General. Deliberaron durante largo rato sobre lo que había sucedido, que los había conmocionado a todos hasta el estupor. Perdernera escuchaba en silencio mientras el edecán y el secretario vomitaban los hechos. Al abrigo de la tropa y ya pasado el primer desconcierto por lo sucedido, prestaron juramento de honor y convinieron decir que la muerte del general Juan Galo de Lavallo la había perpetrado el ejército federal liderado por el comandante Blanco. El General moría en su ley. Los restos de un suicida o de una víctima de la pasión amorosa no recibirían una sepultura con honores y el nombre de Lavallo quedaría mancillado y proscripto por siempre. Concluyeron que debían volver en seguida a recoger el cuerpo sin vida, para que los enemigos no advirtieran la verdadera causa de su muerte.

Ya era de día, las sombras del alba habían desaparecido. Cuando la tropa llegó a la casa, algunos cruzaron el zaguán, entraron al cuarto y encontraron a Damasita junto al cuerpo de Lavallo, tal como la habían dejado.

—Señorita, déjeme ayudarla —le dijo Pedernera.

Damasita se incorporó. Su cara estaba bañada en sangre, así como las manos y la camisa. Todo en ella era pena y desolación. El teniente López recogió el cuerpo muerto del general y lo arrastró fuera de allí. Pronto los vecinos empezaron a acercarse para ver qué había pasado. Los anoticiaron de que una descarga federal había terminado con la vida del jefe de los unitarios. Para evitar que el cadáver fuera profanado y exhibido por los federales como trofeo, el doctor Danel propuso que se lo trasladara a Potosí.

En silencio, los hombres empezaron a preparar el cuerpo inerte de Lavalle para la sepultura. Damasita, como pudo, se vistió y salió detrás de ellos. No podía abandonar a su hombre.

—Señorita, mire usted, el General ya ha muerto. Me parece, por lo mismo, que su presencia aquí ya no tiene objeto —le dijo con cuidado Pedernera. — Seguramente usted desea volver al seno de su familia. Si esto es así, le facilitaré los recursos necesarios para que usted regrese a su casa sana y salva.

—Señor general, cuando una joven de mi clase pierde una vez su honra, no puede volver jamás a su casa. Prepáreme usted una mula. Seguiré adelante por mi cuenta para vivir y morir como Dios disponga —respondió sin titubear.

El cuerpo inanimado de Lavalle fue cargado sobre su brioso tordillo, cubierto con la bandera argentina bordada por las damas de Montevideo, la misma que no habían podido llevar hasta la plaza de la Victoria como él soñaba, y la caravana triste y silenciosa comenzó su peregrinación luctuosa hacia la catedral de Potosí. El comandante Laureano «El Indio» Mansilla y diez hombres custodiaban el cadáver. Debían apurar la marcha; las fuerzas de Oribe soñaban con ver aquella cabeza rubia clavada en una pica en cualquiera de las ciudades ocupadas, para luego enviársela a Juan Manuel de Rosas.

Ni el sonido de la respiración se escuchaba en esa una procesión de ánimas que rendían honores a su jefe supremo. En la tarde del 10 se detuvieron en Tumbaya a las puertas de una iglesia. Las fuerzas enemigas los perseguían de muy cerca. Dudaban en continuar con el cuerpo muerto a cuestas y pensaron que los federales no se atreverían a profanarlo si lo depositaban en aquella casa sagrada. Le pidieron permiso al párroco, pero éste se excusó al manifestarse devoto de la Santa Federación. Sin alternativa, continuaron la marcha bajo un sol rajante que empezaba a descomponer el cadáver.

A veinticuatro leguas de allí, en Huancalera, se detuvieron. Desmontaron

todos, también el cuerpo de Lavalle. Damasita se sentó a su lado, acariciándolo y llorándolo en silencio. Danel decidió que debían descarnar el cuerpo semidescompuesto, seguir así era imposible. A la vera del río Salado, el doctor llevó a cabo la faena: sepultó las partes blandas, colocó la cabeza en un recipiente con miel y el corazón en un balde lleno de aguardiente. Volvieron al camino y continuaron la marcha. Nadie dijo palabra, sólo se escuchaba el lamento de Damasita.

A las 9 de la noche del 22 de octubre, la procesión llegó a Potosí. Agotados, sus acompañantes ya no pudieron aguantar las lágrimas y prorrumpieron en conmovedoras demostraciones de dolor. Los restos del General Lavalle fueron recibidos con todos los honores por el presidente boliviano, y sepultados en la catedral.

CAPÍTULO

IV

Era una tarde soberbia de cielo diáfano en Santos Lugares y Juan Manuel de Rosas estaba de excelente humor. Había recibido una noticia que esperaba desde hacía mucho. El mayor Pablo Alemán y su comitiva habían llegado desde el norte con la confirmación de la muerte del general Juan Galo de Lavalle. Había pasado un mes desde que el soldado pardo José Bracho había ultimado al jefe unitario.

—A ver, mayor, cuénteme los hechos, si me hace el enorme favor —lo instó el Restaurador, exultante, y dirigió su mirada a los congregados en el despacho —Y usted, Reyes, tome nota.

Alemán, ardiente partidario de la causa federal, describió con excitación todo lo que sabía. El soldado del regimiento «Escolta Libertad», con el capitán Angelino Gutiérrez del que era asistente, se había agregado a una partida que comandaba el teniente coronel don Fortunato Blanco. Habían llegado a Jujuy, donde el teniente coronel Blanco había mandado a un hombre para que averiguara en qué estado se encontraba el pueblo y dónde había armas, municiones y caballos. Este había regresado trayendo noticias de dónde obtener armas y caballos, y de que el pueblo estaba tranquilo. Rosas ahogó un bostezo, le aburría soberanamente ese listado de detalles intrascendentes. Impaciente, endureció la mirada y el gesto. Antonino Reyes apuntaba como loco, con caligrafía eximia y velocidad de pájaro. El Gobernador de Buenos Aires recién volvió a prestar atención cuando escuchó el nombre que le interesaba.

Alemán continuaba con el discurso. En el acto había salido el traidor salvaje unitario Lavalle abrochándose la cartera de la camiseta, y habiéndole gritado el señor comandante Blanco: «¡Date preso salvaje unitario y ríndete!», cerró de golpe la puerta. Rosas sonrió socarrón y lo alentó a que continuara. Alemán dijo que en el acto mandó el señor comandante que echasen abajo la puerta, lo que efectuaron los cuatro tiradores a balazos, errando fuego una tercerola de uno de ellos, pero el pardo tuvo la suerte de haber dirigido su tiro por la cerradura de la puerta, con cuya bala hirió

mortalmente al salvaje, pegándole por debajo de la barba, en el pescuezo. En ese momento se llegó un bombero y les avisó que una fuerza de trescientos cincuenta salvajes unitarios, que estaban a seis cuadras del suceso, ensillaban caballos a toda prisa para perseguirlos, por lo cual montaron y se retiraron a toda velocidad hasta que atravesaron el río de Jujuy. Concluyó el relato diciendo que había oído decir que llevaban el cuerpo del salvaje unitario en procesión.

Rosas aplaudió, contento por demás. Los allí reunidos vivaron junto a su jefe la victoria. Un problema menos para la causa federal.

—Hay que premiar a este Bracho, héroe de la Patria. ¿Me agregan su historial? —preguntó el Gobernador.

—Excelencia, el soldado ha tomado parte en casi todas las campañas de la Confederación desde 1829 en adelante, en comisiones tan peligrosas como la de vichador, o en partidas avanzadas en territorio enemigo —refirió Reyes.

—Muy bien, pues ascenderemos a Bracho a teniente de caballería de línea a partir de la muerte de Lavalle y lo declararemos benemérito de la Patria en grado heroico, digno del más distinguido aprecio de todos los federales —sentenció Rosas. —También tendrá un goce de sueldo de 300 pesos mensuales, más la ayuda de costas y la propiedad de tres leguas cuadradas de terreno, 600 cabezas de ganado vacuno y mil lanares.

Su edecán tomó nota de todo. Al Gobernador le brillaba la mirada azul. Recordó que algo le faltaba y le agregó un vestuario completo de oficial, una medalla de plata y 2 mil pesos corrientes. Estaba generoso, tenía ganas de celebrar la batalla final contra un unitario de fuste. Reclamó que apuraran la marcha a Buenos Aires y ordenó que se dispararan 21 cañonazos en el Fuerte y el mismo número de salvas en los buques de la escuadra en celebración por la muerte del enemigo. Además mandó a repicar las campanas en todas las iglesias, que se iluminaran las calles, dispararan cohetes y que bandas de música celebraran el acontecimiento.

Rosas respiraba tranquilo. La destrucción de las fuerzas unitarias del interior postraba a las provincias del Litoral. Oribe, su aliado, seguía en campaña por si acaso. Su atención empezaba a cambiar de sitio. Ahora Corrientes estaba en la mira.

Dolores se sentó frente al *dressoir* de su alcoba, con papel y pluma. Se disponía a responderle al leal secretario de su querido Juan. El 6 de febrero de 1842, tras meses de angustia y silencio absoluto, le llegó la noticia que nunca hubiera querido recibir.

Su marido había sido asesinado por las huestes federales. El dolor había calado hondo y era inconmensurable, pero ella lo había sentido. A pesar de las cartas alentadoras que había recibido desde el Norte, había leído entre líneas la desmoralización de su marido como si se despidiera antes de tiempo, como si detrás de la grandilocuencia del futuro escondiera la fatalidad del presente. Hasta el final, su esposo había conservado la espada en alto y un brío desatado e inaudito.

Pasado un mes desde la última carta de Lavallo, le llegó correspondencia de don Félix Frías con la novedad aterradora, que la postró casi hasta la enfermedad. Pero no podía, no debía caerse, sobre todo por sus pichones, como los había llamado siempre Juan. Concepción no la había abandonado ni a sol ni a sombra, cuidaba de su hermana a pesar de ser menor que ella. Mojó la pluma en el tintero y se dispuso a escribir:

Mi muy estimado señor,

Quiero a pesar del permanente estado de mi corazón, contestar su estimable del 6 de marzo. El 6 de febrero tuve las primeras noticias de mi incomparable desgracia; mi Juan llenó su destino y descansa. Yo sufro el mío, que es sobrevivirle. Si los votos de un ser tan desgraciado como yo pueden ser oídos, ellos serán siempre por su felicidad.

La abraza,

Dolores Correas y Lavallo

Los días sin Lavallo eran la muerte para Dolores, que no lloraba pero tampoco podía sonreír. Explicarles a sus hijos que el padre no volvería, que no estaría junto a ellos nunca más, que otros hombres se los habían arrebatado, fue una tarea titánica. Augusto, Hortensia, Dolorcitas y Juan Bernabé lloraron todas las lágrimas que ella no podía darse el lujo de derramar.

El calvario de Dolores no terminó con la ausencia irremediable de su marido. El terror de una represalia comenzó a invadir su hogar. Le daba

miedo salir a la calle; tampoco se lo permitía a Augusto, que con sus dieciséis años tenía ansias de libertad. Veía hombres con la guadaña lista por todos lados y presentía una venganza generalizada por la sola portación de apellido. La vida sin su Juan ya no era vida.

—No podemos seguir así, Dolores —la conminó su hermana.

—¿Pero qué quieres que haga? La Mazorca anda por las calles, saben bien adónde vivimos —le respondió Dolores con el gesto duro.

—Vayámonos de esta ciudad embrujada. Los niños no se merecen esta violencia, y tú mucho menos —dijo Concepción mientras acariciaba el pelo de su hermana con conmiseración.

—Tienes razón, querida. Esta es una ciudad maldita, nada bueno puede salir de aquí.

Dolores pensó que Concepción tenía razón. Lo mejor sería irse de allí y reunirse con su padre, que se encontraba en Chile. Sería un largo viaje pero ya nada importaba. Sin su Juan, sólo su padre podría cuidar de ellos. Ella y su hermana estaban muy solas en Buenos Aires, eran dos parias en una ciudad que empezaba a amenazarlas. Augusto todavía era un mozo sin bravura y no estaba en condiciones de cuidarlas por sí solo.

La decisión estaba tomada, partirían rumbo a Valparaíso cuanto antes. Allí estarían a salvo.

Damasita había deambulado por la villa imperial de Potosí como un alma en pena. Al fin encontró un buen samaritano que le ofreció un lugar en su carro. Tras la solemne ceremonia del entierro, la joven había escapado de las miradas curiosas de las personalidades que los habían recibido. El resto de los proscritos habían encontrado resguardo pero con ella las cosas fueron distintas. Nadie la conocía y percibía la desconfianza a su alrededor. Por momentos se había sentido perseguida, le parecía que una yunta de soldados federales —o unitarios, para el caso era igual— le iba detrás, buscando a la autora de todos los desvelos del combate que libraba su país. En realidad nadie la perseguía, estaba a salvo, pero el recuerdo de los ojos muertos de Lavalle la hostigaba día y noche.

Desde que tomó la decisión de salir de esa ciudad nada fue fácil, hasta que encontró a ese joven generoso que la subió a su coche. Así se trasladó, entre

frutas, verduras y madera, hasta Chuquisaca, que era el destino final del viaje.

Los días se convirtieron en semanas hasta que al fin llegó. Recordaba que su amiga Juana Manuela Gorriti se había instalado por allí. No había tenido demasiadas noticias fidedignas de ella pero los chismes habían corrido como reguero. Decían que la joven se había casado con Manuel Isidoro Belzú, que había tenido hijos y disfrutaba de una vida plena. Al pensar en su amiga, comprendió que no podía seguir deambulando. Necesitaba cobijo.

Pasaron algunos días hasta que encontró la residencia de Juana Manuela. En el interín, tuvo que escapar del hostigamiento de los coyas, que al ver la belleza de la moza avanzaban sobre ella sin titubear. Damasita no estaba para esos trotes, temía y rechazaba cualquier avance de varón. Era mujer de un solo hombre muerto. Cuando por fin, tras mucho andar y preguntar, dio con su amiga, Damasita y Juana Manuela se abrazaron y lloraron de felicidad. Ambas eran otras, había pasado mucho tiempo y mucha agua bajo el puente, pero poco les importó. El reencuentro era lo que importaba ahora.

—Estás preciosa, amiga querida —dijo Juana Manuela tomándola de las manos.

—¿Cómo puedes decir eso? Mira en el estado en el que me encuentro —respondió Damasita y se señaló las ropas ajadas y polvorientas.

—Ya mismo te doy una muda. Quiero que me cuentes todo. —Juana Manuela la tomó de la mano y la condujo hasta su alcoba.

Pero Damasita contó poco. Dijo apenas que su hermano había muerto a manos de los unitarios y que había optado por seguir sus huestes porque temía ser la próxima víctima; que luego se había enamorado de Lavalle, el hombre prohibido. El resto de los acontecimientos prefirió obviarlos. Juana Manuela escuchó con atención, sedienta de noticias de su tierra.

Damasita se instaló en lo de su amiga. Belzú estaba en el campo de batalla así que la compañía mutua les venía a ambas como anillo al dedo. Fueron meses de complicidad y contención de una con la otra. Pero Damasita estaba afectada. Lo sucedido aún era demasiado reciente y no salía de su estado de profunda melancolía. Y aunque Juana Manuela desconociera los motivos de la angustia que de tanto en tanto velaba el rostro de su amiga, estaba allí atenta para sostenerla.

La Gorriti escribía y leía con una insistencia frenética. Damasita intentaba copiarla pero las ganas nunca eran suficientes. Además, todos los días por las tardes, Juana Manuela reunía en el patio de su residencia a un sinnúmero de niños pobres y dedicaba horas a enseñarles a leer y escribir. Pronto Damasita

se acopló a la tarea y así pasaban los días las dos mujeres, intentando alfabetizar a los más necesitados.

Hasta que llegó el día del regreso de Belzú. El esposo de Juana Manuela traía una noticia. El presidente José Ballivián Segurola lo había designado gobernador de Cobija y hacia allí debería mudarse. Pronto se supo que no era un premio lo que le otorgaba. En realidad, el presidente quería sacárselo de encima porque miraba con deseo a Juana Manuela. Las frecuentes visitas de la Gorriti —siempre escoltada por su amiga, para evitar decires malignos —a la residencia del presidente habían despertado la maledicencia, que pronto se convirtió en escándalo y terminó en la separación de la pareja.

Fue en esas tertulias de la residencia oficial que Damasita conoció a Guillermo Eugenio Billinghurst Agrelo, ministro plenipotenciario de Chile. El caballero, apabullado por la belleza de la salteña, desde que la vio no cejó en el cortejo. Le confiaron algo de su vida, que había marchado junto a Lavalle, que pertenecía a una familia de cepa federal, pero poco más fue necesario. Precisaba escuchar de boca de la dama todo lo que tenía para contar.

Damasita lo esquivaba pero no demasiado. Entendía a la perfección las intenciones del hombre y ella se sentía a leguas de distancia de aquellos devaneos. Echarle el ojo a otro que no fuera Juan Lavalle le parecía imposible, una traición suprema. Todavía estaba triste, con el corazón quebrado en mil pedazos. De aquella furia que le había alimentado el alma y la había llevado a idear la venganza, quedaba poco. En cambio la falta que le hacía Lavalle era inmensa.

—Señora, ¿qué les sucede a sus ojos? —le preguntó Billinghurst a Damasita.

El hombre y la mujer conversaban en la sala en casa de Juana Manuela, que había convidado a algunos amigos para despedirse. En unas semanas se mudaba de país, su destino era Perú. La separación de su marido había sido un escándalo dentro de la sociedad boliviana y era conveniente escapar de las habladurías. En un acto reflejo, Damasita se pasó la mano por el peinado en *bandeaux* adornado con unas sencillas cintas.

—Esos ojos ven sin mirar. Disculpe si soy impertinente —insistió el

caballero.

—Miro poco, tiene usted razón, ministro. Tampoco encuentro motivo para hacerlo —respondió. —No quiero ser maleducada, le pido perdón.

—Usted no debe pedir nada, soy yo el irrespetuoso. Quisiera verla contenta, Dámasa, es usted tan bonita.

La joven suspiró y aprovechó para batir el abanico sobre su cara y esconder sus ojos. Estaba harta de que le alabaran la belleza.

—¿Y a usted quién le dijo que no tengo alegría?

—Lo dicen sus ojos. Aunque sus labios sonrían, su mirada dice todo lo contrario. Usted llora sin mostrarlo —Billinghurst no sabía por qué pero desde que la conoció, tenía unas ganas irrefrenables de abrazarla.

—Hay cosas mías, muy mías que no tengo por qué contar, ministro. Me han pasado desgracias... —murmuró Damasita.

En la sala brindaban y comían. Uno de los invitados tomó una guitarra y empezó a improvisar unos acordes. Nadie parecía prestar atención a lo que sucedía en el apartado, en aquel encuentro entre la salteña amiga de la anfitriona y el ministro.

—¿Pero qué puede ser tan trágico que debe esconderse? ¿Qué puede ser tan trascendente que derrote las ganas de vivir?

—Gracias, ministro. Me gusta conversar con usted, es la primera vez desde... —y calló; no quería seguir con las confidencias. —A veces no confío en los hombres, pero le confieso que usted no me asusta.

Y le sonrío con algo de pudor. Billinghurst hablaba y hablaba. Ella intervenía poco, pero de vez en cuando asentía para demostrarle interés y alentarle a continuar con la charla que le servía de consuelo. No se sentía ni intimidada ni aterrada por esa presencia masculina. Al contrario, le gustaba escuchar lo que tenía para decir, su punto de vista de algunas cosas, su interés genuino por ella, su avance discreto sin arrebatos. Si algo no podía soportar eran las ínfulas prepotentes de varón, el zarpazo animal que no registra nada ni nadie. Todavía estaba asustada, aterrada del cuerpo de hombre, de la voz fuerte, del brazo que aplasta y aprieta, del dedo que gatilla...

De a poco, había ido escondiéndose debajo de una armadura, había logrado endurecer su corazón, que más que un órgano vivo parecía una piedra en el desierto. Sin embargo, el fantasma de Lavalle aparecía sin anunciarse. De tanto en tanto la asaltaba y la desesperación la vencía. Rogaba al cielo que la dejara de una vez pero clamaba por él cuando se retiraba de sus pensamientos. A veces temía que la locura pudiera ganarle la pulseada.

Lloraba a escondidas, era la reina de la impostura. Tramaba todo tipo de estrategias para quitarse al General muerto de encima, le costaba, era difícil pero sabía que si quería vivir, debía seguir adelante, no dejarse fascinar por el canto de sirena de aquel hombre que la había enlazado.

—¿Y qué va a hacer, Damasita, cuando su amiga se vaya? ¿Se quedará aquí, sola? —le preguntó.

La pregunta sacudió a Damasita, que se abandonó a sus pensamientos. Estaba entusiasmada con la enseñanza de los niños, entre ellos se sentía útil y poderosa. Encontraba en esa entrega una fuente de sentido para su vida. Pero sin Juana Manuela no veía el modo de seguir adelante.

—No lo sé, ministro. La verdad es que me atemoriza un poco quedarme sola en esta ciudad —respondió y sorbió un trago de su limonada fresca.

—Permítame el atrevimiento, entonces. Deseo llevarla conmigo a Chile —probó Billinghamst. —Nada le sucederá en ese país, allí estará a salvo.

Damasita lo miró fijo, quería adivinarle las intenciones aunque tampoco era tan complicado. Él era un hombre, ella una mujer.

—Déjeme pensarlo, ministro. No es fácil lo que me propone. Imagínese el qué dirán. Hablarán, es lo que más les gusta.

—Nunca son importantes los dichos de cualquiera. Lo que importa son los hechos de una mujer decente, como usted, doña Damasita.

—Ay, pero qué encantador, ministro. Se lo agradezco. Si lo escuchara mi tía Pepa, le gritaría cuatro frescas. Las Boedo dicen que hay que ser y parecer, y jamás despertar el palabrerío ajeno. Usted parece demasiado benévolo.

—Me parece que usted, Damasita, nunca fue amante de las normas. Tengo entendido que siempre ha hecho lo que se le vino en gana y considero que a mucha honra. La felicito —y le dedicó una sonrisa franca.

—Gracias, de nuevo. Quizá sea cierto lo que dice, pero también es cierto que a veces me ha salido bien pero muchas otras es mejor no recordar. —Damasita cortó allí la evocación e intentó con todas sus fuerzas espantar los recuerdos, sus ojos se llenaron de lágrimas.

CAPÍTULO

V

Fue un viaje interminable, parecía que daban la vuelta al mundo. De Bolivia se trasladaron a Iquique por tierra, allí embarcaron en un vapor que los llevó por el Pacífico hasta Valparaíso y de ahí de vuelta al carruaje hasta Santiago.

Damasita había aceptado la propuesta del ministro, tal vez así lograría escapar de los sucesos jujeños, del peso muerto de Juan Lavalle. Al hacerlo se encomendó a una vida nueva. Sin embargo, la relación no podía exponerse al mundo. Guillermo Billinghurst tenía una prometida chilena, doña Belisaria Angulo Tudela, con quien se casaría en unos años. Esto pareció no importarle demasiado a la señorita Boedo, quien accedió a mantener con él una relación clandestina.

Una vez en Santiago, el ministro la instaló en una casa. Él vivía en otra, aunque trataba de pasar la mayor parte del tiempo con su dama prohibida. La colmó de lujos y holgura. Damasita se vistió de sedas y terciopelos por primera vez y a pesar de ella. Nunca se había desvelado por los ropajes femeninos ni la moda, pero aceptó los regalos de su generoso amante para complacerlo.

Gracias a la mediación de Billinghurst, Damasita se había insertado en la sociedad chilena. Frecuentaba las tertulias de las señoras más influyentes de la ciudad, iba al teatro, disfrutaba del divertimento más sofisticado, siempre detrás del parapeto de alguna amiga colocada allí por el ministro, a quien le resultaba imperioso tener todo organizado y bajo control. En público se mostraba con su prometida, mientras en privado se dedicaba a Damasita. La sociedad estaba al tanto de lo que pasaba, pero la complicidad tácita era la fórmula perfecta tanto para ellos como para muchos más.

—¿Vamos al teatro esta noche, querida? Ya tengo las entradas —señaló Leonor, una de las participantes asiduas de su corte.

—No podemos, Leonor. Hoy viene Guillermo a casa —respondió Dámasa.

—Pero qué pena, parece que la puesta es maravillosa, sobre todo por la actuación de un actor italiano del que no recuerdo el nombre —dijo Leonor y

le sirvió té.

—Otra vez será —dijo Damasita con un suspiro y probó uno de los dulces que salpicaban el plato. —¿Y mañana qué hacemos?

Necesitaba ocupar las horas, la falta de actividades le volvía a la mente los recuerdos funestos del pasado y le enloquecía el alma. Ni siquiera podía dedicarse a los quehaceres hogareños; don Guillermo le había puesto dos criadas y una cocinera para que la atendieran, y no le permitían hacer nada.

—Te paso a recoger al mediodía y almorzamos en lo de Saldívar.

—Está bien, pero ahora, por favor, vete. Debo descansar un poco para luego prepararme para la llegada de Guillermo —dijo Damasita y despidió a su amiga.

Fue a su alcoba, se quitó el vestido, se cubrió con una bata y se soltó el pelo. Lo cepilló una y otra vez frente al espejo. Tenía la vista fija en su imagen pero no necesitaba mirar. Pensaba, flotaba en el aire, hurgaba en sus más recónditos sentimientos. De tanto en tanto, la imagen de sus tías le tomaba la cabeza. ¿Qué estarían haciendo? ¿Pensarían en ella? ¿La habrían perdonado? Y si por alguna de esas casualidades se enteraban de su nueva vida, ¿la estimarían igual? A veces se sentía una pecadora, una mala mujer que se merecía el oprobio de todos, pero en cuestión de segundos apartaba esas ideas locas de su mente y encontraba razones para mitigar sus tormentos de conciencia. Al fin y al cabo, no le había quedado otra alternativa que huir con ese hombre. Había escapado de aquel otro hombre, el primero en su vida, para enfrascarse en los brazos de este, igualmente prohibido. No lo quería pero ¿qué era el amor sino sufrimiento? En todo caso aquí no sufría y si lo hacía no era porque Guillermo le diera motivos. Recibir bondad: a eso se había entregado, y a dar nada a cambio, sólo impostura sin que nadie le reclamara más. Actuar, interpretar, ahuecar el corazón, sepultar la emoción.

Continuó con el cepillo, se arregló la melena rubia y escuchó ruidos. Guillermo la llamaba, había llegado, se acercaba a la alcoba.

Dolores, su hermana y sus hijos llegaron a Valparaíso con gran expectativa pero la decepción fue atroz: su padre, Juan de Dios Correas, acababa de morir. No llegaron a verlo con vida. La mujer sintió que la perseguía un hado fatal. Con la nueva capa de tristeza encima, se dejó

consolar por sus hermanos, allí afincados. Al poco tiempo, su hermana Nazaria, casada con Francisco Videla, los alojó en su casa.

Sintiéndose ya menos amenazada y temerosa, hizo trasladar desde Potosí los restos de su esposo. Lo necesitaba cerca, aunque más no fuera para rezarle todos los días. Poco a poco, trató de adaptarse a su nueva situación. Sin embargo, el luto la acompañaba siempre. Salía poco y nada, acaso para llevarle alguna flor a su marido muerto y poco más.

En los años posteriores y tras la insistencia de sus hermanos, aceptó que el artista francés Raymond Monvoisin la retratara. Sobre un fondo con los colores patrios, Dolores posó con su vestido de terciopelo negro y mantilla de encaje sobre los hombros. El retrato revelaba su mirada profunda, su piel de marfil, su boca apretada por el dolor.

El padecimiento no la abandonó. Su hijo mayor, Augusto, enfermó de tisis y murió al poco tiempo, a los veinticinco años. Luego de un tiempo, también perdió a su querida hija Hortensia, en la flor de la edad.

Le llegaban noticias desde Buenos Aires. Al fin habían derrocado al autor de todas sus desgracias, Juan Manuel de Rosas, gracias al golpe letal de Justo José de Urquiza. Los odiados federales, naturaleza maligna de su país, habían sido borrados del mapa. Imaginaba la alegría que habría tenido su esposo ante semejante noticia. Él había dado el primer paso para esa afrenta, sin él nada de eso hubiera sucedido, nadie hubiera sido capaz de sacar a ese engendro del poder... Entonces recordó que su Juan estaba muerto y que jamás podría volver a compartir una alegría con él.

Desde Buenos Aires empezaron a reclamar la urna con los restos del general unitario y Dolores supo que ya no podía retenerlo más. El 31 de diciembre de 1860 llegaron a Rosario y fueron trasladados a su Buenos Aires natal a bordo del vapor a ruedas *Guardia Nacional*, al mando del capitán Juan Lamberti. El 19 de enero de 1861 fueron inhumados en el Cementerio de la Recoleta, en la bóveda de Bernardino Rivadavia, en medio de los más solemnes agasajos. Volvió a escucharse la emocionada voz de Lacasa, que dijo:

Lavalle muerto a quinientas leguas de la Patria, es salvado en hombros por sus compañeros de infortunio y llevado a la tierra de la proscripción; y a los veinte años sus cenizas bendecidas por todos, vuelven a la Patria para confundirse con las de Belgrano, Rivadavia, Varela: mientras de ese Rosas, dueño en esa época de la voluntad, de

los destinos, y de la fama de todos los pueblos de la República, como ha dicho proféticamente uno de nuestros bardos, «ni el polvo de sus huesos la América tendrá».

Dolores empezó a sentir que Chile ya no la cobijaba. Sin marido y con dos hijos muertos juzgó que ya era tiempo de regresar a su país. La dictadura había terminado. Sabía bien que la división entre los argentinos continuaba a paso redoblado y que Buenos Aires se encontraba separada del resto de las provincias, pero quería seguir a su marido otra vez. Se lo confió a Concepción, que estuvo de acuerdo. Volvieron a armar el equipaje, esta vez hacia Santiago, para luego continuar viaje hacia Buenos Aires.

Damasita ocupaba su asiento en el palco del Teatro Municipal. Como siempre, estaba acompañada por Leonor y algunas amigas más. Habían ido a disfrutar de una zarzuela. Sin embargo, estaba bastante desconcentrada. Alguien le había secreteado que Billinghamurst sería parte del público junto a su esposa. El hombre se había casado. De tanto en tanto, cada vez menos, le hacía una que otra visita pero la relación se había hecho mucho más lejana. De alguna manera era un alivio para ella, porque los sentidos se le habían apagado y creía que era para siempre. Las manos del amante ya lastimaban su cuerpo y ella respondía a sus caricias con un silencio sepulcral. Eso y tal vez la formalidad de sus esponsales habían transformado sus reuniones en simples desencuentros.

Le pareció ver a la pareja en el palco de enfrente. Los actores revoloteaban sobre el escenario, dando lo mejor de sí. Leonor taconeaba al ritmo de la canción y las demás amigas tarareaban con algarabía. Damasita se perdía distraída en los caireles de la inmensa araña que iluminaba desde el centro de la sala. Uno, dos, tres, los contaba, mientras la afinación ajustadísima de los actores deleitaba al público.

—Pero en qué estás, mi querida —le susurró Leonor apenas comenzado el entreacto.

—Ay, no lo sé, no puedo concentrarme.

—¿No estarás inquieta por la presencia de quien ya sabemos? —La amiga se cubrió la cara con el abanico mientras hablaba.

—Nada más alejado. No me puede interesar menos, Leonor.

—¿Y en dónde andan tus intereses ahora? —la provocó, mientras el resto de las amigas reía con ganas.

Las palabras de su amiga le calaron hondo. Se sentía hastiada de todo aquello que antes le había dado tranquilidad. Ahora sólo sentía malestar y vacío. Se veía a sí misma como un pozo sin agua, seco, resquebrajado, al que hubieran vaciado adrede. Las joyas la avergonzaban, las sedas le quemaban en la piel. No quería ni decírselo a sí misma, pero de sólo imaginar a Billinghamurst en la intimidad le daban arcadas. ¿Ya no era mujer?

El cuchicheo intenso de sus amigas la sacó de sus cavilaciones y notó que la miraban con insistencia. Se tocó el escote, los aros, estaba todo en orden.

—¿Pero qué tengo que me miran de ese modo? —las increpó.

—¿A que no sabes quién está allí, en el palco de los Tezanos Pintos? — Leonor señaló a un grupo de personas, donde se destacaba una dama vestida de negro con la piel blanca como la nieve.

Damasita enfocó hacia donde le decía su amiga y no reconoció a nadie. Sin embargo, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza.

—Es Dolores Correas, la viuda de Lavalle.

Se agarró del cojín de la silla, creyó que se desvanecía. La blancura de su cara empalideció aún más. La sangre abandonó su rostro, la respiración se hizo agitada. En un segundo revivió todo lo que había pasado años atrás. El desasosiego, el romance y la muerte. El amor por Lavalle y el afán por el final. Su final o el de ella, daba igual.

—¿Qué te pasa, mi querida? Me aterras, no te ves nada bien.

—Deja, Leonor, no es nada grave, ya se me pasará —respondió y respiró hondo.

A la distancia, como si hubiera escuchado cada palabra, la mujer de negro miró hacia su palco. Al hacerlo fijó la mirada directo sobre Damasita, como si supiera, como si hubiera sido testigo de cada uno de los abrazos de su marido con ella.

Se hizo silencio otra vez, comenzaba el segundo acto y todos volvieron su atención al escenario, menos Damasita. Con sumo cuidado se incorporó, tomó la falda por los lados para que el murmullo de la seda contra el piso no llamara la atención de nadie, y escapó.

EPÍLOGO

Damasita Boedo daba su caminata habitual por el patio, del brazo de una de las beatas del Nuevo Carmelo de San Bernardo. Todas las mañanas y en ayunas, apenas despuntaba el sol, salían de las galerías y daban una vuelta mientras rezaban el rosario. Había regresado a su querida Salta y se había recluido en el convento. En busca de una cura para sus heridas, había abrazado el misticismo. La salud flaqueaba, escondía un rodete de pelo gris debajo de la cofia y buscaba sosiego en la oración.

Afortunadas nosotras que tenemos el amor de Dios para salvarnos... Haber tenido la valentía de escuchar su voz, quitar de en medio el rugido perpetuo de Lavalle, el hombre por antonomasia, ese varón que me enseñó a ser mujer, y encontrar allí el resultado de mis desvelos, la razón de mi tortura, la cárcel del cuerpo, el claustro de la carne... Dios te salve María, llena eres de gracia... Claro que el amor no lo es todo y cuando logramos sacarlo de la cabeza y vivimos sin él, tanto mejor... Haberte abrazado más, amado más, mi General, el león que ruga, el animal de Río Bamba, mi Lavalle. Ay, la vida, ese complejo mar sin límites que me enseñaste a navegar. No pude y mira cómo me has dejado, ese abandono... El Señor es contigo... Y te extendí mi mano como una pordiosera, pordiosera de amor, de tu amor, y así me pagaste, moriste y no me mataste, alma ruin, hombre del averno que me iniciaste en las lides de la pasión. Sin ti no hay nada, soy nadie, sólo Dios me rescata de tanto oprobio... Bendita tú eres... El peso de tu ausencia es inconmensurable, Juan, no me dejes, no te vayas, vuelve conmigo y permíteme acompañarte hasta el fin de tus días. Me muero, me asesinas, estoy muerta... Tus manos insolentes, perentorias, que fueron mías y te arrastraron a mi cuerpo que es tu cuerpo para siempre... Entre todas las mujeres... Llevo en mi sangre y en mis deseos tu voluptuosidad, una voluptuosidad llena de vergüenza y aflicción, y no logro deshacerme de ella aunque quiera. Estás sellado en mi cuerpo, en mi boca que te tragó por completo, que se metió entre tu lengua, hombre mío, mujer tuya. Debo aplacar el monstruo, la monstruosidad en la que me he convertido, me has

adiestrado como animalito de campo abierto a arropar el engendro, que así se calma... Y bendito es el fruto de tu vientre... ¿Qué buscaba con tu muerte? Más muerta yo en vida que tu cadáver helado sin aire, no he buscado matar a mi amante sino asesinar mis celos, vengar la muerte del hermano arrancado de mis entrañas, sangre de mi sangre que no es tu sangre pero me la bebo toda, hasta la última gota, matar lo que siento... Muerte allí abajo donde todo quema, ardida entre tus llamas que te han arrastrado hasta mi afán asesino, mi furia de muerte, querido mío, si no es conmigo será sin mí, enterrado bajo tierra, roto en mil pedazos, como quedé yo. Así estamos juntos, Lavalle y su amor, el General y su sino, Juan y la muerte....

Damasita Boedo no habló más. Las palabras danzaban en su mente, los sentimientos encontrados se amontonaban en su alma cansada y ella luchaba a brazo partido por acallarlos, por anularlos. Y, sin embargo, el corazón de mujer impetuosa y ardiente latía en su pecho, como lo haría hasta el final.

AGRADECIMIENTOS

A Felipe Pigna, por regalarme a Damasita.

A Diego Arguindeguy, por su estímulo permanente, por ser mi oráculo infinito.

A mi editora Mercedes Güiraldes, por escuchar, por la difícil tarea de calmar mi ansia.

Y como siempre y sobre todo a Nacho Iraola, por seguir creyendo en mí y por querernos tanto.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

